

HISTORIA DEL MARXISMO



(2)

EL MARXISMO EN
TIEMPOS DE MARX (II)



EDICIONES
DOSCUADROS



¡Proletarios de todos los países, uníos! (Holzschnitt, 1896)

HISTORIA DEL MARXISMO
El marxismo en tiempos de Marx (II)

VV.AA. (Ed. ERIC HOBSBAWM)

Edición de
DOS CUADRADOS

Portada: 2Cuadrados
Diseño interior y maquetación: 2Cuadrados
Revisión y corrección de la traducción: 2Cuadrados

Impreso en Madrid, Estado español
Primera edición
Octubre de 2023

Índice

NICOLA BADALONI	
Marx y la búsqueda de la libertad comunista	5
1. Sobre la desvalorización del capital	5
2. Inflación, salarios y condición positiva de la acumulación	9
3. Sobre el poder burgués y sobre el enriquecimiento del individuo humano	13
4. Desarrollo productivo y circulación monetaria	26
5. Sobre la producción y sobre la circulación en general	30
6. Tiempo libre y formación del individuo social	43
7. Sobre el método de las abstracciones «transitorias»	61
LAWRENCE KRADER	
Evolución, revolución y Estado: Marx y el pensamiento etnológico	73
1. Historia natural e historia humana	73
2. Evolución de la naturaleza y de la sociedad	80
3. Historia y etnología	93
4. Los modos de producción y la teoría de los estadios	100
5. El motor de la historia: de la esclavitud a la libertad del trabajo	112
ERIC J. HOBSBAWM	
Los aspectos políticos de la transición del capitalismo al socialismo	117
1. De la crítica democrática del Estado a las primeras formulaciones comunistas	118
2. Relaciones de clase y sociedad política	122
3. De la perspectiva de 1848 a la revolución de la mayoría	136
4. Las formas de poder de la burguesía	144
5. Marco mundial y políticas nacionales	149
6. Guerra y revolución	153
7. Una tarea ambigua y compleja	161

GEORGES HAUPT	
Marx y el marxismo	167
1. El marxismo: ¿una facción o una idea?	168
2. La difusión de las ideas de Marx	178
3. Kautsky y el marxismo como ciencia	185
4. La crisis revisionista y el nacimiento de los «marxismos»	193
GARETH STEDMAN JONES	
Semblanza de Engels	199
1. La suerte del «colaborador» de Marx	200
2. Los años de formación	209
3. La experiencia inglesa	217
4. La contribución de Engels a la formación del materialismo histórico	234
ERIC J. HOBSBAWM	
Las vicisitudes de las ediciones de Marx y Engels	247
1. Las obras publicadas por Marx y Engels	248
2. La Revolución rusa y las primeras tentativas de «obras completas»	254
3. Los escritos inéditos	257
4. Apuntes y notas preparatorias	260
5. Las traducciones	261

NICOLA BADALONI

Marx y la búsqueda de la libertad comunista

1. Sobre la desvalorización del capital

En una carta del 14 de agosto de 1851 Marx discute con Engels la teoría proudhoniana del capital. Para Proudhon, dice Marx, «la afirmación pura del capital es el interés», y el beneficio no es más que «una forma particular de salario».¹ Si se elimina el interés, habremos reconstruido la sana sociedad burguesa. Cuando Proudhon propone reducir la tasa de interés a anualidad (*annuité*), está proponiendo algo que ya sucede normalmente en la sociedad burguesa. Realmente nadie ha cobrado ni cobrará nunca los intereses en la forma planteada por Price. No sólo, escribe Marx, «no se ha amortizado el capital; ni siquiera se reproduce en cuanto al valor. Y esto en virtud de una ley muy simple. El valor se establece en su origen a base de los costos de producción iniciales, conforme al tiempo de trabajo primitivamente necesario para fabricar el producto. Pero una vez que se ha fabricado el producto, su precio está determinado por los costos necesarios para *reproducirlo*. Y los gastos de reproducción disminuyen constantemente y con tanta mayor rapidez a medida que la época está más industrializada. Por consiguiente, ley de la depreciación permanente del valor-capital mismo, que limita la ley de la renta y del interés, que de lo contrario estaría abocada al absurdo. Esa es también la explicación de la proposición», formulada por Engels, de que «ninguna fábrica cubre sus costos de producción. Proudhon no puede, pues, renovar la sociedad introduciendo una ley que, en el fondo [*au fond*], está funcionando ya sin sus consejos».²

Esta carta continúa una discusión entre los dos amigos, en la que Marx había formulado, un proyecto para provocar el descenso del interés a base de constituir «un Banco nacional privilegiado con el monopolio de la emisión de papel-moneda (*papiercurrency*) y la exclusión del oro y la

¹ K. MARX y F. ENGELS, *Cartas sobre «El Capital»*, Barcelona 1968, pp. 46-47.

² *Ibid.*

plata de la circulación».³ Engels había objetado que tal plan fracasaría ante la necesidad que experimentarían los pequeños comerciantes de recurrir a la usura. El aumento del dinero en circulación sólo favorecería a los grandes comerciantes. Sin embargo, el razonamiento de Marx no deja de estar fundamentado. La tesis clásica (incluso de Ricardo) era que el dinero circulante en papel-moneda tenía que adecuarse al movimiento del oro, y por lo tanto aumentar cuando aumentaba el oro en las fases de expansión de la producción y de intensa exportación de mercancías, y disminuir en las fases de depresión cuando iban en aumento las exportaciones de oro. En cambio, para Marx, en este segundo caso la banca debería actuar en sentido opuesto, favoreciendo, y no restringiendo, las operaciones de intercambio. En otras palabras, debería satisfacerse la exigencia de mayor liquidez. Si actuaba de otro modo la banca se interferiría «sin necesidad» y agravaría «la crisis de mercados que se estaba desarrollando».⁴ Marx llegaba a esta conclusión porque consideraba que la intensificación del movimiento del dinero en circulación, tanto en oro como en papel-moneda, no actúa como causa, sino como efecto «del mayor capital en acción».⁵ La depresión podría combatirse eficazmente a base de aumentar el dinero en circulación, es decir, depreciando el capital existente, las deudas contraídas, la tasa de interés y la renta, y por lo tanto reactivando el beneficio a costa de la riqueza acumulada y legitimada en forma de propiedad.

Engels sólo comparte en parte esta propuesta de Marx. Considera que la depresión ya libera, en parte, el dinero circulante y actúa espontáneamente sobre el mismo. Es cierto que durante la depresión la circulación monetaria no disminuye sensiblemente «hasta el final» y que «a fin de cuentas, este proceso se desarrolla ya desde el principio de la depresión, aun cuando, efectivamente, no se pueda demostrar con detalle».⁶ Engels no ve, sin embargo, la utilidad de una intervención dentro de la concatenación espontánea de los distintos movimientos de circulación.

³ Ibid. pp. 36-42.

⁴ Ibid.

⁵ Ibid.

⁶ Ibid., p. 43.

Marx, en cambio, intuye que una acción sobre la tasa de interés que dejara de lado las precauciones inmediatas de la banca, podría atenuar los efectos de la crisis comercial porque la depreciación del capital tendría efectos positivos sobre la tasa de beneficio.

Como es sabido, Marx se había ocupado de este problema de la desvalorización en *Miseria de la filosofía*. En este texto había escrito, siguiendo a Ricardo, que la ley del valor como medida del trabajo real era también «la ley de una depreciación continua del trabajo... Se depreciarán no sólo las mercancías que lleguen al mercado, sino también los instrumentos de producción y la fábrica en su conjunto».⁷ Para combatir este proceso ininterrumpido de desvalorización, Marx había propuesto una «convención inédita» que tuviera en cuenta la suma total de las fuerzas productivas (trabajo inmediato como índice de las posibilidades productivas del trabajo acumulado) y la suma de las necesidades ajenas. A este respecto escribía: «Es propio de la gran industria que el tiempo de trabajo sea igual para todos. Lo que hoy día es el resultado del capital y de la competencia de los obreros entre sí, será mañana, si cortáis la relación entre el trabajo y el capital, el resultado de una convención basada en la razón de la suma de las fuerzas productivas a la suma de las necesidades existentes. Pero semejante convención es la condensación del cambio individual... En principio, no existe cambio de los productos, sino cambio de los trabajos que concurren para la producción. El modo de cambio de los productos depende del modo de cambio de las fuerzas productivas».⁸

Las relaciones sociales «creadas por los hombres», que son «autores y [...] protagonistas de su historia», desarrollan esta historia a través de un triple movimiento: de «crecimiento» de las fuerzas productivas, de «destrucción» de las relaciones sociales, y de «formación» de las ideas.⁹ En la sociedad actual, basada en el trabajo asalariado, los tres modelos de racionalidad señalados (acumulación del saber y de la técnica, y por tanto valorización; crítica, destrucción y reestructuración del saber y de la técnica, y por tanto desvalorización; cambio de las relaciones sociales, y

⁷ K. MARX, *Miseria de la filosofía*, México 1966, p. 296.

⁸ *Ibid.*, p. 308.

⁹ *Ibid.*, p. 338.

por tanto formación de las ideas), funcionan bajo el estímulo de la competencia. La condición básica es el desarrollo de las fuerzas productivas (lógica de acumulación y de crecimiento). Pero éste se realiza dentro de los límites capitalistas únicamente a través de la competencia, es decir, a través de la continua destrucción (desvalorización) de las mismas fuerzas productivas (vivas o muertas). Este doble movimiento asume la forma histórica de la contradicción entre trabajo acumulado (convertido en propiedad privada) y creación de nuevo beneficio. La condición positiva para que haya valorizado es la introducción en el sistema de nueva fuerza de trabajo. Pero esta condición no sería suficiente para conferir la necesaria movilidad al sistema si no se diese también la condición negativa, es decir, la desvalorización del trabajo vivo y del trabajo acumulado. En épocas de crisis el capital no duda en replantearse sus dimensiones. El sistema productivo capitalista puede funcionar porque la suma total de las fuerzas productivas presentes y pasadas (el trabajo social disponible) está sometida a tensiones y antagonismos (reducción del tiempo de trabajo necesario para reproducir la fuerza de trabajo y desvalorización del capital acumulado). El capital es, en realidad, «trabajo acumulado que sirve como medio para una nueva producción».¹⁰

En los primeros años cincuenta a los que nos estamos refiriendo, que separan al Marx crítico de la ideología y teórico de las fuerzas motrices de la historia del Marx crítico de la economía política, la atención prestada al problema de la desvalorización del capital, simultáneamente como contradicción interna y como instrumento de vitalidad del sistema, indica que Marx atribuye gran importancia al fenómeno de la competencia en relación con la necesidad de la desvalorización y de las crisis. En la carta que hemos examinado se va incluso más allá y se señalan posibles líneas de intervención dentro del movimiento negativo que lleva a la desvalorización. Un proceso que se desarrolla espontáneamente dentro del sistema capitalista puede ser regulado conscientemente, dentro de ciertos límites, a través de una determinada política económica. Precisamente porque la sociedad burguesa institucionaliza la propiedad privada

¹⁰ K. MARX, *Trabajo asalariado y capital*, en MARX Y ENGELS, *Obras escogidas*, vol. I, p. 77.

y tiende a convertirla en la razón de seguridad e incluso de vida de los individuos propietarios, el capital, que es su origen, debe cambiar continuamente las proporciones de valor. La historia, como lugar en el que se realiza la acumulación, se convierte en el escenario de esta representación que hace de la desvalorización de la riqueza el instrumento para producir y acumular nueva riqueza. La filosofía del capital es una filosofía de la crisis de lo que históricamente se ha realizado y, dentro de los límites derivados de la reproducción de las condiciones precedentes, de formación de nuevos niveles de equilibrio. La condición positiva de este continuo desequilibrio es que permita practicar de nuevo la acumulación.

2. Inflación, salarios y condición positiva de la acumulación

En otra carta de Marx a Engels, escrita el 22 de abril de 1968, hay un esbozo de explicación de la relación entre variación del valor monetario de las mercancías y movimientos del salario. Dice Marx: «Quiero comunicarte una «pequeñez» que se me *ha ocurrido* solamente con mirar mi manuscrito sobre la cuota de beneficio. De este modo se resuelve con toda sencillez uno de los problemas más difíciles. Trátase, en efecto, de saber cómo explicarse que al bajar el valor del dinero o del oro aumente la cuota de beneficio y disminuya, en cambio, al aumentar aquel... Si, al descender el valor del dinero, el precio de trabajo no aumenta en la misma proporción, descenderá en realidad, con lo que aumentará la cuota de plusvalía y también, por tanto, *all other things remaining the same*, la cuota de beneficio. El alza de ésta (mientras se mantenga *la descendant oscillation* en el valor del dinero) se debe a la simple baja de los salarios y ésta, a su vez, al hecho de que los cambios producidos en los salarios sólo se aplan lentamente a los cambios operados en el valor del dinero».¹¹

Marx plantea aquí la discusión sobre la cuestión de la inflación de precios en relación con las variaciones de la cuota de beneficio. Los precios cambian más rápidamente que el coste de la fuerza de trabajo. Se

¹¹ K. MARX, *El Capital*, libro 3, México 1971, apéndice, p. 830.

trata de un problema que Marx había tratado en el tercer libro de *El Capital*, donde había sostenido que un aumento del valor monetario de la cuota de beneficio no podía producir una efectiva reducción de los salarios, ya que el aumento debía ir acompañado de una «elevación y la correspondiente alza de los precios de las mercancías que forman el capital constante».¹² En la carta que hemos citado se precisa la cuestión y se introduce un nuevo aspecto. Se trata de la diferencia en el tiempo de este equilibrio proporcional, que provoca, de hecho un aumento de la plusvalía y, por lo tanto, del beneficio. Durante un determinado lapso de tiempo el precio de mercado de los salarios no se adecúa al cambio del valor nominal de los beneficios, con lo que éste no es sólo nominal, sino real. Además, Marx discute si el fenómeno agota todos sus efectos cuando se ha realizado la acomodación entre precio del trabajo y valor del dinero. Los teóricos (incluido Ricardo) responden que, entonces, tanto el salario como el beneficio se expresan en una cantidad tanto mayor de dinero y que, por lo tanto, nada ha cambiado. Por el contrario, los «especialistas que se ocupan de la historia de los precios [es decir, los prácticos] contestan a esto con *facts*»¹³ Efectivamente, si se supone que «los elementos del capital *constante*, o algunos de ellos, disminuyen de valor al crecer la productividad del trabajo que los produce» y si «el descenso de su valor es mayor que el descenso del valor del dinero», «bajarán de precio a pesar de la baja del valor del dinero».¹⁴

La misma idea puede expresarse con estas palabras: el tiempo necesario para reequilibrar la relación entre plusvalía y salario es normalmente utilizado por el capital para aumentar la productividad del trabajo en una determinada rama de la producción. Cuando los precios, incluidos los del salario, se reequilibran, la cuota de plusvalía y la cuota de beneficio han aumentado y no se advierte un aumento de la productividad del trabajo. El reequilibrio de las magnitudes parece que se haya alcanzado a través del aumento del salario monetario hasta el nivel anterior. Pero mientras tanto el antiguo equilibrio se ha roto de nuevo, ya que

¹² K. MARX, *El Capital*, libro 3, cit., p. 184.

¹³ K. MARX, *El Capital*, libro 3, cit., apéndice, p. 831.

¹⁴ *Ibid.*

se ha realizado imperceptiblemente un aumento de la productividad del trabajo que comporta una disminución del valor del capital constante. El efecto es un aumento de la cuota de beneficio. La combinación de un sistema de intercambio con la disponibilidad de una mejor tecnología produce modificaciones incluso en los precios de la parte constante del capital. Se llegaría a una situación límite en el caso de que el desarrollo tecnológico hubiese provocado una disminución de los precios de los elementos del capital constante (o al menos de algunos de ellos) que compensara perfectamente el aumento monetario. En tal caso la disminución del valor del dinero y el consiguiente aumento de precios de todas las demás mercancías provocaría modificaciones opuestas en el salario y en la plusvalía, dejando invariable la cuota de beneficio. Además, mientras se equilibrara la cuota de plusvalía al final del movimiento oscilatorio, se habría verificado un aumento de la cuota de beneficio, mayor «si el valor del capital constante disminuyese más rápidamente que el valor del dinero y menor si la disminución de aquél fuese más lenta».¹⁵

La productividad del trabajo, especialmente en las industrias propiamente dichas, recibe pues un impulso «con la baja del valor del dinero, con la simple inflación de los precios en dinero y la batida internacional general a la masa de dinero incrementada».¹⁶ Extendiendo lo que sucede en una rama de la producción a todo el sistema productivo, puede advertirse que: «Hasta qué punto, en un caso, el alza de la cuota de beneficio paralela a la baja del valor del dinero y, en el otro, la baja de la cuota de beneficio con el alza del valor del dinero repercute sobre la *cuota general de beneficio* dependerá en parte del *volumen relativo* y de las ramas especiales de producción en que se produzca el cambio y en parte de la *duración* de éste, pues el alza y la baja de la cuota de beneficio en ramas industriales especiales necesita tiempo para transmitirse a las otras. Y si la oscilación dura relativamente poco tiempo, no pasará de ser puramente local».¹⁷

¹⁵ Ibid.

¹⁶ Ibid., p. 832.

¹⁷ Ibid.

En el caso expuesto por Marx se combina con el modelo de intercambio una referencia directa al tema del desarrollo de la productividad. El razonamiento de Marx se basa en el presupuesto de que los movimientos aparentes de reequilibrios ocultan una variación efectiva de la cuota de beneficio, que en la práctica suele tender a aumentar. Para explicar esta variación hay que admitir la hipótesis del efecto combinado del cambio de las relaciones de intercambio sobre el precio del trabajo y su función de estímulo sobre el desarrollo de la productividad. Tras el movimiento monetario que tiende al equilibrio, actúa imperceptiblemente y de modo divergente la tendencia, casi constante en la producción capitalista, a desarrollar la productividad del trabajo. Esto tiende a aumentar la cuota de beneficio.

Han quedado planteados dos problemas que permanecerán en el centro de la reflexión de Marx. En primer lugar, el sistema de relaciones que permite transformar el intercambio entre capital y fuerza de trabajo en condiciones básicas para mantener y desarrollar la propiedad privada, la división del trabajo y el dominio de clase. En segundo lugar, el aumento de la productividad del trabajo que, dados los presupuestos anteriormente mencionados, beneficia siempre a las capas dominantes. Ambas cuestiones se convierten en Marx en un único problema: cómo hay que cambiar las relaciones sociales para poder canalizar de un modo distinto el aumento de la productividad del trabajo. Toda la construcción teórica de Marx está encaminada a mostrar en las complejas relaciones de intercambio las que canalizan el desarrollo de las fuerzas productivas hacia un dominio de clase, y viceversa, a mostrar que el mismo relieve atribuido en el análisis a estos canales no sólo los hace visibles como tales, sino que también muestra que no están vinculados a ninguna necesidad lógica o natural, sino a una necesidad histórica que depende de los presupuestos factuales asumidos dentro del sistema y asumidos por éste. Por esto Marx no prescindirá nunca en el análisis del sistema capitalista de las relaciones jurídicas y en particular de las relaciones de propiedad, y se negará a situarse en la óptica del reduccionismo ricardiano que hace de las relaciones de producción existentes las únicas que reflejan sin mediaciones o filtros el desarrollo de las fuerzas productivas. Por otra parte, tampoco prescindirá nunca del problema ricardiano del desarrollo de las

fuerzas productivas. No se trata únicamente de ver cómo reaparecen las antiguas relaciones de intercambio en las nuevas condiciones. Esto podría crear la ilusión de que, reduciendo la autonomía de aquéllas, se podría abrir el camino a una organización más civilizada de la sociedad (la ilusión de Proudhon). Se trata, por el contrario, de permitir que las nuevas relaciones sociales, más libres, pongan a disposición de todos la productividad creciente del trabajo.

3. Sobre el poder burgués y sobre el enriquecimiento del individuo humano

La desvalorización del capital existente y de la fuerza de trabajo deriva de las relaciones de intercambio; el aumento de la productividad del trabajo deriva de la interferencia de la ciencia y la técnica en el intercambio. El intercambio se apropia de la naturaleza humana, como se apropia de la inteligencia del hombre y de su capacidad de disponer de las cosas. La reducción de la naturaleza humana a las relaciones mercantiles de intercambio y la identificación del individuo humano con el propietario privado no son inventos de Marx, sino afirmaciones repetidas y defendidas por casi todos los filósofos de su época. Marx sostiene críticamente que «los talentos naturales» humanos son cosas distintas de las aptitudes de las especies animales. En realidad no son la causa sino el efecto de la división del trabajo.¹⁸ En el centro de la atención de Marx está el pensamiento de los *idéologues* y en particular de Destutt de Tracy. Tanto para éste como para J. B. Say la sociedad es una serie de intercambios recíprocos y la producción no puede existir sin intercambios. Los ricardianos como James Mili han polemizado contra el sistema monetario, pero esta polémica, dice Marx, no puede «proporcionar ninguna victoria decisiva, pese a toda su sabiduría». En realidad «la bárbara superstición económica del pueblo y de los gobiernos se atiene a la bolsa *sensible, palpable, evidente* y por tanto cree en el valor absoluto de los metales nobles como única realidad de la riqueza. Entonces viene el economista nacional como ilustrado hombre de mundo y les demuestra que el dinero es una mer-

¹⁸ K. MARX, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, en OME, vol. 5, p. 403.

cancía como cualquier otra, cuyo valor, por tanto, como el de cualquier otra mercancía, depende de la relación entre los costes de producción y la competencia (demanda y oferta, cantidad de las otras mercancías). Pero al economista nacional se le responde con razón que, de todos modos, el valor *real* de las cosas es su *valor de cambio* y que éste existe en última instancia en el dinero, y que éste existe como metal noble; que por tanto el dinero es el *valor real* de las cosas y, por tanto, lo más deseable que hay. Incluso las enseñanzas del economista nacional desembocan en último término en esta sabiduría, sólo que el economista posee una capacidad de abstracción que le permite reconocer la existencia del dinero bajo todas las formas de mercancías, y por tanto no cree en el valor exclusivo de su oficial existencia metálica. La existencia metálica del dinero no es sino la expresión oficial para los sentidos del alma del dinero, alma presente en todos los miembros de las producciones y movimientos de la sociedad burguesa. La oposición de los modernos economistas nacionales contra el sistema monetario se reduce a que han comprendido la abstracción y generalidad del dinero».¹⁹

Y más adelante, Marx, señala: «La Economía nacional... parte de la *relación del hombre con el hombre* en cuanto relación entre *propietarios*. El hombre es presupuesto como propietario privado, es decir, como detentador exclusivo; y su personalidad se apoya en esta posesión exclusiva, diferenciadora con respecto a los otros hombres, a la vez que medio que le relaciona con ellos (la propiedad privada es su existencia personal, *distintiva* y, por tanto, esencial). De este modo no sólo la *propiedad privada* misma, sino también la *pérdida o la renuncia* a ella representa una *extrañación del hombre*».²⁰

El dinero «posee la *propiedad* de comprarlo todo, la cualidad de apropiarse todos los objetos; es el *objeto* por excelencia»; y dado que, «como concepto vivo y activo del valor, lo confunde y trueca todo, es también la *confusión* y trueque de todas las cosas, o sea, el mundo tergi-

¹⁹ Ibid., pp. 278-279.

²⁰ Ibid., p. 283.

versado, la confusión y trueque de todas las cualidades naturales y humanas». ²¹

A la alienación del dinero se contraponen el hombre como ser objetivo, es decir, como un ser que necesita objetos para perpetuar su propia existencia natural y necesita relaciones sociales para enriquecerse a sí mismo. En la base de la idea marxiana del hombre como ser objetivo hay una nueva visión de la objetividad, estrechamente ligada a la necesidad de objetos, y una nueva idea del intercambio como relación social entre individuos humanos. Escribe Marx que «un ser que no es objeto para un tercero carece de todo ser como *objeto*, es decir, no se halla en situación objetiva, su ser no es objetivo». ²² En las condiciones actuales «la relación social en la que estoy contigo, el trabajo que realizo para tu necesidad es... una mera *apariencia*, basada en el pillaje recíproco. La intención del *pillaje*, del *fraude*, necesariamente acecha emboscada. Como nuestro intercambio es interesado de mi parte y de la tuya, como el interés propio siempre trata de superar el ajeno, es inevitable que tratemos de engañarnos. Ciertamente la medida del poder que concedo a mi objeto por encima del tuyo, requiere tu aceptación antes de que pueda convertirse en un poder real. Pero nuestro recíproco *reconocimiento* sobre el respectivo poder de nuestros objetos es una lucha y en la lucha vence quien dispone de más energía, fuerza, conocimiento de causa o habilidad. Si dispongo de suficiente fuerza física, entonces desvalijo directamente. En caso de que el reino de la fuerza física sea débil, entonces trataremos mutuamente de simular una apariencia y el más hábil engañará al otro». ²³

La contradicción entre el ser objetivo humano y la realidad alienada de las relaciones mercantiles, que también son objetivas pero se reducen a mera apariencia, no consiste en una regresión a una naturaleza colocada antes y fuera del intercambio, sino en una reapropiación de la objetividad social alienada. El punto de partida es la nueva situación, en la que «cada uno... se comporta realmente según aquello por lo que tiene al otro...». La producción de otro «*significa querer expresar la adquisición de*

²¹ Ibid., p. 406.

²² Ibid., p. 422.

²³ Ibid., pp. 290-291.

mi objeto... Nuestro mutuo valor es para nosotros el valor de nuestros mutuos objetos».²⁴

¿Cómo superar esta situación de alienación, en la que nuestro poder expresa en la posibilidad de disponer del poder de los demás, en la que, al igual que el dinero, la relación de señorío-esclavitud apenas está desembarazada de sus aspectos más inmediatos, pero «esta mutua esclavitud del objeto sobre nosotros se presenta además al comienzo del desarrollo como relación real de *señorío* y esclavitud»?²⁵ La respuesta de Marx es que esta relación mutua de utilización es sólo la expresión ingenua de nuestra relación esencial, y que si pudiéramos situarnos en la situación hipotética de producir como hombres, entonces «mi trabajo sería una *libre proyección exterior* de mi vida». En realidad,

bajo el presupuesto de la propiedad privada es *extrañación de mi vida*, puesto que trabajo *para vivir*, para conseguirme los medios de vida. Mi trabajo *no es* vida. En segundo lugar, desde el momento en que el trabajo afirmaría mi vida individual, se hallaría presente en él la *idiosincrasia* de mi individualidad. El trabajo sería, por consiguiente, *propiedad verdadera, activa*. En cambio, una vez presupuesta la propiedad privada, mi individualidad se halla extrañada hasta tal punto, que esta *actividad* me resulta *odiosa*, un *suplicio* y, más que actividad, *apariencia* de ella; por consiguiente es también una actividad puramente *impuesta* y lo único que me obliga a realizarla es una necesidad *extrínseca* y accidental, *no* la necesidad *interna* y *necesaria*.²⁶

En este último fragmento, que plantea directamente la temática de las necesidades como base del problema de la libertad, como reapropiación de una socialidad que en la realidad histórica aún está envuelta en relaciones de señorío-esclavitud, puede entenderse que Marx, con esta crítica, presenta la relación de propiedad como intrínseca a todo el mun-

²⁴ Ibid. p. 292.

²⁵ Ibid.

²⁶ Ibid. p. 293.

do del intercambio y de la riqueza. Se advierte aquí la influencia de Fourier. La crítica se concentra, como hemos dicho, en los *idéologues* y en sus «doctnnanos». Para estos, facultades humanas y relaciones de propiedad constituyen un todo y la naturaleza se subsume y resuelve dentro de las relaciones de propiedad. La crítica del intercambio en esta acepción tan amplia, que está en el centro de las páginas que hemos examinado, es, al mismo tiempo, la crítica de la naturalización de una determinada relación social, que aparece contaminada aún por subterráneas presencias de la figura del esclavo-señor. En *La Sagrada Familia* se reconoce que la reducción «ideológica», «doctrinaria» e incluso «positivista» de la individualidad humana a su forma propietaria ha tenido en Proudhon su más agudo crítico. Éste objetó a A. Comte que de la escasez de la «tierra» no se puede derivar ningún derecho de propiedad. Por el contrario, Comte debiera haber llegado a la conclusión de que, precisamente porque la disponibilidad de tierra es limitada, ésta no puede convertirse en un objeto de apropiación. De la apropiación «de agua y de aire no resulta daño alguno para terceros, porque siempre queda una cantidad suficiente de aquéllos, porque son ilimitados. Su disfrute [de la tierra], por consiguiente, debe ser regulado de acuerdo con el interés común».²⁷ La naturaleza es un presupuesto de las capacidades productivas que crea el hombre a partir de la materia.²⁸ Pero la crítica de Proudhon es limitada. Alcanza a todas las relaciones económicas excepto el *tiempo de trabajo* y el *material de trabajo*. Acepta acriticamente convertir el *tiempo de trabajo*, «la existencia inmediata de la actividad humana en cuanto actividad, en medida del salario y determinación del valor del producto». De esta forma, da un papel decisivo en la economía política al aspecto humano (juicio que Marx formulará con las mismas palabras con respecto a Ricardo), pero devuelve los derechos al hombre «aun a la manera de la economía política, y por tanto de manera contradictoria».²⁹ La crítica proudhoniana de la economía política «reconoce todas las determinaciones esenciales de la actividad humana, pero sólo en forma enajenada, extrañada». Por esto

²⁷ F. ENGELS y K. MARX, *La Sagrada Familia*, en OME, vol. 6, p. 46.

²⁸ *Ibid.*, p. 48.

²⁹ *Ibid.*, pp. 51-52.

«transforma la importancia del tiempo para el *trabajo humano* en su importancia para el *salario*, para el trabajo asalariado». ³⁰ Con todos los respetos para los críticos que han considerado la relación entre el Marx joven y el Marx maduro como el paso de los intereses filosóficos a los intereses científicos o de una visión humanista del hombre a una consideración estructural de las relaciones sociales, hay que decir que el carácter peculiar de la primera crítica dirigida por Marx a la sociedad burguesa consiste en un ataque global a las relaciones de propiedad y a su intervención en la economía política, sometiendo a ambas a la misma crítica. La riqueza inmobiliaria, el dinero, la propiedad ejercida sobre el trabajo y sobre los productos del trabajo, su intercambio, son relaciones de propiedad. La diversidad de los fenómenos no nos debe llevar a engaño. La socialidad del intercambio presupone estas relaciones en las que se oculta un poder. En estos años Marx no se plantea el problema del desarrollo de las fuerzas productivas como instrumento de liberación. Ricardo y los ricardianos son los que han dado una definición más moderna de las relaciones de propiedad, que incluye el tiempo de trabajo. Proudhon se ha limitado a desembarazar las relaciones de propiedad y, por lo tanto, la figura del esclavo-señor de sus caracteres más arcaicos. La búsqueda de una solución más radical no va, sin embargo, en la dirección de reconocer en el desarrollo de las fuerzas productivas al menos una condición de la revolución comunista; por el contrario, la economía política (Ricardo) ofrece una representación más consecuente de la riqueza burguesa. Aunque ciertamente en *La ideología alemana* hay una clara conciencia de que el mundo ha sido transformado por la industria. La más simple certeza sensible, dice Marx, es el resultado de «un desarrollo histórico-social de la industria y del trabajo humano». ³¹ El hombre es actividad sensible. Los individuos humanos que viven en su contexto social han subsumido en la historia su misma animalidad. La conciencia gregaria del hombre «se desarrolla y perfecciona después, al aumentar la perfección, al acrecentarse las necesidades y al multiplicarse la población, que es el factor so-

³⁰ Ibid., p. 52.

³¹ K. MARX y F. ENGELS, *La ideología Alemana*, Barcelona 1974, p. 28.

bre el que descansan los dos anteriores».³² Las posibilidades sociales del hombre se multiplican, pero dando lugar a «un poder material erigido sobre nosotros, sustraído a nuestro control, que levanta una barrera ante nuestra expectativa y destruye nuestros cálculos».³³

Entre las dos grandes escuelas del derecho, una que considera el poder como fundamento de toda regulación de las relaciones entre los hombres, y otra que hace derivar las leyes de la voluntad, Marx se alinea decididamente con la primera. El poder que se extiende sobre los hombres y les domina es más articulado que el Estado. Si se ve en «el poder el fundamento del derecho, como hacen Hobbes, etc., tendremos que el derecho, la ley, etc., son solamente el signo, la manifestación de otras relaciones sobre las que se descansa el poder del Estado».³⁴ Además del Estado, el poder reside (como ya hemos visto) en las capas propietarias y en las «capas teológicas». El trabajo intelectual debe asumir formas peculiares en el modo de producción capitalista. Las diversas funciones «se presuponen reciprocamente..., las contradicciones de la producción material hacen necesaria una superestructura de capas ideológicas cuya acción, sea buena o mala de por sí, es buena porque es necesaria; ... todas las funciones se hallan al servicio del capitalista y redundan en bien de éste; el burgués sólo admite y disculpa las producciones intelectuales, incluso las mas elevadas, porque ve en ellas la producción directa de riqueza material».³⁵ Comentando las lecciones dadas por H. Storch al gran duque Nicolás, Marx señala que, según Storch, «el médico produce la salud».³⁶ Pero advierte: «Con la misma razón podríamos decir que las enfermedades producen los médicos, la necesidad los profesores y los escritores, el mal gusto los poetas y los pintores, la inmoralidad los realistas, la falta de devoción los predicadores, y la inseguridad los monarcas. Esta manera de decir que todas estas actividades, que todos estos servicios producen un valor de uso real o imaginario, es empleada por los continuadores de Storch para demostrar que estos obreros son obreros

³² Ibid., p. 32.

³³ Ibid., p. 34-35.

³⁴ Ibid., p.386.

³⁵ K. MARX, *Teorías de la plusvalía*, Madrid 1974, vol. 1, p. 203.

³⁶ Ibid.

productivos en el sentido de A. Smith y crean directamente los productos del trabajo material y, por consiguiente, la riqueza».³⁷

El mismo modo de presentar el trabajo propio como productivo, en sentido smithiano, se repite en Nassau Senior. Éste hace ver a los burgueses, «con un servilismo completo que todo tiene que servirles para producir riqueza». Respecto a los obreros, se trata de hacerles comprender que «también son necesarias las gentes improductivas, puesto que contribuyen tanto como los obreros, aunque de distinto modo, a la producción de la riqueza».³⁸ Marx quiere poner de manifiesto un nuevo clima intelectual con respecto a la época de Adam Smith. Refiriéndose a Pellegrino Rossi, observa: «Al tratar de la división del trabajo, A. Smith nos explica que estas diversas operaciones se reparten entre diversas personas; el producto es, por tanto, resultado de la cooperación y no del trabajo de cada individuo. Rossi trata simplemente de justificar la parte considerable que los intelectuales se arrojan en la producción material».³⁹

Es importante subrayar esta diferencia de clima intelectual para comprender algunas posiciones teóricas de Marx. En primer lugar su modo de medir lo que -siguiendo la tradición smithiana- Marx llama los «falsos gastos de producción». Según Smith, «el Estado, la Iglesia, etc., no tiene razón de ser más que a condición de administrar y regentar los intereses comunes de los burgueses productivos, pues de por sí figuran entre los *faux-frais* de la producción, que es necesario reducir al más estricto mínimo. Este punto de vista presenta un interés histórico. Se opone, de una parte, a la concepción de la Antigüedad, según la cual el trabajo materialmente productivo era misión de los esclavos y servía de pedestal para el burgués ocioso, y de otra parte a la concepción que surge de la desintegración de la Edad Media, que preconiza la monarquía aristocrática y absoluta y que Montesquieu caracteriza como dice ingenuamente (*Esprit des lois*, VII 4): «Si los ricos no gastan mucho, los pobres

³⁷ Ibid.

³⁸ Ibid., p. 207.

³⁹ Ibid., p. 209.

estarán condenados a morir de hambre».⁴⁰ Con Adam Smith, la burguesía ha cambiado esta relación, pero «desde el momento en que la burguesía conquista el terreno; desde el momento en que se adueña del Estado o por lo menos llega a un acuerdo con sus antiguos dirigentes; desde el momento en que reconoce que las castas intelectuales son sangre de su sangre y que en todas partes se han convertido en agentes suyos; desde el momento en que ya no representa, como antes, el trabajo productivo frente a esta clase improductiva, sino que ante ella se alzan los verdaderos obreros productivos, que la acusan de vivir del trabajo ajeno; desde el momento en que ha progresado ya lo suficiente para decirse que no todo consiste en producir, sino que hace falta, además, que la gente consuma de un modo "inteligente" desde el momento en que los trabajos intelectuales se ponen al servicio de la producción capitalista cambia de actitud e intenta justificar desde su propio punto de vista económico lo que en otro tiempo combatió.

Lo que queremos subrayar es la importancia de la relación entre capas productivas e improductivas en la configuración de los distintos modos de producción y de las relaciones sociales correspondientes. Ésta es, como veremos, una de las claves fundamentales para comprender el materialismo histórico. El misterio que oculta un producto del trabajo procede de las relaciones de producción que lo generan como «cosa». Un traje es siempre un traje. Pero si se confecciona del modo correspondiente a «un intercambio en el que las figuras del empresario y del trabajador están separadas, «tendremos la producción capitalista y la moderna sociedad burguesa»; si se confecciona del modo correspondiente a la producción para el consumo directo, «tendremos una forma de trabajo manual compatible con las relaciones de producción asiáticas o con las relaciones de producción medievales».⁴¹ En segundo lugar queremos subrayar que la presión de las capas intelectuales para que se les reconozca una función productiva es en sí misma errónea, pero históricamente importante. Representa un elemento que distingue la época de Adam Smith de la de Garnier y Storch, de los *idéologues* y positivistas.

⁴⁰ Ibid., p. 214.

⁴¹ Ibid., pp. 214-215.

En *La ideología alemana*, que es el texto fundamental en el que se expresa esta problemática, pero que la plantea aún de una forma algo desviada, porque dirige sus dardos hacia la interpretación y la transformación especulativa de la filosofía de los *idéologues*, se dice en un fragmento fundamental que la sociedad civil «es el verdadero hogar y escenario de toda la historia».⁴² El poder de la sociedad civil se expresa como «una mano invisible», que ha conseguido dominar por encima y por fuera de los individuos. La dependencia universal impuesta por la mano invisible del comercio es objeto de la crítica de Marx (como de Owen y de Fourier). La salvación sólo puede estar «en el control y la dominación consciente sobre estos poderes, que, nacidos de la acción de unos hombres sobre otros, hasta ahora han venido imponiéndose a ellos, aterrándolos y dominándolos, como potencias absolutamente extrañas».⁴³ En *La ideología alemana* las fuerzas productivas son concebidas como una expresión de la actividad humana que marca el ritmo de la historia. En la sociedad capitalista, tal como la ve Marx en ese momento, la relación entre la creatividad humana y sus productos tiende a desaparecer porque por todas partes se interfiere una relación utilitaria. Por esto Destutt de Tracy está en el centro de la reflexión crítica de Marx, ya que identifica propiedad y personalidad humana en general.⁴⁴ Hay que reconocer, dice Marx, «su franqueza y su desvergüenza». Efectivamente, un burgués cree «ser verdaderamente un individuo en la medida en que es un burgués»; pero la identificación teórica de la propiedad del burgués con la individualidad humana es insostenible. Análogamente, J. Bentham, el ideólogo inglés por excelencia, insinúa siempre el interés «entre sí mismo y sus manifestaciones de vida»⁴⁵ : cada facultad humana «requiere un producto ajeno a la misma»⁴⁶. La creatividad humana está sometida a las relaciones utilitarias, cuya suprema expresión material es

⁴² Ibid., p. 211.

⁴³ MARX y ENGELS, *La Ideología Alemana*, cit., p. 38.

⁴⁴ Ibid. p. 263.

⁴⁵ Ibid. p. 264.

⁴⁶ Ibid. p. 245.

el dinero, «el representante de los valores de todas las cosas, de los hombres y de las relaciones sociales».⁴⁷

Así, la crítica de la alienación humana es en último análisis una crítica de las relaciones utilitarias de tipo mercantil. En esta crítica Ricardo desempeña ya un papel importante porque permite a Marx interpretar todo el complejo de relaciones sociales burguesas como expresión de un vasto sistema de poder bien articulado en sus estructuras (desde las de propiedad a las estatales, y a las de las capas ideológicas) cuya sustancia reside en la forma de la riqueza en general. Por eso Ricardo ha avanzado más que Proudhon, ya que su idea de la riqueza es más abstracta y puede englobar un mayor número de formas particulares. Esta interpretación de la contribución de Ricardo a la economía como ciencia, aunque es un punto de referencia permanente del pensamiento de Marx, hace del ricardismo un momento interno de este movimiento conceptual general de la riqueza que, al convertirla en abstracta, puede englobar todos los nuevos contenidos de dominio y de poder que permite la forma transformada de la figura esclavo-señor. La investigación de Marx no abandonará nunca esta línea interpretativa, y no es casual que incluso *El Capital* parta de la investigación sobre la mercancía y sobre el valor. El valor es precisamente la materialización en el intercambio de las relaciones de dominio y de poder que lo condicionan.

No obstante, en las investigaciones de los años cincuenta aparece en Marx una nueva idea. Ésta consiste en que Ricardo, aun habiendo aceptado plenamente la forma social del intercambio, había advertido que el elemento fundamental y primario era el aumento de la productividad del trabajo y que éste tendía a entrar en contradicción con la forma del intercambio prevista. Esta idea no aparece en absoluto en el Marx joven. Su crítica del sistema de intercambio es la crítica de las relaciones utilitarias que se superponen como relaciones extrañas a las necesidades de ese ser objetivo que es el hombre. El nuevo factor (el aumento de la productividad del trabajo), al interferirse con las relaciones sociales, muestra que éstas son insostenibles a largo plazo. Esto da autonomía al valor del tiempo libre, quita al tiempo de trabajo su función de condición primaria

⁴⁷ Ibid., p. 490.

de la riqueza y crea las condiciones materiales para la formación de ricas individualidades de masas.

Marx se esforzó en unificar los dos filones de su investigación, y de hecho *El Capital* es el resultado de este esfuerzo de unificación. Sin embargo, siempre se ha criticado precisamente esta soldadura. El Marx «proteta», «humanista», «filósofo» ha sido siempre el que ha sometido a crítica las relaciones burguesas de producción y de cambio. El Marx científico es el que ha tomado de Ricardo el tema del aumento de la productividad del trabajo. La soldadura por la que el «tiempo liberado» se convertía en la condición material de la crítica teórica y práctica del sistema de intercambio, no ha sido vista en toda su plenitud. Políticamente, esto ha dado ventaja al sistema capitalista y, en general, ha dificultado el problema de reconocer el nexo entre socialismo y libertad. Pero sólo de la aproximación de los dos filones podía derivarse la plena realización del plan de investigación de Marx que, como es sabido, se extendía a la política, a la teoría del Estado y a la del individuo. En este sentido, tras haber desarrollado el tema de la contradicción entre relaciones de propiedad y fuerzas productivas materiales, y tras haber señalado las reglas del nacimiento, vida y muerte de las formaciones sociales, Marx terminaba el *Prólogo* a la *Contribución a la crítica de la economía política* con estas palabras: «Esbozados a grandes rasgos, los modos de producción asiático, antiguo, feudal y burgués moderno pueden ser designados como otras tantas épocas progresivas de la formación social económica. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso de producción social... las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa crean al mismo tiempo las condiciones materiales para resolver este antagonismo. Con esta formación social termina, pues, la prehistoria de la sociedad humana».⁴⁸

Este diagnóstico del proceso de transformación social quedará como algo establecido para Marx. Lo repetirá en una página de *El Capital*, en la que critica la concepción que considera como históricas únicamente las relaciones de distribución y no las de producción. Esta concepción - particularmente en J. Stuart Mill- se basa «en la confusión e identifica-

⁴⁸ K. MARX, *Contribución a la crítica de la economía política*, México 1966, p. 8.

ción del proceso social de la producción con el proceso simple de trabajo tal como podría ejecutarlo un individuo anormalmente aislado, sin ayuda ninguna de la sociedad. Cuando el proceso de trabajo no es más que un simple proceso entre el hombre y la naturaleza, sus elementos simples son comunes a todas las formas sociales de desarrollo del mismo. Pero cada forma histórica concreta de este proceso sigue desarrollando las bases materiales y las formas sociales de él. Al alcanzar una cierta fase de madurez, la forma histórica concreta es abandonada y deja el puesto a otra más alta. La llegada del momento de la crisis se anuncia al presentarse y ganar extensión y profundidad la contradicción y el antagonismo entre las relaciones de distribución y, por tanto, la forma histórica concreta de las relaciones de producción correspondientes a ellas, de una parte, y de otra las fuerzas productivas, la capacidad de producción y el desarrollo de sus agentes. Estalla entonces un conflicto entre el desarrollo material de la producción y su forma social».⁴⁹

En esta segunda presentación teórica de la transformación de las formas históricas hay, más claramente que en el fragmento citado anteriormente, una referencia a la capacidad productiva (es decir, al aspecto subjetivo de las fuerzas productivas). Además, los conflictos en el ámbito de la distribución se consideran signos de una crisis más profunda.

Este último aspecto de la cuestión debería ser recordado a quienes aún hoy reducen la razón de la conflictividad únicamente a la esfera de la distribución de la riqueza. En realidad también se pone en cuestión el modo de producción al que Marx se refiere citando un escrito anónimo sobre *Competition and Cooperation*.⁵⁰ Su opinión es que el desarrollo de la

⁴⁹ K. MARX, *El Capital*, libro 3 cit., pp. 815-816.

⁵⁰ El escrito al que se alude se titula: *A Prize Essay on the Comparative Merits of Competition and Cooperation*, Londres 1834. Este escrito anónimo presentaba con gran realismo las condiciones que hacen que cuando la maquina abarata los medios necesarios de subsistencia, «abarata además a los obreros» (ibid., p. 27). También demostraba que la contribución de las parroquias había sido utilizada para mantener la competencia entre los telares mecánicos y los manuales: «La competencia entre telar manual y telar mecánico se ha mantenido con los tributos de los pobres.» Los trabajadores han pasado de «artesanos respetables y en

productividad del trabajo crea las condiciones materiales para la transformación histórica de un modo de producción basado en la competición, en un modo de producción basado en la cooperación. No es sólo la enajenación (condición negativa) la que está en discusión, sino también la reapropiación (como condición positiva derivada de la posibilidad de orientar los nuevos niveles alcanzados por la productividad del trabajo hacia una libre asociación de productores). La economía señala las condiciones materiales de la libertad e indica también la vía de su realización, si se someten a crítica sus presupuestos. Sin embargo, la idea de que esta crítica ponga de manifiesto la alienación de las relaciones de propiedad y represente asimismo el punto de llegada de su modernización, se interfiere continuamente con la primera posibilidad. De hecho esta interferencia representa la delimitación de los campos de la lucha de clases y de las razones de esta lucha.

4. Desarrollo productivo y circulación monetaria

El dinero tiene, según Marx, tres acepciones. En primer lugar es concebido como medida ideal y atribución de precio a las mercancías. A este nivel el precio es un presupuesto de la circulación, una posibilidad que no se realiza necesariamente. Para que esta posibilidad se haga realidad, la mercancía debe circular efectivamente, debe «realizarse». Como puras medidas ideales, es decir, como precios relativos atribuidos a las mercancías antes de su efectiva circulación, todas las mercancías son comparables sobre la base del trabajo social del que son materialización. En la realidad del proceso de cambio tienen que medirse en dinero. A este segundo, nivel la relación ya no es «ideal». En su medición recíproca las mercancías y el dinero pueden resultar interferidas por circunstancias accidentales (una revolución de valor de las mercancías o del dinero o movimientos que afecten a ambos). Los economistas (Ricardo, Say, James Mill, etc.) tienden a unificar estos dos momentos. Convierten la rela-

cierta medida independientes a ser miserables y rastreros que viven del pan humillante de la caridad» (ibid., p. 29).

ción vendedor- comprador en una relación puramente refleja que expresa una identidad. De este modo, al negar la escisión de los dos conceptos y la separación de los dos momentos y al sofocar en su nacimiento el principio de vida de las crisis, ven armonía donde hay los gérmenes de las contradicciones. Históricamente esta escisión es la que ha hecho de las capas mercantiles una realidad separada. El intercambio no es en sí mismo un hecho exclusivamente capitalista; como tampoco lo son los fenómenos de baja o alza general de precios. El fenómeno se convierte en capitalista cuando el dinero se convierte en el *representante* de la riqueza general. Entonces, a la idea del precio como medida y a la realidad del cambio como encuentro-choque de los precios en un mercado, se añade el fenómeno típicamente mercantil de la *autonomía* del dinero como equivalente de la riqueza general, como *tesoro*.

En cuanto aparece este tercer aspecto, el dinero ya no puede ser presentado como una máquina de intercambio, y un mecanismo que hace circular la riqueza. Es el objeto de las ansias de enriquecimiento y la fuente de la relación de propiedad. Por este tercer aspecto Marx concede significación a los grandes teóricos del mercantilismo (W. Petty y P. Boisgmllebert), aunque reconoce su fetichismo. La moderna economía política ha criticado este fetichismo, pero en realidad lo ha refinado sin liberarse del todo del mismo. Las relaciones de propiedad, que son objeto de las ansias de enriquecimiento, no han disminuido. Las superestructuras jurídicas y las ideologías aproximan todas las actividades humanas (incluso las que le son más ajenas) a la forma de las relaciones de propiedad. La sociedad burguesa moderna adapta sus formas al estímulo de posesión. El resultado es una presencia potencialmente total del mismo. La propiedad burguesa es sometida a las revoluciones de valor, es decir al vínculo de poder verse obligada a participar en el movimiento de las relaciones de cambio. Por otra parte, el impulso hacia la autonomía de la riqueza, es decir la tendencia a establecer la relación de propiedad y a ejercer el poder correspondiente, es el estímulo del que depende el mismo cambio.

El modelo simple que acabamos de exponer (el modelo más complejo que incluye el capital reproduce de una forma más elaborada este proceso simple) ha sido construido, pues, por Marx a partir del carácter *ideal*

o *general* de los precios (valores), para pasar al carácter *accidental-particular* del intercambio en el que los precios deben realizarse como valores de cambio, y pasar finalmente a la *sustancia* del valor de cambio que sale del proceso, adquiere autonomía con respecto al mismo. Y acaba siendo su fin y su estímulo. Se parte del carácter *ideal* inicial (la riqueza como suma de precios), que se realiza accidentalmente en el intercambio real y sale como dinero que se ha valorizado. La naturaleza del problema puede esclarecerse comparándolo con Ricardo. Éste reconoce el papel del valor de cambio en la economía política, pero se limita a hablar de distribución del producto, «como si en la riqueza basada sobre el valor de cambio se tratara solamente de la riqueza basada sobre el valor de uso, y como si el valor de cambio fuese sólo una forma ceremonial».⁵¹ Añade en las conclusiones que la riqueza aumenta sólo en su forma material, es decir, como valor de uso. Pero objetivamente cuando aumentan la plusvalía relativa y el capital en términos absolutos, aumenta también el valor de cambio como tal, el dinero como tal. La valorización crea valor de cambio, que no existe como «equivalente de valores de cambio existentes ni de tiempo de trabajo existente».⁵²

Para Ricardo, «en la misma proporción en que es aumentada la fuerza productiva de una cantidad de trabajo dada -de una suma de capital y trabajo-, desciende el valor de cambio de los productos y la producción duplicada tiene el mismo *valor* que antes la mitad».⁵³ Ya se ha establecido a priori que se puede vender una determinada cantidad de productos del trabajo y que se puede vender una masa duplicada de la misma mercancía. Pero el aumento de la masa es sólo un medio para determinar un excedente de valor. Si bien es verdad que el valor es relativo, también es verdad que, «para que aumente el valor de los beneficios, tiene que haber un tercero cuyo valor descienda... El excedente no consiste en este cambio, aunque sólo se realiza en él. Consiste en que [...] en la misma medida en que aumenta la fuerza productiva del trabajo, desciende el valor del

⁵¹ K. MARX, *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse)*, en OME, vol. 21, p. 272.

⁵² *Ibid.*, p. 292.

⁵³ *Líneas fundamentales...*, OME, vol. 22, p. 328.

salario».⁵⁴ Además, este cambio es decisivo para la realización, es decir, para pasar del carácter ideal de los precios a la realidad del mercado que determina sus recíprocas fricciones. O sea, que este cambio «tiene sus límites en los medios y necesidades de los demás de una mercancía *determinada*, que puede ser producida en un país e incluso en un mercado dado en el mercado mundial».⁵⁵ La producción debe engendrar una producción equivalente, una demanda activa. Ricardo se libera del problema sosteniendo que el capital siempre puede orientarse a algún empleo más provechoso; pero, como observa Marx, «el problema está precisamente en el "algún"».⁵⁶ Además, mientras que Ricardo habla siempre de un capital constante que, si es sustraído a este negocio, se invierte en este otro, a menudo el capital «consiste en gran parte en el patrimonio muy poco fijo» que se destruye cuando el trabajo deja de estar vinculado al mismo.⁵⁷

En resumen, Marx discute con Ricardo porque éste ha suprimido la tercera acepción del dinero y ha reducido en gran parte la segunda a la primera. Por un lado, el afán de dinero se ha convertido en el funcionamiento normal de un sistema en el que el beneficio es sólo un índice de productividad; por otro lado, las determinaciones relativas de valor, tal como se expresan en el movimiento de capitales, se han trasladado hacia un terreno «ideal» que atenúa sus contradicciones. El aumento sistemático de la productividad del trabajo se concilia sin problemas con el mercado. Reduciendo dinero y capital a instrumentos de una circulación, en muchos aspectos ideal, se olvida el proceso de autonomía del dinero como origen de las relaciones de propiedad y de poder históricamente determinadas. Marx lee la teoría ricardiana de la creciente productividad del trabajo con la óptica del mercantilismo moderno de J. D. Steuart⁵⁸ no

⁵⁴ Ibid., p. 358.

⁵⁵ Ibid., p. 361.

⁵⁶ Ibid., p. 361.

⁵⁷ Ibid., p. 352.

⁵⁸ «Steuart no hace más que dar una expresión *racional* al sistema monetario y al sistema mercantilista» (MARX, *Teorías de la plusvalía*, cit., vol. 1, p. 25). En realidad Steuart está totalmente inmerso en la ilusión del *profit upon alienation*, pero

como una máquina de funcionamiento del proceso orgánico social (precisamente el cambio), sino como el lugar de formación de las ansias de poder de las capas dominantes. El «mercantilismo» resiste en este aspecto al «reduccionismo» ricardiano.

5. Sobre la producción y sobre la circulación en general

Ya hemos recordado un pasaje de *El Capital*, en el que Marx alude al hecho de que, «cuando el proceso de trabajo no es más que un proceso entre el hombre y la naturaleza, sus elementos simples son comunes a todas las formas sociales de desarrollo del mismo». Marx añade inmediatamente que «cada forma histórica concreta de este proceso sigue desarrollando las bases materiales y las formas sociales de él».⁵⁹ Es casi exactamente lo mismo que Marx repite en su carta a Kugelmann del 11 de julio de 1868 (y será una afirmación que, como veremos, repetirá en otras ocasiones): «Incluso si en mi libro no hubiera ningún capítulo acerca del «valor», el análisis de las condiciones reales que yo hago contendría la prueba y la demostración de relaciones reales de valor. La cháchara acerca de la necesidad de demostrar la noción de valor se basa únicamente en la ignorancia más crasa, tanto del tema en cuestión como del método científico. Cada niño sabe que cualquier nación moriría de hambre, y no digo en un año, sino en unas semanas, si dejara de trabajar. Del mismo modo, todo el mundo conoce que las masas de productos correspondientes a diferentes masas de necesidades, exigen masas diferentes y cuantitativamente determinadas de la totalidad del trabajo social».⁶⁰

Este texto ha sido señalado particularmente como indicio de un permanente naturalismo de Marx. A la categoría de producción en general se le ha atribuido el significado de una abstracción que designa el contenido material de toda forma de producción y que por ello mismo

no hay que olvidar que esta ilusión es una necesidad del sistema capitalista, que presenta como intercambio la apropiación gratuita de la fuerza de trabajo.

⁵⁹ MARX, *El Capital*, cit., libro 3, pp. 815-816.

⁶⁰ MARX y ENGELS, *Obras escogidas*, cit., vol. 2, p. 442.

permanece constante e inalterada a través de los cambios. No hay duda de que en Marx se encuentra la razonable idea de que todas las sociedades son productoras de valores de uso de bienes que permiten mantener el intercambio originario de la especie humana con la naturaleza. Cambian las formas de esta apropiación, pero permanece el contenido de la misma. La sociedad capitalista burguesa es precisamente una forma de organización social que hace de la valorización de la riqueza el medio de aumentar la disponibilidad de los medios de cambio. De ahí su especificidad, las barreras que las relaciones sociales suponen para el modo de producción y la crisis que la amenaza constantemente.

Por otra parte, querernos subrayar que lo «general» no tiene en Marx únicamente este significado. Marx usa para sus propios fines la gramática que le ofrecía la lógica de Hegel y en particular la lógica del concepto con sus tres acepciones de *general* o *universal*, *particular* e *individual*. Cuando plantea su análisis como una investigación sobre el *capital en general*, Marx presupone que todas las potencialidades históricas contenidas en el concepto de «capital» se han desarrollado o pueden desarrollarse. La particularidad y la individualidad no son solamente aspectos del concepto general, sino también momentos que lo contradicen o, como ocurre con lo «individual», lo «arrancan» de la abstracción de la universalidad. Así, pertenecen al ámbito de lo *particular* la competencia y las crisis; y al ámbito de lo *individual* la vía de salida del sistema capitalista como formación del «individuo social». El objeto específico de la investigación de Marx es ciertamente el capital en general, es decir, el capital al que se supone la capacidad de desarrollar todas sus potencialidades. Marx pensaba que sólo de esta manera podía medirse la capacidad de resistencia del modo de producción, el desarrollo de su lógica interna ante las barreras y las contradicciones que lo definen. Sin embargo, el capital en general o el capital según su concepto no es la definición del significado de un nombre. Si tiene algún sentido hablar de capital (y no es la producción simple que ha existido en todas las épocas), es únicamente definiéndolo dentro de la historia y reconociendo en los hechos los elementos de la articulación que constituyen su movimiento. El capital presupone determinadas realidades sociales que, tornadas aisladamente, no son capital, pero se convierten en tal cuando entran en

relación entre ellas e imprimen a la sociedad un determinado movimiento. Los presupuestos del capital se «ponen» entonces dentro del mismo, constituyen su fundamento y se desarrollan en la medida en que se lo permite su fundamento o base.

Estos presupuestos son de origen social; es decir no son las simples condiciones técnicas de la producción que se hacen socialmente disponibles. Implican, por el contrario, la existencia de clases y la explotación de una por otra. En el lenguaje de Marx esto se puede expresar con la indicación de que el capital no es una forma absoluta de producción, sino una forma de producción *histórica*, es decir, que los elementos de su génesis se convierten en las condiciones «naturales» que frenan el desarrollo de las fuerzas productivas. No obstante, esto manifiesta la tendencia a una forma absoluta de producción, y esta tendencia se expresa por parte del capital en sus formas peculiares, ligadas al afán de enriquecimiento del que ya se ha hablado. El capital es pues una realidad particular que manifiesta una tendencia universal. Entre Ricardo y Sismondi, el primero ha comprendido en mayor medida la «tendencia universal» del capital, y el segundo su «limitación particular» como realidad factual de base.⁶¹ Para Ricardo la capacidad de superar obstáculos está «en la esencia misma del capital». Sismondi descubre las contradicciones y querría limitarlas con obstáculos externos a la producción de carácter ético, jurídico, etc. Ricardo acentúa el aspecto de «universalidad» y sublima la producción simple, que como tal existe también en la producción capitalista, a *producción en general* cuando precisamente posee la tendencia a lo absoluto propia del capital. Por esta razón, para no conceder que el capital entra en crisis, Ricardo se abstrae «de todas sus características específicas, de todas sus determinaciones conceptuales y se la concibe, por el contrario, como producción simple para el valor de uso inmediato».⁶² R. McCulloch, James Mill y J.B.Say, como ya hemos recordado, identifican inmediatamente demanda y oferta. El momento de la valorización, de la autonomía del valor de cambio queda suprimido, y producción y consu-

⁶¹ MARX, *Líneas fundamentales...*, OME, vol. 21, p. 360.

⁶² *Ibid.*, p. 361.

mo se identifican, como si nos encontrásemos ante una forma absoluta de producción y no ante una forma histórica y determinada.

Para evitar malentendidos vale la pena recordar que por producción absoluta Marx entiende un tipo de organización de la producción en la que el desarrollo universal de las fuerzas productivas tenga como único presupuesto «la superación del punto de partida».⁶³ En otras palabras, se entiende por forma absoluta de la producción aquella que se basa únicamente en el estado de la técnica, en el desarrollo de las capacidades productivas y en la capacidad de los sujetos para prever las necesidades sociales (recuérdese la inédita convención de la *Miseria de la filosofía*). La producción capitalista no es una producción absoluta de este tipo, aunque en ella se manifiesta la tendencia a serlo, es decir, en el lenguaje de Marx, a desarrollar la producción en general. Ésta es una abstracción que permite fijar el tipo de la forma absoluta del desarrollo de las fuerzas productivas. Así, refiriéndose a Ricardo, Marx puede escribir: «con razón para su época, Ricardo consideraba que el modo de producción capitalista era el más ventajoso para la producción en general».⁶⁴ En otra ocasión alude a un límite «no inherente a la producción en general, pero sí para la producción basada sobre el capital».⁶⁵ Este significado del término *producción en general* resulta aún más definido cuando se vincula a la operación de abstracción de las distintas formas de producción, a través de la mediación de su fundamento común. Es como si Marx dijese: si suprimimos los aspectos particulares de los distintos modos de producción, la abstracción resultante es lo que Hegel llama fundamento, es decir, una tendencia, una potencialidad que asume un significado en relación con los aspectos particulares que «se han ido a pique». En otras palabras, si se toma en consideración la esencia común que se realiza en los distintos modos de producción despojándola de sus determinaciones particulares y no identificándola con ninguna de ellas, no nos queda una simple abstracción, sino que aparece una tendencia, un movimiento de la realidad. Marx intenta incluso la operación lógica de recuperación del

⁶³ *Ibid.*, p. 491.

⁶⁴ MARX, *Teorías de la plusvalía*, cit., vol. 1, p. 394.

⁶⁵ MARX, *Líneas fundamentales...*, OME, vol. 21, p. 365.

fundamento. Cuando éste se manifiesta en el fondo de varios modos de producción, posee algo determinado, precisamente la determinación de la producción en general o bien de la producción absoluta. Léase este fragmento que nos parece que resultaría totalmente incomprensible si no se tuvieran en cuenta las advertencias que acabamos de formular:

Si reducimos el salario a su base general, es decir, a la parte del propio producto del trabajo que se destina al consumo individual del obrero; si sustraemos esta parte a las trabas capitalistas y la ampliamos en toda la extensión del consumo que consiente, de una parte, la capacidad productiva existente de la sociedad (y, por tanto, la capacidad social productiva de su propio trabajo, considerado como trabajo realmente social) y que, de otra parte, reclama el pleno desarrollo de la individualidad; si reducimos, además, el trabajo sobrante y el producto sobrante a la medida necesaria bajo las condiciones vigentes de producción de la sociedad necesaria de un lado para formar un fondo de seguros y de reserva y de otro lado para ampliar continuamente la reproducción en la medida impuesta por las necesidades sociales; y si, finalmente, incluimos en la categoría 1 la del trabajo necesario, y en la categoría 2 la del trabajo sobrante, la cantidad de trabajo que los miembros de la sociedad aptos para trabajar deben rendir siempre para los que aún no lo son o han dejado de serlo, es decir, si despojamos tanto al salario como a la plusvalía, al trabajo necesario y al trabajo sobrante, de su carácter específicamente capitalista, veremos que no quedan en pie precisamente estas formas, sino solamente los fundamentos sobre que descansan y que son comunes a todos los modos sociales de producción.⁶⁶

Al final del párrafo el lector no se esperaba la referencia al *fundamento común*, sino la proyección hacia lo que Marx llama producción absoluta, es decir precisamente aquella que parte del estado de las técnicas y del desarrollo de las personalidades humanas. Recuérdese que en la *Crítica del programa de Gotha*, Marx sostiene que del producto social global hay que detraer lo necesario para reponer los medios de producción consumidos, una parte suplementaria para la extensión de la producción, un fondo de reserva y de seguro contra daños e infortunios causados por

⁶⁶ MARX, *El Capital*, cit., libro 3, p. 809.

sucesos naturales, etc., y además los gastos de administración general que no se incluyen en la producción, lo que se destine a la satisfacción de necesidades sociales (escuelas, instituciones sanitarias, etc.), un fondo para los incapacitados para el trabajo, y proceder entonces a la distribución individual de lo que queda del producto social global. El procedimiento de exposición es el contrario (del producto global social a la distribución en el segundo caso; de la expropiación de las formas de la distribución capitalista a la detracción del fondo social en el primer caso), pero la sustancia del discurso es la misma. Y, sin embargo, en el segundo caso Marx se refiere a la sociedad comunista mientras que en el primero se refiere a la acción de despojar los fundamentos de la sociedad capitalista. El misterio sólo se puede resolver admitiendo que la acción de despojar el fundamento, y la eliminación de las particularidades, permite descubrir el «fundamento» como raíz de la tendencia absoluta que en la sociedad capitalista se contrapone a las bases histórico-factuales del modo de producción, es decir, a la esencia de la división y explotación de las clases. A través del fundamento se llega a la producción en general y a través de su combinación con la rica individualidad se llega a la correcta relación sujeto-objeto, y como consecuencia a la posibilidad de una sociedad comunista.

No me parece que, a propósito de esta combinación entre rica individualidad y fuerzas productivas, es decir, a propósito de la problemática de la acción de despojar las formas, se pueda hablar de naturalismo. El discurso desemboca en dos condiciones que son, por un lado, la productividad del trabajo y, por otro lado, la personalidad rica. Mientras las condiciones materiales de la producción han permitido que el trabajo de la mayoría sirviera para crear la rica individualidad de una minoría, resultaba imposible toda operación de despojar el fundamento. Pero cuando el desarrollo de la productividad del trabajo hace imposible combinar los dos elementos de la productividad y de la personalidad de modo que sea materialmente posible asegurar un tiempo libre a las masas y que éstas lo utilicen para formar su rica individualidad, entonces esta operación asume el significado de una reestructuración profunda de toda la historia humana, de su fundación revolucionaria, en el centro de la cual está el desarrollo de la riqueza y de la libertad de las masas. Al hacer de la

producción en general la forma absoluta de la producción, se hace posible considerar el capital como una forma que tiene únicamente tendencia al absoluto, pero al que sus mismos presupuestos le impiden realizarla.

Si se quiere llegar a la producción en general o producción absoluta sin despojar las formas ni reducirlas a su fundamento, se acaba sublimando la producción capitalista como forma absoluta de la producción, es decir, se confunde la tendencia con la realidad. Ricardo sólo consigue entender raramente Y de un modo parcial la historicidad del modo capitalista de producción. En general hace de la producción capitalista una producción absoluta, anulando las bases y olvidando la génesis de las categorías. Su procedimiento científico se caracteriza por una «reducción» y eliminación de los aspectos que contradicen sus generalizaciones. Por ejemplo, con su modo de considerar la producción capitalista, en el cálculo el problema de la «realización» se da por resuelto. En el cálculo del capitalista productor, las dificultades de realización se presuponen nulas. Ricardo lleva esta concepción a la consecuencia extrema de que no existen crisis ni como posibilidad y de que los fenómenos que algunos economistas designan con tal nombre son simplemente desajustes producidos por la transferencia de capitales de una rama productiva a otra.

Si se asume el punto de vista del capital productor de interés (es decir, un punto de vista pre-ricardiano que Marx considera que no puede eliminarse de la representación de la sociedad capitalista), el mismo proceso productivo asume la apariencia de un obstáculo, de una dura necesidad que no es más que el reflejo de lo único importante para estos capitalistas, es decir, el aumento de los valores de cambio. En este caso el desarrollo de la productividad se convierte únicamente en un medio de aumentar la producción del valor de cambio. La idea de Marx es que la figura del capitalista productor de interés «nace necesariamente del hecho de que el capital como propiedad jurídica se separa de la propiedad económica, y una parte del beneficio, con el nombre de interés, pasa a un capital independiente o a un poseedor de capital totalmente ajeno al proceso de producción».⁶⁷ Como ya hemos señalado, Proudhon creía que mostraba la producción absoluta eliminando estas formas del juego. Para

⁶⁷ K. MARX, *Teorías de la plusvalía*, cit., vol. 2, pp. 166-167.

Marx, como es sabido, son en cambio ineliminables. Suprimirlas es simplemente fingir que no se ven. Esto no impide que, dentro del complejo movimiento de las mercancías y los capitales, tienda a aislar metodológicamente el momento de la producción del de la circulación. Pero se trata precisamente de un modo de mostrar en sus diversas manifestaciones una articulación global que debe ser representada aproximativamente de un modo no reductivo. Teóricamente, este tipo de metodología se opone tanto al reduccionismo ricardiano como al reflejo de Hegel, entendido como identificación inmediata de producción y consumo, de acumulación y de renta. En otras palabras, Marx acepta generosamente que el movimiento real puede aparecer de tal modo que se justifique la reducción de la realidad a un reflejo, a una especie de prospectivismo general, del que Ricardo escapa a base de reducir a la norma los aspectos excepcionales de la realidad. De cualquier modo, el universal al que tiende la producción burguesa es la riqueza en su forma general, el dinero.

El capital pone la *producción de riqueza* y, por lo tanto, el desarrollo universal de las fuerzas productivas y la constante revolución de sus presupuestos presentes, como presupuestos de su reproducción. El valor no excluye ningún valor de uso; por lo tanto, tampoco incluye ninguna clase particular de consumo, etc., comercio, etc., como condición absoluta, y todo grado del desarrollo de las fuerzas productivas sociales, del comercio, del saber, etc., se le presenta sólo como un límite, que él tiende a superar. Su presupuesto mismo -el valor- es puesto como producto, no como presupuesto superior que flota por encima de la producción. El límite del capital consiste en que todo este desarrollo procede antitéticamente y en que la elaboración de las fuerzas productivas, de la riqueza general, etc., del saber, etc., se presenta en la forma de *alienación* del individuo que trabaja; el individuo se relaciona con las cosas por él elaboradas no como con condiciones de sí mismo, sino como con la *riqueza ajena* y con su propia pobreza. Pero esta misma forma antitética es evanescente y produce las condiciones reales de su propia superación. El resultado es el siguiente: el desarrollo tendencial y, en potencia, general de las fuerzas productivas -de la riqueza en general- aparece como base.⁶⁸

⁶⁸ MARX, *Líneas fundamentales...*, OME, vol. 21, p. 496.

La posibilidad de que el desarrollo de las fuerzas productivas se funda con el de la rica individualidad está en el hecho de que la riqueza producida, tanto ahora como antes, adquiere autonomía y se ve impelida a enajenarse en las relaciones de propiedad. El capital no es una función social, sino una relación de poder y de uso. Esta relación se oculta tras la apariencia de una exclusiva funcionalidad social, pero deja abierto el margen a una apropiación subjetiva.

La tendencia a la producción absoluta se expresa en el capital en la tendencia por «constituir en todos los puntos los presupuestos de la circulación».⁶⁹ El mismo tiempo de circulación aparece como «un límite de la valorización».⁷⁰ La consecuencia necesaria de todo ello es la tendencia a reducir a cero el tiempo de circulación. Si «la circulación no ocasionara ninguna demora, si su velocidad fuera absoluta y su duración = 0, es decir, si ella fuera cubierta in *no time*, entonces sería lo mismo que si el *capital* pudiera empezar inmediatamente de nuevo su proceso de producción, tan pronto como éste hubiera sido terminado».⁷¹ Resulta obvio que la reducción a cero del tiempo de circulación es, en el modelo de Marx, el máximo que puede alcanzar el tiempo de producción, siempre que a este término se le dé el significado de producción de valor, aunque sea mediatizada por un proceso de producción real, ya que si se quisiese reducir todo el proceso de producción a la valorización, el mismo tiempo de producción real, desde el punto de vista del valor, debería tender a cero. Pero, desde el punto de vista ricardiano de la primacía del capital productor de mercancías, «ninguna velocidad de circulación podría elevar la reproducción del capital, o mejor dicho, la repetición de su proceso de valorización por encima de ese punto» ideal de la duración cero. «El tiempo de circulación en sí, no es ninguna *fuerza productiva* del capital, sino un *límite de su fuerza productiva*, que procede de su naturaleza en cuanto valor de cambio».⁷² Según el punto de vista de Ricardo, las dificultades de valorización de un capital determinado se resuelven au-

⁶⁹ Ibid., p. 497.

⁷⁰ Ibid.

⁷¹ Ibid., pp. 499-500.

⁷² Ibid., p.500.

tomáticamente en la multiplicidad de las alternativas de inversión que se ofrecen al capital en general. Para Marx esto es solamente una tendencia ideal del capital que choca con la realidad de la circulación, pero, como tendencia, forma parte de la realidad porque inspira comportamientos, sugiere expectativas y oculta aspectos de la realidad que están en contradicción con tales comportamientos.

Si nos quedamos en lo «general», la continuidad de la producción exige pues «la negación del tiempo de circulación».⁷³ Evidentemente, hay divergencia entre la idea y la realidad. El capital mercantil tiene una función de importancia fundamental.⁷⁴ Sin embargo, incluso como capital bancario, favorece el desarrollo de esta apariencia ideal. El crédito como «medida» de la plusvalía subordina al dinero como circulante. Marx demuestra que Ricardo tiende a dar por supuesto «el nivel general del beneficio» sobre la base de una relación entre beneficio total y salarios totales, que no es alterada por la competencia».⁷⁵ En el modelo explicativo propuesto por Ricardo se da la condición de una «competencia ilimitada». Esto equivale a decir «que las leyes del capital sólo se realizan totalmente dentro de la *competencia ilimitada* y de la *producción industrial*. Sobre esta base productiva y aquella relación de producción, se desarro-

⁷³ Ibid., p. 503.

⁷⁴ En una carta a Engels del 30 de abril de 1868, Marx, dando por supuestos los precios de producción, intenta calcular cómo influye el capital comercial en la tasa media de beneficio. Dado el capital productivo de la sociedad y dado el total del capital mercantil, la hipótesis de Marx es que el comerciante obtiene de su capital la cuota media de beneficio. Por otra parte, la incidencia del capital comercial hace descender la cuota media de beneficio calculada únicamente para el capital productivo. De este modo, «las mercancías, en masa y sobre una escala social, se venden por su valor». El capitalista comercial realiza el total de la riqueza social, mientras que su propio capital añadido al capital productivo le sirve únicamente como capital monetario circulante. «Lo que el comerciante se embolsa además de esto será, bien una estafa, bien el producto de una especulación sobre las oscilaciones de los precios de las mercancías, bien (si se trata de un simple detallista) un salario en forma de beneficio, aunque sea a cambio de un trabajo lamentablemente improductivo» [En *El Capital*, vol. 3 cit., apéndice, p. 836.]

⁷⁵ MARX, *Líneas fundamentales...*, cit., p. 510.

lla adecuadamente el capital; es decir, sus leyes inmanentes realizan por completo». Pero, si esto es así, observa Marx, «habría que mostrar cómo la *competencia ilimitada* y la *producción industrial* son condiciones de realización del capital, que éste mismo tiene que producirlas siempre en mayor medida». En cambio aquí la hipótesis se presenta como algo externo y arbitrario, no como desarrollos del capital, sino como presupuestos ideales del capital. Por otra parte, sólo de este modo Ricardo «intuye la naturaleza histórica de las leyes de la economía burguesas».⁷⁶ En otras palabras, según Marx, Ricardo da por supuesta la relación del capital consigo mismo en su forma más pura de autovalorización, que, a través del interés, permite el paso de la forma económica de la riqueza a la forma de propiedad. Para Ricardo esta forma, aparentemente pura, no es una tendencia que se enfrenta con la dura realidad del capital productor de mercancías (y que, como la renta de la tierra, tiene su origen en las relaciones de señoríoservidumbre que se combinan con la forma capitalista de producción), sino una realidad. Ricardo no ha entendido la formación del capital, su historia: «siempre habla de división de una cantidad *dada*, y no de la formación originaria de esa diferencia».⁷⁷

En esencia, Marx ve pues, en el proceso de circulación y en sus agentes, una formación que condiciona con su origen incluso el presente, aunque haya sido modificada de un modo correspondiente al concepto del capital. La correspondencia no es lógica ni natural, sino lógico-histórica, es decir, constituida por presupuestos históricos originariamente autónomos convertidos en funcionales al modo de producción capitalista. Lo cual no impide que, despojando las formas históricas, no sea posible reconocer en ellas lo que Marx ha definido como su fundamento común.

Pero la depuración de las formas y el redescubrimiento del fundamento común es en realidad la génesis de lo que en Ricardo aparece como desarrollo de la productividad del trabajo, como producción en general y tendencia al absoluto. Esta tendencia se manifiesta en la sociedad capitalista en un contexto determinado, histórico, que opera tanto

⁷⁶ *Ibid.*, p. 512.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 556.

en el sentido de reducirlo idealmente, como en el de «contradecirlo » en la práctica. Incluso el capital que idealmente aparece como sujeto que se desarrolla a sí mismo (que se autovaloriza), de hecho permanece bloqueado en cada una de sus formas fijas. Por ejemplo, hasta que no entra en el mercado, es un simple producto del trabajo; mientras permanece en el mercado, es mercancía; hasta que no puede ser cambiado por los factores de producción (la fuerza de trabajo y el trabajo objetivado), es dinero. En la tendencia al absoluto inserta en el capital se incluye, además de la producción en general, la circulación en general, es decir la irrefrenable tendencia del capital a no quedarse en ninguna de esas dos formas suyas. Por otra parte, de la misma forma que el capital no es producción en general sino únicamente tendencia a ella, tampoco es circulación en general sino únicamente tendencia a ella. Para usar la expresión de la *Crítica del programa de Gotha*, en la sociedad capitalista (y también en la primera fase de la sociedad comunista) no «ha desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo»; el trabajo es un medio de vida y no una «necesidad vital»; con el desarrollo general de los individuos no han crecido también las fuerzas productivas ni «corren a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva». ⁷⁸ La circulación en general sería precisamente este correr a chorro lleno de los manantiales de la riqueza colectiva. Idealmente, también en una sociedad comunista esto correspondería a una ausencia de obstáculos externos, a una exclusión de las crisis. Pero el capital no se libera realmente de éstas, sino sólo idealmente, porque, como es sabido, el coste de circulación se supone igual a cero. En el tipo ideal de la producción capitalista, se da por suelta una realización previa y total.

La negación de los tiempos de circulación no sucede en la realidad, sino sólo en el caso «ideal» de un capital que dé por supuesto que se ha realizado todo el producto. Ricardo pretende que esto sucede, con algunos desajustes, en la realidad. Para Marx se trata de dos experimentos ideales (producción en general y circulación en general), cuya referencia real es una tendencia inserta en la sociedad capitalista. Es como si Marx nos hubiese dicho: sucedería así si en el concepto de capital se incluyese

⁷⁸ K. MARX, *Crítica del programa de Gotha*, en Obras escogidas, cit., vol. 3, p. 15.

su realidad. Pero ésta es profundamente distinta porque se ha constituido tomando como algo dado los presupuestos esclavizadores de la renta de la tierra, de la explotación del trabajo, de la división del trabajo, de las relaciones de propiedad y del afán de enriquecimiento y de poder. El presupuesto de todo el discurso es el experimento ideal (para Ricardo era la realidad) por el que el capital en su prepotente vitalidad considera como ya *realizada* su concepción *ideal*, y como «hechos» sus «tendencias»; el valor científico del experimento reside en el hecho de que el investigador lo tome como tal.

Aceptando los presupuestos ideales de Ricardo, Marx los utiliza para mostrar cómo la «poesía» del capital, que se valoriza como «autorreflexión», oculta la prosa de la apropiación de trabajo no pagado. Pero, prescindiendo de esto, en Marx hay también un amplio rechazo de la reducción de la realidad a su idealización. Es científicamente útil presuponer que se realiza la circulación en general (la ausencia de crisis); pero también es útil tener conciencia de la realidad de las crisis, así como la barbarie precapitalista que encierra relaciones de servidumbre-señorío, ocultas en la forma de propiedad. Realmente no es fácil entender esta combinación de elementos histórico-factuales, de tendencias reales y de ideas experimentales. A este respecto, Gramsci ha aludido a leyes tendenciales, atribuyéndoselas a Ricardo. En realidad corresponden al modo de interpretar a Ricardo por parte de Marx, mediante el cual convierte las leyes naturales del sistema en la manifestación de sus tendencias ideales. Ignorando olímpicamente esta problemática, hoy se da por bueno que las relaciones de servidumbre y de explotación son indemostrables que las relaciones de propiedad y de poder han desaparecido de la faz de la tierra, que la moneda es sólo un medio de cambio y que las crisis son un recuerdo del pasado. Se olvida la crítica de Marx a Ricardo, y la diferencia entre una producción que tiende a ser absoluta y una producción absoluta pierde todo significado. Sobre todo se pierde de vista algo que en Marx era fundamental, aunque no estuviera explícito, es decir, que la tendencia que se expresa en el concepto de producción en general y de circulación en general, representaba en última instancia una interferencia con las relaciones de cambio y con las relaciones de propiedad para el desarrollo de la productividad del trabajo. Si el dinero era la autonomía de la

relación de cambio con respecto a la relación de propiedad, el tiempo libre era la autonomía del desarrollo de la productividad del trabajo en términos de condiciones materiales para la aparición de una nueva civilización. Los términos de esta alternativa se han clarificado ulteriormente, ya que si bien por un lado resulta indemostrable lo que es obvio (que las relaciones de propiedad encierran poder y explotación de una manera específica), por otro lado parece afirmarse la idea de que la voluntad de poder es un elemento ahistórico, connatural al hombre y actuante en el interior de todas sus relaciones. Sólo se saldría del reflejismo y del prospectivismo a través de la voluntad de poder. Lo que nos interesa en este momento es que para Marx se sale de tal condición pre-científica reafirmando que *omnis determinatio est negatio*, y que en este caso específico el tiempo libre de las masas puede convertirse en negación de las condiciones esclavizadoras que han penetrado también en el modo de producción capitalista.

6. *Tiempo libre y formación del individuo social*

Es muy importante una larga nota de los *Grundrisse* en la que Marx observa que «a la creación de plustrabajo por un lado, corresponde la creación de minustrabajo, de ociosidad relativa (o de trabajo no productivo en el mejor de los casos) por otro. Esto es evidente en relación con el capital, pero también lo es en relación con las clases con las que el capital se asocia, es decir, con los pobres, lacayos, parásitos, etc., que viven del producto excedente, y en resumidas cuentas, con todo el conjunto de sirvientes; y con la parte de la clase *servil*, que no vive del capital sino de la renta. Existe una diferencia esencial entre la clase *servil* y la clase *trabajadora*. En relación con la sociedad en su totalidad de creación de *tiempo disponible* es creación de tiempo para la producción de ciencia, arte, etc. El mecanismo de desarrollo de la sociedad no es, en modo alguno, el de que, puesto que un individuo ha satisfecho su necesidad, produce ahora lo que es superfluo para él; sino el de que, puesto que un individuo o clase de individuos es obligado a trabajar más de lo necesario para la satisfacción de su necesidad -porque existe plustrabajo por un lado- se crea no-

trabajo y riqueza excedente por otro. El desarrollo de la riqueza sólo existe realmente en estas condiciones: como posibilidad su propio desarrollo es la posibilidad de la superación de estas contradicciones. O porque el mecanismo de desarrollo de la sociedad requiera que un individuo sólo pueda satisfacer *su propia* necesidad, en la medida en que satisface la necesidad de otro y produce además un *excedente* para otro individuo. En la esclavitud esto es brutal. Sólo bajo la condición del trabajo asalariado conduce a la *industria*, al *trabajo industrial*. Malthus es, por lo tanto, completamente consecuente cuando exige, junto al plustrabajo y pluscapital, la existencia de plus-ociosos, que consumen sin producir; o la necesidad de la dilapidación, del lujo, del gastar por gastar, etc».⁷⁹

El fragmento es interesante porque sitúa en nuevas coordenadas al Marx profeta. Aquí se dice explícitamente que la influencia del tiempo libre en la formación de una rica individualidad de masas es sólo una posibilidad. Teóricamente la previsión se asume en el ámbito de la determinación teórica de esta posibilidad. Son las circunstancias no armónicas ni armonizables (las contradicciones económicas como contraposición a las armonías económicas de Bastiat y de Carey) las que abren la vía a esa posibilidad.⁸⁰ Es interesante también desde el punto de vista de la representación de la realidad, porque, mientras exista el sistema capitalista, a los poderosos les interesa desarrollar la clase servil que cambia su trabajo por renta. Si bien el capital aparece ante la burguesía como su propiedad privada y como tal le permite expresar socialmente una función de dominio, también le justifica una función social. Puede ocurrir incluso que el mismo capitalista intente justificarse presentándose como un trabajador dependiente al servicio de esa función social. En realidad es una relación de propiedad. Por esto Marx insiste en el hecho de que el capitalista tiene individualmente la posibilidad de *elegir* el momento en que su beneficio se presenta socialmente como renta y, apareciendo como tal, puede ser convertido en capital. Sin embargo, esta elección, que es real a nivel individual, es solamente teórica a nivel de clase, ya que ésta no sólo tiene que producir y consumir, sino que también tiene que repro-

⁷⁹ MARX, *Líneas fundamentales...*, OME, vol. 21, pp. 350- 351.

⁸⁰ Sobre este tema, G. W. F. HEGEL, *La scienza della logica*, cit., vol 2, p. 213.

ducir su capital. De ahí el aumento de poder real de que goza el capitalista cuando puede multiplicar las figuras serviles de quienes intercambian su trabajo por renta. Malthus tiene, pues, parte de razón y Marx no duda en reconocerlo, a pesar de la justificada aversión que demuestra hacia sus tesis. También desde este punto de vista, la cuestión demuestra que la influencia del tiempo libre en una disminución del tiempo de trabajo y luego en la conquista de condiciones de desarrollo cultural de masas, sólo puede ser una «posibilidad», es decir, el resultado de un conjunto de luchas coordinadas en el tiempo y en el espacio según un proyecto histórico.

Pero volviendo a la otra posibilidad, es decir, la de que, si permanece invariable o escasamente modificada la condición obrera, el tiempo libre favorezca el lujo de los poderosos y el desarrollo de las funciones serviles, hay que subrayar que Marx no se refiere únicamente a Malthus. El tema interesa de distinta manera a toda el área de los economistas políticos, y también a Ricardo. Como es sabido, Marx objeta a este último no haber sabido pensar una teoría del dinero correspondiente al sistema capitalista. Con ello Marx reprocha a Ricardo que no haya incluido, en las relaciones de intercambio, el proceso de autonomización del dinero y de formación de las relaciones de propiedad. El conflicto de clase es percibido en su punto esencial (la conflictividad entre el salario y lo que Ricardo llama el beneficio), pero sólo en él. La antítesis toma la forma de la búsqueda del máximo producto neto con respecto al producto bruto y esta búsqueda es justificada y sublimada como necesidad natural. La consecuencia sociológica de todo ello es que «en esta forma antitética, aquellas clases sociales cuyo tiempo no se ve solicitado en absoluto o sólo se ve solicitado parcialmente por la producción material, aunque sean las llamadas a beneficiarse con sus frutos, deben ser lo más numerosas que sea posible con respecto a aquellas otras que tienen que dedicar todo su tiempo a la producción material y para las cuales el consumo constituye uno de tantos capítulos de gastos dentro del coste de producción, una mera condición de la explotación a que se hallan sometidos. Es la tendencia constante a condenar a trabajos forzados a la parte más numerosa

de la sociedad, la tendencia a conseguir el máximo de lo que la producción capitalista puede dar de sí». ⁸¹

Esta exposición de la sociología implícita en el pensamiento económico de Ricardo puede compararse con el fragmento anteriormente citado acerca de Malthus. En ambos casos se llega al resultado de considerar que el crecimiento de las capas improductivas y de las capas medias es estrechamente dependiente del desarrollo de la sociedad capitalista en la forma indicada. En otro pasaje muy significativo del permanente diálogo de Marx con Ricardo, Marx alude a dos tendencias que se entrecruzan continuamente en la tentativa de interpretar la relación conflictiva entre

⁸¹ MARX, *Teorías de la plusvalía*, cit., vol. 2, p. 253. A pesar de tan tajante condena de los trabajadores productivos, no se iguala la brutal expresión contenida en el siguiente juicio de Nietzsche: «Yo no logro en modo alguno comprender qué es lo que quiere hacer con el obrero europeo después de haber hecho de él una cuestión. El obrero se encuentra demasiado bien para no ir pidiendo poco a poco cada vez más, para no pedir desaforadamente. Por último, tiene en su favor el gran número. Está completamente desvanecida la esperanza de que se forme una especie de hombres modesta y que se baste a sí misma, que se desarrolle hasta formar una clase: cosa que habría sido razonable, que habría sido precisamente una necesidad. ¿Qué se ha hecho? Se ha hecho todo lo posible para destruir en germen la premisa de aquel desarrollo, han sido destruidos totalmente los instintos en virtud de los cuales un obrero puede llegar a ser clase, puede llegar a ser "él mismo": se han destruido con irresponsable ligereza. Se ha hecho al obrero idóneo para el servicio militar, se le ha otorgado el derecho de asociación, el sufragio político. ¿Qué maravilla que el obrero sienta hoy ya como una miseria su existencia (o, para hablar en términos morales, como una injusticia)? Pero preguntamos aún: ¿qué es lo que se quiere? Si se quiere un fin, se deben querer también los medios, si se quieren esclavos es locura educarlos para dueños» (F. NIETZSCHE, *El ocaso de los ídolos*, en *Obras completas*, Buenos Aires 1967, vol. 4, pp. 284-285). Y en otro momento, en relación con la solución que propone Nietzsche al tiempo libre: «Se reconoce la superioridad del hombre griego, del hombre del Renacimiento, pero se querría poseerla sin sus causas y sus condiciones» (*ibid.*, p. 112). Esta nota, así como la exposición de la sociología implícita de Ricardo, quieren ser contribuciones para entender la teoría de la producción en general de Marx como posibilidad de tiempo libre para las masas. No niego que también quieren poner de manifiesto, tras el silencio wittgensteiniano, el hecho de que neorricardianos y neonietzschianos aspiran a la hegemonía cultural sobre el movimiento obrero.

capital y trabajo asalariado: una tiende a liberar fuerza de trabajo, y la otra tiende a absorberla en una medida cada vez mayor. Una tendencia, escribe Marx,

lanza a los obreros al arroyo y crea una población sobrante (*population redundant*). La otra los absorbe de nuevo y extiende en términos absolutos la esclavitud asalariada (*wages-slavery*), haciendo que el obrero oscile constantemente en torno a su suerte, sin poder salir jamás de ella. De aquí que el obrero vea siempre con malos ojos, y con razón, como algo que le perjudica, el desarrollo de la capacidad productiva de su trabajo; y de aquí también que el capitalista, por su parte, considere al obrero como un elemento constantemente condenado a ser expulsado de la producción. Tales son las contradicciones en que Ricardo se debate, en este capítulo. Lo que él se olvida de destacar es el incremento constante de las clases intermedias, situadas entre los obreros (*workmen*), de una parte, y de otra los capitalistas y terratenientes (*Landlords*), que viven en gran parte de las rentas (*Revenue*), que gravitan como una carga sobre la clase obrera (*working*) situada por debajo de ellas y refuerzan la seguridad y el poder sociales del puñado de los de arriba.⁸²

Pocas páginas antes, en el mismo texto, Marx se había referido a la teoría ricardiana de la maquinaria y había afirmado que «mientras una parte de los obreros se muere de hambre, puede ocurrir que otra parte de ellos coma mejor y se vista mejor, incluyendo en ella tanto a los obreros improductivos como a las categorías intermedias entre los obreros y los capitalistas».⁸³

Esta discusión con Malthus y Ricardo (que afecta también a J. B. Say) es importante también a nivel filosófico. La tendencia del capitalista a crear capas improductivas intermedias capaces de vivir del trabajo productivo de los demás, ya había sido señalada por Bentham. La relación

⁸² MARX, *Teorías de la plusvalía*, cit., vol. 2, p. 85.

⁸³ *Ibid*, p. 76.

entre Bentham y Ricardo puede sintetizarse de esta forma: para Ricardo la riqueza de una sociedad no reside en la extensión del trabajo productivo a costa del trabajo improductivo como en Smith, sino en la intensidad del primero; el número de condenados al trabajo debe ser relativamente pequeño y la productividad del trabajo lo más alta posible. Cuando se da esta última condición, una sociedad es rica. La intuición de este resultado se expresa filosóficamente en el pensamiento de Bentham con la fórmula de la mayor felicidad posible para el mayor número posible de hombres. Me parece que puede apreciarse una relación de afinidad entre el residuo de infelicidad implícito en el utilitarismo benthamiano y la condena al trabajo productivo del menor número posible de hombres que Marx reconoce en el «cinismo» de Ricardo. Hay quienes pueden gozar de la riqueza social aumentada y hay quienes están condenados a producir en las peores condiciones. El utilitarismo acepta esta solución con los límites impuestos a la consecución de la felicidad por una parte de los hombres.

Sin embargo, la relación entre filosofía y economía política no se limita a esta afinidad. Bentham considera al burgués como el tipo de hombre normal. En cambio, J. Stuart Mill no acepta íntegramente esta limitación, sino que va más lejos y desarrolla tendencias progresivas dentro de los límites del sistema capitalista.

«Para evitar equívocos observaré (escribe Marx) que, si bien hay que reprochar a hombres como J. Stuart Mill la contradicción entre sus dogmas paleoeconómicos y sus modernas tendencias, sin embargo, sería totalmente injusto no distinguir entre ellos y la caterva de apologistas de la economía vulgar».⁸⁴

⁸⁴ MARX, *El Capital*, cit., libro I, p. 254, nota. Por esto, en cambio. Nietzsche está «contra la justicia... contra John Stuart Mill». Horror me inspira su vulgaridad, que dice: «lo que es justo para un hombre es conveniente para otro», «no hacer a otro lo que no se quiera para uno mismo»; vulgaridad que quiere fundar todas las relaciones humanas en la reciprocidad de la prestación, de modo que toda acción aparece como una especie de pago de cosa que ha sido suministrada. Aquí la premisa es innoble en el más bajo estilo; aquí se presupone en mí y en ti la equivalencia de los valores de las acciones; aquí se anula sencillamente el valor más personal de una acción (o sea lo que no puede ser compensado o pagado

Las tendencias progresivas de Mill se pueden identificar en tres puntos: 1) no acepta que la parte proporcional de la riqueza social que debe servir como fondo para el trabajo o salario esté obstaculizada por cadenas naturales y por barreras impenetrables. Como la experiencia histórica ha demostrado, hay un margen para el aumento de los salarios, sin alterar la relación capitalista de producción; 2) rechaza la idea de que la felicidad de la mayoría sea, en las condiciones históricas dadas, inseparable de la infelicidad de los condenados al trabajo productivo. De ahí su sensibilidad por las formas asociativas de organización del trabajo y su intransigencia ante la relación de dominio jurídico y moral del hombre sobre la mujer. Su explicación de la aceptación psicológica de las relaciones de dominio existentes está en relación con una lógica de la asociación que cristaliza en hábitos y comportamientos. Pero éstos pueden cambiarse y dar lugar a nuevas formas de asociaciones de ideas tendencialmente menos represivas. Una organización socialista basada en la asociación de los productores es para Mill una posibilidad, un término de referencia posible, cuyo elemento decisivo es el aumento de libertad que pueda determinar⁸⁵; 3) el proceso de formación intelectual, dado su aspecto de transmisor y perfeccionador de habilidades, forma parte a todos los efectos del trabajo productivo.

Marx consideró justa esta corrección de Mill. En cambio lo criticó severamente en otros puntos, y en primer lugar por su justificación apolo-

con nada). La "reciprocidad" es una gran vulgaridad. (...) En un sentido más profundo, no se restituye nunca, porque es algo único y sólo se realizan acciones únicas. Este hecho, esta convicción fundamental contiene la causa del aislamiento aristocrático de la multitud, porque la multitud cree en la "igualdad" y, por consiguiente, en la compensación y en la "reciprocidad"» (F. NIETZSCHE, op. cit., p. 133).

⁸⁵ bis. «Está por comprobar si el sistema comunista puede ser compatible con el desarrollo multiforme de la naturaleza humana, la múltiple diversidad de individuo a individuo, la disgregación de gustos y de talentos y la variedad de puntos de vista de los intelectos humanos que no sólo representan gran parte de los hombres en fecundo contacto recíproco y al presentar a cada hombre innumerables ideas que no habría podido concebir por sí solo, constituyen el principal factor del progreso intelectual y social» (J. S. MILL, *Principios de economía política*, México, 1951, p. 206).

gética del beneficio como efecto de la abstinencia en el consumo por parte del capitalista. Ésta era la teoría de Nassau W. Senior, que había afirmado solemnemente que quería sustituir la expresión trabajo y capital por la de trabajo y abstinencia. «En cambio, el señor John St. Mill extracta en una página la teoría ricardiana del beneficio y, en la otra, se anexiona la «remuneration ob abstinence» de Senior. Por ajena que le sea la «contradicción» hegeliana, la fuente de la que mana toda dialéctica, Mill se encuentra como en su casa entre las contradicciones triviales». Y añade: «El economista vulgar no se ha hecho nunca la sencilla reflexión de que toda acción humana se puede entender como «abstención» de su contrario. Comer es abstenerse de ayunar; andar, abstenerse de estarse quieto; trabajar, abstenerse de hacer el vago; ociar, abstenerse de trabajar, etc. Estos caballeros harían bien en meditar de una vez sobre el dicho de Spinoza *determinatio est negatio*».⁸⁶

En segundo lugar, lo critica por «naturalizar» el proceso productivo sustrayéndolo de la historia. Mientras que es históricamente modificable la distribución, el proceso productivo es casi natural. La combinación del proceso productivo con las condiciones naturales es tan estrecha que tiende a reducir a mera tecnología la esfera de la producción. En conjunto Mill ha puesto en marcha un mecanismo de necesidades sociales al que no sabe acoplar una teoría de la superación estructural de los límites capitalistas del fondo de trabajo. Sobre la cuestión del comunismo, e inspirándose principalmente en R.Owen, Mill observa que «si hay que aventurar una conjetura es probable que la decisión dependa en gran parte de una sola consideración: cuál de los dos sistemas es compatible con el máximo desarrollo de la libertad y de la espontaneidad humana».⁸⁷ Éste es el máximo nivel de apertura al que llega el pensamiento de Mill, que sin embargo se niega a considerar cuánta libertad sería concreta e históricamente realizable si se creasen las condiciones expuestas por Owen de una «autogestión» del trabajo y de una reducción consciente del tiempo libre de la riqueza en sí, de los poderosos y de aquellos de cuya riqueza depende directamente el tiempo libre de las masas.

⁸⁶ MARX, *El Capital*, cit., libro 1, vol. 41, p. 239, nota.

⁸⁷ J.S.Mill., *ibid.*

Bentham anticipa, pues, una tendencia que Ricardo hará suya fijando dentro de límites insuperables la «infelicidad» de los productores directos y definiendo como «felicidad» la relación de servidumbre implícita o explícita que la mayor parte de los hombres establece con la renta de los poderosos. Bentham va más lejos que el «cinismo» de Ricardo, que nunca deja de tener una relación con la verdad de la ciencia y que, situado en la encrucijada de tener que elegir entre ésta y los intereses de clase, sabe optar por la primera⁸⁸, hasta el punto de que queda totalmente vinculado a las relaciones burguesas. Es conocida la página ferozmente polémica que Marx le dedica: «La economía clásica gustó siempre de concebir el capital social como una magnitud fija dotada de un grado de eficacia fijo. Pero ese prejuicio no se consolidó en dogma hasta el protofilisteo de Jeremias Bentham, ese oráculo común del siglo XIX... Con su dogma los fenómenos más corrientes del proceso de producción (como, p. ej., sus expansiones y contracciones repentinas, e incluso la acumulación) se hacen del todo incomprensibles. El mismo Bentham, así como Malthus, James Mill, MacCulloch, etc., abusaron, además, del dogma con fines apoloéticos, principalmente para presentar una parte del capital, el capital variable, que se puede gastar en fuerza de trabajo, como magnitud fija. La existencia material del capital variable (esto es, la masa de los medios de vida que representa para el trabajador, el llamado fondo de trabajo) se transmutó fantasiosamente en una parte especial de la riqueza social delimitada por cadenas naturales que la hacen irrebable».

Es cierto que para poner en movimiento los medios de producción se necesita una «cantidad determinada de trabajo vivo», «dada tecnológi-

⁸⁸ «La falta de escrúpulos que se achaca a Ricardo no sólo responde a una posición de honradez, sino que, además, era científicamente obligada, dado su punto de vista. He ahí por qué para él es completamente indiferente que el desarrollo de las fuerzas productivas acabe con la propiedad privada sobre la tierra o aplaste a los obreros... Y si la concepción de Ricardo cuadra, en conjunto, al interés de la burguesía industrial, es pura y simplemente porque, y en la medida en que, este interés coincide con el de la producción o del desarrollo productivo del trabajo humano. Allí donde estos intereses, en vez de coincidir, se contradicen, Ricardo es tan implacable contra la burguesía como lo es, por lo general, contra el proletariado y la aristocracia» (MARX, *Teorías de la plusvalía*, cit., vol. 1, p. 405). A esto se reduce la teoría de la parcialidad de la ciencia en Marx.

camente». Pero «ni está dado el número de los trabajadores requeridos para fluidificar esa masa de trabajo (pues ese número cambia al cambiar el grado de explotación de la fuerza de trabajo individual) ni lo está el precio de esa fuerza de trabajo, sino sólo su límite mínimo, que, por lo demás, es muy elástico». En la base de este dogma están estos hechos: «por una parte, el trabajador no ha de tener voto en la división de la riqueza social en medios de goce de los no trabajadores y medios de producción. Sólo en casos excepcionales favorables puede ampliar el llamado "fondo de trabajo" a costa de la "renta" de los ricos».⁸⁹

Como ya hemos señalado, la tesis de J. Stuart Mill es muy distinta. El socialismo es una posibilidad abierta y las barreras no están fijadas drásticamente. Las clases intermedias también pueden favorecer cambios sociales, siempre que éstos no limiten su libertad. En parte las cosas se han desarrollado en esta línea (y no en la de Bentham) en las sociedades de capitalismo desarrollado que se plantean precisamente el problema de administrar según los principios de Ricardo (es decir, manteniendo el carácter del beneficio como relación independiente⁹⁰) la distribución de

⁸⁹ MARX, *El Capital*, cit., libro I, pp. 253-254.

⁹⁰ «La elección del salario como variable independiente en las fases preliminares se debió a que lo considerábamos como consistente en mercancías de primera necesidad especificadas, determinadas por condiciones fisiológicas o sociales que son independientes de los precios o de la cuota de beneficio. Pero tan pronto como se admite la posibilidad de variación en la división del producto, esta consideración pierde gran parte de su fuerza. Y cuando el salario se considera como "dado" en términos de un patrón más o menos absoluto y no adquiere un significado definido hasta que son determinados los precios de las mercancías, la posición se invierte. La cuota de beneficio, en cuanto que es una razón, tiene un significado que es independiente de cualquier precio, y puede ser, por tanto, "dado" antes de que los precios sean fijados. Es así susceptible de ser determinada desde fuera del sistema de producción, en especial por el nivel de los tipos monetarios de interés» (P. SRAFFA, *Producción de mercancías por medio de mercancías*, Vilassar de Mar, Barcelona, 1965, pp. 55-56). No hay que olvidar, por otra parte, que, mientras para Bentham el salario estaba fijado por límites naturales, correspondientes a leyes naturales, la exterioridad de la cuota de beneficio y su dependencia del tipo de interés dependen, en la interpretación de Marx, de las relaciones de propiedad que se autonomizan con respecto al sistema productivo. Suponiendo que las clases trabajadoras decidieran la relación entre salario y

la riqueza social. De este modo resulta comprensible la crítica de Marx, que escribe: «La ley de la acumulación capitalista, mistificada en forma de ley de la naturaleza, no expresa [...] sino que la naturaleza de esa acumulación excluye toda disminución del grado de explotación del trabajo, toda elevación del precio del trabajo que puedan poner seriamente en peligro la reproducción constante de la relación de capital y su reproducción a escala siempre ampliada. No puede ser de otra manera en un modo de producción en el cual el trabajador existe para las necesidades de valorización de los valores existentes, en vez de existir, a la inversa, la riqueza objetiva para las necesidades del desarrollo del trabajador. Igual que en la religión el ser humano es dominado por la obra de su propia cabeza, así también en la producción capitalista lo es por la obra de sus propias manos».⁹¹

La tesis fundamental de Marx es en esencia la siguiente: el capitalismo desarrolla las fuerzas productivas y libera tiempo de trabajo. El mecanismo de la sociedad capitalista reintroduce este tiempo liberado en el proceso productivo, amplía las ramas de producción de los bienes de lujo, de criados, de poderosos, de curas, de funcionarios del Estado y de directivos de las empresas.⁹² Como consecuencia, la sociedad capitalista

cuota de beneficio y determinaran los precios, las relaciones de propiedad quedarían al margen a causa del control sobre el sistema productivo y ejercerían incluso sobre éste una influencia fundamental. Sobre este punto, la lección de Marx de no separar la crítica de la economía política de la crítica del poder y de las relaciones de propiedad difícilmente puede ser olvidada, a no ser que también se considere al poder como una variable independiente.

⁹¹ MARX, *El Capital*, cit., libro I, p. 266.

⁹² La descripción de estas figuras sociales resulta bastante aguda. La del *manager* tiene buena imagen en los ambientes del capitalismo tardío. Pero según Marx: «El hombre ha exteriorizado su relación con la naturaleza y con el prójimo en forma religiosa, hasta el punto de que ha sido dominado por las imágenes que él mismo ha creado y tiene la necesidad de los curas y de su mediación. Con la desaparición de la forma religiosa de la conciencia, también dejará de entrar en el proceso de producción social el trabajo que el cura, y del mismo modo que desapareciera el trabajo curialesco del *manager*, también desaparecerá el que realiza y hace realizar a los demás el capitalista como capitalista» (MARX, *Teorías de la plusvalía*, cit., vol. 2, p. 348).

(aunque no se mueve dentro de las columnas de Hércules que señalaba Bentham) impide de hecho la ampliación del tiempo libre de los productores y se limita a reducir el tiempo necesario para producir bienes salario, es decir, que de hecho contribuye a disminuir el fondo destinado a los salarios. La clase obrera puede intervenir en este terreno con sus luchas, y de hecho la historia del movimiento obrero durante el siglo XIX ha sido, además de la lucha salarial, la lucha por la reducción del tiempo de trabajo. Marx escribe a este respecto una carta a Bolte el 23 de noviembre de 1871: «Todo movimiento en el que la clase obrera actúa como clase contra las clases dominantes y trata de forzarlas presionando desde fuera, es un movimiento político. Por ejemplo, la tentativa de obligar mediante huelgas a capitalistas aislados a reducir la jornada de trabajo en determinada fábrica o rama de la industria, es un movimiento puramente económico; por el contrario, el movimiento con vistas a arrancar por la fuerza (*erzwingen*) que se decrete la ley de la jornada de ocho horas, etc., es un movimiento *político*. Así pues, de los movimientos económicos separados de los obreros nace en todas partes un movimiento político, es decir, un movimiento de la *clase* cuyo objeto es que se dé satisfacción a sus intereses en forma general, es decir, en forma que sea compulsoria para toda la sociedad. Si bien es cierto que estos movimientos presuponen cierta organización previa, no es menos cierto que representan un medio de desarrollar esta organización».⁹³

La cuestión presenta potencialmente otros tres aspectos más. Se trata del hecho de que la reducción de la jornada de trabajo va estrechamente ligada al aumento de la productividad del trabajo. Ambas cuestiones están estrechamente ligadas porque, permaneciendo igual la distribución simple (es decir, el intercambio entre capital y fuerza de trabajo), el aumento de la productividad podría compensar o incluso aumentar la masa de valor que se quedan los poderosos. Por esto el problema real es político, como explica Marx en la carta a Bolte. Pero el enfoque político tiene que ser una consecuencia de lo que Marx llama «conciencia enorme» del trabajador, es decir de su capacidad de reconocer «los productos

⁹³ Véase la carta en K. MARX y F. ENGELS, *El sindicalismo*, Barcelona, 1976, vol. 1, pp. 140-141.

como propios» y al mismo tiempo su separación de los mismos como una «separación indebida, forzada».⁹⁴ En la realidad social existente, la máquina superpuesta al trabajo aparece «como unidad que lo domina», como fuerza «en el que consiste el mismo capital»⁹⁵. La acumulación «del saber y de la habilidad, de las fuerzas productivas generales del cerebro social, es absorbida de tal modo en el capital frente al trabajo»⁹⁶ que se convierte en «aplicación tecnológica de la ciencia».⁹⁷ Las máquinas no ayudan al obrero (como Ricardo había reconocido en su célebre autocrítica del capítulo treinta y uno de los *Principios*). Pero si se forma la conciencia enorme, entonces «el desarrollo del individuo social se presenta como la gran piedra angular de la producción y de la riqueza. *El robo del tiempo de trabajo ajeno, sobre el que descansa la riqueza actual*, se presenta como una base miserable frente a esta base recién desarrollada, creada por la misma gran industria».⁹⁸ La producción basada en el valor de cambio es sustituida por «el libre desarrollo de la individualidad».⁹⁹

La teoría del individuo social es pues la correspondencia exacta en el terreno de la subjetividad de lo que en el terreno de la objetividad es el descubrimiento del «fundamento" de la forma capitalista de producción. Marx subraya que el tiempo de trabajo necesario deberá medirse según las necesidades del individuo social, ya que «la riqueza auténtica es la fuerza productiva desarrollada de todos los individuos».¹⁰⁰ En la nueva condición, los individuos «se reproducen en cuanto individuos, pero en cuanto individuos sociales».¹⁰¹ Es evidente la presencia de las tres acepciones hegelianas del concepto (universal, particular, individual). La vía de salida del capitalismo es la productividad del trabajo, que se combina con la rica individualidad. Los presupuestos materiales se plantean ahora dentro del individuo.

⁹⁴ MARX, *Líneas fundamentales...*, cit., OME, vol. 21, página 430.

⁹⁵ *Ibid.*, vol. 22, p. 82.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 83.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 85.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 91.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 91.

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 94.

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 229.

En esta combinación convergen dos filones críticos de la investigación de Marx. El primero es el que tiene por objeto a Ricardo y el ricardismo. La conclusión final de esta crítica puede simbolizarse en el pasaje en el que Marx señala, a propósito de un anónimo posricardiano, que «el tiempo de trabajo es siempre, aunque el valor de cambio desaparezca, la sustancia creadora de la riqueza y la medida de los gastos que exige su producción. Sin embargo, la verdadera riqueza, la riqueza real, consiste en el tiempo libre, en el tiempo de que el hombre dispone para disfrutar de sus productos o para desarrollar libremente sus capacidades. Y este tiempo no se halla regulado, como el trabajo, por la finalidad exterior perseguida, cuya realización constituye, según el punto de vista, unas veces una necesidad natural y otras veces un deber social».¹⁰² Por otra parte, la formación del individuo social no implica ninguna preparación particular en el sentido de que el hombre tiende a superar sus propios límites naturales.

Desde este punto de vista se advierte la afinidad y al mismo tiempo la distancia con respecto a la problemática del comunismo utópico. Las consecuencias de J. Stuart Mill a Nassau Senior tenían lugar precisamente cuando «a este lado del canal de la Mancha florecía el owenismo, y al otro lado el sansimonismo y el fourierismo».¹⁰³ El límite teórico de esta gran corriente de pensamiento consistía en que venía a reproducir, invirtiendo los términos, la filosofía de los *idéologues*. Del mismo modo que éstos habían encontrado, por así decirlo, al hombre burgués natural y habían naturalizado al individuo propietario, las corrientes del socialismo utópico encontraban en la liberación del hombre natural las raíces de una sana socialidad. Para Marx, la naturalidad que hay que reconquistar como experiencia vivida, que hay que añadir, por así decirlo, a la capacidad humana de disfrute y de goce es la que ha sido acumulada por el trabajo humano y se ha convertido en propiedad de los poderosos. Por esto no se limita a criticar a Mill por haber empobrecido el gran proyecto de Owen, sino que lo critica sobre todo por no haber pensado la historicidad del modo de producción burgués. La antropología marxiana no es

¹⁰² MARX, *Teorías de la plusvalía*, cit., vol. 2, p. 252.

¹⁰³ MARX, *El Capital*, cit., libro I, vol. 41, p. 239.

pues una teoría del enriquecimiento natural de las facultades humanas, aunque el desarrollo de la sensibilidad sea un acompañante del refinamiento de los sentidos del que las clases dominantes se han apoderado en exclusiva. La antropología marxiana es al mismo tiempo una teoría de la apropiación histórica de la cultura y de la ciencia y del consiguiente desarrollo global de las capacidades del individuo social.

En un pasaje muy tardío, que por lo tanto no puede ser tachado de feuerbachismo juvenil, Marx escribe a propósito del movimiento profundo que conduce a la formación del individuo humano: «Cualquiera que sea la situación en que se encuentre, el hombre tiene que comer, que beber, etc... en una palabra, tiene, sea cualquiera la situación en que se halle, que encontrar en la naturaleza, ya dispuestos los objetos exteriores precisos para la satisfacción de sus necesidades y adueñarse de ellos o prepararlos con las materias que la naturaleza le proporcione... Al llegar a un determinado grado de desarrollo histórico, nos encontramos con que el *valor de cambio* es un concepto «*histórico*»... el «valor» de la mercancía no hace más que expresar en una forma históricamente progresiva lo que ya existía en todas las demás formas históricas de sociedad, aunque bajo *otra forma, a saber: el carácter social del trabajo, en cuanto aplicación de la fuerza social de trabajo*. Y si «el valor» de la mercancía sólo es una forma histórica concreta, algo que existe en todas las formas de sociedad, el «valor social de uso», como él caracteriza el «valor de uso» de la mercancía, lo es también».¹⁰⁴

En este fragmento se contienen múltiples problemas. En primer lugar, Marx supone un comportamiento activo de los hombres con respecto a las cosas que corresponde totalmente a sus tesis juveniles; en segundo lugar, la operación de denominación (que es ya social, porque presupone el lenguaje), sirve para representar una utilidad que fija y selecciona los comportamientos activos; en tercer lugar, ya en esta operación, y en lo que se refiere al lenguaje, se señala un peligro de reificación, es decir, la tendencia a convertir en propiedad de los objetos los caracteres que la experiencia ha fijado como relaciones utilitarias. De ello

¹⁰⁴ El fragmento que pertenece a las *Glosas a Wagner* puede leerse en *Notas sobre Wagner. Manuscritos (1861-1863)*, 2022, Madrid, Dos Cuadrados, p. 30.

se deduce que la reflexión crítica debe incluir desde el principio al lenguaje. Es una advertencia importante para establecer el carácter laico de todo el saber y del mismo marxismo y su finitud teórica. Además hay que presuponer que la ciencia trabaja sobre los códigos lingüísticos. También éste es un comportamiento activo del hombre. En un pasaje que se ha hecho famoso con motivo de recientes discusiones epistemológicas, Marx escribe: «Lo que ya por anticipado distingue al peor arquitecto de la abeja mejor es que el arquitecto construye la celdilla en su cabeza antes de construirla con cera».¹⁰⁵ Pero para completar más su pensamiento, este párrafo debería ir acompañado de aquel otro en el que Marx sostiene que, «a diferencia de los demás arquitectos, la ciencia no construye únicamente castillos en el aire, sino que edifica un cierto número de pisos habitables del edificio antes de haber colocado la primera piedra».¹⁰⁶

Esta conclusión es una representación de lo que es o debería ser el mismo marxismo (además de una caracterización del estado de la ciencia del siglo XIX en lo que se refiere al darwinismo, la química, las matemáticas y la física). Es realmente interesante que Marx tuviera conciencia de ello. En el fondo, confía el destino de su crítica de la ciencia ricardiana precisamente a esta conciencia. Se trata del hecho de que el aumento de la productividad del trabajo aparece como una realidad inmediatamente perceptible a nivel de la conciencia común, por un lado, y de que la división de clases con el aumento del tiempo libre de los poderosos y el desarrollo de la masa de improductivos son hechos igualmente perceptibles, por otro lado. Ambos fenómenos se encadenan en las contradicciones sociales y las crisis. Marx no cree que el «refinamiento» de las conciencias pueda asumir un carácter de masas, independientemente de la penetración de estos dos presupuestos en el sentido común. De ahí su gigantesca labor científica y la esperanza de que de una forma u otra pudiese inducir en la conciencia común los elementos fundamentales de su discurso.

Veamos un pasaje de lo que, en el programa de trabajo de Marx, tenía que ser el cuarto libro de *El Capital*, en el que Marx señala con gran

¹⁰⁵ MARX, *El Capital*, libro 1, OME, vol. 40, p. 194.

¹⁰⁶ MARX, *Contribución a la crítica de la economía política*, cit., pp. 48-49.

agudeza los términos del desarrollo histórico que esperaba. El pasaje, que es un fragmento de su discusión con T. Hodgskin, suena así, con la expresión nerviosa del apunte: «Acumulación de grandes capitales mediante la eliminación de los pequeños. Atracción. Descapitalización de los eslabones intermedios entre capital y trabajo. Ésta es sólo la última forma del proceso que transforma las condiciones de trabajo en capital, reproduce luego el capital a una escala cada vez más amplia, y por último separa los capitales formados en muchos puntos de la sociedad de sus poseedores, concentrándolos en las manos de los grandes capitalistas. Al exteriorizar sus antítesis y contradicciones, la producción, incluso en forma alienada, se transforma en producción social. Trabajo social y comunidad de los instrumentos de producción en el proceso de trabajo real. Los capitalistas, como *funcionarios* del proceso que al mismo tiempo acelera la producción social y con ella el desarrollo del proceso productivo, devienen superfluos en la misma medida en que gozan de su usufructo por poder delegado de la sociedad y mando del trabajo social. Les sucede como a los señores feudales, cuyos derechos se han transformado, en la misma medida en que sus *servicios* devenían superfluos, en anticuados e inútiles privilegios a cuya superación se oponían».¹⁰⁷

Puede observarse que en este pasaje se desmienten las simplificaciones del «derrumbe». Marx habla de concentración de capitales, pero esta teoría no equivale (a diferencia de lo que han sostenido recientemente eminentes estudiosos de las clases sociales) a una reducción de las capas medias. Sabemos que éstas tienden a aumentar en número, pero con una función social distinta. Marx sostiene que este cambio corresponde a una disminución de intensidad de su función social y al mismo tiempo a un aumento de su poder, de su función de mando. La función del productor se acerca a la del propietario. Marx ha sostenido con plena coherencia que tras el productor burgués, que Destutt de Tracy identificaba con el individuo humano, estaba el propietario. La tendencia histórica que señala se caracteriza precisamente por una disminución de la función productiva y por un aumento del dominio de los propietarios. Esto delimita los términos de una transición histórica. Las funciones

¹⁰⁷ MARX, *Teorías de la plusvalía*, cit., vol. 2, p. 230.

productivas se traspasan a los individuos sociales y las funciones de propiedad quedan concentradas en las viejas clases cuya función histórica está en decadencia.

Por otra parte, aunque se insista en la forma humana del individuo burgués productor y propietario, éste resulta profundamente distinto del «individuo social». Marx ha descrito ferozmente el primero refiriéndose a Bentham, pero en sus palabras hay ya algunos caracteres del segundo: «El principio de la utilidad no era fovento de Bentham. Reproducía sólo sin gracia lo que habían dicho con ella Helvetius y otros franceses del siglo XVIII. Cuando se quiere saber, por ejemplo, qué es útil para un perro, hay que investigar la naturaleza perruna. Esta naturaleza misma no se puede construir sobre la base del «principio utilitarista». Aplicada al ser humano: si se quiere juzgar de acuerdo con el principio de utilidad toda acción, todo movimiento, toda relación o situación, etc., humanos, se tratará, primero, de la naturaleza humana en general, y luego de la naturaleza humana históricamente modificada en cada época. Bentham no le da muchas vueltas. Con la más seca ingenuidad considera ser humano normal al pequeño burgués moderno, especialmente al pequeño burgués inglés».¹⁰⁸

Compárense estos caracteres con los del nuevo productor, el individuo social. Éste sigue el principio del trabajo productivo, pero el valor supremo, la riqueza en sí misma, es el tiempo libre; no necesita enmascarar el *trabajo universal* («todo trabajo científico, todo descubrimiento, todo invento», depende en parte de la cooperación con otras personas vivas y en parte del aprovechamiento de los trabajos de los muertos¹⁰⁹) bajo la forma del trabajo productivo; puede juzgar su propio pasado distanciándose del mismo. Hablando de Fourier, Marx escribe: «Él caracteriza las épocas de la civilización a través de la monogamia y la propiedad privada del suelo. La familia moderna contiene en embrión no sólo la *servitus* (esclavitud), sino también la *servidumbre de la gleba*, porque desde el principio está en relación con los servicios para los agricultores. Con-

¹⁰⁸ MARX, *El Capital*, cit., libro 1, p. 253, nota.

¹⁰⁹ *Ibid.*, libro tercero, p. 115.

tiene en sí misma en miniatura todos los antagonismos que se desarrollan ampliamente en la sociedad y en su historia».¹¹⁰

Historia, ciencia, reapropiación de la vida como goce del tiempo libre, es decir como socialización del desarrollo de la productividad del trabajo y como realización de esta liberación como supresión de todas las formas serviles; éstas son las características del individuo social frente al utilitarismo burgués. Ya en *La ideología alemana* Marx había dicho: «Estos tres momentos, la fuerza productora, el estado social y la conciencia, pueden y deben necesariamente entrar en contradicción entre sí, ya que, con la división del trabajo, se da la posibilidad, más aún, la realidad de que las actividades espirituales y materiales, el disfrute y el trabajo, la producción y el consumo, se asignen a diferentes individuos, y la posibilidad de que no caigan en contradicción reside solamente en que vuelva a abandonarse *la división del trabajo*».¹¹¹

Del pasaje que hemos citado anteriormente se deduce que Marx atribuye a la recomposición de la contradicción un carácter procesual. Lo que permanece invariable es una dirección del movimiento, la huella que los hombres imprimen a la historia, lugar donde se advierte la contradicción y ésta se convierte en un impulso para un comportamiento activo. El antiguo cinismo de Bentham (que era expresión de una clase que se auto-justificaba como productiva) ha tomado hoy obviamente otras formas, y las ideologías de los poderosos, propietarios y ya no productores, presentan como necesaria la «misericordia» de masas.

7. Sobre el método de las abstracciones «transitorias»

Así pues, no se puede entender la relación socialismo-libertad sin conducir la lucha política en la dirección señalada por Marx. El desarrollo de la productividad del trabajo está incluido en la lucha de «liberación»

¹¹⁰ *The Ethnological Notebooks of Karl Marx, Studies of Morgan*, Phear, Maine, Lubbock transcribed and edited, with an introduction by Lawrence Krader, Assen, 1972, p. 120.

¹¹¹ MARX y ENGELS, *La Ideología Alemana*, cit., p. 33.

de las masas. Ésta se realiza a través de un proceso histórico de lucha de clases, de difusión de la cultura, de limitación de la división social del trabajo, de reducción del poder y de la propiedad de los poderosos. Para que este proceso pueda desarrollarse es necesario que los distintos «bloques» analíticos que nos permiten considerar la sociedad capitalista como un «conjunto» permanezcan visibles y presentes al mismo tiempo, es decir, que no se «esconda» de un modo definitivo lo que se elimina provisionalmente como objeto de análisis. Dicho de otra manera, Marx procede según el método de reducciones o abstracciones transitorias. No se trata únicamente de analizar fenómenos en estado puro, sino de desplazarlos transitoriamente de modo que el conjunto quede iluminado primero por un lado, luego por el otro, y correspondientemente otras zonas del mismo vayan quedando más o menos a oscuras.

Si, por ejemplo, el proceso de trabajo es considerado como proceso de valorización, como trabajo inerte que se transforma en *valor autovalorizándose*, entonces es necesario hacer abstracción transitoriamente del proceso de la circulación ampliada. Esto no se consigue escondiéndola, sino, por el contrario, «idealizándola» como si funcionara plenamente, como si para el capital no existiese problema de «realización». En este caso la «circulación simple» es la única que se asume adentro del proceso de producción como una variable, es decir, como la variable de la explotación. Se puede hacer abstracción de todo el proceso de la circulación ampliada porque los precios se fijan *idealmente* y, como decíamos, se suponen realizados. Por otra parte, si se quiere proceder aislando el bloque analítico de la «explotación» no es posible quedarse aquí. El estudio del valor producido ex-novo exige no sólo la idealización de los precios y de su realización, sino también la abstracción de las variaciones de valor de la parte del capital que Marx define como constante. Es decir, que también debe aplicarse al capital constante «aquella ley matemática relativa a los casos en los que se realizan operaciones con magnitudes constantes y variables, y la magnitud constante sólo está vinculada a la variable por adiciones y sustracciones».¹¹² Aislado de esta forma el capital

¹¹² MARX, *El Capital*, cit., libro I, OME, vol. 40, p. 217.

constante, el valor en general aparece como simple trabajo objetivado y la plusvalía asimismo como tiempo de trabajo acumulado.

En el primer caso examinado, la supresión de la circulación permite remitir idealmente toda la formación de valor al proceso productivo. Sólo en estas condiciones, es decir, en el ámbito de esta idealización, coinciden precios y valores. En el segundo caso, la supresión del capital constante permite examinar el valor productivo ex-novo concediendo un papel exclusivo a la parte variable del capital anticipado. Según la lógica de Hegel (análoga en este aspecto al reduccionismo ricardiano), sería fácil interpretar la supresión transitoria como una operación de reducción a unidad. Por ejemplo, según esta lógica, plusvalía absoluta y plusvalía relativa podrían identificarse, o bien podría considerarse que demanda y oferta, intercambiándose mutuamente, son lo mismo. A primera vista, es algo facilísimo. La plusvalía absoluta es *relativa*, porque comporta un desarrollo de la productividad del trabajo que permite limitar el tiempo de trabajo necesario *a una parte de la jornada de trabajo*. Pero si se observa el movimiento de la plusvalía, esta apariencia de identidad desaparece. Cuando el modo de producción capitalista se ha desarrollado, aparece una alternativa para hacer aumentar la *cuota de plusvalía*: o bien «mediante la prolongación de la jornada de trabajo», o bien, «dado el límite de la jornada de trabajo», «*mediante la variación relativa de las dimensiones de las partes que la componen*» (trabajo necesario y plusvalía). Entonces, dentro de la abstracción provisional de la plusvalía, reaparece como «variación de la productividad e intensidad del trabajo»¹¹³ aquella parte del capital constante que Marx llama fija. El capital constante es reintroducido, aunque sólo sea en aquella parte que puede contribuir a hacer que disminuya el coste de la fuerza de trabajo.

Ricardo y los ricardianos siguen sólo aparentemente el mismo método. Por ejemplo, J. Stuart Mill idealiza los precios. Para él, «el intercambio, la compra y la venta, las condiciones generales de la producción capitalista, son un puro *incidente*, y sigue habiendo *beneficio* sin compra ni venta de la fuerza de trabajo».¹¹⁴ En otras palabras, el método de las

¹¹³ Ibid., vol. 41, p. 147.

¹¹⁴ Ibid., p. 152.

abstracciones transitorias es sustituido por una reducción que desemboca en la identidad. Toda la exposición se limita a su momento de idealización. En la cuestión de la plusvalía, ni Ricardo ni Mill entienden «que la cuota de beneficio puede depender de circunstancias que no influyen de ninguna manera en la cuota de plusvalía». Más tarde, «probaré (continúa Marx) que una misma cuota de plusvalía se puede expresar en las más diversas cuotas de beneficio, y que diversas cuotas de plusvalía, en circunstancias determinadas, se pueden expresar en la misma cuota de beneficio».¹¹⁵ Marx quiere decir que, al identificar cuota de beneficio y cuota de plusvalía, Ricardo se cierra la posibilidad de aislar el fenómeno de la plusvalía, por así decirlo, bajo determinadas condiciones. De este modo, habiendo captado el núcleo del problema, no se limita a circunscribirlo dentro del espacio que sirve para aislarlo transitoriamente del conjunto, sino que reduce el conjunto a ese único problema. Al haber reducido la plusvalía al beneficio, no puede imaginar circunstancias que fueren a que la variación de la cuota de beneficio no dependa de su antagonismo con el coste del salario. La plusvalía es precisamente la categoría que, dado el «trabajador global», puede mostrar el nexo entre desarrollo de la productividad y circulación simple, sin caer en el reduccionismo que excluye que otros factores puedan influir en la cuota de beneficio.

Como es sabido, el tema es importante para Marx porque éste se niega a dejar de considerar el modo de producción capitalista como una forma de autonomización de la riqueza, como un sistema de propiedad que ejerce su poder sobre el trabajo vivo y sobre el trabajo inerte, y por esto no se encuentra con los dramáticos problemas de quienes, al haber renunciado a ver este aspecto de la cuestión y haber considerado la economía no como una ciencia de relaciones humanas que se conocen mediante idealizaciones, sino como una ciencia de idealizaciones funcionales, son incapaces de ver modos de explotación, dominio de clase y relaciones de propiedad. En el segundo libro de *El Capital* Marx considera al proceso de circulación como un flujo potencial ininterrumpido. Esto no corresponde en absoluto al movimiento real de las cosas.

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 160.

En cambio, como abstracción transitoria muestra tanto el carácter «ideal» del movimiento de la circulación (su reducción tendencial a un tiempo cero), como las fuerzas que operan realmente en esta dirección. De ahí el modo particular de calcular los tiempos de circulación que hemos empleado. Nos hemos referido anteriormente al hecho de que, frente a Ricardo, la teoría del dinero de Marx da un nuevo significado a las investigaciones teóricas surgidas en los orígenes del mundo burgués, que se llevaron a cabo con una coherencia entre fines y medios que posteriormente fue dejada en segundo plano con respecto a otros intereses. Sin embargo, el segundo libro de *El Capital* es, en realidad, en gran parte una polémica contra el mercantilismo, contra el *profit upon alienation*. La plusvalía, escribe Marx, no procede «ni de la forma de dinero, ni de la forma natural del salario o del capital desembolsado en la compra de fuerza de trabajo. Procede del cambio de valor por fuerza creadora de valor, de la conversión de una magnitud constante en una magnitud variable».¹¹⁶ Y también: «el tiempo de circulación del capital limita, en general, su tiempo de producción, y por tanto su proceso de valorización».¹¹⁷ Se comprende la importancia de estas afirmaciones, que no inciden en la posibilidad de cálculo de los gastos de circulación, pero le confieren un significado particular. El signo negativo con el que se calculan costes de circulación indica su historicidad y la tendencia a una limitación de los mismos en una sociedad comunista. En otras palabras, la producción socializada y planificada podrá acercarse más al modelo ideal de una producción que se realiza sin contradicciones.

A pesar de que el discurso de Marx está orientado en esta dirección, hay un punto del segundo libro de *El Capital*, al que ya hemos aludido, que presenta en toda su evidencia el problema de la relación con el origen de la sociedad burguesa y con su poder. Marx polemiza con el *profit upon alienation*, pero mantiene firmemente que «la clase capitalista constituye el punto de partida único de la circulación monetaria».¹¹⁸ Aquí reaparece en una «abstracción transitoria» la complejidad histórica del

¹¹⁶ Ibid., libro 2, cit., p. 180.

¹¹⁷ Ibid., p. 154.

¹¹⁸ Ibid., p. 299.

modo de producción capitalista. El riesgo que hay que correr, según Marx, es el de que producción y renta pueden aparecer como conceptos reflejos, es decir, en esencia idénticos. El punto central es que «la compra-venta de la fuerza de trabajo se basa... a su vez en una distribución de los *elementos* de producción que precede a la distribución de los *productos* sociales y que es una condición de la misma, es decir, la separación de la fuerza de trabajo como mercancía de los trabajadores de los medios de producción como propiedad de los no-trabajadores».¹¹⁹ En otras palabras, si es cierto que hay partes específicas del valor que funcionan como renta, también es cierto que otras funcionan como capital. Al presentar este mismo problema al final del tercer libro de *El Capital*, Marx polemiza con «el dogma radicalmente falso según el cual el valor de las mercancías puede reducirse, en última instancia, a salario+beneficio+renta».¹²⁰ Lógicamente la dificultad reside en que «los conceptos fijos de renta y capital se truequen y cambien de lugar entre sí, con lo que aparecen como conceptos puramente relativos desde el punto de vista del capitalista individual que parecen borrarse al abarcar con la mirada el proceso de producción en su conjunto».¹²¹ A pesar de los buenos motivos que puedan existir para emplear esta lógica del reflejo de tipo «prospectivo», ésta es incapaz de afrontar el hecho de que el capital debe reproducirse a sí mismo en el valor de las mercancías y constituye un elemento de éste. A la lógica del prospectivismo o de las relaciones reflejas, Marx opone la lógica de las abstracciones transitorias, que desaparecen dejando huellas bien definidas y cuyo alejamiento funcional es representativo de posibles modificaciones históricas. Lo que hay de cierto, como es sabido, en la relación refleja es que el beneficio aparece ante el capitalista individual como convertible en renta y «puede consumirse productivamente o individualmente, como capital o como renta».¹²² La forma de las relaciones reflejas oculta, pues, la posibilidad de decisión y de opción a nivel del capitalista individual y constituye la fuente y la forma de su poder de

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 350.

¹²⁰ *Ibid.*, libro 3, cit., p. 779.

¹²¹ *Ibid.*, p. 780.

¹²² *Ibid.*, p. 785.

propietario de la riqueza social. En realidad esta alternativa de poder permanece, dentro del sistema, a nivel individual. A nivel general, es decir a nivel de la relación social global, valen las *leyes naturales* del sistema capitalista (es decir, en el lenguaje de Marx, sus leyes históricas). El proceso capitalista no podría durar ni una semana si se generalizaran las decisiones de no invertir. El hecho es que éstas siguen siendo individuales y como tales dan las leyes históricas la apariencia de leyes naturales.

La producción en general se basa, pues, en el supuesto de que las mercancías se vendan por su valor. La aproximación a la «realidad» que Marx se propone efectuar en el tercer libro de *El Capital* es básicamente un alejamiento progresivo de los vínculos derivados de la «idealización», es decir, de la anteposición de los valores-precios a la circulación real. El intercambio es progresivamente separado de tal idealización, aunque sus mecanismos reales se presentan de tal modo que no se alejan radicalmente de la idea supuesta. La «realización» sigue siendo un problema abierto y también la competencia. El capital comercial no sólo es idealmente un «falso gasto» con respecto a unas condiciones ideales en las que los precios ya se han realizado, sino que influye realmente en la cuota de beneficio. También deja de hacerse abstracción de la renta de la tierra. Su origen capitalista se explica en el ámbito de las características específicas de una rama de la producción como la agricultura cuya composición orgánica mostraba en tiempos de Marx un claro predominio del trabajo vivo sobre el trabajo objetivado. Sin embargo, incluso en este proceso de aproximación a la realidad, el procedimiento de la abstracción transitoria sigue siendo básico. Precisamente en relación al tema de la lógica del «reflejo», Marx observa: «Aunque la cuota de beneficio difiere numéricamente de la cuota de plusvalía, mientras que plusvalía y beneficio son en realidad lo mismo e iguales numéricamente, el beneficio es, sin embargo, una forma transfigurada de la plusvalía, forma en la que se desdibujan y se borran su origen y el secreto de su existencia. En realidad el beneficio no es sino la forma bajo la que se manifiesta la plusvalía, la cual sólo puede ponerse al desnudo mediante el análisis, despojándola del ropaje de aquélla».¹²³

¹²³ Ibid., p. 63.

En otro lugar Marx ha escrito que el beneficio es la forma más desarrollada de la plusvalía.¹²⁴ El método apuntado en el primer libro sigue siendo una referencia constante de Marx. Plusvalía y beneficio no son un mero juego de reflejos. Precisamente porque ha continuado estando visible la circulación simple, Marx puede ver en el desarrollo de la productividad del trabajo no solamente un aumento de valores de uso que, idealizados, resultan realizables en cualquier circunstancia, sino también una indicación para forzar la base miserable del robo del tiempo de trabajo y para plantear la cuestión del tiempo libre de las masas, y la base de la autonomía del valor de cambio, de la formación y consolidación de las relaciones de propiedad y de las relaciones de poder que éstas comportan.

También la célebre cuestión de la «transformación» se contempla desde la perspectiva. La determinación del valor de mercado, escribe Marx, «que aquí ha sido expuesta en *abstracto*, se establece en el mercado real por medio de la concurrencia entre los compradores, a condición de que la demanda sea precisamente lo bastante grande para absorber la masa de mercancías a base del valor así establecido».¹²⁵ La realidad a la que se aproxima se mantiene aún voluntariamente próxima a su concepto, es decir, a su abstracción transitoria idealizada. Por otra parte, la condición real que tanto importa a Marx (el aumento de la productividad del trabajo) es suprimida y sólo reaparecerá en el ámbito de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de beneficio. Las condiciones ideales supuestas son, pues, que las mercancías se venden por su valor. Obsérvese

¹²⁴ «Tampoco entre los discípulos de Ricardo encontramos, como no la encontramos en el maestro, la distinción entre la plusvalía y el beneficio ... A los ricardianos no se les ocurre pensar que si nos fijamos, no en capitales invertidos en distintas ramas de producción, sino en cada capital de por sí, siempre que no se halle formado exclusivamente por capital variable y no se invierta íntegramente en el pago de salarios, la cuota de beneficio y la cuota de plusvalía no coinciden, razón por la cual el beneficio sólo puede concebirse como una forma más desarrollada, como una modalidad específica de la plusvalía, distinta de ella. Sólo advierten la diferencia cuando se trata del beneficio igual (cuota media de beneficio) obtenida por capitales de distinta composición, invertidos en ramas de producción distintas» (MARX, *Teorías de la plusvalía*, cit., vol. 2, p. 145).

¹²⁵ MARX, *El Capital*, cit., libro 3, p. 188.

además que en este caso Marx entiende por plusvalía no la condición originaria de la apropiación de la fuerza de trabajo, de la que proceden el capital y todas las relaciones de propiedad, sino lo que hasta un ricardiano debe aceptar, es decir la peculiaridad de la relación de explotación en las ramas productivas que permanecen en condiciones técnicas distintas. Dada la competencia de los capitales, dada la distinta composición orgánica de las ramas productivas, dados los salarios y considerada la masa salarial como índice de una determinada cantidad de fuerza de trabajo y de plusvalía que ésta pone en movimiento, dadas las cuotas de plusvalía y la productividad del trabajo, suponiendo que las mercancías se vendan globalmente por su valor (es decir, que se realiza el total de los precios-valores), dadas todas estas condiciones ideales supuestas, se puede deducir la transformación de las plusvalías en beneficio medio. Esta deducción resultaría imposible sin hacer intervenir los elementos de idealización transitoria que convierten la venta por su valor en un supuesto previo y que establecen todas las demás condiciones de variabilidad.

No puede hablarse de restos naturalistas sino de la constante aplicación de un método de «idealizaciones» o abstracciones transitorias. De hecho, inmediatamente después la variación de la productividad del trabajo vuelve a manifestarse como tendencia permanente. En el esfuerzo de aproximación a la realidad, esto exige afirmar la ley de la tendencia decreciente de la tasa de beneficio y, por tanto, la existencia objetiva de límites y obstáculos del sistema capitalista que se presentan como sus contradicciones. También se ha dicho que las leyes tendenciales son científicamente irrelevantes.¹²⁶ Pero con el método de Marx se trata de

¹²⁶ Acerca del concepto de ley tendencial el lógico Mill apoya a Marx. Escribe en un texto que Marx conocía perfectamente: «El error, cuando hay error, *no* nace de la generalización demasiado amplia, es decir, de la inclusión de una serie demasiado amplia de casos particulares en una sola proposición Sin duda el hombre afirma con frecuencia de toda una clase lo que sólo es válido para una parte de la misma; pero, generalmente, su error consiste no en hacer una afirmación demasiado amplia, sino en hacer un *tipo* equivocado de afirmación: ha afirmado un resultado real cuando sólo debiera haber afirmado una *tendencia* hacia aquel resultado, una fuerza que actúa con determinada intensidad en

mostrar aquellos aspectos que pasarían totalmente inadveridos con un examen que no se apoyase en abstracciones transitorias. Estos aspectos permiten a Marx construir la alternativa a una sociedad en la que la autonomización del valor de cambio conduce a un aumento permanente del desequilibrio entre trabajo vivo y propiedad del trabajo inerte, y en la que los aspectos, puestos de manifiesto en un contexto que aparentemente Los había anulado, sirven para conducir hacia una liberación de masas el desarrollo de las capacidades individuales. Se trata de indicaciones Y orientaciones que Marx nos ha dejado para la construcción de una libertad comunista.

Con esto no pretendo defender a ultranza la validez del método científico de Marx. Los procedimientos son tal vez aproximativos, las invenciones son geniales pero tortuosas, las idealizaciones no siempre son coherentes con los resultados. Lo que he querido poner de relieve en estas páginas es otra cosa. A partir de las páginas iniciales en las que la atención se dirige hacia la desvalorización del capital y hacia la tesis de que el capital no paga nunca del todo sus deudas, a través del examen de la autonomización del valor de cambio y de las relaciones de propiedad y de dominio derivadas de aquélla, hasta el encuentro y la polémica con Ricardo en torno a la orientación del aumento de la productividad del trabajo y a la alternativa entre goce de los poderosos y tiempo libre de las

aquella dirección. Con respecto a las *excepciones*, en toda ciencia medianamente avanzada no hay propiamente excepciones. Lo que se cree que es una excepción a un principio es siempre otro principio distinto que se interfiere con el primero: otra fuerza que choca con la primera y la hace desviar de su dirección. No existe una ley y una *excepción* a la ley de modo que la ley valga para noventa y nueve casos y la excepción para uno. Hay dos leyes, cada una de las cuales probablemente actúa en los cien casos, que provocan un efecto común con su acción conjunta. Del mismo modo que la fuerza que por ser menos evidente es llamada perturbadora prevalece tal vez sobre la otra fuerza de modo suficiente como para constituir lo que normalmente se llama una excepción, la misma fuerza perturbadora actúa probablemente como causa modificante en muchos otros casos que nadie llamaría excepciones» (J. S. MILL, *Essays on some unsettled questions of political Economy*, Londres, 1944). Recuérdese la polémica de Marx contra las excepciones de Ricardo y no se irá muy desencaminado si se atribuye el nacimiento del concepto de ley tendencial a la influencia de este pasaje de Mill.

masas, Marx nos presenta una investigación coherente dirigida a separar la ciencia económica de su tradicional ligamen con las capas propietarias y a mantener, al mismo tiempo, su carácter de ciencia. El resultado es la hipótesis de un nuevo tipo de productor (el individuo social) que ponga «las condiciones del libre desarrollo y del libre movimiento de los individuos bajo control». Marx no formula esta hipótesis sobre bases filosóficas ni sobre bases económico-políticas, sino conduciendo la ciencia económica hacia una hipótesis transformadora y mirando con ojos desencantados un presente en el que los restos de violencia y de barbarie que hay que eliminar actúan dentro de un sistema de vínculos compatible con aquéllos, y cuya racionalidad, por tanto, también tiene que ser transformada radicalmente.

LAWRENCE KRADER

Evolución, revolución y Estado: Marx y el pensamiento etnológico

1. *Historia natural e historia humana*

LA RELACIÓN ENTRE HOMBRE Y NATURALEZA

La relación del género humano con la naturaleza es, al mismo tiempo, la historia natural de la humanidad; ya en los *Manuscritos económico-filosóficos* de 1844 Marx señalaba la continuidad material entre hombre y naturaleza, y ponía de manifiesto el intercambio material entre ambas partes. «El hombre es el objeto inmediato de la ciencia natural... Pero la naturaleza es el objeto inmediato de la ciencia del hombre.» Por esto sólo hay una historia universal, la historia del hombre y de la naturaleza; esta historia es una, es decir, la historia del trabajo humano en relación con la naturaleza, o la historia de la producción, de la industria y de la ciencia. La historia humana es la historia de la sociedad como acto de su desenvolvimiento, incluso en la forma alienada de la industria e incluye por tanto la verdadera naturaleza antropológica de la historia; ésta es una parte real y efectiva de la historia natural, la naturaleza que se hace humana. La historia natural llega así a subsumir la historia humana, del mismo modo que la historia humana llega a subsumir la historia natural. De hecho, la historia universal está dividida, y la naturaleza y la humanidad están recíprocamente alienadas, pero potencialmente las dos historias son una sola.¹²⁷ A la enajenación primaria del hombre con respecto a la naturaleza en virtud de su trabajo, se añade la enajenación del trabajo en la sociedad, que constituye en la historia la enajenación secundaria, de modo que la primera enajenación es la condición histórica de la segunda, pero ésta no es necesariamente una consecuencia de aquélla. La segunda enajenación es la condición del trabajo en la sociedad civil y

¹²⁷ K. MARX, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, en OME, vol. 5, p. 385.

burguesa. Si la segunda enajenación antes mencionada fuese necesariamente una consecuencia de la primera, que es la real y efectiva posición del hombre en el cosmos, esto significaría que la condición de enajenación burguesa forma parte de la naturaleza de las cosas.¹²⁸

Profundizando su reflexión económica, Marx (polemizando con Proudhon) subraya que « las categorías económicas no son más que las expresiones teóricas, las abstracciones de las relaciones sociales de producción». ¹²⁹ La historia es el disolvente universal. No hay nada que no esté sujeto a cambio, y para comprender a los hombres hay que examinar a fondo cuáles son sus necesidades, «sus fuerzas productivas, su modo de producción, las materias primas de su producción, y cuáles son las relaciones entre hombre y hombre, resultantes de todas estas condiciones de existencia». Todo es historia, y «profundizar todas estas cuestiones» significa «escribir la historia real, [...] representar estos hombres a la vez como autores y actores de su propio drama». ¹³⁰ La idea de que existen leyes inmutables resultaba simpática a los reyes medas y persas, y asimismo las descripciones de las leyes eternas del ser eran atractivas para los filósofos especulativos y para la Iglesia, del mismo modo que las leyes inmutables del mercado y del beneficio («las leyes eternas que deben regir siempre la sociedad») son un mito de los economistas clásicos ¹³¹ con el supuesto de una naturaleza humana inmutable que es también una fantasía de los antropólogos especulativos. De este modo la historia es hipostatizada y reducida a un sujeto metafísico; se convierte pues en un fetiche, en un autómatas dotado de voluntad y conciencia autónoma: «Así como para los antiguos teólogos las plantas existen para que las devoren los animales (observaba Marx en *La Sagrada Familia*) y éstos

¹²⁸ Ibid., pp. 353 y ss. G. MARKUS, *Marxism and Anthropology*, Assen, 1978, subraya que en la posición adoptada por Feuerbach la determinación antropológica es en realidad una determinación ontológica. La enajenación antropológica es por esto enajenación ontológica, y una condición burguesa de enajenación que sea considerada como no diferente de la enajenación antropológica equivale por la misma razón a una enajenación ontológica.

¹²⁹ K. MARX, *Miseria de la filosofía* (1847), México 1966, pp. 337 y ss.

¹³⁰ Ibid., p. 343.

¹³¹ Ibid., p. 348.

para que los hombres se los coman», la historia, en vez de ser algo inseparable de sus portadores, los individuos humanos reales, existiría «para servir al acto de consumo del comer teórico, al acto de demostrar. El hombre existe para que la historia exista; y ésta existe para que exista la demostración de las verdades».¹³² La historia humana es desde su inicio, e ininterrumpidamente en todo su transcurso, la historia de la actividad con la que nosotros producimos nuestra existencia; esta continuidad es el proceso mismo de la reproducción social, y constituye en cuanto tal la parte de la historia del trabajo delimitada por la relación entre trabajo y naturaleza. La historia que nosotros hacemos es la historia de nuestro trabajo, de nuestro esfuerzo.¹³³ Hay, por tanto, una sola ciencia, la ciencia de la historia, que «puede ser considerada desde dos puntos de vista, en la historia de la naturaleza y en la historia de los hombres».¹³⁴

HISTORIA E IDEOLOGÍA

La interpretación de la historia es la expresión de una ideología que ejerce una influencia práctica en las mentes humanas, y por esta vía la conciencia interviene en la acción histórica. Los primeros *idéologues*, como Cabanis y Destutt de Tracy, estaban convencidos de que las ideas científicas tendrían un efecto histórico, y que esto se conseguiría gracias a su compromiso con la política de la Francia napoleónica; pero Napoleón, como es sabido, no quiso saber nada de ellos, y sus intentos frustra-

¹³² K. MARX y F. ENGELS, *La Sagrada Familia* (1845), capítulo VI: *La crítica crítica absoluta*, en OME, vol. 6, pp. 88-89.

¹³³ F. ENGELS, *Notes to English edition of Capital* by Marx, New York, 1936, pp. 54 y 207. Engels distinguía entre *work*, como creación de valor de uso o del producto terminado, y *labor*, como proceso continuo de producción, la creación de valor. Reformuló esta distinción en la *Dialéctica de la naturaleza*, en OME, vol. 36, p. 91, según si se refería al trabajo en sentido físico o en sentido económico. Se trata de una peculiaridad de la lengua inglesa, difícil de traducir a otras lenguas.

¹³⁴ K. MARX y F. ENGELS, *La Ideología Alemana*, Barcelona, 1974, p. 676.

dos fueron reemprendidos por Saint-Simon.¹³⁵ Los ideólogos alemanes, L. Feuerbach, Bruno Bauer, Moses Hess, Max Stirner, desarrollaron sus ideas en los pastizales de la pura especulación para desembocar posteriormente en el compromiso práctico en la arena política alemana. No era historia, sino metafísica.¹³⁶ Y al mismo tiempo era una especulación interesada, una especulación orientada hacia una determinada expresión política; el hecho de que esta especulación fuera propuesta por los ideólogos alemanes como la base de la historia no es suficiente para hacer de ella una ciencia, ya que sólo postula la actividad cerebral del hombre como base de la historia, historia en *philosophie*, historia abstracta. La historia, en cuanto tal, es concreta, y por tanto todo lo contrario de la historia abstracta y especulativa; en cambio, el individuo humano es, al mismo tiempo, abstracto y concreto. Por un lado, el individuo humano coincide con el ser genérico del hombre, con la conciencia de la pertenencia a una especie; por otro lado, la sociedad no es una mera abstracción, opuesta al individuo: la historia natural de la humanidad es su historia biológica, el trayecto del *homo sapiens*. (Así, si la historia de las especies es una sola, y cualquier otra doctrina sería racismo, la historia de la humanidad, como historia social, es múltiple: la totalidad de la historia del género humano es la oposición entre la historia una y múltiple.)

Tanto en la sociedad como en la historia las fuerzas actuantes lo son por la actividad de los individuos en su combinación, y la conciencia sólo existe en la mente y gracias a la mente de los individuos vivos: «igual como la sociedad produce al hombre como hombre, éste le produce a ella [...] Sólo el hombre social es consciente de la entraña humana de la naturaleza, pues sólo entonces se le presenta ésta como aquello que le une con el otro hombre».¹³⁷ Por otra parte, «la producción de las ideas y re-

¹³⁵ F. PICAVET, *Les idéologues*, París, 1891; sobre Cabanis y Destutt de Tracy, *passim*; sobre Saint-Simon, pp. 453 y ss.

¹³⁶ MARX y ENGELS, *La Ideología Alemana*, cit., p.676, nota: «No tocaremos aquí la historia de la naturaleza, las llamadas ciencias naturales; abordaremos, en cambio, la historia de los hombres, pues casi toda la ideología se reduce o a una concepción tergiversada de esta historia o a una abstracción total de ella. La propia ideología es tan sólo uno de los aspectos de esta historia».

¹³⁷ MARX, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, cit., p. 380.

presentaciones, de la conciencia, aparece al principio directamente entrelazada con la actividad material y el comercio material de los hombres». ¹³⁸ Por esta vía se supera la doctrina fatalista, que nace de la abstracción del curso total de la historia de su momento concreto, los individuos humanos, y postula la dependencia del movimiento histórico de un fin inmanente en sí mismo. A través del proceso de abstracción, las actividades individuales se subordinan a una fuerza superpuesta, y la misma historia se transforma en una divinidad.

LA BASE Y LA SUPERESTRUCTURA DE LA SOCIEDAD

La producción por medio del trabajo consta de una doble relación, natural y social (social en el sentido de que la cooperación de varios individuos es algo implícito en todo trabajo). Por tanto, un determinado modo de producción o estadio industrial determina la condición de la sociedad, y no al revés. La historia de la humanidad es una serie discontinua de estadios de desarrollo, dividida según los diferentes modos en los que la producción está organizada y realizada. ¹³⁹ La historia de la humanidad es por esto una evolución en el sentido estricto de la palabra, ya

¹³⁸ MARX y ENGELS, *La Ideología Alemana*, cit., p. 25.

¹³⁹ *Ibid.*, pp. 30 y ss. Marx escribía: «La producción de la vida, tanto de la propia en el trabajo, como de la ajena en la procreación...» El nexo entre el acto económico y social del trabajo está separado del acto biológico de procreación de la vida de otro ser humano. La confusión entre actividades económicas y actividades biológicas es claramente rechazada, porque no encuentra ningún espacio en la teoría ni en la práctica marxista, y provoca consecuencias inaceptables sobre el desarrollo posterior de la teoría: aún en *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado (1844)*, Engels, refiriéndose evidentemente al programa formulado en la obra entonces inédita *La Ideología Alemana*, propugnó que no se hiciera distinción entre el acto biológico de la reproducción y el acto económico-social de la reproducción, remitiéndose particularmente a las condiciones de la vida primitiva de la humanidad. Como hemos dicho, anteriormente Marx, en una nota de *La Ideología Alemana* (p.676) que luego fue suprimida, había escrito que «no tocaremos aquí la historia de la naturaleza, las llamadas ciencias naturales». En este caso había una contradicción.

que consiste en el desenvolvimiento de un estadio a otro por obra de fuerzas inherentes a un estadio ligadas con el siguiente por una línea ininterrumpida, mientras que la transformación de un estadio a otro se lleva a cabo por fuerzas internas comunes a ambos estadios de desarrollo. Estas fuerzas inherentes a la historia de los modos de producción, a la transformación de un estadio industrial en otro, son las fuerzas productivas, que no constituyen en absoluto un desarrollo externo al curso histórico de la producción, ya que la relación entre el trabajo y la naturaleza es la aplicación directa de la actividad del trabajo con la que los materiales naturales se transforman en el seno del proceso de producción. La noción de estadios de desarrollo en una secuencia evolutiva desde el inferior al superior, con una progresión lineal, está implícita en los artículos escritos por Marx sobre la India, según los cuales Inglaterra se encontraba en un estadio de desarrollo superior que el de la India. Además, Inglaterra, al tener un alto grado de industrialización, se encontraba como consecuencia en un elevado estadio de civilización o de desarrollo social. La India era inferior porque sus fuerzas productivas estaban menos desarrolladas que las fuerzas productivas del capitalismo inglés: la India aún no había alcanzado aquel estadio porque era inferior a los ingleses como nación comercial, y porque su desarrollo había sido impedido por la potencia conquistadora que la había colonizado. La India había podido vencer fácilmente a sus anteriores conquistadores, los árabes, los turcos, etc., que no habían alcanzado un nivel de desarrollo de las fuerzas productivas superior al de los hindúes, y por tanto no tenían una civilización superior.¹⁴⁰

Mientras que la historia de la naturaleza es sólo concreta, la historia de la humanidad es concreta y abstracta al mismo tiempo, ya que está constituida por relaciones entre el trabajo y la naturaleza, y por relacio-

¹⁴⁰ K. MARX. *The Future Results of the British Rule in India*, in «New-York Daily Tribune», 8 de agosto de 1853; cfr. también los artículos *The British Rule in India*, ibid., 6 de junio de 1853; *The East India Company. Its History and Results*, ibid., 11 de julio de 1853; véanse también en K. MARX y F. ENGELS, *India, China, Russia*, a cargo de B. Maffi, Milán, 1960, pp. 56 y ss. Cfr. L. KRADER, *The Asiatic Mode of Production*, Assen, 1975, pp. 80 y ss., 159 y ss. Cfr. K. MARX, *El Capital*, libro 3, México, 1971, p. 540.

nes sociales, por la reconstrucción de la civilización sobre la base de la relación natural y sobre la base de la relación social de trabajo. La historia de la humanidad es un proceso de desarrollo tanto en el sentido de que el hombre se ha desarrollado gracias a su propio trabajo más allá del estadio animal de la historia natural, como en el sentido de que el hombre se ha desarrollado gracias a su propio trabajo desde un estadio o modo de reproducción a otro. El concepto de desarrollo es una abstracción realizada desde fuera del curso histórico, abstrayéndose del mismo, y poniendo en contradicción las fuerzas productivas de un estadio de desarrollo con las de otro. El desarrollo de la historia humana es, pues, extrínseco e intrínseco al mismo tiempo, y la abstracción es la historia extrínseca que se refiere a la historia intrínseca y concreta. Los estadios de desarrollo son, al mismo tiempo, expedientes clasificatorios, o sea exterioridad, y envolturas de la sustancia, o sea las fuerzas productivas, que constituyen el dinamismo interno de la historia humana.

Los modos de producción se clasifican sobre esta base como asiático, clásico-antiguo, feudal, y burgués moderno, y aparecen como épocas progresivas entre sí de la formación económica de la sociedad. Son estadios sucesivos, que se suceden en el tiempo, como *dramatis personae*, en el orden en que aparecen históricamente, y son progresivos en el sentido de que las fuerzas productivas del estadio sucesivo son superiores a las del estadio anterior.¹⁴¹

Un modo de producción es la formación económica de una sociedad, que constituye un estadio en el curso histórico de su desarrollo, y por tanto una entidad periódica. El modo de producción no es la sociedad en su totalidad, sino su base económica, a la que está vinculada la superestructura de la sociedad. No hay varios modos de producción en el seno de una sociedad determinada, excepto en períodos de transición o de caos provocado por la guerra, por la conquista o la revolución; análogamente, una sociedad es un todo unitario, excepto cuando está sacudida por procesos de transformación revolucionaria.

¹⁴¹ K. MARX, *Contribución a la crítica de la economía política*, México, 1966, p. 8; K. MARX, *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse)*, en OME, vol. 21, p. 33.

2. Evolución de la naturaleza y de la sociedad

MARX Y DARWIN

El concepto de evolución, como desarrollo común de un grupo articulado de organismos por la acción de factores comunes en el seno de cada uno de los miembros del grupo, y de relaciones comunes con el medio, experimentó un poderoso desarrollo con las investigaciones de Darwin,¹⁴² acerca de cuya obra Marx llamó la atención en sendas cartas a Engels y a Lassalle. La obra de Darwin (escribía Marx) proporciona una base científico-natural a las luchas de clases en la historia, e inflige el golpe de gracia a la teología en las ciencias naturales;¹⁴³ Marx establecía una relación entre la doctrina de Darwin, la «lucha por la vida» malthusiana (una expresión usada por Darwin en sentido metafórico), el «bellum omnium contra omnes» de Hobbes, y la teoría hegeliana de la sociedad civil como reino animal ideal.¹⁴⁴ Marx se apoya en la doctrina de Darwin para reforzar la premisa que ya había fijado a su pensamiento, en el sentido de postular la unidad de la historia natural y humana, en intrínseca oposición a la doctrina del gran proyecto impuesto por una divinidad a la naturaleza y al hombre. La teleología es la doctrina de una guía divina externa, a la que se oponen los procesos de conservación natural y de selección natural que forman los dinamismos internos y concretos del origen de las especies.¹⁴⁵

¹⁴² C. DARWIN, *The Origin of Species*, Londres 1859 (Reprint Harvard, 1963, a cargo de Ernst Mayr) (trad. cast. *El origen de las especies*, Barcelona, 1967).

¹⁴³ Marx, carta a Ferdinand Lassalle, 16 de enero de 1861, y carta a Engels, 19 de diciembre de 1860.

¹⁴⁴ Marx, carta a Engels, 18 de junio de 1862.

¹⁴⁵ Marx, carta a Laura y Paul Lafargue, 15 de febrero de 1869. Marx, carta a Kugelmann, 27 de junio de 1870. Marx envió un ejemplar de *El Capital* a Darwin, quien dio acuse de recibo en una carta del 1 de octubre de 1873. Se ha dicho que Marx propuso a Darwin dedicarle una de sus obras, sin precisar cuál, y que Darwin declinó el ofrecimiento aduciendo razones personales. P. T. Carroll, de Filadelfia, ha hallado una carta del 13 de octubre de 1880 en la que Darwin declinaba el ofrecimiento de E. Aveling, yerno de Marx, de dedicarle una recopilación suya

Marx analiza la relación entre historia natural y humana y critica la noción de Thomas Hodgskin sobre el almacenamiento de las habilidades laborales. La cuestión se refería a la acumulación y transmisión de las habilidades, a su conservación y a su remodelación por el trabajo vivo. Marx relaciona éste con la acumulación del trabajo pasado y cristalizado o con el producto del trabajo vivo. El paso del almacenamiento (*Aufhäufung*) de los caracteres hereditarios, de los que hablaba Darwin, a la acumulación por parte del hombre se realiza, según Marx, por una naturaleza humana ya modificada, y por una naturaleza no humana también modificada, transformada en un órgano de las actividades humanas. La acumulación es el resultado de un proceso doble, por un lado el proceso histórico, con largos períodos de tiempo superiores a la duración de una vida individual, y por otro lado el proceso de transmisión de una habilidad por parte de un trabajador individual.¹⁴⁶

Según Marx, Darwin había ilustrado la historia de la tecnología natural, ya que el proceso de la selección natural es el proceso de adaptación de los órganos animales y vegetales como instrumentos de producción. La diferencia entre los dos procesos de producción está en la modificación de la naturaleza por parte del hombre. Sin embargo, tanto Marx como Darwin trazaron un paralelismo entre los dos procesos con respecto a la especialización y a la relación entre forma y función. Así, en los órganos naturales y en los instrumentos de producción humana, cuanto mayor es la especialización de las funciones, menores son las posibilidades de libertad en la forma del instrumento. Un cuchillo que sirva para cortarlo todo puede tener cualquier forma, y al contrario un

de ensayos; probablemente es esta carta (o los rumores sobre su existencia) lo que ha dado pie a aquel rumor, que por otra parte no tiene ningún fundamento.

¹⁴⁶ K. MARX, *Theorien über den Mehrwert*, III, Mew, vol. 26, 3, p. 289. Cfr. MARX, *El Capital*, libro 1, OM E, vol. 40, p. 366, sobre la herencia en las castas y en los gremios, Y L. KRADER, *Dialectic of Civil Society*, Assen, 1977, p. 260 y SS. El tema central de los fragmentos citados, tanto en las *Theorien über den Mehrwert* como en *El Capital*, se refiere a la acumulación de las habilidades laborales y a su transmisión social, y a la relación entre el hombre y las leyes naturales; el fragmento de las *Theorien über den Mehrwert* es aún más preciso y sutil que el de *El Capital*, y por eso se ha utilizado y desarrollado el primero.

cuchillo que sirva para cortar una sola cosa de un solo modo deberá tener una forma peculiar.¹⁴⁷ Tanto Marx como Darwin se empeñaron en demostrar a este respecto que las leyes de la historia natural y de la historia humana son las mismas.

HISTORIA CONCRETA E HISTORIA ABSTRACTA

El movimiento de la historia analizado por Marx es el proceso de un desarrollo interno de las fuerzas productivas, de las relaciones de producción y de cambio, y de las formas de propiedad ligadas a las mismas, y del conflicto entre las fuerzas productivas y las formas de propiedad. El movimiento de la historia procede a través de estadios o discontinuidades, en los que el desarrollo interno es contradicho por las formas externas, jurídicas. El movimiento histórico de la disolución de las gens, de los clanes, de los grupos consanguíneos, de los linajes, de las comunidades rurales arcaicas, estaba contradicho por el proceso contemporáneo de formación de los Estados antiguos basados en tribus, en las que persistían los principios de la vida colectiva arcaica.¹⁴⁸ Desde el momento en que estos procesos de continuación y de disolución de las formas arcaicas colectivas y comunitarias de la vida social se difunden en todo el mundo, pertenecen ya a un tipo de historia que ya no es la historia particular de un pueblo, trátase de los romanos, los germanos, los incas, etc.¹⁴⁹ Estos procesos de alcance mundial son procesos históricos concretos, de los que surge la historia de la sociedad civil, pero no son recorridos históricos particulares. Son procesos desarrollados en continentes diferentes, en circunstancias históricas y culturales distintas, es decir, son procesos generales, pero no universales; en otras palabras, no son procesos en los que tomen parte todos los pueblos necesariamente, como ocurre con los procesos del trabajo y de la producción.

¹⁴⁷ DARWIN, *Origin*, cit., p. 149; MARX, *El Capital*, cit., libro I, p. 368, nota.

¹⁴⁸ MARX, *Líneas fundamentales...*, cit., vol. 21, p. 431.

¹⁴⁹ MARX, *El Capital*, cit., libro 1, p. 99; MARX, *Líneas fundamentales...*, cit., vol 21, p. 445; MARX y ENGELS, *La Ideología Alemana*, cit., cap. I.

La historia general y concreta se opone a la historia universal abstracta, como la habían concebido en el siglo XVIII los filósofos Kant y Condorcet, y se opone a las historias concretas y particulares que habían escrito Niebuhr y Mommsen.

El proceso de la evolución humana es, al mismo tiempo, lo mismo y otra cosa que la historia general humana. Son lo mismo en cuanto que ambos son concretos, pero a partir de ahí divergen, como puede demostrarse en el caso de la historia de instituciones particulares.¹⁵⁰ La aplicación marxiana de las investigaciones filológicas e históricas de Niebuhr, Grimm, Maurer, Haxthausen, Kovalevski y otros, a la historia de las comunas rurales existentes en las poblaciones romanas, germánicas, eslavas e indias constituye un aspecto de la historia de las instituciones particulares y, al mismo tiempo, una parte de la evolución de la humanidad.¹⁵¹

¹⁵⁰ El cálculo del trabajo es un ejemplo de ello. El período de trabajo utilizado en la producción de cosas socialmente útiles es la esencia de la teoría del valor. Pero la contabilización y el cálculo del tiempo utilizado es la característica específica del intercambio y de la producción de mercancías; éstos no existen en la sociedad primitiva, sino que desarrollan en las condiciones en las que predomina el intercambio de mercancías, es decir, en la sociedad burguesa; cfr. MARX, *El Capital*, cit., libro 2, México, 1972, pp. 203 y ss. Este capítulo de la historia de las instituciones económicas lo cita Marx de las *Researches into the Early History of Mankind*, 1865, de E. B. Tylor. El fragmento es citado por Marx no sin ironía a modo de pulla contra W. N. Senior, autor de una teoría de la abstinencia en el consumo para aumentar la acumulación de capital, Y también de una teoría de la última hora de trabajo no remunerada. Tylor, que fue tal vez el principal evolucionista cultural de su tiempo, desaparece luego prácticamente del horizonte de Marx.

¹⁵¹ Para las referencias bibliográficas cfr. Karl Marx, *Chronik seines Lebens in Einzeldaten* a cargo de V. Adoratski, Moscú, 1934. Véase L. KRADER, *Marx Ethnological Notebooks*, Assen, 1974, pp. 379 y ss., nota 125. La oposición entre los dos aspectos de la historia es evidente en los fragmentos relativos a las prácticas agrarias del antiguo México y Perú. así como en las de Eurasia en la antigüedad. Por nuestra parte hemos añadido las prácticas contemporáneas del antiguo Próximo Oriente y del Africa al sur del Sáhara. Estos temas eran objeto de debate en el siglo XIX y a principios del XX. La cuestión residía en saber si en la sociedad primitiva la tierra era poseída colectiva o individualmente (véase cap. IV, § 3).

EVOLUCIÓN Y REVOLUCIÓN: LA HISTORIA HECHA POR NOSOTROS Y LA HISTORIA NO HECHA POR NOSOTROS

La historia hecha por nosotros se distingue de la historia no hecha por nosotros.¹⁵² La separación entre las dos historias no es absoluta, ya que la historia no hecha por nosotros es un importante factor determinante de la historia hecha por nosotros; y asimismo, la historia no hecha por nosotros está determinada en una medida minúscula pero creciente por la historia hecha por nosotros. La historia no hecha por nosotros es historia natural, es la historia de la evolución del cosmos, de la tierra, de las especies humanas; la historia no hecha por nosotros se rige por leyes que no hacemos nosotros, y que únicamente podemos descubrir, mientras que la historia hecha por nosotros depende tanto de estas leyes naturales como de actos y relaciones humanas, y de leyes voluntarias y conscientes, involuntarias e inconscientes, naturales y promulgadas, de leyes coactivas, predictivas y prescriptivas. El gran acto de la historia hecha por nosotros es el acto de la transformación radical de la sociedad, y el curso de la historia humana es la interacción de numerosos momentos históricos, conscientes e inconscientes, voluntarios e involuntarios.¹⁵³

¹⁵² MARX, *El Capital*, cit., libro I, vol. 41, pp. 2-3 nota 89, se refiere para esta distinción a G. B. Vico. *Principi di scienza nuova* (1744). Marx recomendó a F. Lassalle la filosofía del derecho de Vico (carta del 28 de abril de 1862). La doctrina según la cual todo está sujeto a la historia, incluidos la naturaleza y el hombre, ha sido formulada, entre otros, en época moderna, por Francis Bacon; esta unificación de las historias, cualesquiera que fuesen sus contenidos, ha sido desarrollada posteriormente por Buffon, Kant, Laplace y Adelung.

¹⁵³ El papel de la conciencia en la historia ha sido analizado por Marx y Engels en el *Manifiesto del Partido comunista* y en otras obras posteriores. Los positivistas contemporáneos, como August Comte, se interesaban por la acción de las leyes inconscientes, mientras que los positivistas jurídico-legales se ocupaban de las leyes positivas, hechas por el hombre, y por tanto conscientes, en tanto que contrapuestas a las leyes divinas o naturales. Esta concepción de la ley, que puede advertirse en F. Bacon y en William Blackstone, parece contraponerse al tratamiento de la historia del positivismo de Leszek Kolakowski (cfr. *The Alienation of Reason*, New York, 1968). La conciencia no puede ser considerada un hecho determinante de la historia humana; Marx excluye incluso que sea un factor de definición: «Podemos distinguir al hombre de los animales por la conciencia,

La transformación radical de la sociedad es la historia del desarrollo de la conciencia universal humana, de la conciencia social en general, y de la conciencia de clase en particular, ya que existe división y oposición entre las clases sociales. El sistema de la historia no hecha por nosotros fue elaborado por Marx, primero en relación con los descubrimientos de Darwin, y después en relación con las concepciones de Vico. En este contexto Marx auspició la historia de la tecnología que habría constituido para la humanidad la base material de todas las particularidades. Las dos historias son y no son lo mismo, son, al mismo tiempo, recíprocamente continuas y discontinuas, y la historia humana pone de manifiesto un cuádruple proceso: 1) la relación activa del hombre con la naturaleza; 2) el proceso de la producción directa de la vida humana; 3) las relaciones sociales de la vida humana; 4) las representaciones mentales o espirituales de estas relaciones.¹⁵⁴ (No es irrelevante el orden en que aparecen estos cuatro momentos en la teoría.) Esto habría constituido la historia crítica de la tecnología y de la relación crítica entre naturaleza y cultura.

La relación activa con la naturaleza tiene su historia, ya que sin cooperación en el proceso de trabajo no hay producción, y sin producción no hay vida. Los principios de cultura que pueden encontrarse entre los pueblos dedicados a la caza documentan esta cooperación; y la agricultura comunitaria en la India también. Se trata de pruebas de cooperación a escala reducida o a escala de comunidad. Una cooperación a gran escala de una forma simple fue la emprendida por la burocracia de los emperadores asiáticos, del antiguo Egipto y de los etruscos. De un modo esporádico fue aplicada una cooperación a gran escala y de forma compleja en la antigüedad europea y en la Edad Media. La forma de cooperación capitalista ha sido adoptada a gran escala, es sistemática y no esporádica, y es compleja y no simple, características que la diferencian de las formacio-

por la religión o por lo que se quiera. Pero el hombre mismo se diferencia de los animales a partir del momento en que comienza a producir sus medios de vida» (MARX y ENGELS, *La Ideología Alemana*, cit., p. 19). «La conciencia es ya de antemano un producto social y lo seguirá siendo mientras existan seres humanos» (ibid., p.32).

¹⁵⁴ MARX, *El Capital*, cit., libro 1, vol. 41, pp. 2-3, nota 89.

nes económicas precapitalistas.¹⁵⁵ El desarrollo de la cooperación en el modo de producción capitalista constituye por un lado la negación de la cooperación emprendida en los principios de la cultura humana, y por otro lado su continuación, a través de la traducción en acto de la potencialidad de aquélla.

La sucesión del modo de producción primitivo, los modos de producción precapitalistas y el modo de producción capitalista es, en abstracto, una sucesión ordenada, mientras que en concreto se desenvuelve a través de desarrollos multilineales, falsos puntos de partida y desviaciones. La progresión no es uniforme, sino que procede por metamorfosis poco visibles, seguidas de rápidos cambios. Una sociedad sin clases es el resultado de momentos históricos opuestos. La unidad social está formada por un conjunto de formas contradictorias; y la naturaleza de sus contradicciones no permite que el cambio gradual la haga explotar. Sin embargo, si no encontramos en el seno de la sociedad, tal como es, las condiciones materiales de la producción y del intercambio que permitan construir la sociedad sin clases, todo esfuerzo para hacer estallar la sociedad existente será inútil.¹⁵⁶

La historia no hecha por nosotros es nuestra historia natural, o el proceso de la evolución. Es historia sin sujeto histórico, historia únicamente concreta. La historia hecha por nosotros es historia abstracta y concreta, historia con un sujeto y un objeto. La historia hecha por nosotros es la historia de la sociedad y de su formación, la historia del escenario de la guerra entre las clases sociales, como condición necesaria para el conflicto, del mismo modo que éste es la condición necesaria de la con-

¹⁵⁵ *Ibid.*, vol. 40, pp. 399 y ss.

¹⁵⁶ MARX, *Lineas fundamentales...*, cit., vol. 21, p. 91. Aquí se formula implícitamente la teoría del conjunto social en el que tienen lugar las divisiones de clases. El concepto de totalidad respecto a la sociedad dividida en clases ha sido formulado explícitamente por A. GRAMSCI en los *Quaderni del carcere* (Turín, 1975), en particular en los Cuadernos 10 y 11; K. KORSCH, *Marxismus und Philosophie*, Berlín, 1923 (trad. cast., *Marxismo y filosofía*, México, 1971); y por G. LUKÁCS, *Geschichte und Klassenbewusstsein*, Berlín, 1923 (trad. cast., *Historia y conciencia de clase*, México, 1969). La primera tesis de Marx postula el proceso de la revolución, y la segunda el proceso de la evolución, cada uno de los cuales es condición necesaria del otro.

ciencia de clase. La historia de la conciencia de clase sigue el mismo curso histórico y está subordinada a los mismos criterios de desarrollo a los que nos hemos referido anteriormente con respecto a la historia social de la cooperación. En los antiguos Estados e Imperios de Asia, Africa, Europa y el Nuevo Mundo, la conciencia de clase tuvo una primera expresión esporádica en los productores inmediatos en la sociedad; en la sociedad capitalista moderna, por el contrario, la conciencia de clase se ha desarrollado sistemáticamente, cualitativamente, en términos de fuerza y de confianza, y cuantitativamente, en términos de masas de trabajadores. Ha alcanzado el punto culminante de su expresión histórica en la historia de la sociedad burguesa moderna, en las épocas de las revoluciones; y se reduce a medida que la actividad revolucionaria (que la guerra, al mismo tiempo que la conciencia contribuye a aumentar y a manifestar esa actividad) reduce su propia fuerza social; es decir, está en relación con la profundidad del enfrentamiento entre las clases. La conciencia de clase se expresa de un modo combativo en el flujo de la actividad revolucionaria, y por el contrario se cosifica cuando ésta entra en reflujos, no de un modo unívoco, sino según las divisiones entre las clases sociales. La historia hecha por nosotros no es más que el conjunto de los procesos entre el trabajo y la naturaleza, de la interacción en la sociedad, y de las representaciones mentales y espirituales de estas relaciones e interacciones. Es, pues, diferente de la historia no hecha por nosotros, y está privada de sus representaciones abstractas y teóricas, excepto cuando éstas han sido introducidas por el género humano. En la práctica, el curso de la historia hecha por nosotros sólo está separado de la historia no hecha por nosotros en las fantasías de los filósofos especulativos y en el mundo religioso de los místicos.¹⁵⁷

La idea formulada por el socialista evolucionista Eduard Bernstein, según la cual el socialismo se realizaría a través de la transformación pacífica de la sociedad burguesa, se basa, por una parte, en la simplifica-

¹⁵⁷ Sobre la historia hecha por nosotros y no hecha por nosotros, cfr. MARX y ENGELS, *La Ideología Alemana*, cit., pp. 27 y ss.); MARX, *The Eighteenth Brumaire of Louis Napoleon*, in *Die Revolution*, New York, 1852 (Mew, vol. 8, p. 115; trad. cast. *El 18 Brumario*, en *Obras escogidas*, vol. 1.

ción del proceso histórico, y por otra parte, en la confusión entre la evolución, es decir, la historia no hecha por nosotros, y la historia hecha por nosotros. La propaganda del acto no obtiene más que su propia autodestrucción, a no ser que esté directamente vinculada a los procesos concernientes a la transformación radical de la sociedad y de su base material, y por tanto de sus representaciones mentales y espirituales.

EL INDIVIDUO Y LA SOCIEDAD

Carlyle considera que el individuo es el principal motor de la historia, y en base a ello edifica el culto al individuo.¹⁵⁸ Este acto de fe no dejaba de tener relación con la fábula basada en el personaje de Robinson Crusoe, el *self-made-man*, solo en su isla tropical.¹⁵⁹ El problema del individuo en la historia tiene dos aspectos: por una parte, el de la realidad del individuo en la sociedad, y por lo tanto en la historia; por otra parte, la cuestión de cuál es la principal fuerza motriz en la historia. El tema de si el individuo es real y no una mera abstracción centró la primera polémica de Marx contra Feuerbach y la interpretación feuerbachiana de Hegel.¹⁶⁰

¹⁵⁸ T. CARLYLE, *On Heroes, Hero-Worship, and the Heroic in History*, 1840; T. CARLYLE, *Latter-Day Pamphlets*, 1850 (Marx y Engels hicieron una recensión de los Pamphlets en la «*Neue Rheinische Zeitung, Politisch-ökonomische Revue*» en abril de 1850. CARLYLE. *Essays*, vol. I (Everyman's edition) y, a este respecto, MARX *El Capital*, cit., libro I. vol. 40, p. 277, nota 90, donde se pone de manifiesto la ironía de la polémica marxiana contra el culto al individuo de Carlyle.

¹⁵⁹ MARX, en la *Contribución a la crítica de la economía política*, México, 1966, p. 51, criticó a Ricardo, que postulaba la existencia del cazador primitivo, aislado de toda sociedad, como Robinson Crusoe (véase también *El Capital*, cit., libro 1, pp. 99 y ss.). Por otra parte, hay que tener en cuenta que, en las intenciones de Daniel Defoe, Robinson Crusoe no representaba el arquetipo del *self-made-man*; por el contrario, el autor describe pormenorizadamente los esfuerzos de Robinson para recuperar todo lo posible del barco hundido, para equiparse con todo lo que su civilización podía ofrecerle, para enfrentarse a los peligros de su nueva residencia; no estaba solo, porque era heredero de su propio pasado. La narración de Defoe señala incluso qué es lo que Robinson sabía y no sabía hacer; la fabricación de tinta, por ejemplo, no se incluía entre sus conocimientos.

¹⁶⁰ MARX, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, cit., pp. 298, 385, 411.

El Estado, escribía Marx, es la forma en que los individuos de una clase dominante expresan sus intereses comunes, en que se concentra el conjunto de la sociedad civil de una determinada época. Entonces aparece la ilusión de que el acto de la legislación se basa en la libre voluntad del individuo, pero en realidad éste está atado a su base real en la sociedad. El individuo abstracto no tiene historia, mientras que el individuo concreto no sólo está en la historia sino que es la única base de las fuerzas productivas, de los trabajos privados, de la conciencia, y por tanto de la realidad social, material e históricamente. Sin embargo, las capacidades de los individuos no son desarrolladas por éstos sino que se desarrollan únicamente por obra de los individuos asociados, en interacción mutua entre ellos, y por su apropiación común de los instrumentos de la producción y la aplicación combinada de estos instrumentos:¹⁶¹ «el individuo es el conjunto de las relaciones sociales».¹⁶² La sociedad no es la realidad material de los individuos que la componen, sino que «la sociedad expresa la suma de las relaciones que estos individuos establecen entre sí»; no consiste en los mismos individuos, ni es directamente la red

¹⁶¹ MARX y ENGELS, *La Ideología Alemana*, cit., pp. 46 y ss. A Marx se le ha achacado, por parte de T. G. MASARYK (*Die philosophischen und soziologischen Grundlagen des Marxismus*, 1899, pp. 147 y ss. y 184 y ss.), el pecado de ilusionismo, es decir, de haber separado la conciencia individual del individuo para depositarla en la clase social, convirtiendo de este modo la conciencia en una ilusión. Esto equivale a ignorar el significado de los fragmentos citados anteriormente. La argumentación de Masaryk debería haberse referido al tema del motor de la historia, en el sentido de si son los individuos o las clases sociales quienes la hacen funcionar.

¹⁶² La sexta tesis sobre Feuerbach de Marx dice así: «La esencia humana no es algo abstracto inherente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales» (en *Obras escogidas*, cit., vol. 2, p. 225, nota 36). La argumentación se dirige contra la abstracción, el hombre en cuanto hombre, que Feuerbach había tomado de Hegel. Pero la expresión «el hombre en cuanto hombre aparece solamente en las lecciones de Hegel sobre la libertad en relación con circunstancias históricas específicas y concretas como las de los antiguos germanos, y su posterior extensión: la consecuencia de ello es la conciencia de que todos los hombres son en sí, en cuanto hombres, libres (G. W. F. HEGEL. *Vorlesungen über die Philosophie der Weltgeschichte*, 1822-1828, Hamburgo, 1955, vol. 1, pp. 62 y ss.)

de las relaciones entre los individuos.¹⁶³ Por esto la relación entre individuo y sociedad es asimétrica.

La historia de la sociedad se divide en períodos o estadios. Dado que esa historia no es una construcción independiente, sino que está constituida por las relaciones recíprocas entre los individuos a lo largo del tiempo, los mismos estadios no son históricamente reales ni accesibles a los sentidos, como parecen, sino que las actividades de los individuos en su mutua combinación y en la relación con el mundo natural forman un estadio determinado de sus conquistas. La sociedad no es real del mismo modo en que es real nuestro cuerpo físico o lo son los planetas y las estrellas; el hecho social no es, pues, real del mismo modo en que son reales los hechos estudiados por los fisiólogos y los físicos.¹⁶⁴ Las cuestiones de ontología social tienen relación tanto con la esencia del individuo humano como con la ideología de la clase dominante, tanto en la edad antigua como en la época burguesa moderna de la historia de la sociedad civil. El sacerdote del templo de Diana, Nemorensis, elegido rey por un año, corría por los valles con la espada desenvainada; en la antigua Roma había empezado la lucha de cada uno contra todos. El individualismo inflexible fue aireado por el Partido republicano en las campañas contra Franklin Delano Roosevelt desde 1932 a 1944. La sociedad no es más que un montón de individuos, según Hobbes. La alternativa a esta concepción la había expuesto Aristóteles, para quien un individuo situado fuera de la sociedad sería una bestia o un dios, pero en cualquier caso sería

¹⁶³ MARX, *Líneas fundamentales...*, cit., vol. 21, pp. 206 y ss.

¹⁶⁴ La concepción expuesta por E. DURKHEIM, *Les regles de la methode sociologique*, 1895, según la cual no hay ninguna diferencia entre los hechos sociales y los hechos de la física y la fisiología, representa una notable simplificación del problema de la realidad social. Aunque Durkheim lo que quería era evitar el interesado absurdo de la doctrina de la Iglesia de su tiempo y de la sociología y psicología individualistas de Gustave Tarde. Hay que señalar, por otra parte, que los enunciados programáticos de Durkheim han sido repetidos, con el mismo fin, contra el peligro de reducción de las ciencias sociales a una ciencia social individualizante, por A. R. Radcliffe-Brown, padre del estructuralismo inglés, en *The Natural Science of Society*, Chicago, 1957. La orientación individualista ha sido brevemente resucitada por el neotomista Mortimer J. Adler.

inhumano.¹⁶⁵ El culto al individuo, la doctrina del contrato social, según la cual cada uno entra en la sociedad sobre la base de una opción voluntaria, y así se constituye la sociedad, representan la reducción de la ontología social a la ontología individual, y de los problemas del individuo y de la conciencia individual. Por el contrario, la libertad del individuo es la libertad del individuo de la clase dominante, y a esta libertad le falta la esencia de la libertad. El aparato del Estado debe controlar no sólo a la clase obrera, para prevenir la huelga general y defenderse del ejército industrial de reserva, sino que debe precaverse también de las desviaciones del capitalista individual, que busca su beneficio a costa del interés general de la clase social a la que pertenece, y del terrorismo desclasado de la juventud enajenada, que es un producto de la clase dominante responsable de la enajenación. La cuestión del individuo no se plantea directamente en la teoría socialista, sino que es planteada por los enemigos del socialismo. La condición del individuo no es el problema central del socialismo, sino que, por el contrario, el problema de fondo del socialismo es la constitución de la sociedad como un todo a través del trabajo social. La individualidad pierde entonces su carácter de clase. La falsa individualidad de los ideólogos del modo de producción de la sociedad burguesa moderna se ha pasado, durante los siglos XIX y XX, no en las doctrinas filosóficas de la antigüedad clásica, de Aristóteles o de Epicteto, sino en el individualismo atomista de Descartes, de Hobbes y de Leibniz, del siglo XVII. La expresión ideológica corriente no es más que un subterfugio para que el aparato del Estado, la clase dominante, y la esfera privada asociada a ambos, sean exonerados de toda responsabilidad en el

¹⁶⁵ *El sacerdote del bosque* es la primera narración de la obra de James George Frazer, *La rama de oro*. Aristóteles puede ser considerado un crítico del individualismo por su doctrina de que el hombre es por naturaleza un animal político. Epicteto, según Arriano, empezaba su polémica, *Contra Epicuro*, con estas palabras: «Epicuro sabe también como nosotros que somos por naturaleza seres socialistas». Los sabios de la antigüedad habían diferenciado la cuestión de la esencia social e individual de la de la ideología de la clase dominante.

cuidado de los enfermos, los hambrientos y los ancianos; librar a los ricos de los impuestos es el trasfondo de la filosofía del individuo.¹⁶⁶

La categoría histórica de la teoría marxista es la relación entre el hombre y la naturaleza, mediante el trabajo, y el conjunto de las relaciones sociales del género humano y la sociedad es a su vez la expresión de las relaciones humanas en su combinación, en un período de tiempo determinado. El período es la forma de la combinación. Esto no es independiente de las relaciones entre los seres humanos. El individuo como portador y como punto crucial de las relaciones sociales está determinado por las relaciones presentes y pasadas del mismo desarrollo histórico; la conciencia de estas relaciones reside en el individuo, y no existe más que en sus órganos nerviosos. Sin embargo, el ser humano consciente no es el motor principal sino el resultado de las relaciones presentes y pasadas en su interrelación con los demás seres humanos y con el medio natural; estas relaciones reciben sus distintas expresiones sociales correspondientes a las relaciones de producción, que a su vez son factores determinantes de la formación y de la oposición entre las clases sociales en la sociedad burguesa moderna. La unidad de medida de la historia no es el individuo, sino la sociedad como un todo y las relaciones entre las clases sociales en que ésta se divide. De este modo se obtiene una lectura distinta del lema socialista «de cada uno según sus capacidades, y a cada uno según sus necesidades»:¹⁶⁷ no se trata de las capacidades y las

¹⁶⁶ Los ideólogos de la clase dominante en la sociedad burguesa moderna defienden la individualidad con el argumento de que sin libertad individual se perderían los Leonardo da Vinci y los Shakespeare del futuro. Esta concepción interesada no es válida para garantizar los futuros méritos artísticos porque conocemos únicamente la negación de los mismos; las condiciones en las que Homero, Monteverdi y Bach crearon sus obras no serán las mismas de la creatividad del futuro. Sobre la irrelevancia de los cánones del pasado para el presente y el futuro, cfr. MARX, *Líneas fundamentales...*, cit., vol. 21, pp. 33 y ss.

¹⁶⁷ K. MARX, *Crítica del programa de Gotha*, en K. MARX y F. ENGELS, Obras escogidas, vol. 3, pp. 5 y ss. (G. V. PLEJANOV, El papel del individuo en la historia, publicado por primera vez en 1898, ofrece sobre este tema, como indica el título de la obra, el conocido tratamiento al que hemos hecho alusión, tradicional en el marxismo).

necesidades del individuo, sino de la totalidad de las capacidades del trabajo social y de la totalidad de las necesidades del conjunto social.

3. Historia y etnología

MARX Y MORGAN

Marx hizo suya la tesis evolucionista no porque ésta analizara la historia natural a la luz de la historia humana, sino, al contrario, porque su aplicación permite subsumir la historia humana en la historia natural, fundamentando así la teoría materialista, y exponer la historia natural como un momento de la historia humana.¹⁶⁸ La idea de la evolución humana como parte de la evolución universal, y por tanto como parte de nuestra historia humana interna, como historia fuera de nuestro control, no hecha por nosotros, fue aceptada por E. B. Tylor, John Lubbock L. H. Morgan, J. B. Phhear y, marginalmente, por H. S. Maine; M. M. Kovalevski estuvo vinculado tanto al movimiento darwiniano como al derivado de Maine.¹⁶⁹ Según Hegel, la naturaleza tiene una relación con la humanidad que es, al mismo tiempo, directa y externa,¹⁷⁰ mientras que en la escuela evolucionista la relación era directa pero no externa; en este caso no se diferencian las relaciones prácticas de las relaciones teóricas. Al orientarse hacia la escuela de etnología evolucionista, Marx rechaza la teoría hegeliana de la naturaleza por una parte, y la posición de los etnólogos no evolucionistas por otra.¹⁷¹

¹⁶⁸ Darwin desarrolló su modelo de historia natural de acuerdo con la doctrina social de Thomas Malthus: DARWIN, *Origin*, cit., cap. 3; véase también su *Descent of Man*, 1871, parte I, cap. II.

¹⁶⁹ Cfr. KRADER, *Marx' Ethnological Notebooks*, cit. Las obras que Marx cita son: L. H. MORCAN, *Ancient Society*, New York, 1877; J. B. PREAR, *The Aryan Village in India and Ceylon*, Londres, 1880; H. S. MAINE, *Lectures on the Early History of Institutions* Londres, 1875; J. LUBBOCK, *The Origin of Civilisation*, Londres 1870.

¹⁷⁰ G. W. F. HEGEL, *Enzyklopädie der philosophischen Wissenschaften*, 1830, § 245.

¹⁷¹ Marx sobre Adolph Bastian, en la carta a Engels del 12 de diciembre de 1860 (in *Opere*, cit., vol. 41, p. 145).

La doctrina evolucionista de Morgan postula una progresión de la humanidad como un desarrollo orgánico en tres estadios, cada uno de ellos derivado del anterior, desde el estadio salvaje al de la barbarie y al de la civilización. El estadio más elevado se alcanza a través de la disolución de las *gentes*, en la última formación del estadio de la barbarie. El proceso evolutivo afecta a todo el mundo, pero asume formas distintas en las diferentes zonas, de modo que la progresión es multilineal; sin embargo, cada estadio es un todo único, aunque se alcance por vías distintas. Así pues, no es real el ser humano individual, ni el pueblo histórico, sino el estadio de la cultura. El impulso para el salto de un estadio a otro procede de los descubrimientos e inventos, ya que la técnica, según Morgan, es el motor de la historia, y gracias a ella la sociedad ya no se fundamenta sobre la base de las relaciones entre personas, sino sobre la base del territorio y de la propiedad. El pasado, sostenía Morgan, no ha muerto, y puede encontrarse su documentación entre los pueblos vivos; así, por ejemplo, la familia tiene su origen en la horda promiscua, y la práctica del matrimonio de grupo aún puede observarse entre algunos pueblos de nuestro tiempo, mientras que en otros pueblos ha sido superada hace tiempo.¹⁷² Morgan siguió el desarrollo de la propiedad desde el estadio primitivo hasta el estadio de civilización moderno, y termina su obra con una exhortación en la que denuncia el incontrolable poder adquirido por la propiedad sobre la mente humana. Marx extrajo del estudio de la obra de Morgan la afirmación de que la escala temporal de la historia humana es muy amplia, y que las distorsiones producidas por la propiedad no son más que una aberración pasajera (de vida más bien breve, comentaba Marx¹⁷³) en el estadio actual de la sociedad. Las notas de Marx, así como sus comentarios, han ejercido una cierta influencia en la historia del socialismo, aunque hay que tener presente que las críticas

¹⁷² Engels escribió *El origen de la familia* sobre la base de la *Ancient Society*, de Morgan; de esta forma cumplía un encargo de Marx. Adhiriéndose a la posición de Morgan sobre el origen de la familia, Engels escribió una nota, publicada en «Die Neue Zeit», 1892, vol. 2, parte I, pp. 373-375 (A Newly Discovered Case of Group-Marriage), que se basaba en las investigaciones realizadas entre los gilyak por L. Sternberg.

¹⁷³ KRADER, *Marx' Ethnological Notebooks*, cit., p. 139.

de Morgan a la propiedad, a pesar de ser más duras que las que se encuentran en los escritos de otros exponentes de la escuela evolucionista estudiados por Marx, no permiten considerar a Morgan como un crítico del sistema social capitalista. Marx se apoyó en las opiniones de Morgan para reforzar las suyas, no porque tuviera las mismas concepciones de fondo, sino precisamente porque Morgan estaba en el otro lado; pertenece por tanto al grupo de los que han reforzado la causa socialista contra su voluntad.¹⁷⁴

El persistente ataque de Marx contra la interpretación individualista de la historia se apoya en las investigaciones de Morgan, quien sostenía que Teseo no era un individuo sino un período o una serie de aconteci-

¹⁷⁴ Cfr. borrador de la carta de Marx a Vera Zasulich, en Mew, vol, 19, p. 386 (trad. it. MARX y ENGELS, *India, Cina, Russia*, cit., p. 238): «Un autor americano nada sospechoso de tendencias revolucionarias, y financiado en sus trabajos por el gobierno de Washington», así se refiere Marx a Morgan. Por otra parte, en la discusión con Margan, Marx comete un error bastante complejo: Margan citaba al antiguo jurista romano Gayo y a Theodor Mommsen a propósito de la esclavitud de la familia romana antigua. Marx, por su parte, recordaba a Fourier, que caracterizó la época moderna de la civilización sobre la base de la monogamia y de la propiedad privada de la tierra. La familia moderna (según la nota de Marx) contiene en embrión no sólo la esclavitud sino también la servidumbre; contiene en miniatura en su seno todos los antagonismos que luego se desarrollarán ampliamente en la sociedad y en su Estado. (Esta breve nota requiere un comentario adicional: por familia moderna se entiende la familia moderna en la forma romana antigua, que incluía el criado o el esclavo. La historia ulterior de la familia se opone a la historia de la sociedad y de su Estado, como veremos). Sobre Fourier, cfr. KRADER, *Marx' Ethnological Notebooks*, cit., p. 120. En una nota al final de *El origen de la familia* (Obras escogidas, vol. 3, p. 351), Engels declara que se había propuesto inicialmente «valerme de la brillante crítica de la civilización, que se encuentra esparcida en las obras de Charles Fourier, para exponerla paralelamente a la de Morgan» y a la suya. Pero esto no convierte a Morgan en un crítico de la familia moderna, como lo habían sido Marx y Engels en el *Manifiesto*, o Fourier. Sin embargo, Eduard Bernstein, en el prefacio a la traducción italiana de *El origen de la familia*, de Engels, calificó a Morgan de socialista utópico. Morgan había defendido como abogado los intereses de los ferrocarriles en el estado de Nueva York, pero no tenía ninguna relación con los socialistas utópicos de su tiempo.

mientos.¹⁷⁵ Morgan presentó en forma de una regla general el papel de los factores objetivos en la historia, los tecnológicos, como hemos visto, y los institucionales. En este sentido fue un materialista, aunque un materialista ingenuo, y por eso fue elogiado por Engels. Entre las instituciones enumeradas por Morgan, la *gens* es la dominante en la sociedad de la barbarie. Marx aplicó esta formulación a la teoría de la formación histórica de las castas, que se explican sobre la base de la petrificación del principio de la *gens*. Las *gentes* se subdividen jerárquicamente en la sociedad de la barbarie, como las castas en la sociedad civilizada, de abajo a arriba. La igualdad y la fraternidad se practican del mismo modo en el seno de la *gens* y de la casta, ya que ambas se basan en un vínculo de parentesco. La igualdad y la fraternidad se contraponen al principio aristocrático¹⁷⁶ basado en la formación de las clases sociales. La formación de las clases sociales no tiene su origen, según Marx, en las diferencias de rango entre las *gentes*, sino en el conflicto de intereses entre los jefes de las *gentes* por una parte y los miembros comunes de las *gentes* por otra. Los jefes son ricos, y esto se debe a la propiedad privada de casas, tierras, ganado, y por consiguiente a la familia monogámica. La gente común es pobre.¹⁷⁷ Sin embargo, la propiedad privada no es la causa de la diferenciación entre ricos y pobres, ni de la formación de la familia monogámica, sino la expresión jurídica de momentos históricos cuya fuerza reside en otro lugar.

En la concepción de Morgan del estadio anterior a la formación de la sociedad civilizada y del Estado, la disolución de la *gens*, o del principio de parentesco, se convierte en la fuerza motriz de la historia. Este principio de Morgan, asumido implícitamente por Marx, y, explícitamente por Engels, contradice la formulación marxiana de la transición a la sociedad civilizada. Marx había escrito que las tribus de los Estados antiguos se habían formado de dos modos distintos: o a partir de grupos de parentesco o a partir de grupos locales, y había añadido que las *gentes* roma-

¹⁷⁵ KRADER, *Marx' Ethnological Notebooks*, cit., p. 209.

¹⁷⁶ *Ibid.*, p. 183.

¹⁷⁷ *Ibid.*, p. 210.

nas eran corporaciones.¹⁷⁸ En vez de centrarse únicamente en el parentesco, Marx había elaborado una teoría general de la colectividad en sus distintas formas: clan, tribu, *gens*, o grupos basados en el parentesco; localidad, comunidad aldeana, o grupos desarrollados sobre la base de la vecindad, de la proximidad geográfica; y asociaciones, corporaciones, sociedades hereditarias y voluntarias. Es una formulación más amplia y científicamente más adecuada que la que el libro de Engels ha divulgado. La formación de la sociedad civilizada y del Estado se ha realizado a partir de la disolución de las colectividades arcaicas (*gens*, clan, comunidad aldeana, asociaciones) y de la igualdad y la fraternidad correspondientes.

MARX Y MAINE

La sociedad civilizada se compone de esfera pública y esfera privada, y no puede reducirse ni en su origen ni durante su desarrollo únicamente a la esfera privada, a la que pertenece la familia moderna civilizada y burguesa. Al ligamen de parentesco ejemplificado por la familia se añaden las relaciones de la esfera pública de la sociedad civilizada, del trabajo social, de la producción social, del intercambio, del comercio, y de la superestructura, del derecho, de la política y del Estado. Por efecto de las relaciones entre las clases sociales, la sociedad civilizada se compone y está separada en esfera pública y esfera privada. Examinando los jefes tradicionales de las sectas irlandesas, o clan, o los jefes de las familias colectivas y de las comunidades aldeanas en la India, Maine las consideraba simples conglomerados de familias privadas; mientras observaba el clan y la comunidad de Irlanda y de la India, estaba pensando en la fami-

¹⁷⁸ MARX, *Líneas fundamentales...*, cit, vol. 21, pp. 435 y ss. Morgan ha sido criticado por W. N. Fenton y otros por haber subrayado únicamente el factor de consanguinidad e ignorar los demás factores comunitarios, en sus conocidos trabajos etnográficos sobre los iroqueses (KRADER, *Marx' Ethnological Notebooks*, cit., pp. 357 y 376); igualmente criticable es su omisión de la vecindad geográfica como factor de la comunidad en su historia de la evolución; la crítica se extiende al uso que otros han hecho de su teoría.

lia privada inglesa.¹⁷⁹ Marx expresó también su clara oposición a la confusión entre esfera pública y esfera privada en los comentarios al libro de Phear, quien, en su exposición del sistema social y territorial indo-ario, partía del supuesto de que el dinamismo social en la historia de la sociedad y de la propiedad de la tierra procede del seno de la familia privada.¹⁸⁰ La teoría de Maine del progreso social basado en la evolución presuponía que los determinantes de la historia eran los factores jurídicos y morales. Marx lo criticó por haber convertido los factores morales de derivados en primarios en la determinación de la historia, en vez de los factores económicos, que, según Marx son los factores primarios. Maine hacía del Estado una sustancia histórica real en vez de una mera apariencia, como sucede en realidad. Marx lo criticó por no haber visto el Estado como una excrescencia de la sociedad, es decir, por no haber conseguido entender las condiciones sociales particulares y concretas que determinan la aparición histórica del Estado, y que provocarán su desaparición cuando aquéllas también desaparezcan. Esta polémica de Marx

¹⁷⁹ KRADER, *Marx' Ethnological Notebooks*, cit., p. 310.

¹⁸⁰ *Ibid.*, p. 281: «El muy burro lo hace nacer todo de las familias privadas». La familia en la sociedad civilizada es la familia privada, forma parte de la esfera privada de la sociedad civilizada. Así, la familia colectiva de la India, la comunidad aldeana o *zadruga* de los yugoslavos en los períodos históricos tradicionales, la familia ampliada de los mongoles, son todas ellas de una u otra forma familias privadas porque la sociedad en la que se encuentra es de una u otra forma una sociedad civilizada en la que, a lo largo de la historia, la esfera pública y la esfera, privada se han separado entre sí. La prehistoria de la familia grande o ampliada eslava, de la comunidad doméstica de los eslavos meridionales, de la familia colectiva hindu, y de las formaciones similares en China en África y en el Nuevo mundo, antes de la fundación de la sociedad civilizada, con base en las diferencias entre las clases sociales, no es, pues, ni pública ni privada ya que la misma, sociedad civilizada se basa en la diferencia entre esfera pública y esfera privada. Las instituciones colectivas y comunitarias también están divididas en secciones públicas y privadas por la organización de la sociedad civilizada. La familia, de la sociedad vilizada no es la familia de la época primitiva de la vida social. La *gens*, el clan o la comunidad aldeana no son lo mismo en la sociedad civilizada que en la época primitiva, colectiva y comunitaria. En tiempo de la república romana la *gens* se convierte en una especie de corporación reconocida pública y oficialmente.

no es en absoluto una teoría organicista de la sociedad y del Estado. No se formula, por ejemplo, la idea de que el Estado caerá como una fruta madura, sino que la sociedad está subordinada a determinadas condiciones, a ciertas relaciones sociales, y el Estado es la resultante de estas relaciones y condiciones históricamente concretas. Las tesis según las cuales el Estado es la formación de determinadas condiciones sociales, los factores económicos están en la base de la formación del Estado, y el Estado constituye un fenómeno transitorio de la historia, son lugares comunes porque el marxismo los ha convertido en tales. La separación entre las clases sociales y entre la esfera pública y la esfera privada se basa en factores que también existían en las comunidades arcaicas. Los individuos que acaban formando la clase dominante en la sociedad se han separado de estas comunidades, y por esta vía se desarrolla la individualidad. Estos individuos desarrollan luego intereses contrapuestos a los intereses de los productores inmediatos de las comunidades, que forman la clase trabajadora. Los intereses son intereses de clase, y las individualidades expresan una individualidad de clase; sus intereses se basan en las condiciones económicas, y sobre esta base se construye el Estado.¹⁸¹ Las comunidades se han transformado en la clase social explotada de los productores inmediatos, y al mismo tiempo han conservado *pro forma* su carácter comunitario. Por eso, el conflicto social en los orígenes de la historia de la sociedad civilizada es en esencia un conflicto entre clases sociales, pero en la forma es un conflicto entre personas pertenecientes a distintas clases, entre los individuos de la clase dominante por una parte, y la comunidad en cuanto persona por otra. Las personas son personas jurídicas, tanto si se trata de individuos como si se trata de grupos, pero sus intereses no son ni comunitarios ni individuales, sino intereses de

¹⁸¹ Es tal vez la exposición más extensa y precisa de Marx sobre el proceso de formación del Estado en la sociedad y sobre sus vinculaciones. Ya está esbozada en el borrador de la carta a Vera Zasulich, en la que Maine es calificado de «ardoroso colaborador del gobierno inglés» al que hipócritamente defiende en su obra de destrucción de las antiguas comunidades hindúes, elogiando, mientras ésta se llevaba a cabo, «los nobles esfuerzos de su gobierno en apoyo de las comunas» que «naufragaron ante la fuerza espontánea de las leyes económicas» (Mew, vol, 19, p. 378; *India, Cina, Russia*, cit., p. 230).

clases sociales, y las personas son personas pertenecientes a clases sociales. El interés individual de la clase dominante es (como se ha visto) una ficción ideológica. Por otra parte, el individuo humano en su vida interior y privada se opone al interés de clase constituido externamente que se interioriza por parte de cada uno de los miembros de una clase en la historia de la sociedad civil. En la base del interés de la clase dominante está el poder de disponer de la plusvalía, mientras que el trabajo social en su conjunto tiene como interés la valorización de la producción total de la sociedad. En las actuales condiciones, la existencia de la clase obrera supone la de la clase capitalista, del mismo modo que la existencia de ésta supone la de la clase obrera; pero, potencialmente, el conjunto del trabajo social es portador de la totalidad social.¹⁸²

4. *Los modos de producción y la teoría de los estadios*

LA TEORÍA DEL MODO DE PRODUCCIÓN

Un modo de producción es la formación económica de la sociedad y no la sociedad misma. A lo largo de la historia de la sociedad se han distinguido cuatro formaciones económicas: asiática, clásica antigua, feudal y burguesa moderna. A cada una de estas formaciones económicas corresponde una época de la sociedad. Las cuatro formaciones económicas abarcan en su período histórico la historia de la economía social y política; las épocas correspondientes de la sociedad (la sociedad oriental, la esclavista antigua, la sociedad de los siervos de la Europa medieval, y la sociedad burguesa moderna) con sus combinaciones abarcan por completo la historia de la sociedad civilizada. Esta historia global de la economía y de la sociedad coincide con la historia de las clases sociales, de su mutua oposición, de la separación entre esfera pública y privada, y de la formación del Estado. Las cuatro formaciones de la economía y de la sociedad se enumeran en el orden de su aparición histórica; al mismo

¹⁸² MARX, *Líneas fundamentales...*, cit., vol.21, p.413:«el capitalista produce al trabajador y el trabajador al capitalista».

tiempo, representan en sus relaciones recíprocas estadios progresivos de desarrollo, en los que la capacidad productiva del estadio posterior es normalmente superior a la del estadio anterior.

En el estadio de la historia humana anterior a estas formaciones de la sociedad civilizada, el trabajo estaba organizado en los clanes, en las *gentes*, en las comunidades domésticas o aldeanas, en las tribus, colectivos y comunes tanto en la forma como en la esencia. En ese estadio de desarrollo social la forma y la sustancia del trabajo no estaban separadas, como tampoco lo estaban la esfera pública y la esfera privada. En la fase más antigua de la historia del modo de producción asiático, el trabajo aún estaba organizado formalmente en las comunidades aldeanas, y por tanto era formalmente común, mientras que la esencia del mismo era social, ya que estas comunidades aldeanas estaban unidas por los vínculos de mutua dependencia del intercambio de mercancías, así como por la prestación y la entrega forzosa de plus trabajo y plus producto a los órganos de la comunidad superpuesta, el Estado. En estas condiciones, por efecto de las relaciones de intercambio y de la enajenación del excedente, el trabajo produce valor de cambio por un lado, y plusvalía por otro; en virtud de estas relaciones de valor, el trabajo común en las aldeas orientales se transforma en esencia en trabajo social. Aparentemente el modo de producción asiático parece primitivo, pero en realidad sólo ha mantenido algunas formas primitivas.

El curso de la historia es una sucesión al mismo tiempo continua y discontinua, en la que los factores de estabilidad y de cambio se interfieren mutuamente. En un determinado curso histórico, la consecución de un estadio implica la consolidación de un determinado número de factores de estabilidad, capaz de conservar durante un cierto tiempo un sistema económico y social. Todos los modos de producción enumerados han estado y están constituidos por fuerzas en conflicto. Así, el primero en el tiempo, es decir, el modo de producción asiático, aparece a primera vista como una formación económica de estancamiento, pero en realidad actuaban en su seno las fuerzas que empujaban hacia su disolución. El desarrollo de la especialización de las funciones productivas y de la división social del trabajo, de la mutua dependencia entre las comunidades, y de la separación y oposición entre las unidades sociales de producción y

de consumo; el desarrollo y la expansión del intercambio de mercancías, y la separación de la renta privada de la imposición pública, que en un principio eran una misma cosa (cambios, en este sentido, en la *forma* de la plusvalía), fueron procesos históricos que tuvieron lugar en el seno del modo de producción asiático y de la sociedad oriental. Estos factores internos no condujeron a la disolución y a la transformación del modo de producción asiático, no porque estuvieran faltos de dinamismo, sino porque intervino una fuerza exterior que provocó el fin de la sociedad oriental como tal, la fuerza de la colonización del primer capitalismo, que interrumpió el proceso de su disolución interna.¹⁸³

Ya se ha aludido al hecho de que el desarrollo de la propiedad privada, no sólo de la tierra sino, en general, del modo de producción asiático, era débil. Esta afirmación se ha utilizado para explicar que renta e impuestos, o bien la expresión respectivamente privada y pública de la plusvalía, tendían a coincidir. Se comprende entonces la teoría de la propiedad en el modo de producción asiático y en la sociedad oriental: en la primera fase de la historia de esta formación económica y social, la propiedad de la tierra era comunitaria y quién trabajaba el suelo tenía únicamente la posesión, y no la propiedad, del arado, como condición y medio de producción. En este estadio se consideraba que la tierra era propiedad común. El Estado, mediante sus concretos representantes, no tenía otro modo ni disponía de ninguna expresión jurídica alternativa para reivindicar la propiedad de la tierra más que la de su condición de comunidad más grande. En esta fase, la comunidad no tenía, en términos formales, ningún modo de expresar jurídicamente la diferencia entre esfera pública y esfera privada; por lo tanto, renta e impuestos no se diferenciaban en los inicios de la historia de la sociedad oriental como sucedió más tarde. Tampoco en el primer período de la historia de la sociedad oriental se diferenciaban la producción del campo y la de la ciudad. En cambio, en la historia posterior del modo de producción asiático y de la sociedad oriental, producción urbana y rural entraron en contradicción,

¹⁸³ Sobre el problema del estancamiento, cfr. KRADER, *The Asiatic Mode of Production*, cit., pp. 153, 160, 185.

aunque superficialmente pareciera que no había diferencia entre ellas.¹⁸⁴ Los centros urbanos de la antigua China, de la India, del mundo mediterráneo, de México, eran centros políticos y ceremoniales, cuyas funciones y especializaciones económicas se diferenciaban poco de las funciones y especializaciones no agrícolas del campo en el primer período de la historia de la sociedad civilizada; en el desarrollo histórico posterior de estas civilizaciones el comercio y la manufactura urbanos se diferenciaron de los rurales desde el punto de vista cuantitativo y cualitativo.

MARX Y KOVALEVSKI

Dos de los cuatro modos de producción enumerados han tenido un ámbito históricamente limitado, mientras que los otros dos se extienden por todo el mundo. Son limitados los modos de producción clásico y feudal, las formaciones económicas fundadas respectivamente en la explotación de los esclavos y de los siervos, que surgieron de las condiciones sociales de trabajo de la Europa antigua y medieval. Es cierto que en aquellas épocas no todas las formas de trabajo social se reducían a la esclavitud o a la servidumbre de la gleba, pero éstas prevalecían. La exportación de estas categorías a otras partes del mundo sólo resulta posible a través de una perspectiva histórica eurocéntrica que mueva los cerebros de los estudiosos europeos por los surcos trazados por las cañoneras europeas. Marx se encontró con el problema del etnocentrismo al estudiar las obras de Maine, Phear y Kovalevski.¹⁸⁵ Del hallazgo de documentación sobre beneficios y asignación de tributos y de tierras en la historia de la India, Kovalevski deducía que existía el feudalismo. Marx criticaba en estos términos este punto de vista: 1) beneficios y concesio-

¹⁸⁴ MARX, *Líneas fundamentales...*, cit., vol. 21, pp. 430- 438; la comunidad como persona; la comunidad como estado; la historia asiática como unidad indiferenciada de ciudad y campo. Sobre las fuentes de estas ideas, cfr. KRADER, *The Asiatic Mode of Production*, cit., parte I, cap. I.

¹⁸⁵ Marx escribió resúmenes de la obra de M. M. KOVALEVSKI, *Obshchinnoe zemlevladienie*, Moscú, 1879; las notas y comentarios de Marx a este libro han sido publicados en KRADER, *The Asiatic Mode of Production*, cit parte II.

nes de trabajos existen también en la antigua Roma y estas practicas no tienen nada de específicamente feudal; 2) la servidumbre, que es un aspecto esencial del feudalismo en Europa occidental no existe en la India; 3) el mismo Kovalevski admitía que la jurisdiccion patrimonial, tal como se practicaba en la Europa feudal, no existía en el imperio mogol de la India.¹⁸⁶

La denominación de modo de producción asiático es en cierto sentido errónea, ya que éste, con la formación social que le corresponde, es el estadio de la primera formación de la sociedad civilizada y del Estado. La transición a la sociedad civilizada, la formación de las clases sociales, y su enfrentamiento, no aparecen de repente; la oposición entre esfera pública y esfera privada, y entre trabajo común y trabajo social, se produjo en la historia de muchos pueblos, en diversas partes del mundo, y de un modo independiente. A partir de estos múltiples momentos apareció una formación económico-social unitaria, que se ha llamado asiática u oriental únicamente porque en aquella parte del mundo se identificó por primera vez, pero que también habría podido llamarse afroasiática, o inca, o mexicana antigua, ya que las condiciones de su formación se repiten en distintas partes de las Américas, de Eurasia y de Africa. La historia más tardía del modo de producción asiático no es única sino múltiple, aunque suele tratarse como si fuese una sola. Así pues, en la historia de la sociedad oriental hay que distinguir dos fases, una en la que el trabajo social es en la forma trabajo común, renta e impuestos tienden a coincidir, y no ha aparecido la oposición entre campo y ciudad; y otra más tardía, en la que las regiones de la sociedad oriental, China, India, Persia, Indonesia, el

¹⁸⁶ KRADER *The Asiatic Mode of Production*, cit., p.383. Kovalevski intentó demostrar luego la aplicabilidad de la categoría del feudalismo a Argelia antes de la colonización francesa, tentativa que Marx consideró insostenible (Ibid., p. 403). Phear intentó análogamente interpretar con la categoría de feudalismo la historia de la India, y a este respecto Marx exclamaba: «Este burro de Phear llama *feudal* a la formación de la aldea» (KRADER, Marx' *Ethnological Notebooks*, cit., p. 256). En realidad Phear criticó a su contemporáneo J. J. de La Touche, que en su informe sobre Ajmere y Mhairwarra había falsificado los hechos con una terminología propia de la Europa feudal (Ibid., p. 283).

Perú inca, el México azteca, el Africa más cercana a Asia y Oyo siguieron cada una un curso histórico distinto.

Los modos de producción asiático, clásico y feudal se consideran globalmente como precapitalistas porque tienen una particular e importante característica común con respecto al modo de producción capitalista, es decir, que el trabajo no es libre en aquéllos y en cambio es formalmente libre en el modo de producción capitalista. El trabajo social en el modo de producción asiático estaba sujeto a un doble vínculo: el trabajo de la aldea no era libre por efecto de los vínculos comunitarios de la costumbre y del sentimiento,¹⁸⁷ y al mismo tiempo estaba vinculado a la extracción forzada de la plusvalía por parte del aparato del Estado, con la que las comunidades orientales daban sustento a la clase que dominaba sobre ellas. En la formación económica de la antigüedad clásica, la principal forma de trabajo social era la esclavitud, o la forma ligada a ésta, la clientela, o también el arrendamiento precario de la tierra de un propietario privado, que prácticamente no es más que otra forma de clientela. En esta situación, el trabajo no estaba vinculado a los medios de producción, principalmente la tierra, ni estaba vinculado a la costumbre, como en el modo de producción asiático, sino que en la forma de la esclavitud podía ser comprado y vendido separadamente de la tierra. El esclavo mantenía una relación de vínculo personal con su dueño; al mismo tiempo, existía una pequeña cuota de trabajo asalariado, libre (en Grecia el *mistharnes*, en Roma el *mercenarius*); en realidad el trabajo de los esclavos en la *polis* ateniense en tiempos de Aristóteles superaba al trabajo libre en una proporción de dos o tres a uno.¹⁸⁸ La producción en los latifundios romanos, que según Plinio condujo a la destrucción de la Italia antigua, se basaba principalmente en el trabajo de los esclavos. En la Europa medieval el trabajo no era libre sino que estaba vinculado al suelo, en forma de servidumbre de la gleba o de vínculo predial; estaba pues liberado del vínculo con la persona del señor pero estaba vinculado

¹⁸⁷ KRADER, Marx *Ethnological Notebooks*, cit., p.255. Phear definía así una de las formas de sometimiento del trabajo social en el modo de producción asiático.

¹⁸⁸ El cálculo procede de V. EHRENBERG, *The Greek State*, Londres, 1974, p. 31, que hace una estimación muy aproximada de la situación del trabajo social hacia mediados del siglo IV a.C.

impersonalmente a los medios de producción, y no podía ser vendido separadamente de éstos. Más tarde, el trabajo de la ciudad se liberó de esta forma de coacción, pero quedó vinculado de otro modo por las normas y los contratos de aprendizaje de las corporaciones cerradas, los gremios y las cofradías. Esta falta de libertad fue denunciada por Adam Smith en el siglo XVIII, es decir, mucho tiempo después de que el modo de producción capitalista hubiera sustituido al modo de producción feudal.¹⁸⁹

El modo de producción capitalista es (en la exposición de Marx) un fenómeno histórico mundial, y por tanto diferente del modo de producción clásico y del feudal. También es diferente del modo de producción asiático, porque representa el movimiento desarrollado en determinadas partes de Europa, el Norte de Italia, Inglaterra y los Países Bajos, Cataluña y zonas limítrofes, e impuesto a partir de ahí al resto del mundo mediante la conquista. La forma principal de trabajo es el trabajo asalariado, que tiene derecho a disponer libremente de su propia capacidad de trabajo. Sin embargo, el trabajo asalariado no es una invención del modo de producción capitalista, ya que se encuentran trazas de su desarrollo, aunque en pequeña medida, en las formaciones económicas precapitalistas, como en la última fase del modo de producción asiático y en la antigüedad asiática. Aristóteles escribió acerca de esta forma de trabajo, que consideraba antinatural, a diferencia de la forma natural que era la esclavitud. En el modo de producción capitalista, la libertad del trabajo social de disponer de su propia capacidad de trabajo a cambio de un salario afecta prácticamente a toda la clase trabajadora. Lo cual no significa que en estas condiciones el trabajo, aunque libre en la forma, haya conquistado la esencia de su libertad, que es la más radical de sus necesidades.

LA COMUNIDAD CAMPESINA EN LA HISTORIA

En el centro de las concepciones histórico-evolucionistas de Morgan está la *gens*, y en el centro de las de Kovalevski está la comunidad aldea-

¹⁸⁹ A. SMITH, *An Inquiry into the Wealth of Nations* (1776) (trad. cast., Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones, México, 1958).

na. Ninguna de las dos representaciones teóricas es correcta ni incorrecta; ambas constituyen una parte de una más vasta teoría de la historia del estadio primitivo de la sociedad y de su disolución en la transición a la sociedad civilizada, apuntada por Marx, como hemos visto, en una fugaz intuición en 1857-1858. El hecho de que, según parece, abandonara ulteriormente la teoría, que era al mismo tiempo más general y más profunda, según la cual las instituciones colectivas de la sociedad primitiva (tanto las basadas en la vecindad como las basadas en el parentesco) se disolvieron con la formación de la sociedad civilizada, para decantarse por una teoría basada exclusivamente en el parentesco, inspirada en la obra de Morgan, que fue también interpretada de este modo por Engels, ha tenido como consecuencia un empobrecimiento del desarrollo del estudio de la historia y de la teoría de la sociedad por parte de los marxistas y los socialistas de la Segunda y de la Tercera Internacional.¹⁹⁰ Además, mientras redactaba los *Grundrisse*, Marx captó lo que más tarde olvidó él mismo y olvidaron sus colaboradores y seguidores: que también la *gens* tiene una historia propia, y se convirtió en la época de la república romana en una corporación o gremio.

También la comunidad aldeana tiene su historia, y una historia compleja, porque la comunidad que se encuentra en los inicios de la historia escrita entre los pueblos de China, India, Persia y Egipto, o entre los pueblos eslavos y germanos antiguos, no es la misma comunidad que Van Enscht encontró entre los holandeses, Olufsen entre los daneses, Karadzich y Csaplowics entre los eslavos meridionales, a principios del siglo XIX, ni las que encontraron en la misma época Wilks, Raffles,

¹⁹⁰ Sin embargo, su interés por la historia y la teoría de las comunas antiguas continuó en el período 1879-1881, cuando emprendió los estudios etnológicos-evolucionistas. La comuna está en el centro de su atención en el borrador de carta a Vera Zasulich (véase supra). Además, aunque reprochó a Maine que no hubiera tratado en su tratado de la tribu y de la gens, en vez de tratar de la prerrogativa del lenguaje (KRADER, *Marx' Ethnological Notebooks*, cit., p. 309), Marx concentró la atención en la comunidad aldeana hindú, no sólo en relación con *El Capital* (entre otros, estudió sobre la comunidad doméstica hindú a Wilks, Raffles, Campbell), sino también después (Kovalevski, Phear, Maine). Referencias bibliográficas en KRADER, *Marx, Ethnological Notebooks, Asiatic Mode of Production*, así como en *Dialectic of Civil Society*, cit., p. 124.

Campbell, Maine y Phear en el Asia meridional. La comunidad del primer período de la historia de la sociedad civilizada, en la Roma antigua y en las sociedades orientales aún más antiguas, era formalmente la continuación de las comunidades prehistóricas, pero había cambiado sustancialmente. Cuando Marx hablaba de la aldea comunitaria hindú del siglo XIX como reliquia y casi como caricatura de lo que había sido en otra época,¹⁹¹ su definición era igualmente válida para la *gens* de los inicios de la sociedad romana histórica, de la sociedad histórica de la India, de los Incas, etc. Marx era críticamente consciente de la transformación experimentada por la comunidad arcaica en el período de su civilización, mientras que esta conciencia crítica no había madurado en los autores que estudiaba: Maurer sobre el pasado de los germanos, Mommsen sobre el pasado romano, Maine y Kovalevski.¹⁹²

Cuando Haxthausen llamó la atención sobre la existencia de la comunidad campesina en la Rusia del siglo XIX, suscitó en muchos socialistas la convicción de que los campesinos ya habían puesto en práctica el principio que debería guiar el futuro de la humanidad después de la revolución social.¹⁹³ Estos socialistas emprendieron el estudio de la prehisto-

¹⁹¹ MARX, *Contribución a la crítica de la economía política*, cit.; *Líneas fundamentales...*, cit., vol. 21, p. 30.

¹⁹² Para Marx sobre Theodor Mommsen, cfr. KRADER, *Marx' Ethnological Notebooks*, cit., pp. 218, 221 y ss. y notas, 408 y ss. Marx tenía una excelente opinión sobre los estudios de G. L. von Maurer sobre la historia antigua y medieval de los germanos, y valoró la obra de Maine (cfr. *ibid.*, pp. 295, 299, etc.) y Kovalevski (cfr. KRADER, *The Asiatic Mode of Production*, cit., p. 383, etc.) a partir de los criterios de Maurer. Sin embargo, Marx ya había empezado a distinguir críticamente lo que Maurer -citado por Marx en el primer libro de *El Capital*, cit., vol. 40, pp. 82, nota 26, y 258, nota 44 a)- había dejado confuso. (En una carta a Engels del 25 de marzo de 1868, Marx observaba que los campesinos de los alrededores de Tréveris, en el Hunsrück, habían conservado el antiguo sistema germánico hasta las invasiones napoleónicas, y recordaba haber oído hablar de ello a su padre desde un punto de vista jurídico).

¹⁹³ Marx leyó a A. VON HAUXTHAUSEN, *Die Ländliche Verfassung*, Leipzig, 1862, en mayo de 1875. El estudio de la comuna agrícola rusa, el *mir*, fue publicado por Hauxthausen en 1847-1852 en Hannover, *Studien über die inneren Zustände, das Volksleben, und insbesondere die ländlichen Einrichtungen Russlands*, 3 vol. Marx citó a Hauxthausen en la carta, inédita hasta 1884, al diario «Otechestvenny e

ria y de la historia de la comunidad campesina con el propósito de demostrar que originariamente la tierra era poseída y trabajada en común, y que por tanto el hombre es por naturaleza un animal comunitario.¹⁹⁴ Los antropólogos, los historiadores y los sociólogos que Marx estudiaba, partían de la tesis de la continuidad de las prácticas comunitarias campesinas desde la más remota antigüedad hasta el momento en que escribían.¹⁹⁵ Globalmente, la controversia reviste notable interés para quien

Zapiski», escrita hacia finales de 1877 (cfr. *India, Cina, Russia*, cit., pp. 234 y ss.). Cfr. también los borradores de la correspondencia con Vera Zasulich, febrero-marzo de 1881 (ibid., pp. 236 y ss.). Estas consideraciones están en la base de las referencias a la comuna rusa, *obshchina*, hechas por Marx y Engels en el prólogo a la segunda edición rusa del *Manifiesto del Partido Comunista*, en 1882 (OME, vol. 9). Engels añadió la siguiente nota a pie de página en la edición inglesa del *Manifiesto* de 1888: «Haxthausen descubrió la propiedad común de la tierra en Rusia, Maurer demostró que fue el fundamento social del cual partieron históricamente todas las tribus teutonas y poco a poco se descubrió que las comunidades aldeanas con posesión comunitaria del suelo fueron la forma primitiva de la sociedad desde la India hasta Irlanda. Por último, el descubrimiento cimero de Morgan acerca de la verdadera naturaleza de la gens y su posición dentro de la tribu, puso al descubierto la organización interna de esta sociedad comunista primitiva en su forma típica. Con la disolución de estas comunidades primitivas comienza la escisión de la sociedad en clases separadas y finalmente opuestas entre sí» (ibid., p. 136, nota). Si bien Marx y Engels estaban unidos en la práctica revolucionaria hasta el punto de formar casi una sola persona (por ejemplo, en 1848, en la organización y en las actividades de la Primera Internacional, etc.) en los trabajos teóricos, cuanto más distantes eran éstos de la práctica, más disminuía la identidad entre ambos: cfr. L. KRADER, *Ethnologie und Anthropologie bei Marx*, Ullstein, 1976, pp. 11 y ss.

¹⁹⁴ N. D. Fustel de Coulanges, G. von Below y Max Weber, entre otros, atribuyeron la propiedad de la tierra en forma individual a los antiguos romanos y germanos, tanto antes como después de la instauración del Estado y de la sociedad histórica (Fustel atribuía también a los nómadas tártaros la práctica de la propiedad común de la tierra). Weber y Below creían que de este modo quitaban argumentos a la doctrina socialista; sobre esta controversia, cfr. KRADER, *Dialectic of Civil Society*, cit., cap. II.

¹⁹⁵ En el siglo XIX había opiniones diversas a propósito de los inicios comunitarios de la historia. El primer director de la «Russkaia Pravda», J. P. G. Ewers, consideraba que el Estado ruso procedía de antecedentes tribales, opinión compartida más tarde por los historiadores rusos S. M. Solovëv y K. Kavelin. El esla-

desea estudiar el pasado como tal; pero debería quedar claro que nuestra capacidad de comprensión de qué es lo que constituye la naturaleza humana no será un resultado del estudio de las comunidades campesinas, y aún más que éstas no determinan la naturaleza de la sociedad socialista. El estudio de la comuna campesina en el siglo XIX fue abordado por Maine, Kovalevski y otros a través de una simplificación de cuestiones complicadas. Así, B. Chicherin sostiene que la comunidad campesina prehistórica y antigua desapareció con la formación del Estado de Kiev, en la historia medieval de Rusia, y que la moderna comunidad de los campesinos rusos era una creación de acontecimientos y medidas posteriores a aquella formación: actos administrativos del gobierno, la intervención de la nobleza terrateniente para mantener la percepción de la renta, etc.¹⁹⁶ Se han hecho correr ríos de tinta sobre la cuestión de si las comunas y las colectividades de la China y la Unión Soviética contemporáneas, posrevolucionarias, representan la continuación de las comunas agrícolas del modo de producción asiático y de la sociedad oriental, lo cual constituye una simplificación aún más radical que la anterior, ya que anula distinciones y diferencias ya formuladas sin darse cuenta. En realidad la comunidad campesina es una abstracción, si se piensa en reconstruir lo que pudo haber sido en los albores de la civilización, y si se tiene en cuenta el grado de diferenciación alcanzado en el curso histórico

vófilo K. Axakov adoptó la tesis de la comunidad agrícola en oposición a Solovev y Kavelin. M. M. Kovalevski y F. I. Leontovich creían que la comunidad familiar, la *zadruga* yugoslava, había precedido a la comunidad aldeana en la evolución de las instituciones sociales. En la generación inmediatamente anterior a la revolución rusa, V. O. Kliuchevski consideraba que el grupo de parentesco basado en la descendencia común por vía paterna (en ruso, *rod*) había sido la unidad fundamental antes de la formación del Estado; su contemporáneo S. F. Platonov compartía este punto de vista. Entre los historiadores soviéticos, B. D. Grekov remitía la prehistoria de los eslavos del *rod* a la *obshchina* y de ésta al Estado. (También sobre este tema, con referencias bibliográficas, cfr. KRADER, *Dialectic of Civil Society*, cit., pp. 137 y ss.)

¹⁹⁶ CHICHERIN. *Oblastnie uchrezhdeniia* Rosii v XVII v, Moscú, 1856; B. CHICHERIN, *Obznr istoricheskogo razvitiia selskoi obshchiny v Rosii*, en «Ruski Vestnik», 1856.

concreto por las comunidades campesinas en China, India, Persia, Rusia y Alemania.

Las comunidades rurales son pequeñas repúblicas, capaces de autoabastecerse y de autogobernarse, combinando en su seno las distintas ramas de producción con una estrecha dependencia del mundo exterior.¹⁹⁷ La unidad de consumo y la unidad de producción son en este caso lo mismo, ya que estas comunidades producen todo (o casi todo) lo que consumen. El intercambio y las mercancías no se introducen mediante relaciones externas a la comunidad; y viceversa, las relaciones de intercambio, y en particular el intercambio de mercancías, se inician entre las comunidades productivas, y por esta vía se introduce históricamente el valor de cambio,¹⁹⁸ y con éste las mercancías. Las mercancías no aparecen por el hecho de haber sido producidas; son cosas útiles, cambiadas primero como mercancías, y que por ello se transforman, de modo que la producción de aquellas cosas, que aparecen ahora como valores de uso, se transforma de este modo en producción de mercancías. El incremento cuantitativo y cualitativo en las relaciones de intercambio entre las aldeas y entre las aldeas y las ciudades, transforma las relaciones comuni-

¹⁹⁷ La expresión «pequeña república» parece que fue acuñada por William Blackstone; los estudiosos de las comunidades aldeanas hindúes, probablemente sin conocer la fuente de la misma, empezaron a utilizarla normalmente a finales del siglo XVIII y a principios del XIX. Marx la había utilizado en sus escritos sobre la India. Sobre las fuentes del uso de la expresión por parte de Marx, cfr. KRADER, *The Asiatic Mode of Production*, cit., pp. 63 y ss., 83 y ss.

¹⁹⁸ MARX, *II capitale*, libro tercero, cit., pp. 178 y ss.; y libro primero, cit., vol. 40, pp. 95 y ss. Es cierto que el intercambio también se practicaba en las condiciones primitivas, pero era un tipo de intercambio distinto que el que se encuentra en las condiciones de la civilización. Por otra parte, el intercambio ritual se practica en ambas situaciones. M. MAUSS, *Essai sur le don. Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques, 1923-1924*, se ocupó del intercambio ritual y no trató el tema del intercambio de mercancías; mientras que ambos tipos de intercambio se han desarrollado históricamente con la rutinización y la racionalización, las prácticas de los dos tipos de intercambio se han diferenciado. Con la rutinización y la racionalización del intercambio de mercancías, aparecen la industria, el comercio y el mercado, lo que Whately y Ruskin han llamado catálisis. La racionalización y la rutinización del intercambio ritual conducen al desarrollo ulterior del ritual mismo.

tarias en relaciones sociales; y el proceso asume la expresión de la creación del valor de cambio.

A través del desarrollo de las relaciones de intercambio, se superan la autonomía y la autarquía de la aldea comunitaria, y se crea históricamente la sociedad en nuestro sentido moderno, como expresión de las relaciones entre los seres humanos que la componen. A través de las relaciones de intercambio, el valor abstracto se separa del valor concreto, o valor de uso, y se crea la abstracción del individuo, de la sociedad y del valor; el aspecto público de la sociedad y del individuo, como aspecto formal, se separa del aspecto privado, y uno se opone al otro. El proceso de enajenación de la plusvalía es simultáneo a la creación del valor de cambio, aunque no sea independiente del otro y uno sea condición del otro y viceversa; la creación del valor de cambio determina la creación de la plusvalía, y viceversa la creación de plusvalía determina la creación del valor de cambio en la historia de la sociedad civilizada. Estos procesos se desarrollan sobre la base de la disolución no formal sino sustancial de las comunidades arcaicas, *gentes*, clanes, aldeas y tribus, y de su transformación en modernos grupos asociados.

5. El motor de la historia: de la esclavitud a la libertad del trabajo

Las relaciones entre el trabajo y la naturaleza y las relaciones de trabajo en la sociedad constituyen conjuntamente la forma y la sustancia de la vida humana. Estas relaciones de sustancia y de forma tienen su propia historia. La relación con la naturaleza es el intercambio material entre hombre y naturaleza, en el que la vida humana se produce y se reproduce a través de los procesos de enajenación de los materiales y de las fuerzas naturales, y de su apropiación para el uso humano, en los que se satisfacen nuestras necesidades humanas. La relación del trabajo en la sociedad es la combinación y la división del trabajo, mediante la cual se organiza y realiza la producción de los medios de subsistencia. La producción, la distribución y el intercambio de estos productos es el intercambio material en la sociedad. La historia de la sociedad está determinada por los dos elementos del trabajo: la organización y las relaciones sociales. Nos-

tros trataremos estos elementos en el orden inverso, a propósito de la principal fuerza motriz de la historia.

En el estadio primitivo de la vida humana el trabajo está organizado colectivamente. Cada uno, al trabajar para otro, trabaja para sí mismo, y en la sociedad primitiva no hay ningún excedente que no haya sido ganado. En la sociedad civilizada y burguesa el trabajo primitivo se ha convertido en trabajo social con el desarrollo de la especialización de funciones en la producción, con la división del trabajo y sus combinaciones, con el intercambio de productos como mercancías, y por tanto con la creciente dependencia recíproca de los productores. Al mismo tiempo que se desarrollan, las relaciones sociales del trabajo son destruidas por la producción y la enajenación de un excedente social, que es la relación antisocial del trabajo en la sociedad civilizada y burguesa, por la que un hombre trabaja para sí mismo o para otro, pero en ninguno de ambos casos se le reintegra su trabajo. Con la creación y la destrucción del vínculo del trabajo social, la relación fundamental en la sociedad se crea y se destruye.¹⁹⁹

Históricamente, la transformación del trabajo comunitario en trabajo social por obra de los procesos de creación del valor de cambio y de la enajenación de la plusvalía ha producido la sujeción del trabajo social a una condición de esclavitud. Esta esclavitud se impone por la fuerza o mediante la amenaza de la misma, ya que el proceso de explotación a través de la extracción de plusvalía de las manos de sus productores in-

¹⁹⁹ Sobre la definición del trabajo social como la relación en la que cada uno trabaja para otro, cfr. MARX (*El Capital*, cit., libro 1, p. 82): «Por último, en cuanto los hombres trabajan para otro de alguna manera, su trabajo reviste una forma social». El trabajo, tal como aquí está formulado, tiene una historia propia y también su socialización tiene una historia. Cfr. también MARX, *Auszüge aus Mill' «Eléments d'économie politique»*, MEW, vol. 1, p. 462: «Nuestro mutuo valor es para nosotros el valor de nuestros mutuos objetos... Supongamos que hubiésemos producido como hombres. Cada uno de nosotros se habría *afirmado doblemente* en su producción a sí mismo y al otro... Por último me habría dado el placer de crear la proyección exterior de tu vida directamente con la proyección individual de la mía, de modo que en mi actividad individual habría *confirmado y realizado* directamente mi verdadero ser, mi ser humano, mi ser *en común*» (en OME, vol. 5, pp. 292-293).

mediatos no avanza de acuerdo con la lógica, sino contra el interés de los mismos productores inmediatos. Lo contrario es el punto de vista del materialismo ingenuo, en sentido estricto. En todos los modos de producción anteriores al capitalismo en la historia de la sociedad civilizada, el trabajo social era, de una u otra forma, esclavo, ya que estaba obligado a suministrar plus trabajo y plus producto a la clase dominante, definida socialmente como clase explotadora por el hecho de que recompensa el trabajo vivo e inerte que se le suministra no restituyendo a sus productores un valor del mismo tipo y de la misma magnitud, sino dominando, imponiendo su propia fuerza con objeto de enajenar el excedente a cambio de lo que se le ha entregado. Para satisfacer la imposición forzada de estas contribuciones, el trabajo está vinculado a las aldeas en el modo de producción asiático; a la persona del señor o del *patronus* en el modo de producción clásico, y a la tierra en el modo de producción feudal; a los maestros en las corporaciones del primer período del capitalismo mercantil, a través de los contratos de aprendizaje y los contratos de servicio a largo plazo; a través del endeudamiento con intereses de usura, y a través de la superestructura que se edifica sobre estas condiciones, la falsa conciencia de un vínculo social con el rey, el señor, el patrón, el capitalista, la Iglesia, Dios o la patria. En la última fase del modo de producción capitalista industrial el trabajo sólo es libre en el sentido de que puede cambiar de patrón, pasando de las condiciones en que es explotado por un capitalista, a aquellas en que es explotado por otro, o de un país a otro.

Un estadio de la historia no es un fenómeno de la realidad social primaria. Es una construcción derivada, determinada por las relaciones sociales del orden primario. Así, el cambio de un estadio histórico a otro está determinado por el cambio en las relaciones de trabajo, del estadio social primitivo a la civilización a través de la transformación del trabajo de comunitario en social, y, en el seno de la civilización, de la esclavitud a la libertad formal en el período del capitalismo industrial. La necesidad (*Bedürfnis*) más radical del trabajo social es la esencia de su libertad, pero la satisfacción de aquella necesidad humana radical requiere la transformación radical de la sociedad.

Las combinaciones, especializaciones, divisiones y acumulaciones de habilidad, y su transmisión, constituyen la organización social del trabajo. El modo de organización de la sociedad, comunitario o civilizado, determina el modo de organización del trabajo con el que la producción se organiza socialmente; así, la organización comunitaria de la sociedad determina la organización comunitaria del trabajo y de la producción, y la organización burguesa de la sociedad determina la organización burguesa de la producción, y a la inversa, la organización comunitaria de la producción determina la sociedad comunitaria, y la organización burguesa de la producción determina la organización burguesa de la sociedad, etc. La misma sociedad burguesa constituye la organización de la producción en el período burgués de la historia, y la sociedad civilizada en general constituye la organización de la producción en la historia de la sociedad dividida en clases sociales.²⁰⁰ La fuerza motriz de la historia es pues doble, y está constituida por las relaciones de trabajo y por la organización global de la sociedad.

²⁰⁰ 74. MARX, *Líneas fundamentales...*, cit., vol. 21, p. 29: «La sociedad burguesa es la organización histórica de la producción más desarrollada y compleja».

ERIC J. HOBSBAWM

Los aspectos políticos de la transición del capitalismo al socialismo

En este ensayo me propongo examinar las opiniones de Marx y de Engels sobre el Estado y sobre sus instituciones, sobre los aspectos políticos de la transición del capitalismo al socialismo: la lucha de clases, la revolución, la organización, la estrategia y la táctica del movimiento socialista, y en general su pensamiento en lo que se refiere a la actividad y la teoría políticas entendidas en un sentido amplio. Desde el punto de vista analítico, para ellos se trataba, en cierto sentido, de problemas secundarios. «Las relaciones jurídicas, así como las formas del Estado, no pueden explicarse... por sí mismas... sino que se originan... en las condiciones materiales de existencia», en la «sociedad civil» cuya anatomía es la economía política.²⁰¹ El derrocamiento de la sociedad burguesa está determinado por las contradicciones internas del desarrollo capitalista, y en particular por el hecho de que el capitalismo ha creado el proletariado, destinado a ser su sepulturero. Por lo demás, mientras que el poder del Estado es indispensable para el dominio de clase, la autoridad de los capitalistas sobre los trabajadores como tales «compete a quienes la ostentan como personificación de las condiciones de trabajo frente a éste y no como bajo formas anteriores de producción, en cuanto titulares del poder político o teocrático».²⁰² Por tanto, no era necesario que la política y el Estado se integraran en el análisis fundamental, sino que podían introducirse en una fase posterior.²⁰³

²⁰¹ K. MARX, *Contribución a la crítica de la economía política*, Prólogo, México, 1966, pp. 6-7.

²⁰² K. MARX, *El Capital*, cit., libro 3, cit., sección VII, cap. 51, p. 813.

²⁰³ Como es sabido, el plan original de *El Capital* preveía tres volúmenes finales referidos al Estado, el comercio exterior y el mercado mundial (cf. R. ROSDOLSKY, *Genesi e struttura del Capitale di Marx*, Bari, 1975, vol. 1 cap. 11); pero el referido al Estado habría tratado de «la relación entre las distintas formas del Estado y las distintas estructuras económicas de la sociedad» (Marx a Kügel-

Sin embargo, en otro sentido, la política tenía una importancia fundamental, no sólo porque Marx y Engels fueron revolucionarios activos, sino porque para el proletariado, como para las clases que le habían precedido, la conquista del poder político constituía un requisito imprescindible para trascender una forma social anterior, ya que en una sociedad clasista las «evoluciones sociales» son necesariamente «revoluciones políticas».²⁰⁴ Por esta razón el volumen de los escritos en los que Marx se ocupa de política es impresionante. Pero estos escritos tienen un carácter distinto al de sus principales obras teóricas. Aunque no completó su vasto análisis económico del desarrollo capitalista, Marx construyó el esqueleto del mismo. Dedicó además una atención sistemática a la crítica de la filosofía social, a lo que podríamos definir como análisis filosófico del carácter de la sociedad burguesa y del comunismo en los años cuarenta. Sin embargo, en su obra no hay un corpus análogo en lo que se refiere a la política. Tras su conversión al comunismo, los escritos de Marx en este campo se limitan casi por entero a artículos periodísticos, a investigaciones sobre el pasado político inmediato, a intervenciones en las discusiones internas del movimiento, a cartas privadas y a notas al margen de sus lecturas.

1. *De la crítica democrática del Estado a las primeras formulaciones comunistas*

Existen fundados motivos para afirmar que, en el transcurso de los años, aumentó el interés de Marx por los orígenes históricos del Estado, en concomitancia, con la creciente atención que dedicó a la organización social comunitaria y preclasista, pero sin encontrar tiempo para dar una forma acabada al resultado de sus estudios.²⁰⁵ Engels intentó examinar el

man, 28 de diciembre de 1862, en K. MARX y F. ENGELS, *Opere*, Roma, vol. 41, p. 694).

²⁰⁴ K. MARX y F. ENGELS, *La Ideología Alemana*, Barcelona, 1974, p. 81; K. MARX, *Miseria de la filosofía*, México, 1966, p. 397.

²⁰⁵ Sus apuntes han sido cuidadosamente examinados en L. KRADER, *Marx' Ethnological Notebooks*, Assen, 1972, Cf. también E. Lucas, *Die Rezeption Lewis H.*

Estado de un modo más sistemático en el *Anti-Dühring* y en otros escritos posteriores a la muerte de Marx, sobre todo en *El origen de la familia de la propiedad privada y del Estado*. A menudo el carácter de las opiniones de Marx a este respecto, y en menor medida las de Engels, son poco claras, especialmente en lo que se refiere a las cuestiones a las que no daban excesiva importancia, y acerca de las cuales más bien deseaban distraer la atención de los demás, porque «esta apariencia de una historia independiente de las constituciones políticas, de los sistemas jurídicos, de los conceptos ideológicos en cada campo específico de investigación, es la que más fascina a la mayoría de la gente».²⁰⁶ El mismo Engels admitió en los últimos años de su vida que si bien él y Marx habían subrayado justamente la importancia primaria y fundamental de la «determinación... de las concepciones políticas, jurídicas y de las demás concepciones ideológicas... por los hechos económicos básicos», habían olvidado en parte el aspecto formal del proceso al centrarse en el contenido. Esto es válido no sólo para el análisis de las instituciones políticas, jurídicas y de otro tipo, sino también (como observaba en las famosas cartas de comentario a la *Concepción materialista de la historia*) para la autonomía relativa de los elementos superestructurales. En las opiniones de Marx y de Engels referentes a estas cuestiones que actualmente conocemos existen pues notables lagunas, y hay por tanto una notable incertidumbre sobre cuáles eran en realidad sus opiniones o sobre cuáles habrían podido ser. Los marxistas posteriores, que intentaron llenar estas lagunas (por ejemplo en lo que se refiere al derecho) cuando se impuso la necesidad de una teoría marxista más completa, encontraron muy pocas orientaciones en los textos clásicos. No tenemos motivos para creer que Marx y Engels (y sobre todo Marx, con su amplia gama de erudición y de intereses intelectuales) hubieran encontrado graves dificultades en el desarrollo de un pensamiento propio sobre tales cuestiones. Y por otra parte la falta de un texto satisfactorio ha perjudicado los desarrollos teóricos del marxismo posterior.

Morgan durch Marx und Engels, in «Saeculum», XV, 1964, pp. 153-176; E. LUCAS, *Marx' Studien zur Frühgeschichte und Ethnologie*, *ibid.*, pp. 327-343

²⁰⁶ Engels a Mehring, 14 de julio de 1893, en *Obras escogidas*, cit., vol. 3, p. 524.

Desde luego no es difícil entender el motivo por el que Marx y Engels no se dedicaron a llenar estas lagunas de su teoría que hoy nos parecen tan evidentes. La época histórica en la que (y sobre la que) escribieron fue distinta de todas las épocas posteriores, incluida aquella en la que los partidos marxistas se convirtieron en organizaciones de masas y en fuerzas políticas de relieve. La condición de comunistas activos en la que se encontraron Marx y Engels sólo fue parcialmente comparable a la de los seguidores suyos que dirigieron estos movimientos en el período siguiente o que en él ejercieron su actividad política. De hecho, aunque Marx, tal vez más que Engels, había desarrollado una notable actividad política práctica, especialmente durante la revolución de 1848 como director de la *Neue Rheinische Zeitung* y luego en la Primera Internacional, ninguno de los dos dirigió o perteneció a partidos políticos como los que caracterizaron al movimiento después de la muerte de Marx. Como máximo aconsejaron desde fuera a quienes los dirigían; pero los dirigentes de los partidos (por ejemplo Bebel), a pesar de la enorme admiración y respeto que les manifestaban en sus discusiones, no siempre aceptaron estos consejos. La única experiencia política de Marx y Engels comparable a la de algunas organizaciones marxistas posteriores fue la dirección de la *Liga de los comunistas* (1847-1852), que precisamente por este motivo constituye la base de los desarrollos leninistas del marxismo. No hay que olvidar nunca las situaciones históricas específicas del período en el que vivieron Marx y Engels, ni el carácter específico de su intervención política en las mismas.²⁰⁷

Sin embargo, si bien la mayor parte de sus escritos fue redactada por razones coyunturales, algunos de ellos se basaban en un análisis coherente, elaborado progresivamente y modificado a la luz de las experiencias históricas, aunque no se llegara a formular nunca orgánicamente. Así ocurre especialmente con los problemas referentes al *Estado y la revo-*

²⁰⁷ L. COLLETI, *From Rousseau to Lenin. Studies in Ideology and Society*, Londres 1973. La primera tentativa seria de establecer una relación entre Rousseau y Marx ha sido realizada por G. DELLA VOLPE, *Rousseau e Marx*, Roma, 1957. Aparte de una cita y una alusión elogiosa en *La cuestión judía*, en los escritos juveniles de Marx hay muy pocas referencias a Rousseau y no parece que Marx hubiese leído más obras suyas que *El contrato social* (en 1843).

lución, que Lenin vinculó acertadamente en su tentativa de elaborar una formulación sistemática de los mismos. El pensamiento de Marx sobre el Estado parte de la tentativa de hacer balance de la teoría hegeliana, en la *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel* (1843). En aquella fase Marx era un demócrata, pero no era aún un comunista, y su aproximación tiene por tanto cierta analogía con la de Rousseau, si bien los estudiosos que han intentado establecer un ligamen directo entre ambos pensadores se han encontrado ante el hecho irrefutable de que «Marx nunca da la menor señal de darse cuenta» de esta presunta deuda con el filósofo ginebrino. El punto central de la crítica de Marx consiste en demostrar que el Estado es sólo un aspecto de la sociedad civil, la cual (para usar una frase de *La Ideología Alemana*) «comprende todo el conjunto de las relaciones materiales entre los individuos a un nivel determinado de desarrollo de las fuerzas productivas... , por lo que se desarrollan juntos el Estado y la nación, aunque tenga que afirmarse hacia el exterior como nacionalidad y organizarse hacia el interior como Estado».²⁰⁸ Se podrá observar (y esta idea sigue estando presente en la posterior teoría marxista sobre el Estado, aunque casi nunca en posición dominante) que en la sociedad civil, que «como tal empieza a desarrollarse con la burguesía»,²⁰⁹ una de las funciones del Estado consiste en regular el conflicto entre el interés privado de los burgueses individuales y el interés público del sistema.²¹⁰ En algunos aspectos la *Crítica* anticipaba ideas que se harían familiares en el Marx posterior: la identificación del Estado con una forma específica de relación de producción (la «propiedad privada»), el Estado en tanto que creación histórica y su extinción (*Auflösung*) final, conjuntamente con la de la «sociedad civil», cuando la democracia ponga fin a la separación entre Estado y pueblo, al conflicto entre interés privado e interés público.

²⁰⁸ MARX y ENGELS, *La ideología Alemana*, cit., p. 81.

²⁰⁹ *Ibid.*

²¹⁰ La cuestión está planteada en la introducción de KRADER, *Marx' Ethnological Notebooks*, cit., p. 68: «El interés de los propietarios es contradictorio: por un lado es una relación de obligación pública como necesidad, por otro es un interés por la excepción privada como derecho. El propietario quiere para los demás una ley que imponga el pago de impuestos y la reglamentación del comercio, mientras busca una escapatoria para sí mismo».

Sin embargo, el texto nos interesa sobre todo como crítica de la teoría política ortodoxa, y representa la primera y la única ocasión en la que el análisis marxiano opera sistemáticamente en términos de formas constitucionales, problemas de la representatividad, etc.²¹¹ Hay que subrayar su conclusión, según la cual las formas constitucionales son secundarias con respecto al contenido social, y su crítica al gobierno representativo, según la cual la democracia se reduce a la parte *formal* del Estado más que a su esencia. Marx pensaba en un sistema democrático en el que participación y representación dejaran de ser distintas, aspecto sobre el que volverá más tarde a propósito de la Comuna de París.²¹²

En su fase comunista el problema del Estado se le aparece indisolublemente unido al de la revolución, y la teoría política indisolublemente unida a la política activa, ya que ambas, como Marx recordaba a Proudhon,²¹³ eran inseparables de la lucha de clases. Marx subraya, pues, cuatro temas principales: la esencia del Estado es el poder político, «resumen oficial del antagonismo en la sociedad civil»,²¹⁴ y por tanto deberá dejar de existir en la sociedad comunista; en el sistema actual el Estado no representa el interés general de la sociedad, sino el de la clase (o clases) dominantes; con la victoria del proletariado el Estado no desaparecerá inmediatamente, sino que asumirá, durante el previsto período de transición, la forma temporal de «proletariado organizado como clase dominante».

2. Relaciones de clase y sociedad política

Estas ideas, aunque fueron coherentemente mantenidas por Marx y Engels durante toda su vida, fueron notablemente reelaboradas, en par-

²¹¹ No parece que Marx intentara realizar el proyecto (de 1844) de una obra sobre el Estado moderno concebida en estos términos; en todo caso, identificaba el origen del Estado moderno con la Revolución francesa y su abolición con el fin de la sociedad burguesa (en el epígrafe «derecho electoral»): cfr. *Piano di uno scritto sullo Stato*, in *Opere*, cit., vol. 4, p. 658.

²¹² K. MARX y F. ENGELS, *Werke* (Mew), vol. 1, pp. 321-323.

²¹³ MARX, *Miseria de la filosofía*, cit., p. 397.

²¹⁴ *Ibid.*

ticular en lo que se refiere a dos aspectos. En primer lugar, el concepto de Estado como dominio de clase fue ulteriormente desarrollado, sobre todo a la luz de los regímenes posteriores al cuarenta y ocho, que (como el de Napoleón III) no podían definirse simplemente como gobiernos de la burguesía. Volveremos sobre el tema más adelante, pero hay que señalar desde ahora que Marx elaboró el tema de la relativa independencia del Estado (incluso con respecto a «su» propia clase) a partir del ejemplo de la fórmula de 1850 no solamente irónica, según la cual el Estado «no es más que un seguro mutuo de la clase burguesa tanto con respecto a cada uno de sus miembros individuales como en relación a la clase explotada, un seguro destinado a ser cada vez más caro y verosímilmente más autónomo con respecto a la sociedad burguesa porque cada vez será más difícil mantener a raya a la clase de los explotados».²¹⁵

En segundo lugar, sobre todo a partir de 1870 Marx, y aún más Engels, diseñó un modelo más general de la génesis y el desarrollo histórico del Estado como consecuencia del desarrollo de la sociedad de clases, un modelo elaborado, en su forma más completa en *El origen de la familia* (1884) que constituye, entre otros, el punto de partida de la discusión leniniana posterior. Sin embargo, el desarrollo de estos temas por parte de Marx, vinculándolos a una nueva intensificación del interés por la primitiva sociedad comunitaria, o sea pre-estatal, y como consecuencia por la sociedad comunista del futuro,²¹⁶ sólo puede ser reconstruido en base a apuntes y otros materiales fragmentarios. La discusión teórica sobre esta fase del pensamiento político de Marx no ha sido emprendida hasta estos últimos años, sobre todo tras la publicación de las *Ethnological Notebooks* por parte de Krader, y por tanto no ha podido influir anteriormente en la historia del marxismo. Según Engels, con la generaliza-

²¹⁵ Recensiones publicadas en Ia «*Neue Rheinische Zeitung*. Politischökonomische Revue»: *Le socialisme et l'impôt par Emite de Girardin*, in *Opere*, cit., vol. 10, p. 334.

²¹⁶ La reanudación del interés por este tema puede remitirse al descubrimiento de los escritos históricos de Georg Ludwig von Maurer que Marx hizo en 1868 (Marx a Engels, 14 de marzo de 1868, en *Cartas sobre El Capital*, Barcelona, 1968, p.155; 25 de marzo de 1868, *ibid.*, p.158), que le abrió nuevas perspectivas con respecto a las sociedades primitivas. Desde aquel momento Marx se dedicó asiduamente a estos problemas.

ción en el ámbito de la sociedad de antagonismos de clase irreconciliables e incontrolables, «se hace necesario, para moderar estos conflictos y mantenerlos dentro de los límites del "orden", un poder que aparentemente se sitúa por encima de la sociedad», para impedir que el conflicto de clases sumerja a las clases y a la sociedad «en una lucha estéril». Si bien «la regla» es que el Estado represente los intereses de la clase más poderosa y dominante, que, a través del control del mismo, ha adquirido nuevos instrumentos para mantener sojuzgados a los oprimidos, hay que observar que la teoría marxiana del Estado (tanto entonces como anteriormente) era bastante más compleja que la simple ecuación: poder coercitivo del Estado = dominio de clase. Se reconoce que el Estado tiene como mínimo la función de mecanismo negativo que impide la disgregación social en la sociedad de clases, y la función de mecanismo positivo (como hemos visto) para regular el conflicto entre intereses privados y públicos de la burguesía. Se reconoce además el elemento de enmascaramiento del poder por medio de la mistificación o de la apariencia de consenso, implícito por el hecho de que el Estado parece estar por encima de la sociedad. Por otra parte, son evidentes las razones por las que en la práctica política de Marx y del movimiento proletario no se insiste en estos elementos.

Dado que tanto Marx como Engels creían en la extinción final del Estado y en la necesidad de un poder (proletario) de transición, además de en la planificación social y en la autoridad después de la revolución, el futuro de la autoridad política plantea problemas que han dado mucho trabajo a sus sucesores, tanto en la teoría como en la práctica. No son problemas que se puedan resolver con la habilidad semántica de negar el carácter de «Estado» a la autoridad política en la nueva sociedad, relegando Estado, política y poder político a la esfera de la sociedad de clases por definición; sin embargo, Engels casi llegó a afirmarlo al decir que el Estado se «extinguiría» sin más especificaciones («por sí mismo») en cuanto se realizase el primer acto por el que «aparecerá como auténtico representante de toda la sociedad», es decir, la conversión en propiedad social de los medios de producción. Hay dos vías principales para dotar a afirmaciones formales como éstas de un contenido sustancial.

En primer lugar, con la desaparición de la sociedad burguesa el objetivo de la autoridad política, como fuerza impuesta desde arriba, desaparecerá con el fin de la explotación de clases y, al mismo tiempo, de la alienación: de hecho, los proletarios están «en contraposición directa con la forma en que los individuos han venido considerando, hasta ahora, como sinónimo de la sociedad en su conjunto, con el Estado, y necesitan derrocar al Estado para imponer su personalidad».²¹⁷

En segundo lugar, al faltar la necesidad de gobernar a los hombres, el aparato de gestión que sobrevivirá al Estado deberá limitarse a la «administración de las cosas». La distinción entre gobierno de los hombres y administración de las cosas fue tomada probablemente del pensamiento socialista anterior, ya que era una idea difundida sobre todo por Saint-Simon. Sin embargo, esta idea sólo es algo más que una habilidad semántica si se apoya en determinados presupuestos excesivamente optimistas, como la idea de que la «administración de las cosas» sería, desde el punto de vista técnico, más simple y menos especializada de lo que resultaría efectivamente más tarde, y que por tanto estaría al alcance del ciudadano no especializado; éste era el ideal de Lenin según el cual cualquier cocinera debería estar en condiciones de gobernar el Estado. No parece que haya dudas acerca del hecho de que también Marx compartía esta perspectiva optimista.²¹⁸ A pesar de ello, durante el período de transición, el gobierno de los hombres, o para decirlo con mayor precisión en palabras de Engels, «la intervención de una fuerza estatal en las relaciones sociales»²¹⁹ sólo puede desaparecer de un modo gradual.

²¹⁷ MARX y ENGELS, *La Ideología Alemana*, cit., p. 90.

²¹⁸ Cfr. la primera redacción de *La guerra civil en Francia* (Mew, vol. 17, p. 544): «Se elimina la ilusión de que la administración y la dirección política son asuntos secretos funciones trascendentes, que deben ser confiadas exclusivamente en manos de una casta especializada... Todo el engaño fue desenmascarado por la Comuna, formada en su gran mayoría por simples obreros que organizaron la defensa de París, hicieron la guerra a los pretorianos de Bonaparte aseguraron las provisiones necesarias a esta ciudad gigantesca y ocuparon los cargos que hasta entonces estaban repartidos entre gobierno, policía y prefectura».

²¹⁹ F. ENGELS, *La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring* («Anti-Dühring»), OME, vol. 35, pp. 288 y ss.

La atención prestada por Marx y Engels a la desaparición del Estado no es interesante tanto por lo que en efecto previeron, cuanto por lo que atestiguan acerca de sus esperanzas en la futura sociedad comunista y el modo como la concebían, más notable aún por el hecho de que sus anticipaciones a este respecto contrastan con su habitual repugnancia a hacer conjeturas sobre un imprevisible futuro. La herencia dejada a sus sucesores en lo que se refiere a este problema es pues enigmática e incierta. Hay que señalar una complicación ulterior en su teoría del Estado. En la medida en que no se trataba solamente de un aparato de gobierno, sino que también se basaba en el territorio,²²⁰ el Estado tenía también, en el ámbito del desarrollo económico burgués, el papel de «nación», de unidad de ese desarrollo, al menos en forma de una serie de vastas unidades territoriales de este tipo (véase más adelante). El futuro de estas unidades no fue puesto en discusión por Marx y Engels, y su insistencia en el mantenimiento de la unidad nacional en base a alguna u otra forma centralizada, incluso después de la revolución, no admite dudas, aunque esto planteara problemas que Bernstein señaló y Lenin abordó.²²¹ Por su parte, Marx se declaró siempre contrario al federalismo.

Como es natural, las ideas de Marx sobre la revolución se inspiraron en el análisis de la mayor experiencia revolucionaria de su época, la francesa de 1789 en adelante.²²² Durante toda su vida Francia fue la ejemplificación clásica de la lucha de clases en su forma revolucionaria, y el más importante laboratorio de experiencia histórica en el que se elaboraron la estrategia y la táctica de la revolución. Sin embargo, a partir de sus primeros contactos con Engels, a la experiencia francesa se añadió la del movimiento proletario de masas, del que Inglaterra constituía entonces, y durante varias décadas posteriormente, el único ejemplo digno de ser mencionado.

Desde ambos puntos de vista el momento fundamental de la Revolución francesa había sido el período jacobino. La relación de los jacobinos

²²⁰ F. ENGELS, *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, en Obras escogidas, vol. 3, p. 344 (Mew, vol. 21, p. 165).

²²¹ LENIN, *El Estado y la revolución*, cap. III, parte IV, en Obras completas, cit.

²²² Estudiada en particular en las lecturas y en los apuntes correspondientes, redactados en Kreuznach y en París entre 1843 y 1844.

nos con el Estado burgués había sido ambigua,²²³ ya que por su misma naturaleza este Estado debía conceder vía libre al funcionamiento anárquico de la sociedad civil-burguesa, mientras que tanto el Terror como Napoleón intentaron, cada uno a su modo, comprimirlo en el ámbito de una comunidad/nación dirigida por el Estado; uno subordinándolo a la «revolución permanente» (términos que Marx usa precisamente en relación con esta cuestión²²⁴) y el otro subordinándolo a la conquista y la guerra permanentes. La auténtica sociedad burguesa se impone con el Termidor, y finalmente la burguesía consiguió descubrir su forma efectiva, la de «expresión oficial de su propio y exclusivo poder y el reconocimiento político de su propio interés particular» en el «Estado representativo constitucional (*Repräsentativstaat*)».²²⁵

Sin embargo, al acercarse el 1848 se puso de relieve otro aspecto del jacobinismo. Éste sólo completó la destrucción de los residuos del feudalismo, que de otro modo tal vez se hubieran perpetuado durante varias décadas. Paradójicamente, esto se debió a la intervención en la Revolución del proletariado, aún demasiado inmaduro para poder conseguir objetivos propios.²²⁶

La discusión sigue abierta (aunque hoy ya no puede considerarse que los *sans-culottes* fueran un movimiento proletario), porque plantea el problema fundamental de la función de las clases populares en la revolución burguesa y de las relaciones entre burgueses y revolución proletaria. Éstos fueron temas importantes del *Manifiesto del Partido Comunista*, de los escritos de 1848 y del debate posterior, y han seguido siendo algunos de los temas más significativos del pensamiento político de Marx y Engels, así como del marxismo de nuestro siglo. Además, en la medida en

²²³ K. MARX y F. ENGELS, *La Sagrada Familia*, OME, vol. 6, pp. 136-143.

²²⁴ *Ibid.*, p. 142.

²²⁵ *Ibid.*, p. 143.

²²⁶ *La crítica moralizante y la moral crítica*, en *Opere*, cit., vol. 6, p. 338. Para los orígenes del concepto, cfr. H. FÖRDER, *Marx und Engels am Vorabend der Revolution*, Berlín, 1960; W. MARKOW, Jacques Roux und Karl Marx, in «Sitzungsberichte der deutschen Akad. d. Wissenschaften zu Berlin», Klasse für Philosophie. Geschichte, Staats-, Rechtsund Wirtschaftswissenschaften, Berlín, 1965.

que la realización de la revolución burguesa comportaba la posibilidad, verificada en el precedente jacobino, de desembocar en regímenes que fueran *más allá* del gobierno burgués, el jacobinismo proponía también algunas características políticas de tales regímenes, como la centralización y la función del cuerpo legislativo.

La experiencia jacobina iluminaba pues el problema del Estado revolucionario de transición, incluida la «dictadura del proletariado», un concepto controvertido en el debate marxista posterior. El término se introdujo por primera vez en el análisis marxiano (si procedía o no de Blanqui es bastante irrelevante) inmediatamente después de la derrota de 1848-1849, es decir, en el contexto de una posible nueva versión de situaciones en parte semejantes a las revoluciones de 1848. Las referencias posteriores se remontan sobre todo a la Comuna de París y a las perspectivas del partido socialdemócrata alemán de los años 90. Aunque había continuado siendo un elemento fundamental en el análisis de Marx,²²⁷ el contexto político en el que fue objeto de debate había cambiado profundamente, y a ello se deben algunas ambigüedades del debate posterior.

Marx nunca había usado el término «dictadura» para indicar una forma institucional específica de gobierno, sino únicamente para definir el *contenido* más que la forma asumida por el dominio de un grupo o de una clase. En su opinión, la «dictadura» de la burguesía podía existir indistintamente con o sin sufragio universal.²²⁸ Sin embargo, es posible que en una situación revolucionaria, cuando el principal objetivo del nuevo régimen proletario sólo puede ser el de ganar tiempo tomando «las medidas necesarias para intimidar adecuadamente a las masas burguesas»,²²⁹ el gobierno tienda a asumir formas más abiertamente dictatoriales. El único régimen que Engels había definido efectivamente como «dictadura del proletariado» (Marx no lo dice explícitamente) fue la

²²⁷ Las referencias clave están en Marx a Weydemeyer, 5 de marzo de 1852, en *Obras escogidas*, vol. 2, pp. 480 y ss. *Crítica del programa de Gotha*, *Obras escogidas*, vol. 3, pp. 23 y ss. (Mew, vol. 19, p. 28).

²²⁸ Cfr. W. MAUTNER, *Zur Geschichte des Begriffes «Diktatur des Proletariats»*, in «Grünberg's Archiv», 1970, pp. 280- 283.

²²⁹ Marx a Nieuwenhuis, 22 de febrero de 1881, en Mew, vol. 35, p. 161.

Comuna de París, y las características políticas que ponía de relieve eran todo lo contrario de dictatoriales (en la acepción literal del término). Engels señalaba como forma política específica o bien la «república democrática», «como lo ha demostrado la Revolución francesa»,²³⁰ o bien la Comuna de París. Dado que ni Marx ni Engels pensaron en construir un modelo universalmente aplicable de la *forma* de la dictadura del proletariado, ni se propusieron prever los distintos tipos de situación en que ésta puede instaurarse, la única conclusión que podemos sacar de sus observaciones es que a la dictadura del proletariado corresponde la tarea de conciliar con la transformación democrática de la vida política de las masas las medidas necesarias para prevenir una contrarrevolución por parte de la clase dominante derrotada. En los textos no hay referencias que nos permitan especular sobre cuál habría podido ser su reacción ante los regímenes posrevolucionarios de nuestro siglo, aunque casi puede asegurarse que habrían dado absoluta prioridad a la defensa del poder proletario revolucionario ante el peligro de que fuera derrocado. Un ejército del proletariado era condición indispensable de su dictadura.²³¹

Es sabido que la experiencia de la Comuna de París hizo que Marx y Engels reelaboraran sus ideas sobre el Estado y sobre la dictadura del proletariado. No había que limitarse a apoderarse de la vieja máquina estatal, sino que había que destruirla; parece que en este caso Marx se refiere sobre todo a la burocracia centralizada de Napoleón III, más que a su ejército y a su policía. La clase obrera «debe asegurarse contra sus propios representantes y funcionarios» para evitar «la transformación del Estado y de los órganos del Estado de servidores de la sociedad en dueños de la misma», como había ocurrido en todas las organizaciones estatales anteriores.²³²

Aunque el debate marxista posterior ha interpretado este cambio sobre todo como necesidad de defender la revolución de los peligros que

²³⁰ *Zur Kritik des Sozialdemokratischen Programmwurfes 1891* en Mew, vol. 22, p.235. (Crítica del Programa de Erfurt, Obras escogidas, vol. 3, p. 458.)

²³¹ Véase el discurso de Marx con motivo del séptimo aniversario de la Asociación Internacional de Trabajadores, en Mew, vol. 17, p. 433.

²³² ENGELS, *Introducción a K. MARX, La guerra civil en Francia, Obras escogidas*, vol. 2, p. 188 (Mew, vol. 22, pp. 197- 198.)

supone la supervivencia del *viejo* mecanismo estatal, el peligro existe con *cualquier* mecanismo estatal al que se le permita imponer su propia autoridad autónoma, incluida la de la revolución misma. El sistema resultante, discutido por Marx en relación con la Comuna de París, ha sido objeto desde entonces de un intenso debate; en esta prefiguración de un nuevo régimen, hay pocos elementos que sean inequívocamente claros, excepto el hecho de que debe estar constituido por «servidores responsables (electos) de la sociedad», y no por «una corporación que se erija por encima de la sociedad».²³³

Cualquiera que sea su forma específica, el dominio del proletariado sobre la burguesía derrotada debe mantenerse durante un período de transición de duración incierta y sin duda variable, durante el cual la sociedad capitalista se transforma gradualmente en sociedad comunista. Resulta evidente que Marx preveía que en ese período las instituciones de gobierno, o mejor sus costes sociales, se reducirían.²³⁴ Aunque distingue entre «la primera fase de la sociedad comunista, surgida, tras dolorosos sufrimientos de parto, de la sociedad capitalista» y «una fase superior», en la que se podrá pasar del principio «cada uno según sus capacidades» al de «a cada uno según sus necesidades», al abandonarse las antiguas motivaciones y las limitaciones de las capacidades y las productividades del hombre,²³⁵ Marx no parece prever ninguna clara separación cronológica entre ambas fases. Ya que Marx y Engels se negaron categóricamente a diseñar el marco de la sociedad comunista futura, es necesario evitar la tentación de construir uno a base de sus observaciones fragmentarias o genéricas que ocasionaría notables errores. A este propósito, las observaciones que le sugiere a Marx un documento que considera insatisfactorio (el programa de Gotha del partido obrero alemán) no son desde luego

²³³ MARX, *La guerra civil en Francia*, cit. (segunda redacción), en MEW, vol. 17, p. 597.

²³⁴ MARX, *Crítica del programa de Gotha*, cit., p. 13 (Mew, vol. 9, p. 19): «Los gastos generales de la administración, no concernientes a la producción. En esta parte [del producto social] se conseguirá, desde el primer momento, una reducción considerabilísima, en comparación con la sociedad actual, reacción que irá en aumento a medida que la nueva sociedad se desarrolle.»

²³⁵ *Ibid.*, p. 14 (Mew, vol. 19, p. 21).

exhaustivas, sino que se limitan en su mayor parte a reafirmar principios generales.

De cualquier modo, la perspectiva posrevolucionaria es presentada como un proceso de desarrollo largo, complejo, nada lineal y sobre todo imprevisible en la situación en que se encuentra. «Las exigencias generales de la burguesía francesa habían sido formuladas de un modo casi completo antes de 1789, del mismo modo que lo han sido hoy (*mutatis mutandis*) las exigencias inmediatas del proletariado. Eran más o menos análogas en todos los países en los que existía el modo de producción capitalista. Sin embargo, ningún francés prerrevolucionario del siglo XVIII podía tener, *a priori*, la menor idea sobre el modo como que se llevarían a cabo estas exigencias de la burguesía».²³⁶ Incluso después de la revolución, «la sustitución de las condiciones económicas que determinan la esclavitud del trabajo por las que permitirán el trabajo libre y asociado, sólo podrá conseguirse a través de la acción progresiva del tiempo», «la actual acción espontánea de las leyes naturales del capital y de la propiedad de la tierra» sólo podrán ser sustituidas por la «espontánea acción de las leyes económico-sociales del trabajo libre y asociado a través de un largo proceso de desarrollo de condiciones nuevas»,²³⁷ como sucedió en el pasado con la economía esclavista y con la economía feudal. La revolución no hace más que poner en marcha este proceso.

Esta cautela en las previsiones para el futuro se debía en gran parte al hecho de que el principal promotor e inspirador de la revolución, el proletariado, era también una clase en vías de desarrollo. Un panorama más general de las opiniones de Marx y Engels acerca de este desarrollo, evidentemente basado en gran medida en la experiencia de Engels en Inglaterra en los años cuarenta, se presenta en el *Manifiesto del Partido Comunista*: se trata de un largo proceso que parte de la rebelión individual, pasa por las luchas económicas locales y sectoriales, primero informales y progresivamente mejor organizadas por asociaciones obreras, hasta llegar a «una lucha nacional, ... una lucha de clase», que debe ser también lucha política por el poder. A la «organización de los proletarios

²³⁶ Marx a Nieuwenhuis, 22 de febrero de 1881, en Mew, vol. 35, pp. 160-161.

²³⁷ La guerra civil en Francia (primera redacción), en Mew, vol. 17, p. 546.

como clase» le sigue pues la organización «como partido político». Marx se mantiene sustancialmente en este análisis durante toda su vida, modificándolo levemente a la luz de la estabilidad y de la expansión del capitalismo después del 1848, y según las experiencias concretas de los movimientos obreros organizados. A medida que disminuían las perspectivas de crisis económicas capaces de provocar inmediatas revueltas obreras, Marx y Engels depositaron mayor confianza en la posibilidad de una victoria de las luchas obreras en el seno de la estructura capitalista, a través de la acción sindical o de la conquista de una legislación más favorable,²³⁸ aunque ya en 1845 Engels había esbozado la tesis de que el salario obrero depende en cierta medida de una forma de vida basada en la costumbre, además de las fuerzas del mercado.²³⁹ Como consecuencia, el desarrollo prerrevolucionario de la clase obrera aparecía como un proceso destinado a alargarse más de lo que habían esperado o previsto Marx y Engels antes del 1848.

Al examinar estos problemas resulta difícil evitar, aunque es indispensable hacerlo, que un siglo después se lean controversias marxistas posteriores ya en los textos de las obras clásicas. En tiempos de Marx, la tarea esencial (tal como la veían él y Engels) consistía en generalizar el movimiento obrero hasta transformarlo en movimiento de clase, y en hacer emerger el objetivo que estaba implícito en su misma existencia, o sea la sustitución del capitalismo por el comunismo, y, a un ritmo más próximo, su transformación en movimiento político, como partido obrero distinto de cualquier otro partido de las clases propietarias y dirigido a la conquista del poder político. Por ello era de vital importancia para los obreros no abstenerse de la acción política ni permitir la separación de su «movimiento económico de su actividad política».²⁴⁰ Por otra parte, el

²³⁸ *Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores*, en *Obras escogidas*, vol. 2, p. 10 (Mew, vol. 16, p. 11).

²³⁹ Cfr. E. J. HOBSBAWM, *Introduzione* a F. ENGELS, *La situazione della classe operaia in Inghilterra*, Roma, 1973; K. MARX, *Salario, precio y beneficio*, en *Obras escogidas*, vol. 2, pp. 28 y ss. (Mew, vol. 16, pp. 147-149).

²⁴⁰ Véanse las resoluciones para el congreso de los delegados londinenses a la *Asociación Internacional de Trabajadores de 1871*, en Mew, vol. 17, pp. 421-422, y las notas al discurso de Engels, *ibid.*, pp. 416-417.

carácter de ese partido era una cuestión secundaria, mientras fuese un partido de clase.²⁴¹ No hay que confundir esto con las concepciones de «partido» correspondientes a épocas posteriores, ni hay que buscar ninguna indicación de carácter histórico acerca de estas concepciones en los escritos de Marx y Engels. El término mismo fue usado inicialmente en la acepción genérica que era corriente hacia mediados del siglo pasado, en la que se incluían tanto los partidarios de un determinado tipo de opiniones políticas o de una causa determinada, como los miembros organizados de un grupo constituido. Aunque en los años cincuenta Marx y Engels habían usado con frecuencia el término «partido» para referirse a la *Liga de los comunistas*, al viejo grupo de la «*Neue Rheinische Zeitung*» o a lo que quedaba de ambas, Marx explicó que la Liga, como otras organizaciones revolucionarias anteriores, «no fue más que un episodio de la historia del partido, que se forma en todas partes de un modo natural sobre el terreno de la sociedad moderna», que es «el partido en el sentido histórico de la palabra».²⁴² En este sentido, Engels podía hablar del partido obrero como partido político «ya existente en casi todos los países».²⁴³

Es cierto que a partir de los años setenta, Marx y Engels favorecieron, donde era posible, la constitución, incluso en distintas formas, de un partido político organizado, siempre que no se tratase de una secta; y en los partidos fundados por sus seguidores y situados bajo su influencia (según el modelo introducido inicialmente por Lassalle), los problemas de organización interna, de estructura y disciplina del partido, etc., requirieron naturalmente que Londres tomara posición en diversos aspectos. Donde no existían partidos de este tipo, Engels continuaba usando el término «partido» para definir la suma total de los cuerpos políticos (es decir, electorales) que expresaban la autonomía de la clase obrera, independientemente de su organización, «no importa cómo, siempre que sea un partido obrero distinto de los demás».²⁴⁴

²⁴¹ Marx a Bolte, 29 de noviembre de 1871, en *Obras escogidas*, vol. 2, p. 446 (Mew, vol. 32, p. 332).

²⁴² Marx a Freiligrath, 29 de febrero de 1860, in *Opere cit.*, vol. 41, pp. 531, 536.

²⁴³ Mew., vol. 17, p. 416.

²⁴⁴ A Sorge, 29 de noviembre de 1886; a Nieuwehuis, 11 de enero de 1887, en Mew, vol. 36, pp. 579 y 593.

Escaso interés, y circunstancial, mostraron por los problemas de la estructura, de la organización o de la sociología del partido, que tanto preocuparían a los teóricos posteriores: «Il faut éviter les "étiquettes" sectaires... Las aspiraciones y las tendencias generales de la clase obrera nacen de las condiciones reales en las que aquélla se encuentra. Por esto tales aspiraciones y tendencias están presentes en toda la clase, aunque el movimiento se represente en sus cerebros en las más diversas formas, con más o menos fantasía, o de un modo que corresponda en mayor o menor medida a las condiciones reales. Quienes mejor saben interpretar el significado de la lucha de clases que se desarrolla ante nuestros ojos (los comunistas) son los últimos en cometer el error de aprobar o favorecer el sectarismo.»²⁴⁵ El partido debe tender pues a convertirse en la clase organizada, y Marx y Engels no se apartaron nunca de la declaración del *Manifiesto*, según la cual los comunistas no constituían un partido distinto enfrentado a los demás partidos obreros, ni elaboraron principios sectarios independientes para modelar en base a ellos el movimiento proletario.

Todas las controversias políticas de los últimos años de Marx se basaron en tres principios: a) un movimiento *político* de clase del proletariado; b) una revolución que no era considerada simplemente como una transferencia definitiva del poder, seguida de una utopía sectaria, sino como un momento de crisis que daría inicio a un período de transición complejo y difícilmente previsible; e) el mantenimiento necesariamente consecuente de un sistema de autoridad política, de una «forma revolucionaria y transitoria de Estado».²⁴⁶ De ahí su oposición particularmente aguda a los anarquistas, que rechazaban todos estos principios.

Por todo ello es inútil buscar en Marx la anticipación de controversias posteriores, como las que oponen a «reformistas» y «revolucionarios», o leer sus escritos a la luz de los debates posteriores entre izquierda y derecha en el seno de los movimientos marxistas. El que se hayan leído así forma parte de la historia del marxismo, pero de un momento posterior al que ahora estamos tratando. Para Marx el problema no era si los

²⁴⁵ A Paul y Laura Lafargue, 18 de abril de 1870, en *Opere*, cit., vol. 43, p. 724.

²⁴⁶ K. MARX, *Der politische Indifferentismus*, en Mew, vol. 18, p. 300.

partidos obreros eran reformistas o revolucionarios, ni aún menos qué implicaban estos términos. No advierte ningún conflicto de principio entre la lucha cotidiana de los trabajadores para mejorar sus propias condiciones en el régimen capitalista y la formación de una conciencia política que propugne la sustitución del capitalismo por una sociedad socialista, o las acciones políticas tendentes a tal fin. El problema consistía en superar las distintas manifestaciones de inmadurez que frenaban el desarrollo de los partidos de clase proletarios, los mantenían por ejemplo bajo el influjo de diversas formas de radicalismo democrático (y por tanto de la burguesía o de la pequeña burguesía), o intentaban identificarlos con los distintos tipos de utopías para alcanzar el socialismo, y sobre todo los apartaban de la necesaria unidad entre la lucha económica y política. Es un anacronismo identificar a Marx con un ala «derecha» o «izquierda», «moderada» o «radical», en el ámbito de la Internacional o de cualquier otro movimiento obrero. Por esto es tan irrelevante como absurdo discutir si en un determinado momento Marx dejó de ser revolucionario y se convirtió en gradualista.

La forma que asumiría el efectivo traspaso del poder, y la consiguiente transformación de la sociedad, dependerían del grado de desarrollo alcanzado por el proletariado y por su movimiento, reflejo tanto del grado de desarrollo del capitalismo como de su mismo proceso de culturización y de maduración a través de la praxis. Naturalmente estaría en relación con la situación socio-económica y política del momento. Del mismo modo que Marx no se proponía esperar a que el proletariado se convirtiera en una amplia mayoría numérica y a que la polarización de clases llegara a un estadio avanzado, tampoco hay duda de que concibió la lucha de clases como un fenómeno que debía continuar después de la revolución, aunque fuera «del modo más racional y humanitario».²⁴⁷

Antes y después de la revolución, por un período indefinido, el proletariado debía actuar, pues, políticamente como núcleo y guía de una coalición de clases, con la ventaja, gracias a su posición histórica, de poder ser «reconocida como la única clase capaz de tener iniciativa so-

²⁴⁷ MARX, *La guerra civil en Francia* (primera redacción), en Mew, vol. 17, pp. 544-546.

cial»,²⁴⁸ aunque estuviera todavía en minoría. No es exagerado decir que Marx sólo consideró como potencial «dictadura del proletariado» analizada en la realidad la Comuna de París, idealmente destinada a actuar como una especie de frente popular de «todas las clases sociales que no viven del trabajo ajeno», bajo la guía y la hegemonía de los obreros.²⁴⁹

En todo caso, se trataba aquí de valoraciones concretas. Éstas no hacen más que confirmar que Marx y Engels no confiaban en la acción espontánea de las fuerzas históricas, sino en la acción política dentro de los límites de lo históricamente posible. En todos los momentos de su vida analizaron siempre las situaciones con la mente orientada hacia la acción. Habrá que tener en cuenta, por tanto, su valoración de los cambios de tales situaciones.

3. De la perspectiva de 1848 a la revolución de la mayoría

Se pueden distinguir tres fases en el desarrollo de su análisis: una, entre mediados de los años cuarenta y los primeros cincuenta; la segunda en los siguientes veinticinco años, en los que no aparecía como perspectiva inmediata una victoria duradera del proletariado, y finalmente los últimos años de Engels, en los que la formación de partidos obreros de masas pareció abrir nuevas perspectivas de transición en los países de capitalismo avanzado. Parecía necesario modificar en algunos países los análisis anteriores pero ya veremos en otro apartado los aspectos internacionales de su estrategia.

La perspectiva del «Cuarenta y ocho» se basaba en la hipótesis, que luego resultó correcta, de que la crisis de los antiguos regímenes daría lugar a una amplia revolución social, y en la hipótesis, que luego resultó errónea, de que el desarrollo de la economía capitalista había avanzado lo suficiente para hacer posible, como resultado de aquella revolución, la victoria final del proletariado. De cualquier modo que sea definida, la clase obrera propiamente dicha representaba en aquel tiempo una pe-

²⁴⁸ Ibid.

²⁴⁹ Ibid., pp. 341, 549-554.

queña minoría de la población, con la excepción de Inglaterra, donde (contrariamente a lo que había previsto Engels) tampoco hubo ninguna revolución. Además, el proletariado estaba al mismo tiempo inmaduro e insuficientemente organizado. Las perspectivas de una revolución proletaria dependían pues de dos posibilidades alternativas: o, como previó Marx (anticipándose en cierto sentido a Lenin), la burguesía alemana demostraría que no podía o no quería hacer su propia revolución, y un proletariado embrionario, dirigido por los intelectuales comunistas, tomaría la dirección de la misma;²⁵⁰ o bien (como había sucedido en Francia), se podría continuar el proceso de radicalización de la revolución burguesa iniciada por los jacobinos.

Mientras que la primera posibilidad resultó totalmente irrealista, la segunda aún parecía posible después de la derrota de 1848-1849. El proletariado había tomado parte en la revolución como miembro subordinado, pero importante, de una alianza de clases que partía de algunos sectores de la burguesía liberal e incluía a todas las fuerzas situadas a su izquierda. En una revolución de este tipo las posibilidades de radicalización aparecieron en varias ocasiones, cuando los moderados decidían que la revolución había ido demasiado lejos, mientras los radicales continuaban propugnando reivindicaciones «que correspondían al menos en parte a los intereses reales o aparentes de las amplias masas populares».²⁵¹ Durante la Revolución francesa esta radicalización sólo había servido para reforzar la victoria de la burguesía moderada; pero la polarización potencial del antagonismo de clases en la época capitalista, como había ocurrido en Francia en 1848-1849, entre una clase dominante burguesa que se unía en torno a posiciones reaccionarias y un frente constituido por todas las demás clases unidas en torno al proletariado, podía hacer posible que, por primera vez, tras la derrota de la burguesía «el proletariado, forjado por la experiencia», se convirtiese en «el factor

²⁵⁰ La cuestión está lúcidamente expuesta en G. LICHTHEIM, *Marxism*, Londres, 1964, pp. 56-57, aunque no se puede aceptar la distinción que hace el autor entre el marxismo de antes y el de después de 1850.

²⁵¹ F. ENGELS, Introducción (1895) a *Las luchas de clases en Francia*, en *Obras escogidas* vol I p 103 y ss.

decisivo».²⁵² Esta referencia histórica a la Revolución francesa perdió gran parte de su significado tras el triunfo de Luis Napoleón.²⁵³ Naturalmente, en gran medida (y en este caso específico, en una medida excesiva) el desarrollo de los acontecimientos dependía de la particular dinámica del desarrollo político revolucionario, mientras la clase obrera del continente, incluida la parisina, tuviese que soportar un desarrollo inadecuado de la economía capitalista.

La tarea principal del proletariado era, por tanto, la radicalización de la revolución que se acercaba, en la cual, cuando la burguesía liberal se hubiese pasado al «partido del orden», el «partido demócrata», más radical, tendría mayores posibilidades de resultar vencedor. Se trataba de «hacer la revolución permanente» según la consigna lanzada por la *Liga de los comunistas* en 1850,²⁵⁴ que se convirtió en la base de una efímera alianza entre marxianos y blanquistas. Entre los demócratas, la «pequeña burguesía republicana» era la fuerza más radical, y como tal era la que tenía mayor necesidad de apoyo por parte del proletariado, por lo que debía ser sometida preferentemente a la presión y el combate del proletariado. Sin embargo, el proletariado era aún una pequeña minoría, por lo que necesitaba aliados, incluso en el momento en que pretendía sustituir a los demócratas pequeño-burgueses en la dirección de la alianza revolucionaria. Puede observarse de paso que durante todo el proceso de 1848-1849, Marx y Engels, como casi toda la izquierda, subvaloraron el potencial revolucionario, o tan sólo radical, del campo, al que dedicaron muy escasa atención. Solamente después de la derrota, tal vez por iniciativa de Engels (que en *La guerra de los campesinos* de 1850 ya mostraba un gran interés por el tema), Marx empezó a hablar, al menos en lo que se refería a Alemania, de «una segunda edición de la guerra de los campesinos» en apoyo de la revolución proletaria (1856). El proceso revoluciona-

²⁵² Ibid.

²⁵³ L. Perini, en la Introducción a su recopilación de escritos de K. MARX, *Rivoluzione e reazione in Francia, 1848- 1850*, Turín 1976, p. LIV, analiza las distintas referencias históricas de Marx en *Las luchas de clases en Francia* y en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*.

²⁵⁴ *Mensaje del Comité central a la Liga de los comunistas, Obras escogidas*, vol. 1, pp. 91-102.

rio así caracterizado era complejo y tal vez a largo plazo y no era posible establecer en qué fase se podría instaurar la «dictadura del proletariado». El modelo fundamental era en todo caso el de la transición más o menos rápida desde una fase liberal inicial, a través de una fase radical-democrática, hasta la fase en que el proletariado tomaría la dirección.

Hasta que la crisis capitalista mundial de 1857 se reveló impotente para generar la revolución en ningún país, Marx y Engels continuaron esperando y previendo una nueva edición de 1848. A partir de entonces, durante casi dos décadas, no alimentaron ninguna esperanza en una inminente revolución proletaria victoriosa, aunque Engels mantuvo, más que Marx, su perenne optimismo juvenil. No pusieron grandes esperanzas en la Comuna de París, y durante su breve vida evitaron cuidadosamente formular un juicio optimista acerca de ella. Pero, por otra parte, el rápido desarrollo mundial de la economía capitalista y sobre todo la industrialización de Europa occidental y de los Estados Unidos provocaron en diversos países la formación de grandes masas proletarias. Marx y Engels pusieron pues sus esperanzas en la fuerza, la conciencia de clase y la organización de estos movimientos obreros. No hay que pensar que esto supusiera un cambio radical de sus perspectivas políticas. Como hemos visto, la revolución propiamente dicha, en el sentido de un traspaso de poder (presumiblemente violento), podía realizarse en varias fases del largo proceso de desarrollo de la clase obrera, y a su vez daría inicio a un largo proceso de transición posrevolucionaria. No hay duda de que el hecho de remitir el traspaso de poder a una fase posterior del desarrollo obrero y capitalista iba a influir en el carácter del período de transición, pero, aunque esto pudiera decepcionar a los revolucionarios ávidos de acción, difícilmente podía alterar el carácter fundamental del proceso previsto. De todas maneras, la cuestión esencial de la estrategia política de Marx y Engels en este período se basa en que, aun manteniéndose dispuestos a tomar en consideración cualquier eventualidad, no consideraban inminente ni probable el traspaso del poder al proletariado.

La consolidación de los partidos socialistas de masas, especialmente a partir de 1890, creó por primera vez la posibilidad, en algunos países económicamente desarrollados, de una transición al socialismo dirigida por gobiernos proletarios que hubieran llegado al poder por una vía di-

recta. Este proceso tuvo lugar después de la muerte de Marx, y, por tanto, no sabemos de qué modo lo habría abordado, aunque tenemos motivos para creer que lo habría hecho de un modo más flexible y menos «ortodoxo» de lo que lo hizo Engels.²⁵⁵ Sin embargo, dado que Marx murió antes de que la tentación de identificarse con un floreciente partido marxista de masas del proletariado alemán fuese demasiado fuerte, el problema permanece en el terreno de las conjeturas. Hay motivos para creer que fue Bebel quien convenció a Engels de la posibilidad de una transición directa al poder, saltándose «la fase radical-burguesa intermedia»²⁵⁶, que anteriormente se consideraba necesaria en los países en los que no se había realizado una revolución burguesa. Parecía que a partir de entonces la clase obrera dejaría de ser una minoría, que como máximo podía aspirar a dirigir una amplia alianza revolucionaria, para convertirse en un amplio estrato social dispuesto a convertirse en mayoría, organizado como partido de masas y capaz de reunir en torno a este partido aliados procedentes de otros estratos sociales. Ahí estaba la diferencia entre la nueva situación y la situación (todavía única) de Inglaterra, en la que el proletariado constituía la mayoría en el seno de una economía inequívocamente capitalista, con «un cierto grado de madurez y de uni-

²⁵⁵ Compárese su posición con respecto a los campesinos rusos (borrador y carta a Vera Zasulich, en Mew, vol. 19, pp. 242-243, 384-406) con la de Engels (Nachwort zu «Soziales aus Russland», en Mew, vol. 22, pp. 421-435) y la gran importancia que éste atribuía al apoyo de los campesinos y de las clases medias después de la revolución (*La guerra civil en Francia*, primera redacción, en Mew, vol. 17, pp. 549-554) con la desdeñosa subvaloración de Engels del peligro de que la demagogia reaccionaria ganase a los campesinos y a los pequeños artesanos (*El problema campesino en Francia y en Alemania*, 1894, en Obras escogidas, vol. 3, pp. 482-502; Mew, vol. 22, pp. 484-505). Se hace difícil creer que el autor de *El 18 Brumario* hubiera podido decir de los campesinos y artesanos independientes que no estaban dispuestos a aceptar su previsión de que iban a desaparecer: «Esta gente está sometida a la influencia de los "antisemitas". Se acercan a ellos para que les prometan que salvarán sus pequeñas propiedades» (*ibid.*, p. 496).

²⁵⁶ Bebel a Engels, 24 de febrero de 1884, en A. BEBEL, *Briefwechsel mit Friedrich Engels*, a cargo de W. Blumenberg Den Haag 1965, pp. 188-189. Cfr. también L.LONGINOTTI, Engels e la «rivoluzione di maggioranza», en «Studi storici», 1974 p. 821. (*Federico Engels y la «Revolución de la mayoría»*, en *la revolución de la mayoría*, Barcelona 1975.)

versalidad», pero sin conseguir desarrollar (por motivos que Marx no se dedicó a investigar) un correspondiente movimiento político de clase.²⁵⁷ Engels dedicó sus últimos escritos a la perspectiva de esta «revolución de la mayoría» que se podía alcanzar a través de partidos socialistas de masas, aunque esos escritos fueron leídos en cierta medida como respuestas a una situación específica (la alemana) de aquel período.

La nueva situación histórica con la que Engels intentaba enfrentarse se caracterizaba por tres aspectos particulares. No existía en la práctica ningún precedente del nuevo tipo de partidos socialistas obreros de masas, ni de los partidos «socialdemócratas» nacionales, cada vez más extendidos, que de hecho no tenían ningún competidor a la izquierda, como en el caso de Alemania. Las condiciones que favorecieron su desarrollo, y que a partir de 1890 se generalizaron progresivamente, eran la legalidad, la política constitucional y la extensión del derecho de voto. En cambio se habían modificado radicalmente las perspectivas revolucionarias tal como habían sido concebidas tradicionalmente (y más adelante veremos los cambios internacionales). Los debates y las controversias entre los socialistas de la época de la Segunda Internacional reflejan los problemas planteados por estas transformaciones. Engels participó sólo en parte en las primeras fases de la discusión, que se agudizó tras su muerte. Casi se puede afirmar que no llegó a darse cuenta de todas las posibles implicaciones de la nueva situación. Sin embargo, sus opiniones fueron, naturalmente, pertinentes, contribuyeron a dar forma a aquellas implicaciones, y se convirtieron en objeto de un intenso debate textual, debido precisamente a la imposibilidad de identificarle con alguna de las tendencias existentes.

²⁵⁷ *Comunicazione confidenziale*, en K.MARX y F.ENGELS, *Critica dell'anarchismo*, a cargo de G. BACKHAUS, Turín 1972, p.12 (Mew, vol. 16, pp. 414-415). En este caso el análisis de Engels es más profundo. Ya en 1858 su alusión casual al «proletariado burgués» creado por el monopolio mundial inglés (a Marx, 7 de octubre de 1858, en *Opere* cit., vol. 40, p. 373) anticipaba algunas de las directrices de su análisis de los años 80 y 90 (cfr. sus estudios sobre la Inglaterra de 1845 y de 1886, en Mew, vol. 21, pp. 191-197) y la introducción a *El desarrollo del socialismo de la utopía a la ciencia*, *Obras escogidas*, pp. 98-120 (Mew, vol. 22, pp. 309-310).

Fue objeto de una polémica particularmente aguda su insistencia en las nuevas posibilidades abiertas por el sufragio universal y el abandono de las antiguas perspectivas insurreccionales; ambos principios fueron formulados explícitamente en uno de sus últimos escritos, la «actualización» de *Las luchas de clases en Francia*, de Marx (1895). Precisamente la asociación de estas dos indicaciones fue objeto de discusión: el juicio según el cual en Alemania «la burguesía y el gobierno» «temen mucho más la actuación legal que la actuación ilegal del partido obrero, más los éxitos electorales que los éxitos insurreccionales».²⁵⁸ Sin embargo, a pesar de la relativa ambigüedad de sus últimos escritos, éstos no pueden ser leídos como una aprobación o un avance de las posteriores ilusiones legalistas y electoralistas de los socialdemócratas de Alemania y de otros países.

Engels abandonó las *viejas* esperanzas insurreccionales no sólo por razones técnicas, sino también porque la manifestación cada vez más clara de los antagonismos de clase, que había hecho posibles los partidos de masas, había hecho mucho más difíciles las insurrecciones de viejo tipo, capaces de atraer las simpatías de todos los estratos populares. La reacción estaba en condiciones de obtener el apoyo de sectores mucho más amplios de las capas medias. «El "pueblo" aparecerá, pues, siempre dividido, con lo cual faltará una formidable palanca, que en 1848 fue de una eficacia extrema.»²⁵⁹ Sin embargo, Engels se negó (al menos en lo que se refería a Alemania) a renunciar a sus ideas sobre el enfrentamiento armado, y con su excesivo optimismo habitual previó una revolución alemana para los años 1898-1904.²⁶⁰ En efecto, su tesis de 1895 se limitaba en la práctica a intentar demostrar que, en la situación en que se encontraban los partidos como la socialdemocracia alemana sólo obtendrían ventajas con la utilización de sus posibilidades legales. El enfrentamiento armado y violento era, por tanto, más probable que fuera provocado no por los insurrectos sino por la derecha contra los socialis-

²⁵⁸ ENGELS, *Introducción* (1895) a *Las luchas de clases en Francia*, cit., p.115.

²⁵⁹ *Ibid.*, p. 117.

²⁶⁰ A. R. Fischer, 8 de marzo de 1895, en *Opere* cit., vol. 50, pp. 457-460; ENGELS, *Introducción* (1895) a *Las luchas de clases en Francia* cit., p. 118; a Laura Lafargue, en Mew, vol. 38, p. 545.

tas. Con esta idea Engels mantenía una tesis ya apuntada por Marx en los años setenta,²⁶¹ a propósito de los países en los que no existía obstáculo constitucional a la elección de un gobierno socialista nacional. En tales casos, en su opinión, la lucha revolucionaria asumiría la forma (como había ocurrido durante la revolución francesa y la guerra civil americana) de una lucha entre gobierno «legítimo» y contrarrevolucionarios «rebeldes». No hay ninguna razón para suponer que Engels estuviera en desacuerdo con la idea formulada entonces por Marx, según la cual «no ha habido ningún gran movimiento que haya nacido sin derramamiento de sangre».²⁶² Es evidente que Engels no pensaba que había abandonado la revolución, sino simplemente que había adaptado la estrategia y la táctica de la misma a una situación distinta, del mismo modo que Marx lo había hecho durante toda su vida. Su análisis fue sometido a discusión cuando se descubrió que el crecimiento de los partidos socialdemócratas de masas no provocaba un enfrentamiento, sino que conducía a una forma de integración del movimiento en el sistema existente. Si hay que hacerle alguna crítica es la de haber subvalorado esta posibilidad.

Sin embargo, Engels se daba cuenta lúcidamente de los peligros del oportunismo («el sacrificio del futuro del movimiento a cambio de ventajas inmediatas»²⁶³) e hizo cuanto pudo para salvar a los partidos de esta tentación, reuniendo, y en gran medida sistematizando, las principales doctrinas y experiencias de lo que ya entonces se definía como «marxismo», insistiendo en la necesidad de una «ciencia socialista»,²⁶⁴ remarcando la base esencialmente proletaria de la vanguardia socialis-

²⁶¹ *Discurso al Congreso de la AIT*, en Mew, vol. 18, p. 160; F. ENGELS, Prólogo a la edición inglesa de *El Capital*, OME, vol. 40, pp. 29 y ss.

²⁶² MARX, *Konzept der Debatten über das Sozialistengesetz*, en *Briefe am Bebel, Liebknecht, Kautsky und andere*, Moscú-Leningrado 1933, vol. I, p. 516. Entrevista con el «New York Herald Tribune», 1878, en Mew, vol. 34, p. 515

²⁶³ *Zur Kritik des Sozialdemokratischen Programmwurfes 1891*, en Mew, vol. 22, pp. 227-240 y sobre todo pp. 234- 235.

²⁶⁴ A Bebel en 1891, en Mew, vol. 38, p. 94, a propósito de las objeciones formuladas por el partido contra la publicación de la *Crítica del programa de Gotha*.

ta,²⁶⁵ y sobre todo estableciendo los límites más allá de los cuales resultaban inaceptables las alianzas políticas los compromisos y las concesiones programáticas realizadas para obtener un apoyo electoral.²⁶⁶ Sin embargo, esto contribuyó (al revés de lo que Engels pretendía), sobre todo en el partido alemán a separar la teoría y la doctrina por un lado y la concreta práctica política por otro. La tragedia de los últimos años de Engels, como se puede constatar actualmente, fue que sus comentarios (lúcidos, realistas y a menudo extraordinariamente perspicaces sobre la situación concreta de los movimientos) no sirvieron como indicaciones prácticas, sino que tendieron a consolidar una doctrina general cada vez más separada de la práctica. Su previsión resultó demasiado exacta: «¿Qué otra consecuencia puede tener todo esto, si no la de que, de repente, en el momento de la decisión, el partido no sepa qué hacer? Las cuestiones decisivas son inciertas y confusas porque nunca han sido discutidas».²⁶⁷

4. Las formas de poder de la burguesía

Independientemente de las perspectivas del movimiento obrero, las condiciones políticas de la conquista del poder se complicaron con la imprevista transformación de la política burguesa tras la derrota de 1848. En los países que habían conocido la revolución, el régimen político «ideal» de la burguesía, el Estado parlamentario constitucional, había quedado como un objetivo pendiente o, como en Francia, había sido abandonado por un nuevo bonapartismo. En otras palabras, la revolución burguesa de 1848 había sido derrotada, o había llevado a la constitución de regímenes imprevisibles, cuyo carácter preocupó a Marx tal vez

²⁶⁵ Cfr. la carta a F. Turati, 26 de enero de 1894, en *La corrispondenza di Marx e Engels con italiani. 1848-1895*, a cargo de G. Del Bo, Milán 1964, pp. 518-521 (Mew, vol 22, pp. 440-441): «Evidemment ce n'est pas a nous de préparer directement un mouvement qui n'est pas précisément celui de la classe que nous représentons.»

²⁶⁶ *La corrispondenza di Marx e Engels con italiani* cit., y *La questione contadina*, cit.

²⁶⁷ *Zur Kritik des Sozialdemokratischen Programmwerfes 1891*, en Mew, vol. 22, p. 234.

más que cualquier otro problema referido al Estado burgues: Estados, y por tanto claramente al servicio de los intereses de la burguesía, pero que no la representaban directamente como clase.²⁶⁸ De este modo se planteaba el problema más amplio, que no ha perdido interés en absoluto de las relaciones entre clase dominante y aparato 'estatal centralizado, constituido originariamente por las monarquías absolutas, reforzado por la revolución burguesa para conseguir «la unidad burguesa de la nación», condición necesaria para el desarrollo capitalista, pero siempre tendente a reforzar su propia autonomía frente a todas las clases, incluida la burguesía.²⁶⁹ Éste fue precisamente el punto de partida de la tesis según la cual el proletariado victorioso no debe limitarse a apoderarse de la máquina estatal, sino que debe destruirla). Esta idea de la convergencia entre clase y Estado, entre economía y élite del poder se anticipa claramente a muchos procesos del siglo XX. Y también lo hace la tentativa de Marx de caracterizar una específica base social del bonapartismo francés, en este caso los campesinos pequeño-burgueses del período inmediatamente posrevolucionario, es decir, una clase «incapaz de hacer valer su interés de clase en su propio nombre... No pueden representarse, sino que tienen que ser representados. Su representante tiene que aparecer al mismo tiempo como su señor, como una autoridad por encima de ellos, como un poder ilimitado de gobierno que los proteja de las demás clases y les envíe desde lo alto la lluvia y el sol».²⁷⁰ Se anticipan con estas palabras algunos aspectos de los ulteriores populismo demagógico, fascismo, etcétera.

Marx y Engels no analizaron claramente por qué prevalecieron estas formas de gobierno. La idea de Marx de que el gobierno democrático-burgués había agotado sus posibilidades y el sistema bonapartista, último baluarte contra el proletariado, sería la última forma de dominio

²⁶⁸ Sobre la actitud de Marx ante el bonapartismo (formulada sobre todo en *El 18 Brumario*, cuyas tesis se repiten en *La guerra civil en Francia*), cfr. M. RUBEL, *Karl Marx devant le bonapartisme*, Den Haag 1960.

²⁶⁹ *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, en *Obras escogidas*, vol. 1, pp. 230 y ss. (Mew, vol. 8, pp. 196-197.)

²⁷⁰ *Ibid.*, p. 314.

antes de la revolución proletaria²⁷¹ resultó claramente errónea. Finalmente Engels elaboró de forma más general una teoría del «equilibrio de clases» en los regímenes bonapartistas o absolutos (sobre todo en *El origen de la familia*), basada en diversas formulaciones que Marx había extraído de la experiencia francesa. Éstas iban desde el agudo análisis de *El 18 Brumario* acerca del modo con que, con sus temores y sus divisiones internas, el «partido del orden» en 1849-1851 había destruido «con sus propias manos, en la lucha contra las demás clases de la sociedad, todas las condiciones de su propio régimen, del régimen parlamentario»,²⁷² hasta afirmaciones más simplistas, según las cuales el régimen se basaba en «el debilitamiento y la impotencia de las dos clases antagónicas de la sociedad».²⁷³ Por otra parte, Engels, más modesto en el terreno teórico pero también más empírico, elaboró la hipótesis de que el bonapartismo había sido aceptado por la burguesía porque ésta no quería, o «no tenía aptitudes» para dominar directamente.²⁷⁴ Hablando de Bismarck y bromeando sobre el bonapartismo como «religión de la burguesía», afirmó que esta clase podía permitir que una oligarquía aristocrática dirigiera el gobierno en su interés (como en Inglaterra), o, a falta de esa oligarquía, podía adoptar una «semidictadura bonapartista» como forma de gobierno «normal». Esta segunda indicación fue elaborada más tarde, a propósito de las peculiaridades de la coexistencia burguesa-aristocrática en Inglaterra,²⁷⁵ pero como una observación de importancia secundaria. Al mismo tiempo, después de 1870 Marx y Engels continuaron o volvieron a acentuar el carácter constitucional-parlamentario del régimen burgués típico.

²⁷¹ *Ibid.*, pp. 310-311; *La guerra civil en Francia* (segunda redacción), en Mew, vol. 17, pp. 336-338; *ibid.*, pp. 592-595.

²⁷² MARX, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* cit., p. 291.

²⁷³ A Lafargue, 12 de noviembre de 1866, en *Opere*, vol. 43, p. 583; pero véase también Mew, vol. 8, pp. 224-227.

²⁷⁴ A Marx, 13 de abril de 1866, en *Opere* cit., vol. 42, p. 226.

²⁷⁵ «Parece que sea una ley de la evolución histórica el que la burguesía no pueda conquistar el poder político (al menos por un periodo relativamente largo) en ningún país de Europa del modo exclusivo como lo hizo la aristocracia feudal en la Edad Media»: Introducción a la edición inglesa de ENGELS: *El desarrollo del socialismo de la utopía a la ciencia*, cit., p. 114 (Mew, vol. 22, p. 307).

Pero ¿qué había sido de la antigua perspectiva de la revolución burguesa, que debía haberse radicalizado hasta transformarse en la «revolución permanente» en aquellos estados en los que en 1848 había sido derrotada y se habían restaurado los antiguos regímenes? En cierto sentido, el mismo hecho de que se hubiese realizado una revolución demostraba que los problemas que ésta planteaba debían resolverse: «las tareas reales [o sea históricas] de la revolución, al revés de lo que ocurre con las tareas ilusorias, siempre se resuelven por parte de la revolución misma».²⁷⁶ En este caso habían sido resueltas por sus «albaceas, Bonaparte, Cavour y Bismarck». Pero, aunque Marx y Engels reconocieron que las cosas eran así, y admitieron sus aspectos positivos (aunque con sentimientos contradictorios), en el caso de la unificación «históricamente progresista» de Alemania por obra de Bismarck, no consiguieron captar todas las implicaciones del hecho. El apoyo a un paso «históricamente progresista» dado por una fuerza reaccionaria podía entrar en conflicto con el apoyo a aliados políticos de izquierda que se hubieran opuesto a aquél. Y así ocurrió, en efecto, en el caso de la guerra franco-prusiana, a la que Liebknecht y Bebel se opusieron desde posiciones anti-bismarckianas (apoyadas por gran parte de la ex-izquierda del cuarenta y ocho), mientras en privado Marx y Engels tendían a expresar un juicio relativamente favorable.²⁷⁷ Es arriesgado apoyar los «procesos históricamente progresistas» sin tener en cuenta quién los lleva a cabo, excepto si se hace *ex post facto* (la aversión y el desprecio de Marx por Napoleón III le salvaron de un dilema análogo en el caso de la unificación italiana).

De todos modos quedaba por valorar el muy serio problema de las innegables concesiones que la burguesía había recibido desde arriba (de Bismarck, por ejemplo), definidas incluso en algunos casos como «revoluciones desde arriba».²⁷⁸ Aunque las consideraba históricamente inevitables, Engels (Marx escribió poco sobre este tema) se resistía a abandonar la idea de que se trataba de conquistas precarias. O Bismarck

²⁷⁶ Engels a Kautsky, 7 de febrero, en Mew, vol. 35, página 269.

²⁷⁷ Engels a Marx, 15 de agosto de 1870; Marx a Engels, 17 de agosto de 1870 en K. MARX y F. ENGELS, *Carteggio, Roma* 1952, vol. 6, pp. 130-137 (Mew, vol. 33, pp. 39-44).

²⁷⁸ *Nachwort zu «Soziales aus Russland»*, en Mew, vol. 22, p. 433.

se veía obligado a moverse hacia una solución más favorable a la burguesía, o la burguesía alemana «se verá empujada una vez más a cumplir su deber político, oponiéndose al sistema actual, de modo que finalmente volverá a haber progreso».²⁷⁹ La historia le iba a dar la razón, ya que durante los setenta y cinco años siguientes el compromiso bismarckiano y el predominio de los junker se rompió, aunque no del modo previsto por Engels. A corto plazo (y en su teoría general del Estado) Marx y Engels no tuvieron suficientemente en cuenta que, para la mayor parte de las clases burguesas europeas, las soluciones de compromiso de 1849-1871 equivalían sustancialmente a otro 1848 y no a un mísero sustituto de éste. La burguesía no parecía aspirar a un poder mayor o a un Estado más íntegro y explícitamente burgués, ni parecía sentir la exigencia de éste, como admite el mismo Engels.

En tales circunstancias la lucha por la «democracia burguesa» continuó, pero sin el antiguo contenido de la revolución burguesa. Aunque en esta batalla, en cuya dirección se iba imponiendo progresivamente la clase obrera, se conquistaron derechos que facilitaron enormemente la movilización y la organización de los partidos obreros de masas, no había bases concretas para la tesis, sostenida por Engels en los últimos años de su vida, según la cual la república democrática, «la forma consecuente (*konsequente*) de dominio burgués» sería la forma bajo la cual el conflicto entre burguesía y proletariado se polarizaría y se acabaría resolviendo abiertamente.²⁸⁰ El carácter de la lucha de clases y de las relaciones entre burguesía y proletariado en el ámbito de la república democrática o de su equivalente seguían estando poco claros. En pocas palabras, hay que admitir que en los escritos de Marx y Engels no hubo un tratamiento sistemático del problema de la estructura y la función política del Estado burgués en un sistema capitalista desarrollado y estable que tuviese en

²⁷⁹ A Bebel 13-14 de septiembre de 1886, en Mew, vol. 36, p. 526. Sobre el problema cfr. la introducción de E. Wangermann a F. ENGELS, *The Role of Force in History*, Londres 1968.

²⁸⁰ Engels a Bernstein, 27 de agosto de 1883, 24 de marzo de 1884, en Mew, vol. 36, pp. 54-55, 128. Naturalmente, es posible que Engels sólo tuviera en cuenta una fase de la futura revolución, cfr. a Bebel, 11 de diciembre de 1884, en Mew, vol. 36, pp. 252-253.

cuenta la experiencia histórica posterior a 1849 en los países desarrollados. Lo cual no disminuye la inteligencia, y a menudo la profundidad, de sus intuiciones y observaciones.

5. Marco mundial y políticas nacionales

Considerar el análisis político de Marx y Engels al margen de su dimensión internacional equivaldría a representar *Otelo* sin hacer referencia a Venecia. Para ellos la revolución era fundamentalmente un fenómeno internacional y no una simple suma de transformaciones nacionales. Su estrategia fue esencialmente internacional. No es casual que el *Manifiesto inaugural* de Marx a la Primera Internacional terminara invitando a las clases obreras a penetrar en «los misterios de la política internacional» y a tomar parte activa en la misma.

Una política y una estrategia de alcance internacional eran indispensables no sólo porque existía un sistema internacional de Estados, del que dependían en parte las posibilidades de supervivencia de la revolución, sino, en general, porque el desarrollo del capitalismo mundial se realizaba necesariamente a través de la formación de unidades socio-políticas separadas, aspecto implícito en la utilización casi indiscriminada por parte de Marx de los términos «sociedad» y «nación».²⁸¹ El mundo creado por el capitalismo, aunque tendía a unificarse, seguía siendo «una universal dependencia de las naciones entre sí».²⁸² El desenlace de la revolución dependía cada vez en mayor medida del sistema de relaciones internacionales, ya que la historia, la geografía, la disparidad de fuerzas y el desarrollo desigual dejaban los progresos a merced de lo que sucediera en otras partes o les daba una resonancia internacional.

El hecho de que Marx y Engels creyeran en un desarrollo del capitalismo a través de una serie de unidades separadas («nacionales») no debe confundirse con lo que entonces era «el principio de nacionalidad» o con lo que actualmente se llama «nacionalismo». Si bien en un princi-

²⁸¹ Cfr. S. F. BLOOM, *The World of Nations*, Nueva York, 1941, pp. 17 Y ss.

²⁸² K. MARX y F. ENGELS, *Manifiesto del Partido Comunista*, OME, vol. 9, p. 140.

pio estuvieron vinculados a una izquierda republicano-demócrata de inspiración profundamente nacional, dado que ésta era la única izquierda real tanto a nivel nacional como internacional, antes y durante el 1848, Marx y Engels rechazaron las ideas de nacionalidad y de autodeterminación de las naciones como fines en sí mismos, del mismo modo que rechazaron la república democrática como fin en sí misma.²⁸³ Muchos de sus seguidores habrían sido mucho menos prudentes al trazar la línea divisoria entre proletarios socialistas y demócratas pequeño-burgueses (de tendencia nacional). Es bien sabido que Engels siempre conservó algo de los ideales nacionales alemanes de su juventud y de los consiguientes prejuicios nacionales, especialmente con relación a los eslavos²⁸⁴ (Marx estuvo menos influido por estos sentimientos). Sin embargo, su confianza en el carácter progresista de la unidad alemana o el apoyo dado a las victorias bélicas de Alemania no se basaban en el nacionalismo alemán, aunque sin duda, como alemanes, se alegraban de ello. Durante gran parte de su vida Marx y Engels consideraron a Francia, más que como una nueva patria, como el país decisivo para la revolución. Su actitud con respecto a Rusia, que durante mucho tiempo fue el objeto principal de sus ataques y de su desprecio, cambió en cuanto fue posible una revolución rusa.

Por ello se les puede criticar por haber subvalorado la fuerza política del nacionalismo de su siglo, y por no haber realizado un análisis adecuado de ese fenómeno, pero no se les puede acusar de incoherencia política o teórica. No estaban a favor de las naciones como tales, y aún menos de la autodeterminación de algunas o de todas las nacionalidades como tales. Como observó Engels con su realismo habitual, «no hay ningún país en Europa en el que no haya varias nacionalidades sometidas a un mismo gobierno... Y con toda probabilidad siempre será así».²⁸⁵ Precisamente porque examinaban atentamente la realidad, reconocían que la

²⁸³ Engels en «*Neue Rheinische Zeitung*»,. 31 de agosto de 1848, en *Opere cit.*, vol. 7, p. 375; cfr. también a Engels a Bernstein, 24 de marzo de 1884, en Mew, vol. 35, p. 128.

²⁸⁴ Cfr. R. ROSDOLSKY, *Friedrich Engels und das Problem der «Geschichtslosen Volker»*, procedente de «*Archiv für Sozialgeschichte*», 4, Hannover 1964.

²⁸⁵ *Was hat die Arbeitfrage mit Polen zu tun?*, 1866, en Mew, vol. 16, p. 157.

sociedad capitalista se había desarrollado a través de la subordinación de intereses locales y regionales a unidades más amplias, para acabar llegando probablemente, como esperaban desde que escribieron el *Manifiesto*, a una sociedad mundial propiamente dicha. Reconocían, y en perspectiva histórica aprobaban, la formación de un determinado número de «naciones», a través de las cuales podía realizarse este proceso y progreso histórico, y por este motivo rechazaban las propuestas federalistas tendentes a alterar «la unidad de las grandes naciones que, si bien originariamente se ha realizado por la fuerza política, se ha convertido actualmente en un potente factor de la producción social».²⁸⁶ Por razones análogas, reconocieron y aprobaron en sus comienzos la conquista de las regiones atrasadas de Asia y de América meridional por parte de las naciones burguesas progresivas. Admitían pues que muchas pequeñas naciones no tienen justificación válida para tener una existencia independiente, e incluso que muchas podían dejar de existir como nacionalidades; es evidente que no dejaron de encontrarse con algunos procesos contrarios que ya estaban en marcha en aquel tiempo, como el de los checos. Los sentimientos personales, como Engels explicaba a Bernstein,²⁸⁷ pasaban a segundo plano, aunque cuando éstos coincidían con un juicio político (como en el caso de Engels a propósito de los checos) daban paso a la expresión de prejuicios nacionales y (como sucedería más tarde) a lo que Lenin habría llamado «chovinismo de gran nación».

Por otra parte, también es cierto que Marx y Engels, como políticos revolucionarios, apoyaron la causa de naciones y nacionalidades, grandes y pequeñas, cuyos movimientos favorecían objetivamente la revolución, y se opusieron a la lucha de las que objetivamente estaban del lado de la reacción. Como principio adoptaron la misma posición con respecto a las políticas de los Estados. Por ello dejaron a sus sucesores como herencia el firme principio de que las naciones y los movimientos de liberación nacional no deben ser considerados como fines en sí mismos, sino únicamente en relación con el proceso, los intereses y las estrategias de la

²⁸⁶ MARX, *La guerra civil en Francia*, en Mew, vol. 17, p. 341.

²⁸⁷ Engels a Bernstein a propósito de los búlgaros, 27 de agosto, en Mew, vol. 35, pp. 280-282.

revolución mundial. En muchos aspectos Marx y Engels dejaron como herencia problemas, para no hablar de los numerosos juicios condenatorios, que tuvieron que ser interpretados y superados por los socialistas que intentaban construir un movimiento entre pueblos a los que los padres fundadores habían calificado de antihistóricos, atrasados o condenados a desaparecer. Aparte del principio fundamental, los marxistas tuvieron que construir posteriormente una teoría de la «cuestión nacional» a la que los clásicos habían contribuido escasamente. Hay que observar que esto fue debido no sólo a las condiciones históricas profundamente distintas de la época del imperialismo, sino también al hecho de que Marx y Engels no elaboraron un análisis del fenómeno nacional que no fuese extremadamente parcial.

Las tres fases principales de su estrategia revolucionaria internacional estuvieron determinadas por acontecimientos históricos: hasta 1848 incluido, de 1848 a 1871, y de 1871 a la muerte de Engels (1895). La fase decisiva de la futura revolución proletaria debía verificarse en los países que habían conocido la revolución burguesa y el desarrollo de un capitalismo avanzado, es decir, Francia, Inglaterra, los Estados alemanes y, presumiblemente, los Estados Unidos. Marx y Engels mostraron escaso y casual interés por los países menores y políticamente no «avanzados» de forma decisiva, mientras el desarrollo de movimientos socialistas no exigiera un comentario de la situación de los mismos. En los años cuarenta tenían razón en esperar la revolución en los países desarrollados, como así sucedió, aunque (como reconoció el mismo Marx²⁸⁸) estaba abocada al fracaso por la no participación de Inglaterra. Por otra parte, excepto en Inglaterra, no existía aún un auténtico proletariado ni un auténtico movimiento de clase proletario.

En la generación posterior a 1848 el rápido proceso de industrialización produjo tanto el crecimiento numérico de las clases obreras como el desarrollo de los movimientos proletarios, pero la perspectiva de una revolución social en la zona «avanzada» se hizo cada vez más improbable. El capitalismo era estable. En este período Marx y Engels sólo podían

²⁸⁸ En «*Neue Rheinische Zeitung*», 1 de febrero de 1849, en *Opere cit.*, vol. 8, pp. 211-213.

esperar que una combinación de las tensiones políticas internas con un conflicto internacional creara una situación en la que pudiera estallar la revolución, como así sucedió en Francia en 1870-1871. Sin embargo, en los últimos años de este período, que fueron una vez más de crisis mundial del capitalismo, la situación cambió. En primer lugar, los partidos obreros de masas (ampliamente influidos por el marxismo) transformaron las perspectivas de desarrollo interno en los países «avanzados». En segundo lugar, al margen de la sociedad capitalista evolucionada, en Rusia y en Irlanda, apareció un nuevo elemento de revolución social. Marx lo advirtió por primera vez, más o menos al mismo tiempo para los dos países, a finales de los años sesenta (la primera alusión específica a la posibilidad de una Revolución rusa es de 1870²⁸⁹). Si bien Irlanda perdió mucha de su importancia en los cálculos de Marx tras la derrota del movimiento por la independencia,²⁹⁰ Rusia asumió progresivamente mayor relieve: su revolución sería «la señal para una revolución obrera en Occidente, de modo que ambas se complementarían entre sí».²⁹¹ El significado principal de una Revolución rusa consistiría, naturalmente, en el cambio de la situación en los países desarrollados.

6. Guerra y revolución

Estos cambios producidos en las perspectivas revolucionarias determinaron una notable transformación en la actitud de Marx y Engels con respecto a la guerra. Por principio, eran tan poco pacifistas como, también por principio, demócratas, republicanos o nacionalistas. No podían creer (sabiendo que la guerra es, en definición de Clausewitz, la «continuación de la política por otros medios») en un origen meramente económico de un conflicto (al menos en lo que se refería a su tiempo).

²⁸⁹ Marx a Paul y Laura Lafargue, 5 de marzo de 1870, en *Opere cit.*, vol. 43, p. 711 (OME, vol. 58).

²⁹⁰ Engels a Bernstein, 26 de junio de 1882, en Mew, vol. 35, pp. 35, 337-339.

²⁹¹ Prólogo a la edición rusa del *Manifiesto del Partido comunista*, OME, vol. 9, p. 374.

Sus escritos no hacen la menor mención de este problema.²⁹² En las dos primeras fases esperaban que una guerra contribuyera directamente al progreso de su causa, y en sus planes las esperanzas en una guerra tenían una función importante y a veces decisiva. Desde finales de los años setenta en adelante (el giro se sitúa en torno a 1879-1880²⁹³) consideraron, por el contrario, que una guerra general era un obstáculo (a corto plazo) para el avance del movimiento. Es más: en los últimos años de su vida, Engels fue tomando conciencia del carácter terrorífico de una nueva guerra que probablemente sería (como así lo previó) mundial. Ésta tendría (afirmó Engels proféticamente) un solo resultado seguro: matanzas masivas en proporciones nunca vistas, el agotamiento de Europa hasta niveles desconocidos hasta entonces, y el hundimiento completo del antiguo sistema.²⁹⁴ Preveía que una guerra de este tipo terminaría con la victoria del partido proletario, pero, dado que la guerra «ya no es necesaria» para la revolución, esperaba, naturalmente, que se pudiera «evitar esta matanza».²⁹⁵

La guerra fue inicialmente parte integrante y necesaria de la estrategia revolucionaria, incluida la de Marx y Engels, por dos motivos principales. En primer lugar era necesaria para derrotar a Rusia, baluarte de la reacción europea, garante y restauradora del status quo conservador. En aquella fase Rusia era inmune a toda subversión interna, con la excepción de su flanco occidental, Polonia, cuyo movimiento revolucionario tuvo, durante mucho tiempo, una función destacada en la estrategia internacional de Marx y Engels. La revolución se habría perdido si no se hubiese transformado en una guerra de liberación europea contra Rusia, y, en cambio, la guerra habría podido extender el alcance de la revolución, desintegrando los Imperios de Europa oriental. 1848 la había lleva-

²⁹² Cfr. en E. H. CARR, *La revolución bolchevique*, Madrid 1972: *La posición marxista ante la guerra*.

²⁹³ Engels a Marx, 9 de septiembre de 1879, Marx a Danielson, 12 de septiembre de 1880, en Mew, vol. 34, pp. 105, 464; Engels a Bebel, 16 de diciembre de 1879, en Mew, vol. 34, p. 431; Engels a Bebel, 22 de diciembre de 1882, en Mew, vol. 35, p. 416.

²⁹⁴ Engels a Bebel, 13 de septiembre de 1886, en Mew, vol. 36, p. 525.

²⁹⁵ A Bebel, 17 de noviembre de 1885, en Mew, vol. 36, p. 391.

do a Varsovia, a Debrecen, a Bucarest, escribía Engels en 1851; la próxima revolución debe llegar a San Petersburgo y a Constantinopla.²⁹⁶ Esta guerra habría alcanzado inevitablemente a Inglaterra, gran adversaria de Rusia en Oriente, que debía oponerse al predominio ruso en Europa, y esto habría provocado como efecto suplementario de fundamental importancia el deterioro de la base del otro gran pilar del status quo, Inglaterra, cuyo sólido capitalismo dominaba el mercado mundial, y tal vez hubiera llevado incluso al poder a los cartistas.²⁹⁷ La derrota de Rusia era la condición internacional indispensable para el progreso. Es posible que la campaña, bastante obsesiva, promovida por Marx contra el ministro de Asuntos Exteriores inglés, Palmerston, estuviese provocada también por la decepción ante la negativa por parte de Inglaterra a correr el riesgo de que, con una guerra general, se alterara gravemente el equilibrio de poder en Europa. Desde luego, sin una revolución europea (y tal vez aunque ésta se hubiera producido) hubiera resultado imposible una gran guerra de Europa contra Rusia sin la participación de Inglaterra. En cambio, cuando se vio la posibilidad de una Revolución rusa, esta guerra no representó ya una condición indispensable para la revolución en los países avanzados, aunque el hecho de que la Revolución rusa no se hubiese realizado antes de su muerte movió a Engels en los últimos años de su vida a considerar de nuevo a Rusia como último baluarte de la reacción.

En segundo lugar, esta guerra era el único modo de unificar y radicalizar las revoluciones europeas, proceso que tenía un precedente en las guerras revolucionarias francesas de la última década del siglo XVIII. Una Francia revolucionaria, que recuperara las tradiciones interiores y exteriores del jacobinismo, sería la guía natural de esta alianza de guerra contra el zarismo, tanto porque había sido Francia la que había empezado la revolución europea, como porque tendría el más formidable ejército revolucionario. También esta esperanza se vio desmentida por los hechos en 1848, y aunque Francia continuó teniendo un papel central en los cálculos de Marx y Engels (de hecho ambos subvaloraron con una cierta

²⁹⁶ Citado en G. MAYER, *Friedrich Engels*, vol. 2, Den Haag 1934, p. 47.

²⁹⁷ MARX en «*Neue Rheinische Zeitung*», 1 de enero de 1849, en *Opere*, cit., vol. 8, p. 213.

contumacia la estabilidad y las realizaciones del Segundo Imperio y esperaron su caída inminente), a partir de los años sesenta Francia ya no podía desempeñar en la revolución europea la función decisiva que se le había atribuido anteriormente.

Así como en el período de 1848 la guerra había sido vista como la consecuencia y la *prolongación* lógica de la revolución europea, además de como condición necesaria para su victoria, en los veinte años siguientes fue vista como la principal esperanza de subvertir el status quo al desencadenar las tensiones internas de cada país. La esperanza de que esto se pudiese alcanzar gracias a una crisis económica desapareció a partir de 1857.²⁹⁸ A partir de esta fecha ni Marx ni Engels pusieron ya serias esperanzas a corto plazo en una crisis económica, ni tan sólo en 1891.²⁹⁹ Su cálculo resultó correcto: las guerras de este período tuvieron el efecto previsto, aunque no del modo esperado por Marx y Engels, ya que no produjeron revoluciones en ningún gran país europeo, excepto Francia, cuya posición internacional, como hemos visto, había cambiado. Como ya hemos insinuado, Marx y Engels se vieron, por tanto, obligados a asumir nuevas posiciones escogiendo entre las políticas internacionales de las potencias existentes, todas ellas burguesas o reaccionarias.

Naturalmente, se trataba de una posición que en gran medida era académica, ya que Marx y Engels no estaban en condiciones de influir en la política de Napoleón III, de Bismarck ni de ningún otro estadista, ni existían movimientos socialistas y obreros cuyas opiniones tuvieran que ser tenidas en cuenta por los gobiernos. Además, si bien en algunos casos la política «históricamente progresiva» era relativamente fácil de identificar (había que oponerse a Rusia, en la guerra civil americana había que apoyar al Norte contra el Sur) la complejidad de las relaciones europeas dejaba infinito espacio a la especulación y a los más estériles debates. No es totalmente cierto que la actitud de Marx y Engels ante la guerra italia-

²⁹⁸ Sobre las previsiones de una revolución inminente, cfr. Marx a Engels, 26 de septiembre de 1856; Engels a Marx «no antes del 27 de septiembre de 1856»; Engels a Marx, 15 de noviembre de 1857; Marx a Engels, 8 de diciembre de 1857, en *Opere*, cit., vol. 40.

²⁹⁹ Sobre el congreso de Bruselas y la situación en Europa, cfr. Mew, vol. 22, p. 243.

na de 1859 fuese más correcta que la de Lassalle,³⁰⁰ aunque desde el punto de vista práctico en aquel momento poco importaba la opinión de ninguna de las dos partes a las que nos hemos referido. Sólo cuando se hubieron construido partidos socialistas de masas que sintieron el deber de apoyar a un Estado burgués en conflicto con otro, las implicaciones políticas de estos debates adquirieron notable importancia. No hay duda de que uno de los motivos por los que Engels en sus últimos años (así como Marx en sus últimos años) abandonaron en parte la idea de que la guerra internacional podía desempeñar una función en la revolución, fue el descubrimiento de que aquélla provocaría un «recrudescimiento del chovinismo en todos los países»³⁰¹ que sería favorable a las clases dominantes y debilitaría los movimientos que estaban entonces en una fase de crecimiento.

El hecho de que en el período siguiente a 1848 las perspectivas revolucionarias fueran desfavorables era debido, sobre todo, a que Inglaterra era el principal baluarte de la estabilidad del capitalismo, como Rusia lo era de la reacción. «Rusia e Inglaterra son los dos grandes pilares del actual sistema europeo».³⁰² A largo plazo, los ingleses se incorporarían al movimiento cuando el monopolio mundial de su país entrara en decadencia, como empezó a ocurrir en los años ochenta, hecho que fue analizado y juzgado positivamente en varias ocasiones por Engels. Del mismo modo que la perspectiva de una Revolución rusa atentaba a uno de los dos pilares del sistema, el fin del monopolio mundial inglés atentaba al otro, aunque en los años noventa las expectativas de Engels con respecto al movimiento inglés eran aún bastante limitadas.³⁰³ A corto plazo, Marx esperaba que se «aceleraría la revolución social en Inglaterra». y creía que ésta era la tarea más importante de la Primera Internacional no del todo irrealizable: Inglaterra, de hecho (escribía en 1870) «es el *único país* en el que las condiciones materiales de tal revolución se han desarrollado

³⁰⁰ El debate está recogido en MAYER, *F. Engels* cit., vol. 2, pp. 81-93.

³⁰¹ Engels a Lafargue, 24 de marzo de 1889, en Mew, vol. 37, p. 171.

³⁰² Marx a Paul y Laura Lafargue, 5 de marzo de 1870, en *Opere*, cit., vol. 43, p. 711.

³⁰³ *Introducción a la edición inglesa de El desarrollo del socialismo de la utopía a la ciencia*, cit., p. 118 (Mew, vol. 22, pp. 310-311).

hasta un determinado nivel de madurez»,³⁰⁴ a través de Irlanda. Irlanda dividía a los obreros ingleses en base a diferencias raciales, les daba un interés común aparente para explotar a otro pueblo y proporcionaba la base económica a la oligarquía terrateniente inglesa, cuyo derrocamiento debía ser el primer paso del progreso en Inglaterra.³⁰⁵ La indicación de que un movimiento de liberación nacional en una colonia agraria podía convertirse en el elemento revolucionario determinante en un imperio evolucionado anticipaba los desarrollos del marxismo en la época de Lenin, y no es casual que en la mente de Marx esta idea estuviese asociada a otro nuevo descubrimiento, el del potencial revolucionario de la Rusia agraria.³⁰⁶

En la última fase de la estrategia de Marx, o más exactamente de Engels, la situación internacional fue radicalmente transformada por la larga depresión mundial del capitalismo, la decadencia del monopolio inglés, el continuo progreso industrial de Alemania y de los Estados Unidos y la probabilidad de una revolución rusa. Además, por primera vez desde 1815, se estaba incubando claramente una guerra mundial, observada y analizada con perspicacia profética y pericia militar por Engels. Sin embargo, la política internacional de las grandes potencias, como hemos visto, estaba asumiendo un papel mucho menor, o incluso más negativo, en los planes de Marx y de Engels. Se tomaba en consideración, sobre todo a la luz de las posibles repercusiones sobre la suerte de los partidos socialistas, cada vez más fuertes, y constituía más un obstáculo que una posible ayuda a su avance.

En cierto sentido, el interés de Engels por la política internacional se concentró cada vez más en el ámbito del movimiento obrero que, en los últimos años de su vida, asumió de nuevo la forma organizativa de una Internacional: la acción de cada movimiento podía reforzar, hacer progresar o perjudicar efectivamente la de los demás. Esto resulta evidente en sus escritos, aunque tal vez no sea muy procedente profundizar dema-

³⁰⁴ Marx a Meyer y Vogt, 9 de abril de 1870, en *Opere*, cit., vol. 43, p. 721.

³⁰⁵ Marx a Kugelmann, 29 de noviembre de 1869, en *Opere*, cit., vol. 43, p. 691 (Mew, vol. 16, pp. 386-389).

³⁰⁶ Marx a Paul y Laura Lafargue, en *Opere*, cit., vol. 43, p. 711.

siado en la comparación entre la situación de los años noventa y la de los años anteriores a 1848.³⁰⁷ Cada vez resultaba más evidente suponer que la suerte del socialismo se iba a decidir en Europa (a falta de un fuerte movimiento en los Estados Unidos) por obra de los movimientos existentes en los grandes países continentales, entre los que había que incluir a Rusia (a falta de un fuerte movimiento en Inglaterra). Aunque estaba dispuesto a acogerlos favorablemente, Engels no dedicó mucha atención a los movimientos de Escandinavia y los Países Bajos, prácticamente ninguna a los de los Balcanes, y en general consideraba a los movimientos de los países coloniales como un aspecto marginal e irrelevante de los procesos metropolitanos.³⁰⁸ Aparte de la reafirmación del principio de que «el proletariado victorioso no puede imponer ningún tipo de «felicidad» a un pueblo extranjero sin poner en peligro su misma victoria»,³⁰⁹ no se puede decir que dedicara mucha atención al problema de la liberación del mundo colonial. Sorprende la escasa atención de Engels a problemas que, en cuanto sus cenizas fueron esparcidas, se plantearon ante la izquierda internacional en forma del gran debate sobre el imperialismo. «Debemos trabajar (escribe a Bernstein en 1882) por la liberación del proletariado de Europa occidental, subordinando a éste cualquier otro objetivo».³¹⁰

En el ámbito de esta área, que constituía el centro del avance proletario, el movimiento internacional estaba representado por partidos nacionales, y así debía ser, a diferencia de lo que había ocurrido antes de 1848.³¹¹ Se planteaba, pues, el problema de su coordinación y de las decisiones que había que tomar con respecto a los conflictos que surgían con motivo de las aspiraciones o presunciones nacionales de los movimientos de algunos países. Algunos de estos problemas podían ser pospuestos

³⁰⁷ Por ejemplo, carta a Adler, 10 de octubre de 1893, en *Opere*, cit., vol. 50, pp. 183 y ss.

³⁰⁸ A Bernstein, 9 de agosto de 1882., a propósito de Egipto; a Kautsky, 12 de septiembre de 1882, en Mew, vol. 35, pp. 349, 357-358.

³⁰⁹ A Kautsky, 12 de septiembre de 1882 cit., p. 358 (en MARX, ENGELS. *Cartas sobre El Capital*, Barcelona, 1968, página 244).

³¹⁰ A Bernstein, 22-25 de febrero de 1882, en Mew, vol. 35, pp. 279-280.

³¹¹ A Kautsky, 7 de agosto de 1882, en Mew, vol. 35, pp. 269-270.

por razones tácticas a un futuro relativamente indefinido mediante fórmulas adecuadas, como por ejemplo la autodeterminación final,³¹² aunque los socialistas de Rusia y de Austria-Hungría advirtieron mejor que Engels la imposibilidad de aplicar soluciones de este tipo a otro orden de cuestiones. Poco más de un año después de la muerte de Engels, Kautsky admitía abiertamente que la «vieja posición de Marx» con respecto a los polacos, la cuestión oriental y los checos ya no podía defenderse.³¹³ Además, la disparidad de fuerzas y de importancia estratégica de los distintos movimientos planteaba dificultades menores, pero igualmente problemáticas. Así, los franceses habían asumido, por tradición, «la misión de liberadores del mundo», y por tanto el derecho a situarse en cabeza del movimiento internacional,³¹⁴ pero Francia ya no estaba en condiciones de sostener este papel, y el movimiento francés, dividido, confuso y con profundas infiltraciones del republicanismo radical pequeño-burgués y de otros elementos desviantes acabó decepcionando y no parecía nada dispuesto a seguir las directrices de Marx y Engels.³¹⁵ En un determinado momento Engels llegó a pensar que el movimiento austriaco podría sustituirlo al francés en el papel de «vanguardia».

En cambio, el crecimiento espectacular del movimiento alemán, para no hablar de sus estrechos ligámenes con Marx y Engels, lo convertía en la fuerza principal del avance socialista en el mundo.³¹⁶ Aunque Engels no creía en la subordinación de los demás movimientos a un partido guía, excepto en el momento de la acción inmediata ³¹⁷ era evidente que los intereses del socialismo mundial resultarían más favorecidos por los progresos del movimiento alemán. Esta idea no sólo fue defendida por

³¹² Por ejemplo, a propósito de Alsacia y de las regiones disputadas por Rusia y Polonia, carta a V. Zasulich, 3 de abril de 1890, en Mew, vol. 37, p. 374.

³¹³ G. HAUPT, M. LÖWY y C. WEILL, *Les marxistes et la question nationale*, París 1970, p. 21 (versión catalana, Barcelona 1979).

³¹⁴ A Kautsky, 7 de febrero de 1882, en Mew, vol. 35, p. 270.

³¹⁵ A Adler, 17 de julio de 1894, en *Opere*, cit., vol. 50, pp. 297 y ss. Sobre las escasas relaciones con los franceses, con la excepción de Lafargue, cfr. el libro de registro de la correspondencia en *Marx-Engels, Verzeichnis*, vol. 2, pp. 581- 684.

³¹⁶ A Adler, 11 de octubre de 1893, en *Opere*, cit., vol. 50, p. 150 (OME, vol. 67).

³¹⁷ A Kautsky, 7 de febrero de 1882, en Mew, vol. 35, p. 270.

los socialistas alemanes, sino que era una opinión que aún estaba presente en los primeros años de la Tercera Internacional. Por otra parte, la idea, también expresada por Engels a principios de los años noventa, de que en una guerra europea sería de desear la victoria de Alemania contra una alianza francorusa,³¹⁸ no era compartida en otros países, aunque la perspectiva de una revolución que surgiera de la derrota, sugerida a franceses y rusos, sería aceptada por Lenin. Es inútil intentar imaginar qué habría pensado Engels en 1914, si aún hubiese estado vivo, y no es lícito suponer que habría mantenido entonces las mismas opiniones que en los años noventa del siglo pasado. Además, probablemente los partidos socialistas habrían decidido igualmente apoyar a los respectivos gobiernos, aunque el partido alemán no hubiese tenido la posibilidad de recurrir a la autoridad de Engels. A pesar de esto, la herencia dejada a la Internacional en materia de relaciones internacionales (especialmente en lo que se refiere a la guerra y la paz) fue bastante ambigua.

7. Una tarea ambigua y compleja

¿Cómo hay que reasumir en general la herencia de ideas políticas dejada por Marx y Engels a sus sucesores? En primer lugar, ambos subrayaban la subordinación de la política a los procesos históricos. La victoria del socialismo era históricamente inevitable por el proceso explicado por Marx en el famoso pasaje sobre la tendencia histórica de la acumulación del capital, que culmina en la profecía sobre «la expropiación de los expropiadores».³¹⁹ La actividad política socialista no podía crear «la rebelión de la clase obrera, que ve aumentadas progresivamente sus filas y es disciplinada, unida y organizada por el mismo mecanismo del proceso de producción capitalista», pero debía basarse en ella. Las perspectivas de la actividad política socialista dependían fundamentalmente del grado de desarrollo alcanzado por el capitalismo, tanto a nivel mundial como en

³¹⁸ A Bebel, 29 de septiembre- 1 de octubre de 1891, en Mew, vol. 38, pp. 159-163 y cfr. Mew, vol. 22, p. 247.

³¹⁹ MARX, *El Capital*, cit., libro I, OME, vol. 41, p. 409.

cada país, y un análisis marxista de la situación vista desde este punto de vista constituía, por tanto, la base necesaria de la estrategia política socialista. La política hunde sus raíces en la historia, y el análisis marxiano demostraba que aquélla es impotente en la consecución de sus objetivos cuando no lo hace así, y, por el contrario, el movimiento obrero es invencible cuando cuenta con estas raíces.

En segundo lugar, la política era, a pesar de lo dicho, de importancia crucial en la medida en que la clase obrera, inevitablemente victoriosa, estaba organizada políticamente (o sea, como partido), y debía tender a la conquista del poder político, tras lo cual existiría un sistema de transición en el que la autoridad del Estado correspondería al proletariado. La acción política era, pues, esencial para la función histórica del proletariado. A través de la política (o sea dentro de los límites impuestos por la historia) llevaba a cabo sus elecciones, sus decisiones y su consciente acción organizada. Probablemente, en vida de Marx y Engels, y durante todo el período de la Segunda Internacional, el criterio fundamental por el que los «marxianos» se distinguían de la mayor parte de los demás socialistas, comunistas y anarquistas (con la excepción de los seguidores de la tradición jacobina), así como de los movimientos tradeunionistas o cooperativistas «puros», fue la confianza en el papel esencial de la política, antes, durante y después de la revolución. En lo que se refiere al período posrevolucionario, las implicaciones de esta actitud permanecían aún a un nivel muy abstracto. En cambio, en el período prerrevolucionario implicaba necesariamente, para cualquier tipo de actividad política bajo el capitalismo, la existencia de un partido proletario.

En tercer lugar, Marx y Engels consideraban la política esencialmente como lucha de clases en el seno de Estados que representaban a la clase o clases dominantes, con la excepción de determinadas coyunturas históricas particulares, como por ejemplo aquellas en las que se creaba un equilibrio de clases. Así como en filosofía defendieron los principios del materialismo contra toda forma de idealismo, también criticaron coherentemente la opinión según la cual el Estado estaba por encima de las clases, representaba los intereses comunes de toda la sociedad (al menos en sentido negativo, para evitar el hundimiento de la misma), o mantenía una posición neutral entre las clases. El Estado era un fenó-

meno histórico creado por la sociedad de clases, y mientras existiera como Estado representaba el dominio de una clase, aunque no necesariamente en la forma, simplificada con fines de propaganda, de un «consejo de administración de la clase dominante». Esto planteaba límites tanto al compromiso de los partidos proletarios con la vida política del Estado burgués, como a las concesiones que de ahí se podían desprender. El movimiento proletario actuaba, pues, dentro de los términos de la política burguesa, pero también fuera de ellos. Dado que el poder era definido como el contenido fundamental del Estado, es fácil suponer (aunque Marx y Engels no lo hicieron) que el poder es el único aspecto importante de la política y del debate sobre el Estado en todas las épocas.

En cuarto lugar, el Estado proletario de transición, independientemente de las funciones que conservara, debería eliminar la separación entre pueblo y gobierno, entendido como camarilla específica de gobernantes. Se podría decir que tenía que ser «democrático», si en el lenguaje corriente esta palabra no se identificara con un tipo institucional de gobierno específico basado en asambleas de representantes parlamentarios elegidos periódicamente, que Marx rechazaba. No obstante, en una acepción que no se identifique con instituciones específicas, y que contenga algunos elementos de Rousseau, se trata de una «democracia». Ésta fue la parte más problemática de la herencia dejada por Marx a sus sucesores, ya que (por motivos que desbordan nuestro análisis) todas las tentativas concretas de realizar el socialismo de acuerdo con las directrices marxianas se han encontrado hasta ahora con que refuerzan un aparato estatal autónomo (análogo al de los regímenes no socialistas), pero al mismo tiempo los marxistas se muestran reacios a abandonar la aspiración que con tanta decisión Marx había considerado un aspecto esencial del desarrollo de la nueva sociedad.

Finalmente, Marx y Engels dejaron a sus sucesores numerosos espacios vacíos o ambiguamente llenos en su pensamiento político, y en cierto sentido esto fue intencionado. Dado que las formas concretas de la estructura política y constitucional anterior a la revolución sólo les parecían dignas de consideración en la medida en que facilitarían u obstaculizarían el desarrollo del movimiento, les prestaron escasa atención sistemática, aunque comentaron algunos aspectos y muchas situaciones

concretas. Rechazaron todo tipo de conjetura pormenorizada sobre la futura sociedad socialista y sobre su constitución, e incluso sobre las peculiaridades del período de transición posrevolucionario, por lo que dejaron a sus sucesores poco más que algunos principios de carácter general. Análogamente, no dieron ninguna indicación concreta de uso práctico sobre problemas como el carácter de la socialización de la economía o las medidas necesarias para planificarla. Sobre algunos temas no hicieron ninguna sugerencia, ni tan sólo genérica, ambigua o superada, porque no sintieron nunca la necesidad de examinarlos.

Sin embargo, lo que hay que subrayar no es tanto lo que los marxistas posteriores pudieron o no pudieron deducir del patrimonio de los fundadores, o lo que tuvieron que elaborar por su cuenta, sino la extraordinaria originalidad de aquella herencia. Marx y Engels rechazaron constantemente, de un modo activo y polémico, el método tradicional de la izquierda revolucionaria de su tiempo, incluidos todos los socialistas anteriores,³²⁰ método que aún no había perdido todo atractivo. Rechazaron las simplistas dicotomías de quienes pretendían sustituir una sociedad mala por una sociedad buena, lo irracional por lo racional y lo negro por lo blanco. Rechazaban los modelos programáticos apriorísticos propuestos por las distintas corrientes de izquierda, sin olvidarse de observar que, mientras cada tendencia tenía un modelo propio, que a veces incluía las más sistematizadas elaboraciones utópicas, pocos de estos modelos concordaban entre sí. Rechazaban también la tendencia a inventar modelos operativos fijos, estableciendo por ejemplo la forma exacta del cambio revolucionario o declarando ilegítimas a todas las demás, rechazando la acción política o confiando exclusivamente en ella, etc. Rechazaron, en definitiva, toda forma de voluntarismo separado de la historia.

En lugar de todo esto, insertaron firmemente la acción del movimiento en el contexto del proceso histórico. Las características del futuro y las tareas de la acción sólo podían ser determinadas descubriendo el

³²⁰ Esto resulta particularmente evidente en el *AntiDühring* de Engels, especialmente en las partes publicadas separadamente con el título *El desarrollo del socialismo de la utopía a la ciencia*.

proceso de desarrollo social que había llevado a ellas, y este descubrimiento sólo sería posible en una fase determinada del proceso. Si bien esto limitaba la visión del futuro a unos pocos y aproximados principios estructurales, excluyendo toda previsión coyuntural, de ahí procedía la certidumbre de la inevitabilidad histórica de las esperanzas socialistas. En términos de acción política concreta, decidir qué era necesario y posible (a nivel mundial, y en regiones y países específicos) requería un análisis de los procesos históricos y, al mismo tiempo, de las situaciones concretas.

Así la decisión política se insertaba en una estructura de cambios históricos que no dependía de ninguna decisión política. Inevitablemente, esto hacía que las tareas políticas de los comunistas fueran más ambiguas y complejas. Eran ambiguas porque los principios generales del análisis marxiano eran demasiado genéricos para proporcionar indicaciones políticas precisas cuando se presentara la necesidad de las mismas. Esto es válido, sobre todo, en lo que se refiere a los problemas de la revolución y de la transición al socialismo. Generaciones enteras de analistas han examinado a fondo los textos en busca de una clara formulación de lo que debía ser la «dictadura del proletariado», y no la han encontrado porque Marx y Engels se preocuparon, sobre todo, de establecer la necesidad histórica de ese período. Eran complejas porque la posición de Marx y Engels con respecto a las formas de la acción y la organización políticas, a la inversa de lo que ocurre con su contenido, y con respecto a las instituciones formales en las que tendrían que actuar, estaba tan determinada por la situación concreta que no podía reducirse a un conjunto de reglas permanentes. En un momento dado, en cualquier país o región, el análisis político marxiano podía expresarse mediante una serie de recomendaciones políticas (como, por ejemplo, el *Mensaje del Comité central de la Liga de los comunistas* de 1850) pero por definición éstas no se podían aplicar a situaciones distintas de aquellas para las cuales habían sido elaboradas, como observó Engels en sus reflexiones de 1895 sobre *Las luchas de clases en Francia*, de Marx. Pero las situaciones posteriores a los tiempos de Marx eran inevitablemente distintas que las vividas por Marx, y en la medida en que se presentaba alguna analogía, podía caracterizarse sólo a través de un análisis histórico o bien de la

situación tratada por Marx o bien de aquella para la cual sus seguidores buscaban orientación. Por eso era prácticamente imposible extrapolar de los escritos clásicos algo parecido a un manual de instrucciones estratégicas y tácticas, e incluso era peligroso usarlos a título de precedentes, aunque demasiado a menudo se ha recurrido a ellos con este fin. De Marx se puede aprender el método de análisis y de acción, y no una serie de lecciones preparadas para su utilización a partir de los textos clásicos.

No hay duda de que es precisamente esto lo que Marx quiso enseñar a sus seguidores. Sin embargo, era inevitable que la traducción de las ideas marxianas en indicaciones inspiradoras de movimientos de masas, partidos y grupos políticos organizados se convirtiera en lo que E. Lederer definió como «la conocida exposición resumida y simplificada, que embrutece el pensamiento, en la que están y deben estar todas las grandes ideas con las que hay que movilizar a las masas».³²¹ Una guía para la acción está siempre sometida a la tentativa de convertirla en dogma. En ningún sector de la teoría marxiana esta actitud ha perjudicado tanto a la teoría y al movimiento como en el campo del pensamiento político de Marx y Engels. Sin embargo, el marxismo tal vez de un modo inevitable o tal vez no, se ha convertido en algo que procede de Marx y Engels, hasta el punto de que los textos de los fundadores han adquirido un valor clásico e incluso canónico, pero que no representa lo que Marx y Engels pensaron y escribieron, y sólo a veces el modo como actuaron.

³²¹ Citado en E. WEISSEL, *Die Ohnmacht des Sieges*, Viena 1976, p. 117.

GEORGES HAUPT

Marx y el marxismo

El súbito fallecimiento de G. Haupt nos ha privado de la posibilidad de disponer de la reelaboración de este ensayo, prevista expresamente para la Historia del marxismo. Lo reproducimos por tanto, en su primera versión, redactada para el volumen L'Internazionale socialista dalla Comune a Lenin, Turín 1978, añadiendo sólo algunas modificaciones halladas en la última redacción del manuscrito.

Los términos «marxista» y «marxismo» son universalmente conocidos, corrientemente empleados y usados tal vez sin demasiado discernimiento. Ha habido algunos marxólogos que han discutido la misma legitimidad de tales términos, y, por ejemplo, Maximilien Rubel los ha calificado de «abusivos e injustificables». En particular, Engels, «el fundador», ha sido acusado de haber «cometido el error imperdonable de dar su aprobación a este absceso», de haberlo «sancionado con su autoridad», porque, si hubiese puesto el veto, «este escándalo universal nunca se habría producido».³²²

La tesis, formulada de un modo tan tajante, me parece discutible, porque este modo de plantear el problema corre el riesgo de simplificar demasiado un asunto bastante complejo. Esto no significa que el punto de vista de Rubel tenga que ser menospreciado; al contrario, debe ser tenido muy en cuenta porque nos obliga a plantearnos interrogantes sobre algunos lugares comunes que nos resultan cómodos porque son engañosos, y sobre todo nos obliga a dedicarnos más a fondo al estudio de los mecanismos de formación y difusión de conceptos cuya adopción abusiva contamina nuestro vocabulario político.³²³ La historia de los términos «marxista» y «marxismo» puede resultar esclarecedora por otras razones, en particular porque ilustra el complejo proceso de la difusión y

³²² M. RUBEL, *La légende de Marx ou Engels fondateur*, en ID., *Marx critique du marxisme. Essais*, París 1974, pp. 20-21

³²³ Cfr. J. GABEL, *Idéologies*, París 1974, p. 43.

el enraizamiento de las ideologías en el movimiento obrero internacional y nos revela la naturaleza, las transformaciones y las metamorfosis sufridas por la teoría revolucionaria designada con un término bastante genérico. Me parece que el problema consiste, más que en preguntarse por la legitimidad o la fidelidad de una noción de este tipo con respecto al proyecto inicial de Marx, en el examen del modo en que se ha impuesto y de las razones de su consolidación y de su utilidad.

La confusión terminológica es contemporánea al nacimiento de los términos «marxista-marxismo», y ha continuado hasta hoy a través del uso y la interpretación que se ha hecho de ellos. Estos términos están vinculados a muchos significados distintos y a muchos prejuicios de partidarios y adversarios, y el contenido de la palabra «marxismo» resulta tan elíptico que es lícito preguntarse qué se ha querido decir con ella en las distintas fases de su historia.³²⁴ Además, la aparición, difusión y los cambios experimentados en el significado del término nos indican en cierto modo el sentido del proceso que ha llevado al ascenso y expansión a escala universal del marxismo.

1. *El marxismo: ¿una facción o una idea?*

Como ha sucedido a menudo en la historia de los grandes movimientos políticos e intelectuales, la denominación no nació de su interior, de las filas de sus partidarios, sino del exterior, de las filas de sus oponentes. Las distintas etapas de la cristalización del nuevo término están vinculadas a las etapas recorridas por el movimiento obrero. Hasta los años cuarenta del siglo pasado, y sobre todo en el proceso de disolución de la Liga de los comunistas a principios de los años cincuenta, los adversarios de Marx hablan de un «partido de Marx».³²⁵ Ya entre 1853 y 1854, en el transcurso de la polémica entre los seguidores de Weitling y Marx, aparece el calificativo de «marxiano» (*Marxianer*), que se refiere a

³²⁴ I. FETSCHER, *Karl Marx und der Marxismus. Von der Philosophie des Proletariats zur proletarischen Weltanschauung*, München 1967, pp. 61 y ss.

³²⁵ Cfr. RUBEL, *La charte de la Première Internationale*, en Marx cit., p. 26, nota 2.

Marx y «sus ciegos seguidores» que representan en Alemania la «kritische ökonomische Richtung».³²⁶

La palabra «marxiano» se difundirá una década después, contraponiéndola a «lassalliano».³²⁷ En la Primera Internacional, Bakunin y sus seguidores usarán, en su dura polémica contra Marx y el Consejo general, el atributo «marxeses»³²⁸ y la expresión entonces corriente de «marxianos» (sinónimo de «dinastía de los marxeses», «leyes de Marx», «comunismo autoritario») de modo que el nuevo término onomástico «marxistas» servirá más para acusar a Marx y a sus partidarios que para definir sus ideas. Por otra parte, al recurrir a estos epítetos onomásticos, Bakunin no hace más que pagar a Marx con su misma moneda, ya que en la pluma de éste abundan términos como «proudhoniano», «bakuniniano», usados para descalificar o ridiculizar a sus adversarios. Como observa Margarette Manale, «a primera vista el término "marxianos" se ha deslizado por la pluma de Bakunin por analogía verbal con el término "mazzinianos"», y Bakunin usa hábilmente estos epítetos polémicos para encerrar a Marx «en el sectarismo al que éste había empujado a sus propios adversarios y críticos». Por otra parte, «el uso de esta etiqueta terminológica, que conoce una serie de transformaciones»,³²⁹ desemboca en Bakunin y en los jurasianos en dos términos distintos: «marxianos», o «partido marxiano, el de la democracia llamada socialista», que sirve para designar a los partidarios, los «agentes» de Marx, y «marxistas», que sirve para definir su orientación y sus acciones.³³⁰ El término tiene

³²⁶ Cfr. *Republik der Arbeiter, Centralblatt der Propaganda für die Verbrüderung der Arbeiter*, en «New York», V, n.º 14, 1 de abril de 1854. Debo esta referencia a Gian Mario Bravo, a quien se la agradezco desde aquí.

³²⁷ Véase E. RAGIONERI, *Il marxismo e l'Internazionale. Studi di storia del marxismo*, Roma 1968, p. 17, nota 34, donde se dan algunas indicaciones esclarecedoras sobre el tema.

³²⁸ Pero no sólo los partidarios de Bakunin; en 1869 A. Herzen habla también de «marxeses». Cfr. A. I. HERZEN, *Sobranie socinenija*, vol. 30, Moscú 1966.

³²⁹ Cfr. M. MANALE, *Aux origines du concept de «marxisme»*, en «*Economie et sociétés. Cahiers de l'Isea*», serie S, octubre de 1974, n.º 17, p. 1424.

³³⁰ La observación de Rubel según la cual desde los años 40 «el uso de estas etiquetas correspondía a la necesidad de designar o denunciar a un grupo de individuos sometidos a la influencia de un «jefe», o una mentalidad colectiva ligada

siempre una fuerte resonancia polémica; así, Bakunin y sus seguidores hablan del Congreso «marxista» de La Haya, o de «falsificaciones marxistas» a propósito de las resoluciones del Congreso de La Haya, o de «inquisidores marxistas» para designar a la comisión de investigación nombrada en aquel Congreso. En suma, el uso de la etiqueta «marxista» sirve para acusar («los marxistas no persiguen la emancipación inmediata del proletariado»), y sólo después de un proceso lingüístico que está por aclarar, las distintas etiquetas acaban siendo englobadas en el vocablo infinitamente más cómodo, lingüísticamente plausible y actualmente sin connotaciones negativas de «marxista».³³¹

Inmediatamente después de la escisión producida en el Congreso de La Haya de la AIT, la etiqueta «marxista» empieza a difundirse. Pero su significado no es el mismo que le atribuye Bakunin. El término designa a la fracción que permanece fiel al Consejo general y se usa como contraposición a «aliancista» o «bakuninista». Pero sigue siendo aún uno de los numerosos apelativos del vasto arsenal de los internacionalistas. Así, en el *Mensaje del grupo revolucionario socialista* de Nueva York al Congreso internacional de Ginebra de 1873 se puede leer: «Queremos la unión aunque sea al precio de sacrificar algunas de nuestras ideas; sacrifiquemos también algunos individuos, y que londinenses y jurasianos, federalistas y centralistas, marxistas y aliancistas se den de nuevo la mano».³³² Es, principalmente, la prensa burguesa hostil a la AIT la que hace suyo el término.³³³ Se asiste a una «sistemática confusión terminológica», obser-

a las enseñanzas de este «jefe» (Marx cit., p.26), requiere, en mi opinión, una corrección cronológica: la actitud de quienes se reclaman de «las enseñanzas de un jefe» no empieza a cristalizar hasta el período de cambio que tiene lugar en los años 80.

³³¹ MANALE, *Aux origines du concept de «marxisme»* cit., p. 1424.

³³² *Le groupe révolutionnaire socialiste au Congrès international réuni à Genève le 1er septembre 1873, en La Première Internationale. Recueil de documents*, publié sous la direction de Jacques Freymond. Textes établis et annotés par Bert Andreas et Miklos Molnar (en adelante citado: *Première Internationale*), vol. 4, Ginebra 1971, p. 109.

³³³ Véase, por ejemplo, el informe del Congreso de Ginebra de la AIT de 1873 publicado en el «*Journal des débats politiques et littéraires de Paris*», en el que se resumen las discusiones de este modo: «Los anarquistas reprocharon a los auto-

va en septiembre de 1872 Johann Philipp Becker, próximo a las posiciones de Marx, hablando del «Journal de Geneve». La suya es una protesta característica de la reacción de los implicados directamente por los términos usados:

Llamando «marxistas» a los seguidores del socialismo internacional, que ha nacido libremente del suelo cultivado de la ciencia, la prensa burguesa, a no ser que actúe con ignorancia de los hechos, pone de manifiesto un enorme mal gusto que resulta aún más indignante por el hecho de que actúa así para oponerlos a la secta insensata de los «bakuninistas», que arrastran esta denominación llena de ironía y de escarnio como un bien merecido castigo.³³⁴

Por su parte, los «antiautoritarios», como el belga Verrycken, deploran el hecho de que «los diarios burgueses, aprovechándose del desgraciado incidente de La Haya, [hayan] hecho personalismo con cuestiones de principio».³³⁵ «Marxistas» y «bakuninistas» están de acuerdo al menos en que «la Internacional ha sido sacudida por dos corrientes de ideas, y no por la lucha entre dos jefes».

La utilización de los epítetos onomásticos y la personalización de las corrientes ideológicas, hieren la sensibilidad de los militantes obreros. Una parte de ellos se opone a esta práctica. Así sucede en el caso de los internacionalistas ginebrinos, como Henri Perret, corresponsal de Marx, que en un opúsculo publicado en vísperas del Congreso de Ginebra de la AIT de septiembre de 1873, sitúa la aparición de estos términos en 1869, en la polémica provocada por las maniobras escisionistas de la Alianza internacional de la democracia socialista en Ginebra: «Fue en aquella primera disputa cuando aparecieron las expresiones de marxistas y bakuninistas». Su rechazo de los términos onomásticos nos parece revela-

ritarios su comportamiento en el Congreso de la paz, y a esto los autoritarios replicaron recordando lo que había ocurrido en el Congreso de Basilea, en el que los bakuninistas realizaron por anticipado todo lo que Juego han reprochado a los marxistas» (*Première Internationale*, vol. 4, página 196).

³³⁴ J. P. BECKER, *À propos des Congres de Geneve*; estos artículos reproducidos ibid., pp. 242 y ss., aparecieron en el «Volksstaat» del 5 y 8 de octubre de 1873.

³³⁵ *Compte rendu du Congrès de Bruxelles, 1874 (Fédéraliste)*, en *Première Internationale*, vol. 4, p. 270.

dor: «Ya el hecho de agrupar las secciones en torno a nombres propios es deplorable, contrario a nuestros principios y a los intereses de la emancipación de los trabajadores. El amor propio, el orgullo, la ambición, todas las pasiones humanas inherentes a la personalidad humana sustituyen a los intereses generales de las masas. Se olvida la acción lenta, fría, continua, metódica, necesaria en defensa de estos intereses, y surgen las pasiones favorables o contrarias a tal o cual individualidad, a las que siempre es más fácil ensalzar o ultrajar que conseguir un progreso o eliminar un abuso».

El acento obrerista de esta argumentación queda explícito cuando Perret subraya: «Estas personalidades raramente son obreros; son burgueses desclasados, doctores, profesores, escritores, estudiantes, e incluso, a veces, capitalistas».

Y atacando a los dos campos enfrentados, a los que considera responsables de la crisis de la Internacional, concluye: «[Es necesario] no sólo cambiar a los hombres, sino también destruir la causa del mal. ¡Basta de marxistas y bakuninistas! [Es necesaria] la alianza sincera y real de los *trabajadores*».³³⁶

¿Hay que creer que el llamamiento fue seguido? El hecho es que en poco tiempo (entre 1874 y 1877) aquellos epítetos tienden a desaparecer del vocabulario socialista. Por ejemplo, los bakuninistas, que al principio aceptan sin mucho enojo el apelativo que se les ha adjudicado, lo rechazan en nombre de los mismos principios. Así, en 1876, en el Congreso de la AIT (federalista) de Berna, Errico Malatesta declara que, a pesar de la devoción y el respeto que les une a Bakunin, sus partidarios no son «bakuninistas», en primer lugar porque «no compartimos todas las ideas prácticas y teóricas de Bakunin», y sobre todo «porque nosotros seguimos a las ideas y no a los hombres; nos rebelamos ante la costumbre de encarnar un principio en un hombre, una costumbre digna de los partidos políticos, pero totalmente incompatible con las tendencias del socialismo moderno». Además, señala que «el mismo Bakunin ha protestado

³³⁶ *Brochure génevoise* (sin título), reproducida en *Première Internationale* cit., pp. 229-232.

siempre contra estos calificativos adjudicados a sus amigos». ³³⁷ En el mismo Congreso, el diputado socialdemócrata alemán Vahlteich, que asistía a título personal, desaprobaba «los ataques dirigidos desde Alemania contra tal o cual personalidad» socialista extranjera, y declaraba: «Entre nosotros no hay ni "marxistas" ni "dühringuanos", y los lassallianos de otros tiempos se han ido lealmente al movimiento general». ³³⁸

Es un lenguaje que se explica, sobre todo, por el espíritu de reconciliación que se creó a partir de los esfuerzos de los internacionalistas belgas para organizar, en 1877, en Gante, un Congreso general socialista; pero la iniciativa, que tendía a dar un paso adelante «en la vía de la reaproximación de las distintas fracciones hostiles», ³³⁹ acabó en fracaso. Desde entonces las hostilidades estaban condenadas a reaparecer, aunque en un contexto bastante cambiado. Los calificativos onomásticos reaparecen e incluso aumentan: paralelamente a «marxista», aparece ahora otro neologismo, «marxismo». Pronto constituirán un par de términos estrechamente ligados. ¿Quién fue el inventor de los mismos? Es difícil dar una respuesta. Puede asegurarse que en 1882 aparece ya en el título de un panfleto polémico, *Le marxisme dans l'Internationale*, de Paul Brousse, un ex antiautoritario, «anarquista extremista» en el Congreso de Gante, que se convirtió en el dirigente de los posibilistas de Francia. ³⁴⁰ En las páginas de quien había sido definido por Engels en 1881 como un buen muchacho -«Kreuzbraver Kerl»- «totalmente incapaz en el plano de la teoría y de la expresión escrita» y el «mayor confusionario que nunca he conocido», ³⁴¹ el término «marxista» no designa una teoría, sino la práctica y el objetivo de la socialdemocracia, de los partidos obreros que se sitúan en el terreno de la lucha de clases.

³³⁷ *Congrès de Berne, 1876* (Fédéraliste), en *Première Internationale* cit., p. 487.

³³⁸ *Ibid.*, p. 463.

³³⁹ *Ibid.*, pp. 483 y 500.

³⁴⁰ Rubel observa que éste es «el primer texto en cuyo título figura el término». Pero la hipótesis puede ser discutida, ya que «el término parece que ya había recibido su consagración casi oficial» (Marx cit., p. 27).

³⁴¹ Cf. E. BERNSTEIN, *Briefwechsel mit Friedrich Engels*, a cargo de H. Hirsch, Assen 1970, p. 49; F. ENGELS, *Briefwechsel mit Karl Kautsky*, a cargo de B. Kautsky, Viena 1955, p. 39.

«El marxismo no consiste en ser partidario de las ideas de Marx. (...) En este sentido, no pocos de sus actuales adversarios, y en particular el que escribe, serían marxistas», declara Brousse, que polemiza con el modo de actuar de una «facción marxista que existe en Europa», o sea, «los socialdemócratas de la escuela de Marx», que quieren imponer en Francia su concepción de partido. En suma, el término «marxismo», usado indistintamente con el adjetivo «marxista», no indica para Brousse una teoría, sino la tendencia de los presuntos partidarios «de las doctrinas alemanas de Marx», el «partido marxista», o sea, la socialdemocracia alemana y su «apéndice» en Francia, los guesdistas.³⁴²

El tono polémico de ambos términos, a pesar de la persistencia en su utilización polémica por parte de los anarquistas,³⁴³ empieza a atenuarse a partir de principios de los años 80. Su significado y su uso muestran pronto cambios notables. Así sucede, por ejemplo, en Rusia, donde estos términos siempre han tenido una connotación positiva, a partir de 1881.³⁴⁴ La explicación puede estar en el precoz interés por la obra de Marx en los ambientes populistas y la temprana acogida de que fue objeto de un modo particularmente intenso hasta penetrar a fondo en la ideología.³⁴⁵ Desde este punto de vista, nos parece significativa la carta del 7 de febrero de 1883 enviada por J. Stefanovich, uno de los teóricos del populismo, a Lev Deich, que había sido uno de los fundadores del primer grupo marxista en Rusia, el grupo Liberación del trabajo: «Hay algo que

³⁴² A este respecto son explícitas las cartas escritas por él en los años 1884-1888 a César de Paepe: cfr. Entre Marx et Bakounine: César De Paepe. *Correspondance*, présentée par B. Dandois, París 1974. Ataca en privado «las doctrinas alemanas de Marx», declara que el partido obrero en Francia no tiene derecho a profesarlas oficialmente, y acusa a Guesde y Lafargue de querer imponer un «socialismo de importación»: «no nos uniremos nunca a una nueva Internacional marxista» (p. 247).

³⁴³ En el vocabulario anarquista, el término conservará siempre su significado polémico inicial. Así, a propósito del Congreso internacional de Londres de 1896, en el que fueron expulsados de la Internacional, hablan exclusivamente de «maquinaciones y maniobras marxistas».

³⁴⁴ Cfr. la carta de Vera Zasulich a Marx de 16 de febrero de 1881.

³⁴⁵ Cfr. WALICKI, *The Controversy over Capitalism. Studies in Social Philosophy of the Russian Populist*, Oxford 1969, pp. 132 y ss

no entiendo: ¿por qué hay que contraponer el populismo al marxismo? Puede parecer que su principio fundamental no es idéntico al adoptado por la economía política contemporánea (para Kireievski y Dostoievski, en efecto, no era así). Pero nosotros nos referimos al populismo actual. El populismo consiste (me parece) en la aplicación de los principios marxistas a un caso particular, entendiendo por tal las características espirituales y físicas de un país determinado, el nivel y las características de su civilización y de su cultura, etc... Ser marxistas en la teoría, y no como miembros de un partido socialista militante en Occidente, no impide de hecho ser populistas, mientras que lo contrario, naturalmente, no es siempre cierto».³⁴⁶

A partir de los años 80 los términos «marxistas» y «marxismo» se incorporan al vocabulario socialista internacional en distintas acepciones. En primer lugar sirven como identificación y delimitación, y hay muchas razones que hacen cambiar rápidamente su uso. Hay que tener en cuenta, ante todo, las modificaciones que se están realizando en la terminología socialista, en particular en la autodesignación de las distintas corrientes, en su voluntad de distinguirse de las demás corrientes socialistas rivales. Recordemos a este respecto que en los tiempos de la Primera Internacional tres términos definen las tres tendencias principales, sus objetivos y sus métodos: el primero, el comunismo, se refiere a Marx (aunque también es reivindicado por los blanquistas); el segundo, el colectivismo, se refiere a Bakunin y a su tendencia, y por último el término socialismo se aplica a las tendencias moderadas, de características pequeño-burguesas. Sin embargo, estas tres denominaciones tienden a desaparecer o a modificarse a partir de la disolución de la AIT. El sustantivo socialdemócrata viene a sustituir al de comunista,³⁴⁷ e indica las

³⁴⁶ «Gruppa osvodozdenie truda», Moscú-Leningrado 1926, recopilación n.4, 196.

³⁴⁷ Una de las razones por las que el término «comunismo» fue rechazado por el de «socialdemocracia» puede residir en lo que César de Paepe dice en su informe al Congreso de Bruselas de la AIT de 1874: «La palabra comunismo ha tenido el singular destino de ser rechazada por los socialistas como una calumnia, ser vista por los economistas como la mayor de las utopías, y ser finalmente, en opinión de la burguesía, una teoría que consagra el robo y la promiscuidad per-

orientaciones y los partidos que se colocan en el terreno de la lucha de clases y de la lucha política. A pesar de las resistencias de Marx y Engels, hará fortuna.³⁴⁸ La etiqueta de «anarquía»³⁴⁹ será apropiada por una corriente vasta y heterogénea, opuesta globalmente a la lucha política como instrumento de acción socialista. Las tendencias moderadas, de carácter reformista, serán designadas preferentemente por sus adversarios como «posibilistas». En el léxico socialista de los años 80 el término «marxista» está vinculado al de socialdemócrata para marcar la diferencia con el de «posibilistas». Así, los dos congresos internacionales reunidos en París en julio de 1889 fueron diferenciados por los contemporáneos con los apelativos de «Congreso marxista» y «Congreso posibilista».³⁵⁰

manente y en definitiva la peor de las pestes» (*Compte rendu du Congrès de Bruxelles*, 1874, Fédéralise cit., p. 323). De Paepe, por su parte, protesta contra este rechazo del término, que en su opinión tiene un significado preciso y «representa una idea realmente científica».

³⁴⁸ Rappoport recordaba a menudo: «Engels me dijo personalmente (...) que Marx y él mismo aceptaron el término socialdemocracia a pesar suyo, como una especie de compromiso con la realidad; pero que la definición preferida de sus ideas fundamentales era comunismo».

³⁴⁹ Sobre el origen y la adaptación del término, cfr. J. MAITRON, *Le mouvement anarchiste en France*, París 1975, vol. I.

³⁵⁰ El término «posibilista» fue la réplica de los guesdistas al adjetivo «marxista», y se advierte su difusión durante la polémica desatada en vísperas del Congreso de Saint-Etienne de 1882, en el que tuvo lugar la ruptura entre las dos corrientes. Osip Zetkin da la siguiente explicación: «En 1881, tras el fracaso de la réplica de los guesdistas al adjetivo «marxista», y se advierte su difusión durante la polémica desatada en vísperas del Congreso de Saint-Etienne de 1882, en el que tuvo lugar la ruptura entre las dos corrientes. Osip Zetkin da la siguiente explicación: «En 1881, tras el fracaso de la elección de Jouffrin, brazo derecho de Brousse, Guesde y sus amigos pidieron al Consejo nacional de la Federación de los trabajadores socialistas que se votara una moción de censura por la falta de disciplina que Jouffrin había puesto de manifiesto a propósito del programa del partido durante las elecciones.» El Consejo, por 25 votos contra 5, rechaza la propuesta y aprueba la actitud de Jouffrin. Entonces el «Egalité» atacó al Consejo nacional por esta decisión, y el Consejo nacional replicó a través de su propio órgano, «Le prolétaire», tachando a los redactores de «Egalité» de «autoritarios» y «marxistas». «Egalité» respondió acuñando un nuevo apelativo: «posi-

Desde entonces se habla corrientemente en Francia del Parti ouvrier français como de la «fracción marxista del Partido socialista» o como del «Partido obrero marxista».³⁵¹ Por otra parte, los militantes guesdistas se autodesignan marxistas; así, Dormoy, al anunciar a Guesde en 1888 su intención de no presentarse como candidato a las elecciones parlamentarias, y de aspirar en cambio a un escaño en el Consejo municipal, explica su decisión en estos términos: «Hoy como ayer digo: no es Dormoy el que ha vuelto al Consejo municipal, sino todo el partido marxista».³⁵² Asimismo, el 8 de noviembre de aquel año, al referirse a los trabajos del III Congreso nacional de los sindicatos reunidos en Burdeos, escribe: «Los marxistas dominaban con una sólida mayoría, y aunque muchos no eran marxistas... todas nuestras resoluciones fueron adoptadas por unanimidad».³⁵³ Por su parte, Osip Zetkin, también guesdista, en una breve historia del movimiento socialista en Francia después de la Comuna de París, escrita en alemán en 1888 para los militantes del Partido socialdemócrata alemán, habla de los afiliados al partido francés como «marxistas», distinguiéndolos de los «blanquistas» de los «socialistas independientes».³⁵⁴

El uso de los términos «marxista» y «marxismo» se precisa en el seno de la socialdemocracia alemana. De usos peyorativos se convierten en indicaciones positivas y se incorporan con una nueva acepción al vocabulario político.

La evolución semántica producida en un lapso de tiempo relativamente breve debe ser examinada en relación con los fenómenos profundos de transformación del movimiento obrero en el período de transición de la Primera a la Segunda Internacional. La «gran depresión», abierta

bilistas». «Le Prolétaire» había escrito en la réplica polémica que era necesario «plantear de algún modo en lo inmediato algunas de nuestras reivindicaciones para hacerlas finalmente posibles». Cfr. O. ZETKIN, *Der Sozialismus in Frankreich seit der Pariser Kommune Bern* 1889, pp. 25-26.

³⁵¹ Carta de Fourniher a J. Guesde de 27 de marzo de 1893: Am IISG, Archives Guesde 224/6.

³⁵² Am IISG, Archives Guesde 180/3.

³⁵³ *Ibid.*, 172/3.

³⁵⁴ ZETKIN, *Der Sozialismus* cit., p. 37.

por la crisis de 1873 acelera un cambio de tendencia. La corriente abstencionista, mayoritaria tras el Congreso de La Haya de la AIT, pierde terreno rápidamente, mientras que la coalición «antiautoritaria» reunida en torno a la AIT federalista, se escinde en 1876. De este modo los partidarios de la lucha política alcanzan la mayoría en el seno del movimiento obrero, y siguiendo el ejemplo del SPD, la formación de partidos obreros independientes se acelera en una década, entre 1884 y 1892, y se constituyen los principales partidos socialistas europeos. En este proceso, el arsenal ideológico cambia sus funciones, y la formación de partidos obreros pone las premisas de la difusión y la recepción del marxismo, que ofrece las bases a sus ideologías oficiales, es decir, el principio de la lucha política, medio de acción y de autolegitimación, y el principio de la lucha de clases, elemento constitutivo de su identidad y de su conciencia colectiva.

Estas transformaciones provocan también cambios importantes en la sensibilidad de los militantes. Los términos onomásticos «marxista» y «marxismo» ya no hieren sus convicciones, sino al contrario, hallan favorable acogida hasta el punto de ser conscientemente asumidos con voluntad de diferenciación y demarcación, y con mayor intensidad por el hecho de que la difusión del marxismo y su capacidad de arraigo creciente en el movimiento obrero internacional, a partir de la fundación de la Segunda Internacional, le confieren un nuevo contenido.

2. La difusión de las ideas de Marx

¿Qué representaban los «marxianos» en la Primera Internacional? Hablar de los «marxistas» como de una corriente en el seno de la AIT corresponde más a las argumentaciones polémicas de Bakunin que a la realidad de los hechos. Paradójicamente, ha sido una historiografía que se declara marxista la que ha asumido posteriormente tales afirmaciones, dándoles un significado positivo, y ha construido, gracias a una extraña amalgama, un esquema lineal de difusión del marxismo. Es cierto que en torno a Marx se reunían, tanto en el Consejo general como en un determinado número de secciones, muchos militantes que constituían el

«partido de Marx»; pero, con pocas excepciones, ni tan sólo aquellos que se reclaman explícitamente de la «escuela de Marx» o los considerados «marxianos» comparten o conocen sus ideas.³⁵⁵ Sus partidarios más próximos, como W. Liebknecht, aceptan su guía y la plataforma política, pero no por ello son «marxistas».

En el Consejo general, observa Kautsky, da orientación particular de Marx estaba presente con gran moderación». Sólo gracias a su superioridad intelectual y a su «arte de manejar a los hombres», Marx consigue conducir a la AIT a sus líneas estratégicas.³⁵⁶ No hay que confundir la talla de Marx, que domina las instancias de la AIT, con la repercusión de sus ideas teóricas en el ámbito ideológico del movimiento obrero de su tiempo. La autoridad personal de Marx en los medios socialistas es enorme. Goza de una notoriedad extraordinaria no sólo en las cumbres de la Internacional, sino también entre los militantes. Sus dotes científicas, y sobre todo la calidad de su obra económica, son reconocidas incluso por sus más decididos adversarios. Bakunin llega a declarar que Marx es «el sostén más seguro, más influyente y más sabio del socialismo, uno de los más sólidos diques contra la penetración de las orientaciones y las aspiraciones burguesas de todo tipo».³⁵⁷ Y reconoce: «Marx es el primer científico economista y socialista de nuestro tiempo».³⁵⁸ También en la prensa alemana el autor de *El Capital* es definido como «el mayor economista viviente, el doctor Karl Marx, maestro de Lassalle».³⁵⁹

La publicación del primer volumen de *El Capital* en 1867 consolidó la fama de Marx y la extendió más allá de los medios socialistas. En primer lugar esto repercutió en su posición en el seno del movimiento obrero.

³⁵⁵ En una réplica a una carta de Lafargue, publicada en «Egalité» del 1 de junio de 1872, se puede leer: «¿Cuántos (...) miembros del Consejo general son marxistas sin haber abierto nunca el libro de Marx [*El Capital*]?» (*Première Internationale*, vol. 2: *Les conflits au sein de l'Internationale*, p. 315).

³⁵⁶ Cfr. sus memorias, *Aus der Frühzeit des Marxismus*, publicadas como introducción a ENGELS, *Briefwechsel mit K. Kautsky* cit., p. 26.

³⁵⁷ Carta a Herzen de 29 de octubre de 1869, en M. BAKUNIN, *Sozialpolitische Briefwechsel mit Alexander Herzen und Ogarev*, Stuttgart 1895, pp. 174-177.

³⁵⁸ Carta a Ludovico Nabuzzi de 23 de enero de 1872, en Archives Bakounine, vol. I, parte II: *Michel Bakounine et l'Italie*, Leiden 1966, pp. 199-207.

³⁵⁹ Mew, vol. 32.

Así, en 1868 en Hamburgo, en la asamblea general del Allgemeiner Deutscher Arbeiterverein, W. Bracke leyó un informe de orientaciones dedicado a la «obra de Karl Marx» y presentó una resolución, que fue adoptada sin debate, que decía: «Por su obra sobre el proceso de producción del capital, Karl Marx se ha hecho merecedor del agradecimiento eterno de la clase obrera.»³⁶⁰ Pero, por lo que se refiere a sus tesis, penetran muy lentamente en la realidad del movimiento obrero, y si *El Capital* es conocido es gracias a varios opúsculos de síntesis y divulgación que no siempre son obra de partidarios de Marx.

La difusión de las ideas de Marx se realiza, en los años 60 y 70 del siglo XIX, sobre todo a través de los documentos fundamentales de la AIT redactados por él, en primer lugar el *Manifiesto inaugural*, posteriormente las resoluciones de los Congresos, y finalmente los *Mensajes del Consejo general*, entre los cuales los más importantes y difundidos son los que tratan de la «guerra civil» en Francia. Esta «propaganda educativa», observa Mehring, expresa y resume el marxismo de la Primera Internacional.³⁶¹ Los documentos programáticos de la AIT son instrumentos eficaces de reclutamiento y de conversión de militantes aislados. Su influencia se ejerce en primer lugar en Alemania, en particular en el partido eisenachiano. Fue precisamente la lectura del *Manifiesto inaugural* lo que llevó a Bebel a adherirse a las ideas de Marx, y este *Manifiesto* siempre es invocado como ejemplo y como argumento esencial por los ponentes sobre el programa en la Conferencia de Nuremberg de septiembre de 1868, cuando el partido se adhiere a la AIT. Los internacionalistas alemanes explican la influencia y la fuerza de la AIT por el hecho de que dispone de un riguroso programa científico. Así, el obrero tipógrafo Hillman, eisenachiano, publica en el diario de la asociación de tipógrafos un largo artículo sobre la AIT, poniendo el acento en la función realizada por Marx, como autor del *Manifiesto*.

³⁶⁰ Citado por H.J. STEINBERG, *Sozialismus und deutsche Sozialdemokratie. Zur Ideologie der Partei*, Hannover 1967, p. 16.

³⁶¹ *Zum Gedächtnis der Internationale*, en F. MEHRING, *Gesammelte Schriften*, Berlín 1963, vol. 4, p. 360.

Un Manifiesto a las clases trabajadoras de Europa, redactado por Karl Marx, el conocido economista social, ha sido presentado a la Asociación; el *Manifiesto* competía con un proyecto estatutario mazziniano de carácter muy conspirativo que podía hacer abortar el nacimiento de una Asociación Internacional de los Trabajadores. Por lo tanto, fue rechazado, y en cambio fue aprobado el *Manifiesto* presentado por Marx, así como los Estatutos (definitivamente sancionados, posteriormente, por el Congreso de Ginebra de 1866). La iniciativa de fundar aquella sociedad fue, pues, obra de un alemán. Este Manifiesto es uno de los escritos más importantes salidos de la pluma de esta autoridad científica; contiene la más dura crítica que nunca haya sido lanzada contra una clase dominante en el curso de la historia universal.³⁶²

La Comuna de París tuvo notable importancia en la notoriedad europea alcanzada por Marx. La prensa lo señala como el jefe de la omnipotente Internacional, y a través de la identificación de la AIT con la insurrección parisina, el «partido de Marx» y Marx personalmente adquirieron una fama que contribuyó notablemente a suscitar interés por su obra en amplios sectores de la opinión pública. La reputación científica de Marx sirvió en gran medida a sus discípulos y epígonos en la lucha por hacer prevalecer su teoría en el movimiento obrero. Así, en la necrológica publicada por la *Neue Zeit*, se pone el acento en el hecho de que Marx, el fundador del socialismo científico, fue uno de los más eminentes sabios de su tiempo.

A través de la investigación sobre las leyes del movimiento histórico y económico, Marx se ha situado entre los principales pensadores y científicos. Nadie podrá o querrá discutirlo. [Su teoría] ha adquirido para la ciencia la misma importancia que la teoría darwiniana; del mismo modo que ésta domina en las ciencias naturales, aquélla domina en las ciencias económicas y sociales.³⁶³

³⁶² K. HILLMANN, *Die Internationale Arbeiterassoziation (1864-1871). Ihre Geschichte, Programm und Tätigkeit*, extraído del «Correspondent für Deutschland Buchdrucker und Schriftgiesser», 1871, p.1.

³⁶³ «*Neue Zeit*», I, 1883, p. 448.

En estas líneas se resumen los temas en los que se basará la difusión del «marxismo» a finales del siglo diecinueve.³⁶⁴

En el período de transición de la Primera a la Segunda Internacional, la teoría de Marx se convierte en un factor esencial en el panorama ideológico. Aumenta el interés por los escritos de Marx y Engels y se extiende su difusión. Todas las tendencias y todas las corrientes de pensamiento socialista se alinean a partir de entonces en relación con las posiciones teóricas de los fundadores del «socialismo científico». Las distintas escuelas existentes en el seno del movimiento socialista, con la excepción de los anarquistas, reconocen la importancia de la obra y se inclinan ante la autoridad indiscutida de Marx y Engels. El lenguaje socialista sufre una larga transformación hacia el vocabulario de Marx, mientras se multiplican las citas de sus escritos. Pero este proceso receptivo se inserta en una ideología socialista ecléctica dominante, que integra al mismo tiempo a Marx y a Lassalle, a Bakunin y a Proudhon, a Dühring y a Benoit Malon. Las líneas generales del socialismo «ecléctico» de los años 70-80 en Alemania son descritas por Kautsky del siguiente modo:

Los resultados de las investigaciones de Marx y Engels habían sido aceptados en general, pero su fundamento solía estar mal digerido y el número de marxistas consecuentes era escaso. El *Programa de Gotha*, la influencia de Dühring, el éxito de la *Quintaesencia del socialismo* del señor Schaffle en los medios del partido muestran hasta qué punto estaba difundido el eclecticismo.³⁶⁵

A partir de los primeros años 80 aparece una distinción entre la escuela marxista y el «socialismo ecléctico». El fenómeno tiene lugar en el seno de la socialdemocracia alemana. El impulso parte del mismo Engels,

³⁶⁴ Son sensiblemente distintos a los de los años 70; los partidarios de Marx como J.P.Becker escriben: «Raramente ha habido pensadores e investigadores independientes que hayan atacado a Marx, quien, por su parte, nunca ha pretendido haber inventado principios, sino únicamente haberlos descubierto, o sea haber probado científicamente la presencia de los mismos en el proceso de evolución socio-económica» (BECKERS, *A propos des Congres de Geneve* cit., p. 242).

³⁶⁵ K. KAUTSKY, *Darwinismus und Marxismus*, en «*Neue Zeit*», XIII, vol. 1, 1894-1895, p. 715.

con su polémica directa contra *Dühring*, cuya influencia sobre los socialistas alemanes era enorme. El *Anti-Dühring* supone en muchos aspectos un momento crucial en la formación del «marxismo» como sistema. Entre los numerosos testimonios, recordemos el de Kautsky: «La subversión que produjo en nuestras mentes *La subversión de Dühring*, de qué modo aprendimos a comprender completamente a Marx gracias a este texto, a verlo globalmente, de qué modo esto eliminó los residuos de socialismo utópico, de socialismo de cátedra, de los modos de pensar democrático-burgueses que aún arrastrábamos, sólo pueden entenderlo quienes vivieron aquel proceso».³⁶⁶

El núcleo marxista que se forma en la socialdemocracia alemana se convierte en una corriente bien delimitada que se apresta, a través de una constante lucha ideológica, a conquistar la hegemonía. El destino de los términos «marxista» y «marxismo», su presentación y difusión en una nueva configuración y con un nuevo contenido tuvieron lugar en el transcurso de una larga y dura batalla teórica y política, dirigida por un grupo que se definió desde el principio como «marxista consecuente» y se propuso hacer triunfar el «marxismo», elevándolo a doctrina oficial de la *Parteibewegung* (movimiento del partido). Este grupo contó con el apoyo teórico de Engels, cuya intervención en esta hegemonía creciente fue bastante notable, y con el apoyo político de los dos jefes indiscutidos del partido, Bebel y Liebknecht. Pero el bautizo de la escuela y de la doctrina se hicieron sin que Marx y Engels lo supieran y a pesar de ellos. No sólo no dieron el visto bueno a este neologismo, sino que reaccionaron con irritación y lo rechazaron. Marx prefería definir su teoría como «socialismo materialista crítico», Engels hablaba a su vez de «socialismo crítico y revolucionario» (para «distinguirlo de sus antecesores [...] precisamente por esta base materialista»), o bien lo llamaba «socialismo científico», un término usado en contraposición al «socialismo utópico».³⁶⁷ Sólo excepcionalmente y en un tono vagamente irónico Engels recurrió en los años 70-80 a las definiciones que ya por entonces eran corrientes en la pluma de sus adversarios. Así, en 1877, a propósito de la «Dühringma-

³⁶⁶ Ibid.

³⁶⁷ Mew, vol. 34, p. 403.

nía» difundida en el SPD, habla de las «afirmaciones de los marxianos y de los dühringuanos»; en noviembre de 1882, en una alusión irónica al panfleto de Paul Brousse, usa los términos «marxista» y «marxiano» entre comillas. En una carta de respuesta a Bernstein del 2-3 de noviembre de 1882, escribe: «En cuanto a su repetida afirmación acerca del infortunio del «marxismo» en Francia, probablemente no tiene más fuente que ésta, o sea «el Malon de segunda mano». En efecto, el supuesto «marxismo» es en Francia un producto muy particular, hasta el punto de que Marx ha podido decir a Lafargue: «Lo cierto es que yo no soy marxista» Pero el hecho de que en el pasado verano se vendieran 25.000 ejemplares del *Citoyen* y haya adquirido tal posición que hasta Lissagaray ha puesto en juego su reputación para alcanzarlo, contradice el famoso infortunio».³⁶⁸

Este sonsonete de Marx fue citado por Engels en varias ocasiones. Aunque ha sido citado con frecuencia, su sentido queda desnaturalizado si se saca del contexto³⁶⁹ Marx y Engels se rebelaban principalmente contra la utilización de un término que consideraban ridículo y caricaturesco. Son reacciones características de las personas que militan en el movimiento obrero de antes de los años 70, ya que la etiqueta onomástica se considera una «marca sectaria». Así, en 1873, J.P. Becker, al denunciar una práctica semejante por parte de la gran prensa hostil a la AIT, observa: «Incluso en el campo socialista hay miembros de una gran sociedad que, o bien por orgullo fanático e ignorancia, o bien por una astucia interesada, adoptan el nombre de lassallianos y se aplican a sí mismos esta marca sectaria. ¿Acaso no constituye esto la crítica más despiadada

³⁶⁸ BERNSTEIN, *Briefwechsel mit F. Engels*, cit., p. 154

³⁶⁹ Así la cita Kautsky, deformando el significado de la misma. Habla de Lafargue como si fuese el único, con Kautsky, en haberse «pronunciado tempranamente por la concepción materialista de la historia y en haberla utilizado en sus investigaciones», pero subraya la paradoja, que «tal vez desesperaba a Marx», y añade: «Precisamente a él se refiere el sonsonete de Marx, tan frecuentemente citado y la mayor parte de las veces deformado: «"Si el marxismo es esto, yo no soy marxista"» (ENGELS, *Briefwechsel mit K. Kautsky* cit., p. 90).

de la acción lassalliana, que ya está casi totalmente acorralada por los corsés de sus dogmas?».³⁷⁰

Marx reacciona del mismo modo y considera asimismo particularmente peligrosos estos términos que sólo pueden servir para aislarle como jefe de una secta y para reducir sus teorías a dogmas.

3. Kautsky y el marxismo como ciencia

En cambio, los discípulos más próximos a Marx y Engels no comparten, a principios de los años 80, esta repugnancia y consideran injustificables estos temores. Han captado los cambios que se han producido en la mentalidad colectiva y en la constelación ideológica socialista, que requieren una denominación clara de los grupos y de las tendencias. Los militantes ya no se niegan a recurrir al nombre de un hombre para identificarse, sino que por el contrario están orgullosos de una etiqueta que los vincula al gran pensador, cuya fama de científico, de «fundador» del socialismo científico ya se ha consolidado.

La paternidad de las nociones de «marxista» y de «marxismo» en el sentido asumido por nuestro vocabulario corresponde a Kautsky. Mientras que en la pluma de sus contemporáneos alemanes y en la de los colaboradores de Engels estas expresiones suelen ser aún fortuitas, Kautsky las usa a partir de 1882 de un modo consciente, sistemático, en un contexto bien definido y con un significado ideológico y político que no tiene nada que ver con el mimetismo o la contaminación del lenguaje.

El contexto es la publicación, a partir de 1883, de la revista teórica *Neue Zeit*, que Kautsky estaba preparando desde hacía un año y con la ayuda de Heinrich Braun: «En el momento de mayores dificultades, en el verano de 1882 [cuando las leyes de excepción antisocialistas], propuse impaciente al editor Dietz la fundación de una revista mensual. Me había liberado del socialismo ecléctico, que entonces alcanzaba gran difusión, una mezcla de elementos lassallianos, rodbertusianos, languianos, dühningianos con elementos marxianos, y me había convertido en un mar-

³⁷⁰ BECKER, *À propos des Congrès de Genève* cit., p. 242.

xista consecuente, unido a Bernstein, con quien colaboraba desde enero de 1880. Queríamos dedicar todos nuestros esfuerzos precisamente a la difusión de esta nueva toma de conciencia».³⁷¹

Kautsky subraya en varias ocasiones que la *Neue Zeit*, que se había convertido en semanario diez años después de su fundación, desde sus orígenes había sido «redactada como órgano marxista», y se planteaba la tarea de elevar el bajo nivel teórico de la socialdemocracia alemana, disgregando el socialismo ecléctico y haciendo triunfar el programa marxista.³⁷²

La ambición de Kautsky no se limitaba únicamente a Alemania. A los dos años de haber iniciado la publicación, escribía a Engels: «Quizá mis esfuerzos por convertir la *Neue Zeit* en el centro aglutinador de la escuela marxista se vean coronados por el éxito. Voy consiguiendo la colaboración de numerosas fuerzas marxistas al mismo tiempo que me desembarazo de eclécticos y rodbertusianos».³⁷³

O sea que, a partir de 1882, Kautsky y luego el pequeño grupo que le rodea usa corrientemente, en su correspondencia y en la revista, los nuevos términos. Con motivo de enviar a Leo Frankel el primer número de la revista, Kautsky le escribe, en abril de 1883: «Me interesa mucho su opinión sobre esta iniciativa. Está claro que es muy útil y oportuna, pero yo mismo me doy cuenta de lo mucho que todavía nos falta para realizar nuestro ideal. Sin embargo, me parece que la *Neue Zeit* no es peor que la *Zukunft* o la *Neue Gesellschaft*; es más variada y más atractiva, y espero que el marxismo, en sentido amplio (terreno en el que nos situamos todos, dentro de lo que resulta posible bajo un régimen de leyes de excepción) constituya siempre la línea directriz de pensamiento».

³⁷¹ K. KAUTSKY, *Zum 70. Geburtstag Heinrich Dietz*, en «*Neue Zeit*», XXXII, 1914, pp. 1-8.

³⁷² Estas afirmaciones son sometidas a un análisis crítico por Ragioneri (*Il marxismo en l'Internazionale* cit., pp. 57-58, 63 y 81), que expone las características, la orientación y los objetivos de la «*Neue Zeit*». La publicación de la «*Neue Zeit*» fue considerada por los contemporáneos como «un giro en la historia teórica de la socialdemocracia alemana».

³⁷³ Carta de Kautsky a Engels de 9 de enero de 1885, en ENGELS, *Briefwechsel mit K. Kautsky* cit., p. 163.

Y al exponer su posición sobre la cuestión judía, que preocupaba a Frankel, terminaba así su carta: «Pero ¿por qué decir todo esto a un veterano marxista?»³⁷⁴

Los términos «marxista» y «marxismo» tienen para Kautsky y el grupo que le rodea un valor programático y sirven como instrumento de lucha ideológica y política. Con energía y agresividad, a la ofensiva, Kautsky se dispone, encabezando el pequeño grupo de la *Neue Zeit*, a realizar la tarea fijada que consiste en llevar la escuela marxista a la victoria. El mismo que treinta años después declarará que es solamente un teórico y un mediocre político, demuestra entonces una gran habilidad táctica. Elige cuidadosamente su blanco y el terreno de lucha, y no dirige sus ataques contra los lassallianos, sino contra los partidarios de Rodbertus. Los primeros continúan ejerciendo una gran influencia en los medios obreros, y sus posiciones acerca de los problemas esenciales no se distinguen de las de los «marxistas». En cambio las teorías de Rodbertus seducen a los intelectuales, con los que Kautsky tiene una actitud más distanciada.³⁷⁵ Explica explícitamente su opción táctica a Engels: «Ahora está de moda en Alemania oponer Rodbertus a Marx; el socialismo ha vencido en el plano científico en Alemania, y para bloquear la victoria de Marx la canalla científica reaccionaria corre a parapetarse detrás de Rodbertus».³⁷⁶

Así, sus ataques se concentran en C. A. Schramm, que como economista y divulgador de las ideas de Marx y de Rodbertus, ha conquistado

³⁷⁴ Am IISG, Fondo Kautsky (en preparación Kautsky et les socialistes des Balkans. Correspondance).

³⁷⁵ En su correspondencia de los años 1883-1885 Kautsky identifica sistemáticamente a los adversarios de la escuela marxista con los intelectuales, tanto de dentro como de fuera de la socialdemocracia. Cfr. STEINBERG, *Sozialismus* cit. SS.

³⁷⁶ Carta del 14 de febrero de 1884, en ENGELS, *Briefwechsel mit K. Kautsky* cit., p. 98. Tres meses después vuelve a la carga escribiendo: «Entre nuestros intelectuales reina un auténtico odio contra Marx y el marxismo y se aferran ávidamente a cualquier socialista no marxista, de Louis Blanc a Rodbertus, para oponerlo a Marx» (p. 118).

una cierta fama de teórico en las filas de la socialdemocracia.³⁷⁷ Precisamente en una polémica con éste, los términos «marxista» y «marxismo» han sido públicamente impugnados en la *Neue Zeit* en 1883. La «escuela marxista» hace suyo el término y lo usa para definir su propio programa. Los términos expresan la idea de una polarización de dos corrientes, y definen la línea adoptada por Kautsky en su revista: «Hay dos escuelas socialistas que dominan principalmente los espíritus en la Alemania actual: la de Marx y la de Rodbertus» La primera recluta a sus partidarios entre los obreros y la segunda encuentra su expresión en el «socialismo de cátedra» («Akademischer Sozialismus»).

³⁷⁸ Como jefe de la escuela marxista (que es «una escuela más marxista que Marx», según Schramm), Kautsky gana fama, a partir de 1883, de «fanático defensor de la concepción materialista de la historia». Él mismo la reivindica cuando escribe en mayo de 1884 a Engels con evidente satisfacción a propósito de la *Neue Zeit*:

Para los señores antimarxistas alemanes, es desde hace tiempo una espina que tienen clavada, porque es el único órgano socialista en Alemania que se sitúa en el terreno del marxismo.

³⁷⁹ En el muy polémico clima intelectual en que vive, las apreciaciones de Kautsky sobre la situación son algo exageradas y expresan un cierto partidismo; sin embargo, es indudable que la actividad y la orientación de la *Neue Zeit* encontraban en el seno del SPD fuertes resistencias. Éstas son de distintas procedencias y tienden a evitar un ataque directo a Marx

³⁷⁷ Sobre esta polémica, cfr. STEINBERG *Sozialismus* cit. y RAGIONIERI, *Il marxismo en L'Internazionale* cit.

³⁷⁸ «Marx encuentra generalmente a sus seguidores entre las clases trabajadoras (...). Rodbertus, en cambio, se ha convertido en el guía adulado por el socialismo de cátedra» (K. KAUTSKY, *Das Kapital*, en «*Neue Zeit*», II, 1884, p. 337).

³⁷⁹ Son palabras de C. A. SCHRAMM, Kautsky und Rodbertus, en «*Neue Zeit*», II, 1884, pp. 484 y 488.

³⁸⁰ En octubre de 1884 escribe en los mismos términos a Bebel: «Quiero continuar la «*Neue Zeit*»; me mantengo en ella porque es el único órgano en Alemania que se sitúa plena y totalmente en terreno marxista» (A. BEBEL, *Briefwechsel mit K. Kautsky*, a cargo de K. Kautsky jr., Assen 1971, p. 21).

o una oposición a la difusión de sus doctrinas; atacan «el modo de actuar» de un grupo, de una camarilla, la sedicente «escuela marxista», a la que acusan de haber usurpado el nombre de Marx para alcanzar sus propios fines. Los argumentos de los rodbertusianos, de los lassallianos y sobre todo del ala moderada del partido, son parecidos a los de Brousse y los posibilistas franceses. Diferenciando entre la obra teórica de Marx y el «marxismo», en el que ven una ideología construida por veleidosos epígonos de aquél, señalan a Kautsky como el principal responsable, el pérfido inspirador, el inventor de un dogma que predica y eleva a evangelio, apropiándose de la autoridad de Marx en la tentativa de imponer al partido sus propias doctrinas como doctrina oficial. Auer habla sarcásticamente a sus corresponsales de los «misterios del marxismo puro administrado por Karl Kautsky y sus amigos»,³⁸¹ mientras Schramm ataca públicamente a los «falsos profetas», la pareja Kautsky-Bernstein, que desde hace años predicán en la socialdemocracia alemana «la infalibilidad del marxismo y declaran que el marxismo es el evangelio». E insiste: «Yo no conozco una religión de Marx, ni un programa de Marx al que yo u otros compañeros hayamos jurado fidelidad, sino que conozco únicamente un programa del partido. Kautsky predica una religión de Marx».³⁸² Esta imagen de la Iglesia y del Evangelio, así como la del sumo sacerdote, serán utilizadas en determinados medios del SPD para ridiculizar los dogmas y el dogmatismo de Kautsky, y en realidad para atacar a través de ellos al marxismo. Así, en plena crisis revisionista, Ignaz Auer declara en las sesiones de debate el SPD: «Yo no soy marxista, en el sentido en que este ha sido progresivamente desarrollado por los padres de la Iglesia del marxismo», o sea Kautsky y Bebel.³⁸³

Para Kautsky, en los primeros años de la *Neue Zeit*, uno de los mejores modos de responder a estos ataques y de demostrar su inconsistencia consiste en asegurar la colaboración de Engels en la revista, publicando escritos suyos o bien manuscritos inéditos de Marx. Así, la publicación en

³⁸¹ Citado por STEINBERG, *Sozialismus* cit., p. 39, nota 81. 61. *Ibid.*, p. 37.

³⁸² *Protokoll über die Verhandlungen des Parteitagés der SPD, abgehalten zu Hannover vom 9-14.10.1899*, Berlín 1899, p.208.

³⁸³ *Ibid.*, p. 37.

alemán de *Miseria de la filosofía* (editada originariamente en 1844 en francés) en plena polémica con los rodbertusianos, asume para Kautsky una importancia fundamental: «Será un buen bofetón para todos los adversarios del marxismo».³⁸⁴

Pero ¿qué contenido atribuye a este concepto la «escuela marxista» que se ha formado en tomo a la *Neue Zeit*? Kautsky no usa nunca este término de un modo casual, sino que le da una precisa acepción. «Marxista» se refiere a Marx y a sus escritos: «Pretender vulgarizar el modo de escribir marxista me parece insensato porque Marx ha escrito de un modo muy popular y comprensible»;³⁸⁵ define también una posición de principio: «Braun no es un socialista de cátedra, sino que se sitúa totalmente en un terreno marxista, en el terreno de la lucha de clases»;³⁸⁶ frases en las que «marxista» se refiere a un determinado contenido ideológico («la literatura marxista»), y por último el término se refiere a una tendencia, una escuela: «Braun es un miembro diligente y concienzudo de la escuela marxista».³⁸⁷ En lo que respecta a la elección del término «marxismo», su definición está estrechamente ligada a la interpretación que hace Kautsky de la teoría de Marx y a la sistematización que intenta hacer de la misma. En términos globales, la palabra es sinónimo de «sistema de Marx»; en particular, realiza una doble función. La primera consiste en designar el principio director: «el marxismo, la concepción de nuestro partido como organización del proletariado comprometido en la lucha de clases»;³⁸⁸ y la segunda sirve para definir la teoría de Marx como ciencia en general y como socialismo científico en particular. Kautsky lo precisa repetidamente. Así, en el décimo aniversario de la *Neue Zeit*, es-

³⁸⁴ ENGELS, *Briefwechsel mit K. Kautsky* cit., p. 108.

³⁸⁵ *Ibid.*, p. 92.

³⁸⁶ *Ibid.*, p. 60, carta de 6 de septiembre de 1882. Para el uso de este término es significativo lo que escribe a Bebel el 14 de febrero de 1885: «Debemos tratar los acontecimientos alemanes desde nuestro punto de vista, desde el punto de vista marxista y no desde el punto de vista del socialismo pequeño-burgués y filisteo» (BEBEL, *Briefwechsel mit K. Kautsky* cit., p. 27).

³⁸⁷ BEBEL, *Briefwechsel mit K. Kautsky* cit., p. 24, carta a Bebel de 8 de noviembre de 1884.

³⁸⁸ K. KAUTSKY, *Bernstein und das sozialdemokratische Programm*, Stuttgart 1899, p. 17.

cribe: «El término «científico» englobaría, sin duda, todos los aspectos del marxismo, pero al mismo tiempo diría algo más o podría entenderse como algo más ambicioso que el marxismo, que no pretende de hecho decir la última palabra en cuestiones de ciencia.» Y en la polémica con Bernstein, añade otra dimensión: «Es el método resultante de aplicar la concepción materialista de la historia a la política; gracias a él el socialismo se ha convertido en una ciencia (...). Lo esencial en el socialismo marxista es el método, no los resultados.»³⁸⁹

Esta insistencia en la definición del marxismo como ciencia nos da la clave para entender las razones por las que Kautsky se apropia del término y de la interpretación que da al «sistema de Marx». Hay que recordar a este respecto que en los años 80 Kautsky, que era un ferviente admirador, como toda su generación, de Darwin, parece inspirarse en el éxito, la resonancia y la fuerza de atracción del término «darwinismo». La voluntad de expresar simbólicamente una dimensión esencial de la obra de Marx guía su modo de proceder, y si darwinismo es sinónimo de ciencia de la naturaleza, marxismo lo es de ciencias sociales. Hay que advertir que en esto Kautsky no es realmente un innovador, ya que el paralelismo entre Darwin y Marx es constante en el discurso socialista de finales de siglo y corresponde a la sensibilidad y a la mentalidad colectivas de la época, saturadas de cientismo y dominadas por el materialismo monista y por las ideas de progreso y de evolución derivadas de las ciencias naturales.

Para Kautsky el carácter esencial del marxismo como ciencia es la concepción materialista de la historia. Ésta es la definición que da en 1883 en su polémica con Schramm, cuando declara que su adversario no puede entender a Marx «porque (...) el contenido histórico del marxismo le resulta totalmente extraño»; quien dice escuela marxista, «dice escuela histórica marxista. Si se puede hablar de los economistas de la escuela

³⁸⁹ Al explicar a Bebel, en su carta de 14 de febrero de 1885, las dificultades que encontraba la «*Neue Zeit*» y las tensiones con su editor, volvía a la misma idea: La «*Neue Zeit*» debe (...) ser un órgano resueltamente marxista, un órgano que se coloque en el terreno del Manifiesto comunista, en el terreno de la concepción de la historia desarrollada en este texto» (BEBEL, *Briefwechsel mit K. Kautsky* cit., p. 27).

marxista, se puede hablar también de sus historiadores (...). Marx ha introducido el materialismo, la economía, en la historia, pero ha introducido también la historia en la economía. Para él ambas constituyen una unidad indisoluble». ³⁹⁰ Ante la réplica de Schramm, que pone en duda la existencia de una escuela histórica marxista (afirmación que también Engels considera demasiado forzada), Kautsky precisa que se refiere a *El Capital*, «que es una de las más grandiosas obras de historia», y declara tajantemente:

Con Marx se abre una nueva época en la ciencia histórica. Y todos los miembros de la tendencia marxista deben ser historiadores como lo fue Marx. Quien no sea historiador, y quien considere la historia como algo ajeno será impermeable a la concepción marxista en su totalidad. ³⁹¹

El historicismo marxista de la Segunda Internacional es contemporáneo a la formación de la escuela marxista en torno a la *Neue Zeit*. La definición del marxismo dada por Kautsky en los años 80 fue conceptualizada por él mismo en 1908 en una fórmula que se hizo célebre: «En última instancia, el socialismo marxista no es más que la ciencia de la historia desde el punto de vista del proletariado». ³⁹² Veinte años después, con motivo del setenta cumpleaños de Kautsky, el marxista americano Louis Boudin sintetizó de este modo el resultado final de una evolución iniciada en los años 80: el marxismo, que «era la teoría generalmente

³⁹⁰ K. KAUTSKY, Eine Replik, en «*Neue Zeit*», II, 1884, p. 496.

³⁹¹ K. KAUTSKY, *Die historische Leistung von K. Marx*, Stuttgart 1908, p. 30. Enunciaba esta idea ya en 1886, cuando formulaba la tesis de que gracias a la concepción materialista de la historia «Marx ha realizado la unión del socialismo con el movimiento obrero, demostrando que el fin del socialismo (...) será natural y necesariamente alcanzado a través del desarrollo del modo de producción moderno y la lucha de clases, y sólo podrá ser entendido a través del estudio de este modo de producción, de su influencia y de su génesis (*Das Elend der Philosophie und das Kapital*, en «*Neue Zeit*», IV, 1886, p.15).

³⁹² L. B. BOUDIN, *Theorien der Revolution*, en «*Die Gesellschaft*», Karl Kautsky zum 70. Geburtstag. p. 38.

aceptada por el movimiento socialista», es «actualmente una teoría general de la historia y no una teoría particular de la revolución».³⁹³

4. La crisis revisionista y el nacimiento de los «marxismos»

En los años de la primera gran penetración del «marxismo» en el socialismo internacional en vísperas de la fundación de la Segunda Internacional, las definiciones inicialmente polémicas sufrieron, como se ha dicho, una transformación radical por la que asumieron un significado teórico y político y arraigaron de este modo en los usos socialistas. En los años 80 aquellos términos se imponen en la acepción kautskiana y alcanzan una resonancia internacional tan amplia que Engels -sin corroborar su utilización los acepta sin demasiada convicción. «Los anarquistas - escribe a Laura Lafargue el 11 de junio de 1889³⁹⁴ - «se morderán los puños por habernos atribuido tal calificativo» ¿Les da, pues, el visto bueno? Por otra parte, ¿acaso estaba en condiciones de oponerse a una práctica que ya no dependía sólo de su uso lingüístico sino que se había convertido en un auténtico hecho político? El modo en que son usados estos términos (sus corresponsales los utilizan sistemáticamente), el significado que asumen y los contenidos que incorporan, continúan provocando su irritación. Y, por ejemplo, A. M. Voden, que visitó a Engels en 1893, explicó más tarde en sus memorias que éste «hubiese preferido que los rusos -y todos los demás- dejaran de coleccionar citas de Marx y Engels y empezaran a pensar como habrían pensado Marx y Engels en su lugar. Si de algún modo una palabra como "marxista" podría tener derecho a existir, sería únicamente en este sentido».³⁹⁵

Sin embargo, aunque ya habían alcanzado amplia difusión y eran usados normalmente, estos apelativos no alcanzaron una consagración oficial hasta la crisis revisionista. Es cierto que en 1895 la enciclopedia

³⁹³ F. ENGELS, *Correspondance avec Paul et Laura Lafargue, textes recueillis, annotés et présentés par E. Bottigelli*, París 1956, vol. 2, p. 288.

³⁹⁴ H. M. ENZENSBERGER, *Conversaciones con Marx y Engels*, Barcelona 1974.

³⁹⁵ MANALE, *Aux origines du concept de «marxisme»* cit., pp. 1400-1401.

Meyer consagra el término «marxista» incluyéndolo en la nueva edición de aquel año con una llamada que remite a «socialdemocracia».³⁹⁶ Pero en la primera enciclopedia socialista, publicada en 1897 y redactada por dos miembros de la «escuela marxista», Stegmann y Hugo, la expresión «socialismo marxista» es la única que aparece. El término es usado preferentemente, en lo que se refiere a la socialdemocracia alemana, para indicar las etapas y los momentos más significativos del ascenso del marxismo.³⁹⁷ Los eisenachianos son definidos como «partidarios del socialismo marxista internacional»; Dühring es caracterizado por «su posición hostil hacia el socialismo marxista»; la *Neue Zeit* es llamada «desde el principio órgano del socialismo marxista»; y a propósito de la Internacional se afirma que «el Congreso de Bruselas (1891) fue un éxito completo del socialismo marxista, cuyos dirigentes dominaron los debates»; las resoluciones del Congreso han recogido «los dos puntos principales del programa marxista»: 1) el Congreso «se sitúa en el terreno de la lucha de clases»; 2) recomienda «conquistar a través de la lucha los derechos políticos que permitirán acceder al poder político».

El término «marxismo» es consagrado definitivamente por la crisis revisionista y es usado a partir de entonces en varios sentidos: «Al cambiar el siglo el término «marxismo» (...) sirve para designar el pensamiento y la obra de Marx, sin que ello comporte ningún problema en lo que se refiere a las ya numerosas controversias sobre el texto más importante del autor. El término «marxista», usado corrientemente como adjetivo o como nombre, designa tanto a una obra de Marx como a un seguidor de sus teorías o a un movimiento político que se reclame de las mismas».³⁹⁸

Esta observación sólo recoge parcialmente las múltiples interpretaciones que se dan del término y a las que éste se presta. Como observa Bernstein, durante el debate revisionista: «Con el término "marxismo" no se alude sólo a una teoría científica, sino también a una doctrina polí-

³⁹⁶ C. STEGMANN y C. HUGO, *Handbuch des Sozialismus*, Zurich 1897, pp. 166, 164, 640 y 387.

³⁹⁷ MANALE, *Aux origines du concept de «marxisme»* cit., p. 1401.

³⁹⁸ E. BERNSTEIN, *Prólogo a la edición francesa de Voraussetzungen des Sozialismus*, París 1902.

tica». Esto explica en parte el uso del término en el vocabulario político a partir de los primeros años del siglo, en un doble significado: el primero, restringido, llama marxismo a la teoría de Marx y al socialismo científico; el segundo, en una acepción bastante amplia, ya no se aplica sólo a la teoría de Marx, sino también a las aportaciones de sus sucesores. e incluye todo el arsenal ideológico de los partidos obreros. La extensión ilimitada del término asume, pues, en último análisis, la forma de una identificación del marxismo con la socialdemocracia, y en particular con el partido socialdemócrata alemán.

Por otra parte, la utilización de los términos «marxista » y «marxismo» es bastante desigual por parte de los distintos protagonistas e intérpretes de primera fila en los distintos países. Al igual que Kautsky, los marxistas rusos, y sobre todo Lenin, adoptan la práctica ya corriente en Rusia y los usan ampliamente a partir de los años 90: en la prensa legal se definen como «marxistas», se proponen desarrollar «el punto de vista marxista», toman posición en nombre del «marxismo» contra los populistas que intentaban apoderarse de Marx para utilizarlo contra la socialdemocracia. En cambio, Rosa Luxemburg, al empezar el siglo, es más precavida en su uso y prefiere recurrir a los términos «socialismo científico» y «socialdemocracia». Por otra parte, sería un error sacar conclusiones precipitadas sobre la frecuencia del uso de estos términos. Este tema no puede ser tratado con un método de cuantificación textual porque está en relación tanto con el contexto y las costumbres intelectuales y políticas, como con el estilo personal de los autores, su expresión individual y una determinada concepción de la actividad y de la expresión ideológica. Por ejemplo, en un país como Rusia, en el que el marxismo se inserta en una pluralidad de doctrinas y de tendencias socialistas, todas ellas influidas por la obra de Marx, su precoz influencia se explica por la voluntad de caracterizarse y de calificarse como corriente política y teórica distinta. Pero en cuanto se dibujan varias tendencias en el seno del campo «marxista», aparecen varios términos políticos (aparte de la definición de «marxistas legales») que ya no son onomásticos, como economismo, bolchevismo, menchevismo, liquidadores, etc.

En Alemania, donde se ha convertido en ideología oficial del SPD, el marxismo domina formalmente el campo teórico del movimiento del

partido, y las diferencias se indican a través de la denominación de las corrientes: revisionismo, ortodoxia, radicalismo de izquierda, etc. Es más: a partir del ejemplo del SPD se puede advertir una tendencia más general en el sentido de que, cuando el marxismo ha conquistado la hegemonía en el movimiento obrero internacional, las expresiones onomásticas tienden a ser sustituidas por epítetos genéricos para designar las corrientes divergentes en el seno de la Segunda Internacional.

Las razones del éxito de estos neologismos están en relación con su utilidad. Son instrumentos útiles en un proceso que supera las perspectivas de Marx y al mismo tiempo corresponde a los objetivos perseguidos por los marxistas con la creación de la Primera Internacional. A medida que se producen deslizamientos en su significado, la utilidad y las ventajas del uso de estos conceptos son rápidamente entendidos por quienes han sido designados de este modo por sus adversarios. Una vez apropiados y reivindicados por la «escuela marxista» y enarbolados como bandera, «marxista» y «marxismo» sirven como punto de referencia y como términos de identificación y demarcación. Pero ante todo indican una ideología universal y un saber totalizante, considerado al mismo tiempo como método, como concepción del mundo y como programa de acción.

Sus vicisitudes son de algún modo el reflejo de la ascensión del marxismo y luego de sus diferenciaciones internas. Los términos se incorporan al vocabulario más habitual y se imponen en los años del cambio de siglo. Su reconocimiento oficial corresponde a un momento histórico preciso, el de la separación y la ruptura definitiva entre socialdemocracia y anarquismo, la sistematización y la formación como corpus de la teoría de Marx, la delimitación de la escuela marxista con respecto a todas las demás corrientes socialistas, y la consolidación de su hegemonía política en la Segunda Internacional. La conquista por parte del marxismo de la socialdemocracia internacional en ascenso, en plena expansión, pero también en plena transformación, desemboca al mismo tiempo en la crisis provocada por Bernstein. Siguiendo el ejemplo de T. Masaryk, los contemporáneos hablaron de «crisis del marxismo» o de «crisis en el marxismo». La crisis revisionista tiene diversas consecuencias, y en particular asegura la estabilización del uso de los dos términos y una difusión y una publicidad inesperada de los mismos. Pero también pone de

manifiesto la ambigüedad de conceptos que engloban aspiraciones y orientaciones que a menudo son contradictorias. El «marxismo» se escinde en escuelas hostiles, y la terminología, por consiguiente, sufrirá varias modificaciones. La palabra «marxismo » irá acompañada de diversos calificativos que en conjunto constituirán toda una serie de etiquetas: habrá marxismo «verdadero» y «falso», «estricto» y «amplio», «ortodoxo» y «revolucionario», «dogmático» o «creador». Pero de este modo el término cambia fundamentalmente de significado y acaba designando orientaciones e interpretaciones contradictorias cuyo único denominador común es una profesión de fe o una simple referencia a Marx. A partir de entonces, más que hablar de marxismo en general habrá que usar el plural: marxismos.

GARETH STEDMAN JONES

Semblanza de Engels

Desde su muerte, acontecida en Londres en 1895, siempre ha sido particularmente difícil, tanto en el ámbito de la tradición marxista como fuera de ella, valorar de un modo justo e históricamente equilibrado la posición de Engels en la historia del marxismo. Engels fue al mismo tiempo el co-fundador reconocido del materialismo histórico, y el primero -y el más influyente- de los intérpretes y filósofos del marxismo. Sin embargo, a partir de la crisis de la Segunda Internacional, siempre ha sido considerado o bien como el fiel brazo derecho de Marx, o bien como el descarriado falsificador de la auténtica doctrina marxista. La persistencia de esta estéril alternativa no debe atribuirse a la falta de una profunda investigación sobre la cual poder basar un juicio menos esclerotizado; ya que Engels ha sido objeto de una de las mejores biografías eruditas del siglo XX, la de Gustav Mayer, que es el resultado de una investigación realizada durante más de treinta años y de un conocimiento de la historia obrera y socialista alemana en el siglo XIX que apenas tiene rival.³⁹⁹ Sin embargo, la obra de Mayer fue muy poco estudiada y permaneció prácticamente desconocida hasta su reedición hace unos diez años. Olvidada por los estudiosos comunistas, porque Mayer no era marxista, aunque se había propuesto simplemente una minuciosa reconstrucción analítica en la que aventuraba muy pocos juicios personales, este trabajo tuvo también mala suerte con las fechas de su publicación; el primer volumen apareció en 1918, cuando la atención de los socialistas alemanes estaba absorbida por el final de la guerra y las

³⁹⁹ G. MAYER, *Friedrich Engels, eine Biographie*, 2 vols., Den Haag 1932; reedición en Kéln 1969 (*Friedrich Engels: una biografía*, México-Madrid-Buenos Aires, 1979); entre otros estudios biográficos sobre Engels véanse A. CORNU, *Karl Marx et Friedrich Engels, leur vie et leur oeuvre*, 4 vols., París 1954 y ss.; H. ULLRICH, *Der junge Engels*, Berlín 1961; S. E. D., *Friedrich Engels, eine Biographie, Berlin* 1970; H. HIRSCH, *Engels*, Hamburgo 1968; H. PELGER (compilador), *Friedrich Engels 1820-1970: Referate, Diskussionen, Dokumente*, Hannover 1971; W. HENDERSON, *Frederick Engels*, 2 vols., Londres 1976.

vicisitudes derivadas de la misma; y el segundo volumen apareció a finales de 1932 y fue casi inmediatamente retirado por los nazis cuando alcanzaron el poder. Incluso en el mundo de lengua alemana el libro se convirtió casi inmediatamente en una rareza bibliográfica y nunca fue traducido, excepto en una versión bastante reducida. Todavía en el período pos-bélico era un libro que sólo era poseído por un número limitado de estudiosos especializados.

1. La suerte del «colaborador» de Marx.

Sin embargo, la unilateralidad de gran parte de los juicios modernos sobre Engels no se debió única ni principalmente a las desventuras de esta biografía de Mayer. De hecho, a partir del final de la Primera Guerra Mundial, e incluso antes, la valoración de la contribución personal de Engels al desarrollo del marxismo se convirtió en una cuestión política extraordinariamente debatida. Tras un período de prestigio indiscutido, desde la muerte de Marx hasta 1914, la reputación de Engels experimentó primero los ataques críticos de la izquierda revolucionaria a la Segunda Internacional, y posteriormente las críticas no comunistas o anticomunistas a la Tercera Internacional.

En el período revolucionario que siguió a la revolución rusa, Lukács y, en menor medida, Korsch introdujeron la primera brecha real entre las ideas de Marx y las de Engels.⁴⁰⁰ En una crítica deferente pero venenosa al *Anti-Dühring*, Lukács reprochó a Engels (desde un punto de vista radicalmente hegeliano) su búsqueda de una dialéctica uniforme que vinculase la historia humana a la historia natural, y en particular la distinción entre ciencia «metafísica» y ciencia «dialéctica», sosteniendo que de este modo se oscurecía la dialéctica auténticamente revolucionaria de Marx, que es la que se da entre sujeto y objeto en el ámbito de la historia del hombre. Esta crítica permanecía en un terreno puramente epistemológico. Desde el punto de vista de Lukács, el prestigio de que habían gozado

⁴⁰⁰ G. LUKÁCS, *Historia y conciencia de clase*, México 1969. KORSCH, *Marxismo y filosofía*, México 1971.

Darwin y la ciencia evolucionista en la Segunda Internacional estaba estrechamente ligado a una distinción adialéctica entre teoría y práctica, y de ahí se derivaban el inmovilismo y el reformismo de su política. Aunque la crítica de Lukács no tuvo un efecto inmediato (y él mismo se retractó más tarde de ella) se trataba de una prefiguración de lo que iban a ser otras críticas posteriores. El materialismo dialéctico (según el término adoptado por Plejanov para definir una filosofía marxista y una visión general del mundo) se construyó en gran parte sobre la base de los últimos escritos de Engels, y una vez que esta filosofía hubo recibido el imprimatur oficial de la Unión Soviética, se hizo muy difícil diferenciar una determinada toma de posición con respecto a Engels de una determinada toma de posición con respecto al comunismo del período estaliniano. Por un lado, la publicación en 1929 del manuscrito incompleto de Engels sobre la *Dialéctica de la naturaleza* se vinculó a la tentativa de Stalin de imponer la ortodoxia del materialismo dialéctico a los estudiosos de las ciencias naturales; por otro lado, los socialdemócratas Landshut y Meyer publicaron *Manuscritos económico-filosóficos de 1844* de Marx, inéditos hasta entonces, en una tentativa de contraponer un Marx de la ética humanista a la interpretación leninista del marxismo. La presunta divergencia entre la teoría de Marx y la de Engels, planteada por primera vez por Lukács, fue ulteriormente extendida, ya no para atacar a la socialdemocracia, sino para defenderla.

En el período posbélico, mientras los comentaristas de la guerra fría aparecían perfectamente dispuestos a meter en el mismo saco a Marx y a Engels, como arquitectos gemelos de un sistema acusado de determinismo y de totalitarismo, los portavoces oficiales de los partidos comunistas insistieron igualmente en la perfecta unidad de la obra de los dos hombres y consideraron sospechosa cualquier tentativa de distinguir la contribución individual de cada uno de ellos. Las interpretaciones alternativas de la herencia marxista fueron elaboradas en gran parte por aquellos que no se identificaban con ninguno de estos dos polos, es decir, por un conjunto muy diverso de teóricos comunistas disidentes, socialdemócratas de la Segunda Internacional, teólogos cristianos radicales y filósofos existencialistas o neohegelianos. Su esfuerzo por construir un Marx que desmintiese la versión autorizada, o, alternativamente, que se

emparentara con una tradición filosófica anterior, se hizo en general cargando sobre las espaldas de Engels todos los componentes indeseables del marxismo soviético, del que tan ansiosamente querían distanciarse.

La unilateralidad y las distorsiones que caracterizan el modo de juzgar a Engels no son, en realidad, más que un signo de la inmensa y duradera influencia que éste ejerció en la definición del socialismo marxista en el momento en que el movimiento socialista europeo empezó a adoptarlo en términos rigurosos. Esto no sucedió en una medida digna de ser señalada ni en los años 40 ni en los años 60, sino a partir de 1880, y la inmensa tarea y responsabilidad que comportaba recayó en la práctica únicamente en las espaldas de Engels. Ya en los últimos años de la Primera Internacional el peso principal de la batalla contra el proudhonismo y el bakuninismo había recaído en Engels, y en los últimos diez años de su vida Marx produjo muy pocos materiales con proyección inmediata sobre el público. Sus respuestas a los revolucionarios rusos sobre la adecuación de *El Capital* al carácter de una futura revolución en Rusia fueron vacilantes e insuficientemente definidas como para que los socialdemócratas rusos pudieran usarlas en la lucha contra los *narodniki*, por lo que permanecieron inéditas hasta 1920.⁴⁰¹ También su *Crítica del programa de Gotha* fue una contribución involuntaria a la unificación de la socialdemocracia alemana entre el ala eisenachiana y el ala lassalliana en 1875. Ni tan sólo los miembros de la dirección socialdemócrata que se declaraban amigos y seguidores de Marx la tuvieron demasiado en cuenta, y Engels no la hizo pública hasta quince años después, durante el debate sobre el nuevo programa (de Erfurt) del partido. La última tentativa realizada conjuntamente por Marx y Engels con respecto al Partido socialdemócrata alemán en 1879 (una dura crítica a la tolerancia mostrada por la dirección hacia el artículo de Hochberg, Bernstein y Schramm, aparecido en la revista de Zürich *Jahrbücher für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, acusado de querer edulcorar el carácter proletario del SPD) terminó de un modo igualmente amargo para su amor propio; la amenaza de separarse

⁴⁰¹ V. D. RIAZANOV, Briefwechsel zwischen Vera Zasulich und Marx en «Marx-Engels Archiv», Frankfurt am Main, 1928, vol. I. pp. 309-345.

públicamente del partido provocó escasas reacciones, y a partir de entonces quedó claro que cualquier tentativa de intervención política directa y abierta estaba derrotada de entrada, y que los emigrados londinenses tenían que aceptar el honroso pero lejano papel de fundadores teóricos, ya que de otro modo se arriesgaban a mostrar públicamente su impotencia política.

Pero del mismo modo que el final de los años 70 suponía el punto más bajo de la influencia personal de Marx y Engels en la política del partido en Alemania, era también el momento efectivo de origen del marxismo de la Segunda Internacional. La difusión a escala mundial del marxismo en calidad de socialismo sistemático y científico no se inició de hecho ni con el *Manifiesto del Partido Comunista* ni con *El Capital*, sino con la publicación del *Anti-Dühring* de Engels.

Si tengo que juzgar la influencia que el *AntiDühring* ha ejercido sobre mí (escribe Kautsky) debo decir que ningún otro libro ha contribuido tanto a la comprensión del marxismo. *El Capital* de Marx es desde luego una obra más importante, pero sólo a través del *Anti-Dühring* conseguimos entender *El Capital* y leerlo correctamente.⁴⁰²

Con este libro se formaron los más autorizados exponentes de la Segunda Internacional: Bebel, Bernstein, Kautsky, Plejanov, Axelrod y Labriola. Pero su influencia no se limitó a los dirigentes y teóricos de partido, de modo que *El desarrollo del socialismo de la utopía a la ciencia*, que es un extracto en el que fueron suprimidas las referencias a Dühring, publicado en 1882, se convirtió con el *Manifiesto* en la más popular introducción al marxismo. No sólo tuvo amplia difusión en los partidos socialdemócratas del mundo de lengua alemana, sino que preparó el camino para la comprensión del marxismo en regiones tradicionalmente refractarias a las posiciones de Marx y Engels, y en particular en Francia. El cambio de ambiente de los últimos años 80 con respecto a la década anterior queda patente en el *Ludwig Feuerbach* de Engels, de 1888. En un

⁴⁰² Friedrich Engels' *Briefwechsel mit K. Kautsky*, Viena, 1955, pp. 4, 77.

principio el *Anti-Dühring* había sido una dura intervención local en el confuso socialismo de la joven socialdemocracia alemana: «Pasé un año antes de que me decidiera, descuidando otros trabajos, a hincar el diente en esa amarga manzana»,⁴⁰³ escribía Engels a propósito de su polémica que el *Vorwärts* publicó por entregas entre 1877 y 1878. (En efecto, Liebknecht le incitaba a combatir la influencia de Dühring desde 1874.) El *Feuerbach*, en cambio, fue escrito con un espíritu muy distinto: «La concepción del mundo de Marx ha encontrado adeptos mucho más allá de las fronteras de Alemania y de Europa y en todos los idiomas cultos del mundo», escribía Engels en el prólogo.⁴⁰⁴ Las concepciones populares del marxismo ortodoxo se remiten aún hoy a la tarea de sistematización y divulgación realizada por Engels en aquella década crucial.

Este es el dato predominante en todas las valoraciones ulteriores de la obra de Engels. Engels, como profeta del materialismo dialéctico, ha superado completamente a la figura del co-fundador y elaborador del materialismo histórico. Se prestó escasa atención a su vida y a su obra juvenil, y las críticas o los elogios se dirigían en una proporción aplastante a sus obras posteriores. Los creadores de la tradición marxista ortodoxa, especialmente cuando se ha filtrado a través de la perspectiva bolchevique, han atribuido la misma autoridad al materialismo histórico que a las generalizaciones de Engels sobre la dialéctica, como si ambos formaran parte de un mismo conjunto indivisible. En cambio, desde el punto de vista de sus críticos occidentales, Engels ha sido vinculado superficialmente al positivismo y al evolucionismo, como si las divergencias entre sus puntos de vista y los de Kautsky y Plejanov sólo fueran de grado, y como si las tomas de posición de Marx hubieran sido radicalmente distintas de las suyas. A la luz de los desarrollos posteriores del marxismo, el hecho de que el debate se centrara en el materialismo dialéctico y en las insuficiencias de la Segunda Internacional no resulta sorprendente en absoluto. Pero esto ha comportado un notable desequilibrio en el tratamiento histórico de la figura de Engels. Así,

⁴⁰³ F. ENGELS, *Anti-Dühring*, en OME, vol. 35, p. 3.

⁴⁰⁴ ENGELS, *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, en *Obras escogidas*, vol. 3, p. 354.

mientras desde el punto de vista de los ortodoxos la individualidad de Engels como pensador desaparece casi totalmente, según la opinión convencional de Occidente sus credenciales de marxista son seriamente discutidas.

Al nivel de los simples hechos históricos, esta segunda opinión es más fácil de refutar que la primera. Es un grosero error de interpretación histórica no hacer ninguna distinción entre los elementos constitutivos de la perspectiva de Engels y el modo como fue leído por una generación de intelectuales, formados en Buckle y Comte. Para decirlo con una nueva cita de Kautsky, Marx y Engels «partieron de Hegel, mientras que yo partí de Darwin». ⁴⁰⁵ Es extremadamente improbable que Engels concibiera su *Dialéctica de la naturaleza* como una teoría genética omnicomprendensiva del desarrollo, cuya parte socio-histórica sería *El Capital*; más bien intentaba redefinir el materialismo en términos que tuviesen en cuenta los desarrollos científicos del siglo XIX. Para combatir el materialismo vulgar, basado en la fisiología, de Vogt y de Büchner, muy popular en las *Arbeiterbildungsvereine* de los años 50, dominadas por los liberales, Engels empezó a sentir un cierto interés por los desarrollos de las ciencias naturales. Tras la publicación de *El origen de las especies*, ya no tuvo dudas sobre el hecho de que la concepción histórica materialista de un modo de producción distinguía claramente la historia del hombre de la lucha darwiniana por la existencia, y comentaba amargamente el hecho de que la burguesía hubiera proyectado primero su teoría social (de Hobbes a Malthus) en el mundo de la naturaleza, para reasumirla luego, a través de las investigaciones de Darwin, como una descripción adecuada de la sociedad humana. Ante el subrayado tardío-positivista-evolucionista de las leyes naturales de desarrollo, concebidas en términos de una simple causalidad transitiva que actuaba según una directriz unilineal desde lo natural, a través de lo económico-tecnológico, hasta lo político y lo ideológico, Engels -basándose en el materialismo histórico-tendía más bien a mostrar el efecto de la práctica humana sobre la naturaleza mediante la ciencia y la producción y, sobre todo en los últimos años, la relativa autonomía de la política y de la ideología con respecto a

⁴⁰⁵ Citado por MAYER, *F. Engels*, vol. 2, p. 448.

cualquier causalidad económica simplista. A propósito de la difusión del positivismo y el determinismo económico, escribió a Conrad Schmidt en 1890:

De lo que adolecen todos estos señores, es de falta de dialéctica. No ven más que causas aquí y efectos allí. Que esto es una vacua abstracción, que en el mundo real esas antítesis polares metafísicas no existen más que en momentos de crisis y que la gran trayectoria de las cosas discurre toda ella bajo forma de acciones y reacciones (aunque de fuerzas muy desiguales, la más fuerte, más primaria y más decisiva de las cuales es el movimiento económico), que aquí no hay nada absoluto y todo es relativo, es cosa que ellos no ven; para ellos, no ha existido Hegel.⁴⁰⁶

En todo caso, en las tentativas de Engels de teorizar las ciencias de la naturaleza y la historia, lo discutible no era tanto las escasas formulaciones vagamente positivistas que pueden hallarse en las mismas, cuando el recurso confiado a Hegel, al que él mismo y Marx «habían invertido». Hay que evitar, sin embargo, una simple yuxtaposición del pensamiento de Marx al de Engels. En los años posteriores a la muerte de Marx, Engels no tuvo ni las ganas ni la confianza en sí mismo ni el tiempo necesario para desarrollar nuevas posiciones particulares. Las hipótesis expuestas en el *Feuerbach* sobre la relación entre materialismo histórico y ciencias de la naturaleza y sobre el carácter dialéctico de la realidad (tanto natural como histórica) estaban ya en vías de desarrollo al menos desde finales de los años 50, y habían aparecido a menudo en su correspondencia con Marx.⁴⁰⁷ Como es sabido, Marx contribuyó a elaborar algunos capítulos económicos del *Anti-Dühring*, y revisó globalmente la obra. Hay que recordar también que algunas partes del manuscrito incompleto sobre la *Dialéctica de la naturaleza* incluyen comentarios al margen escritos por Marx. Además, aunque se haya demostrado exhaustivamente que el ma-

⁴⁰⁶ Engels a Schmidt, 27 de octubre de 1890, en *Obras escogidas*, vol. 3, p. 522.

⁴⁰⁷ Véase, por ejemplo, Engels a Marx, 14 de julio de 1858, en *Opere cit.*, vol. 40, pp. 351-352.

terialismo histórico no es una inversión de la dialéctica hegeliana y que tal inversión no se desprende tampoco de la estructura teórica de *El Capital*, no hay que olvidar que Marx y Engels intentaron teorizar su obra precisamente en estos términos.⁴⁰⁸ En este sentido, las explicaciones dadas por Engels en el Feuerbach no se diferencian mucho de las breves observaciones de Marx en el prólogo a *El Capital*, o de la recensión del mismo Engels de la *Contribución a la crítica de la economía política* de Marx publicada en *Das Volk* en 1859. Así pues, si la explicación ulterior de Engels de la relación entre marxismo y dialéctica hegeliana fue inadecuada, tal explicación fue plenamente sancionada por el mismo Marx.

Sin embargo, tampoco basta con limitarse a subrayar la correspondencia de perspectivas entre Marx y Engels. Ha sido precisamente esta correspondencia lo que ha oscurecido las numerosas aportaciones autónomas de Engels al desarrollo de la teoría marxista y lo que ha disminuido su individualidad como pensador. En este caso el principal obstáculo lo representa la modestísima consideración de su propia aportación por parte de Engels, ya que los comentaristas posteriores se han limitado en general a atenerse a su juicio. En una nota del *Feuerbach*, Engels escribía: «Últimamente, se ha aludido con insistencia a mi participación en esta teoría; no puedo, pues, por menos de decir aquí algunas palabras para poner en claro este punto. Que antes y durante los cuarenta años de mi colaboración con Marx tuve una cierta parte independiente en la fundamentación, y sobre todo en la elaboración de la teoría, es cosa que ni yo mismo puedo negar. Pero la parte más considerable de las principales ideas directrices, particularmente en el terreno económico e histórico, y en especial su formulación nítida y definitiva, corresponden a Marx. Lo que yo aporté (si se exceptúa, todo lo más, dos o tres ramas especiales) pudo haberlo aportado también Marx aun sin mí. En cambio, yo no hubiera conseguido jamás lo que Marx alcanzó. Marx tenía más talla, veía

⁴⁰⁸ Sobre el problema de la posibilidad de invertir a Hegel, cf. L. ALTHUSSER, *La revolución teórica de Marx*, México 1967; sobre la relación entre el desarrollo teórico posterior de Engels y Hegel, cf. G. STEDMAN JONES, *Engels and the End of Classical German Philosophy*, en «New Left Review», n.º 79, 1973; ulteriores discusiones sobre Engels y el «materialismo dialéctico», en L. COLLETTI, *Il marxismo e Hegel*, Bari 1973, y S. TIMPANARO, *Sul materialismo*, Pisa 1975

más lejos, atalayaba más y con mayor rapidez que todos nosotros juntos. Marx era un genio; nosotros, los demás, a lo sumo, hombres de talento. Sin él la teoría no sería hoy, ni con mucho, lo que es. Por eso ostenta legítimamente su nombre». ⁴⁰⁹

No tendría ningún sentido discutir la superioridad teórica de Marx, ni hay duda acerca del hecho de que Engels nunca habría podido dar al materialismo histórico la coherencia lógica y la profundidad interpretativa de las que Marx no supo dotarlo; más bien lo probable es que por sí solo nunca hubiera llegado a concebir la teoría del materialismo histórico. La división del trabajo entre los dos colaboradores fue establecida prácticamente desde el principio; en una de sus primeras cartas a Marx (17 de marzo de 1845), a propósito de los proyectos respectivos de crítica del libro de Friedrich List, *Das nationale System der politischen ökonomie*, Engels se adjudicaba la tarea de abordar las consecuencias prácticas de la teoría de List, mientras que «supongo (escribía) ... a juzgar ... por tu carácter, que tú insistirás más en las *premisas* que en las consecuencias». ⁴¹⁰

La mayor parte de los comentaristas se han atenido a este criterio y han asignado a Engels un indefinido papel auxiliar en la elaboración teórica, con lo que han perdido de vista la importancia fundamental de la contribución de Engels, que han buscado donde no estaba. En efecto, la habilidad teórica, aunque se posea en una medida tan excepcional como la poseía Marx, es una condición necesaria pero no suficiente para una revolución teórica, sobre todo si concierne a la esfera social. Para tal revolución se necesitan también interferencias, que no indican únicamente la inadecuación de las problemáticas teóricas existentes, sino que sugieren materiales básicos para una nueva estructura teórica. *Los escritos de Engels de 1844-1845* proporcionaron precisamente estos nuevos componentes decisivos (aunque a un nivel práctico rudimentario y no suficientemente elaborado desde el punto de vista teórico). Pero antes de explicar cuales fueron estos componentes, habrá que decir algo sobre la figura de Engels para facilitar la comprensión de la importancia y los límites de su aportación.

⁴⁰⁹ Cf. MARX y ENGELS, *Obras escogidas*, vol. 3, p. 380.

⁴¹⁰ *Opere cit.*, vol. 38, p. 27.

2. Los años de formación Engels

Nacido en Barmen en 1820, tenía doce años menos que Marx, y era el primogénito de uno de los más importantes industriales de la ciudad.⁴¹¹ En la situación atrasada y no industrializada de Alemania en la época de la Restauración, Barmen y su ciudad gemela, Elberfeld (ciudades manufactureras ligadas al mercado mundial) constituían una excepción. Los viajeros, periodistas y escritores de los años 30 y 40 llamaban a menudo a aquella región la Manchester alemana, aunque tal vez hubiera sido mejor llamarla la Coventry alemana porque su actividad principal consistía en la fabricación de cintas, y los obreros trabajaban en general a domicilio, junto a sus familias, por cuenta de comerciantes-intermediarios que controlaban la compra de materias primas y la venta de los productos manufacturados. Elberfeld y Barmen eran excepcionales también desde otro punto de vista: aunque, como el resto de Renania, habían sufrido la conquista napoleónica, y habían gozado de los beneficios del Código de Napoleón, su población (que era en su gran mayoría calvinista o luterana y no católica) estaba más dispuesta, a partir de 1815, a aceptar el gobierno prusiano de lo que lo estaba Renania en su conjunto.

Estos dos factores diferenciaban claramente la familia y el ambiente cultural de Engels de los de Marx. Marx, que vivía en la zona francófila, era hijo de un abogado judío que sólo formalmente era protestante y que tenía ideas liberales ilustradas, y no parece que tuviera muchos conflictos juveniles con la posición política o cultural de su padre. Al menos a partir de finales de los años 30, la clase media de Tréveris estaba incómoda con la ocupación prusiana, mientras subsistía una fuerte nostalgia por el gobierno de Napoleón y la población culta se mostraba receptiva a las ideas francesas, tanto de los liberales como, a partir de los años 30, de los saintsimonianos. En la adolescencia Marx no recibió la influencia de los fermentos políticos y culturales del nacionalismo alemán, y en cambio sintió una afinidad bastante más profunda con las posiciones de la Au-

⁴¹¹ Sobre la historia social de Wuppertal en el siglo XIX, véase sobre todo W. KÖLLMAN, *Sozialgeschichte der Stadt Barmen im 19. Jahrhundert*, Tubingen 1960.

flklärung alemana, con su inclinación humanista por la civilización clásica. No es sorprendente, por tanto, que, al llegar a Berlín tras sus primeros estudios universitarios en Bonn, se inclinara por una versión liberalizante de la idea hegeliana de Estado, como principio directriz de sus reflexiones, más que por el principio emotivo de nación. Hasta que su amigo y mentor Bruno Bauer fue expulsado de la universidad de Bonn, Marx parecía destinado a la carrera académica, y su conversión política a la izquierda y finalmente al comunismo fue más gradual y mesurada que la del joven Engels.

La formación de Engels fue totalmente distinta. El pietismo protestante de los comerciantes de Barmen se oponía ferozmente a las asociaciones paganas de la *Aufklärung*, a cualquier matiz racionalista de la interpretación bíblica y a la filosofía ambiguamente protestante de Hegel. El valor atribuido a la educación era estrictamente práctico. El centro escolar frecuentado por Engels en Elberfeld tenía una óptima reputación, especialmente en lo que se refiere a la enseñanza de las lenguas, muy importantes para la actividad profesional de los comerciantes de Barmen, pero la instrucción se interrumpía al finalizar los estudios secundarios y tras ellos venía un período de aprendizaje comercial en el establecimiento de un colega de negocios. Así, el joven Engels fue enviado a Bremen en 1838, a la casa de importaciones-exportaciones de Heinrich Leopold. En el mezquino ambiente social de los comerciantes de Bremen la literatura de creación era mirada con desconfianza, Goethe era definido en general como un «sin Dios» y el teatro era considerado inmoral. Aunque había simpatías por Napoleón por algunas de sus reformas jurídicas, prevalecía una actitud hostil con respecto a las ideas francesas. Las plegarias en familia y la lectura de la Biblia, la meditación sobre la literatura piadosa, una ética hecha de religiosidad y de trabajo ininterrumpido, y una teología sectaria comunicada a través de la terrorífica retórica de los predicadores desde el púlpito, como Krummacher, eran los principales componentes culturales de las familias de comerciantes durante la juventud de Engels (con el añadido de la afición a la música, tanto coral como instrumental). La actitud de los comerciantes manufactureros con respecto a sus familias, sus obreros y su religión era de carácter patriarcal; su mundo estaba estrechamente ligado al de los

predicadores, con más razón por el hecho de que, al pertenecer al mismo estrato social, era bastante corriente que los hijos de los comerciantes se casaran con las hijas de los curas y viceversa. La madre de Engels, hija de un pastor protestante de Hamm, encajaba perfectamente en este esquema.

Ya durante la adolescencia, Engels empezó muy pronto a intentar salir de los estrechos horizontes impuestos a la fantasía por su familia y por la sociedad de Wuppertal. Su padre se escandalizó cuando descubrió a su hijo de trece años intentando leer *ein schmutziges Buch*, un sucio libro: una novela medieval francesa. Sin embargo, no hay que atribuir actitudes demasiado individuales y psicológicas a la rebelión de Engels contra el padre.⁴¹² No fue un niño que recibiera poco amor, ni fue tratado con crueldad ni fue menospreciado. Por el contrario, como heredero del negocio familiar, fue objeto de una constante y solícita atención por parte de sus padres. Por perenne que pueda ser el conflicto entre generaciones, sólo en determinadas circunstancias históricas adquiere relieve social y político. En Wuppertal, hacia finales de los años 30 y principios de los 40, la ruptura generacional en el campo social y religioso no era una característica de la familia Engels, pero existía, en distintos grados, en otras familias. Para comprender por qué se trataba de un fenómeno más social que individual, hay que tener en cuenta que en los últimos años 30 el mundo social y religioso de las viejas familias de comerciantes se estaba descomponiendo, y el austero calvinismo de la generación anterior era profundamente sentido porque proporcionaba una adecuada ordenación de la experiencia social. La élite mercantil no hacía ninguna distinción entre la iglesia y el gobierno municipal de la ciudad; y el aspecto patriarcal de la religión proporcionaba una óptima articulación para el control directo y personal de la fuerza de trabajo, cuyas viviendas se hacían alrededor de sus capillas y sus almacenes.

Sin embargo, a partir del período napoleónico, el comercio de Barmen entró en un prolongado período de crisis como consecuencia de su dependencia de un mercado mundial controlado por los ingleses. Desde

⁴¹² Hay una interesante tentativa de interpretación psicoanalítica del joven Engels en S. MARCUS, Engels, *Manchester and the Working Class*, Londres 1974.

el punto de vista social, la población fue amenazada por la carestía, por un empeoramiento del nivel de vida y por la intensificación de los ritmos de trabajo; todo ello aderezado con frecuentes períodos de paro. Desde el punto de vista religioso, esto comportó la crisis del estable gobierno eclesiástico. Los pequeños artesanos que trabajaban a domicilio y sus aprendices, cada vez más ahogados por el «pauperismo», se sintieron atraídos por sectas milenaristas, y muchos cayeron en un estado de semi-desesperación, exacerbado por un dramático aumento del consumo de Schnapps (aguardiente) a bajo precio. Mientras los sermones eran cada vez más apocalípticos y emotivos, la tradicional élite de los comerciantes empezó a retirarse del gobierno activo de la Iglesia. En este marco, Engels, a sus diecinueve años de edad, lanzó su primer ataque, bajo pseudónimo, contra el filisteísmo de los pietistas de Wuppertal.

El disenso del joven Engels y de su círculo de Barmen asumió en un principio la forma de una revuelta estética contra la mezquindad del mundo de los comerciantes, y estuvo acompañado por tentativas juveniles de emular a la vanguardia literaria contemporánea. Las acusaciones formuladas por Engels a Wuppertal no fueron las de un socialista en embrión, sino las de un aspirante a poeta que se erigía en portavoz de las más modernas corrientes literarias. Engels se identificaba sobre todo con el poeta Ferdinand Freiligrath, que se había instalado en Wuppertal para trabajar de contable. La idea de mantener una doble vida (comerciante de profesión y escritor de vocación) le atrajo hasta que consiguió huir del hogar familiar, en 1845, pero subsistió en diversos aspectos durante el resto de su vida.

Sin embargo, a finales de los años 30, los temas del debate literario, político y religioso estaban demasiado estrechamente ligados entre sí para permitir una distinción relevante; el pietismo, el conservadurismo romántico y el absolutismo cristiano del Estado prusiano se contraponían rígidamente a las distintas corrientes del liberalismo, el racionalismo y la crítica bíblica poshegeliana. Dado que el debate estaba tan polarizado, ser poeta o escritor requería una opción consciente entre progreso y reacción, y estaba bastante claro cuál sería el camino que Engels iba a tomar. A diferencia de Marx, las primeras tomas de posición políticas de Engels estuvieron fuertemente influidas por el movimiento

literario liberal-nacional de los años 30; había tomado sus primeros héroes de la mitología germánica, y hasta que se fue a Bremen, la leyenda de Sigfrido conservó para él gran importancia como símbolo de las valientes virtudes de la joven virilidad alemana en lucha con la Alemania mezquina y servil de los príncipes. Poco tiempo después de empezar su actividad en Bremen se convirtió en un entusiasta adepto de la Joven Alemania, un efímero círculo literario nacido en la estela de la revolución de 1830, que se inspiraba, en lo que se refiere a estilos y tomas de posición, en dos emigrados judíos, Reine y Borne. Engels fue primero un admirador de Karl Gutzkow, director del *Telegraph für Deutschland*, donde publicó sus «Cartas de Wuppertal». A finales de 1839, sin embargo, el entusiasmo de Engels se volvió hacia el antiguo mentor de Gutzkow, Borne, cuyas denuncias radicalmente republicanas contra los príncipes alemanes, así como la polémica contra las tendencias francófonas del nacionalismo alemán, se adaptaban perfectamente al combativo entusiasmo de Engels por las «ideas del siglo».

Sin embargo, para Engels, en este período, lo principal fue el problema de la fe religiosa; a pesar de su intransigencia con respecto a las opciones de su familia, no era fácil quitarse de encima el peso de la educación religiosa recibida. La intensidad de su sentimiento religioso lo atestigua una poesía escrita con motivo de la ceremonia de la «confirmación». Las fases por las que tuvo que pasar para alejarse del cristianismo ortodoxo (el cristianismo liberal, a través de la lectura de Schleiermacher y Strauss) se pueden seguir con detalle en las cartas escritas desde Bremen a los hermanos Graeber, compañeros suyos de escuela. Lo cierto es que no podía abandonar simplemente la fe, y sólo podía renunciar a una fe tras haber encontrado otra. Sus primeras críticas al pietismo de Wuppertal habían sido escritas desde el punto de vista del cristianismo liberal. Pero a través de la lectura de los ensayos de Gutzkow tuvo ocasión de conocer a Strauss, y en octubre de 1839 podía escribir: «Ahora soy un straussiano entusiasta». Strauss le abrió la puerta de Hegel, y su primera relación con Hegel fue parecida a una conversión religiosa. En un viaje, real o imaginario, a través del Mar del Norte, en julio de 1840, se apoyó en el bauprés del barco, miró «el horizonte lejano, verde, allí donde la cresta de las olas espumosas emergen en eterno movimiento», y refle-

xionó: «Sólo en una ocasión tuve una impresión comparable a ésta; cuando por primera vez penetré en la idea de Dios del último filósofo, el pensamiento más colosal del siglo XIX; entonces me conmovieron los mismos estremecimientos beatos, aspiré una bocanada de aire del mar que soplaba en un cielo despejado; las profundidades de la especulación estaban delante de mí como las insondables olas del mar hacia las que no puede dejar de mirar quien otea la tierra; ¡en Dios vive todo nuestro ser! Tomamos conciencia de ello en el mar; sentimos que todo lo que nos rodea y nosotros mismos estamos penetrados por el soplo divino; toda la naturaleza nos resulta afín, las olas nos hacen guiños de complicidad, el cielo envuelve amorosamente a la tierra, y la luz del sol es tan resplandeciente que parece que se pueda coger con la mano».⁴¹³

Esta distinta intensidad del sentido emotivo es precisamente uno de los aspectos que distingue la relación de Engels con Hegel de la de Marx. Engels no había recibido una educación filosófica académica, sino que había encontrado a Hegel en su búsqueda de un seguro refugio que sustituyese los aspectos terroríficos de la fe de Wuppertal, que tan profundamente se habían grabado en su imaginación cuando era todavía un niño. No sometió nunca a Hegel al riguroso análisis realizado por Marx en su *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*, o en la *Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel*, de 1843 y 1844 respectivamente, y cuando, muchos años después, reaccionó ante el materialismo y el positivismo vulgares recurriendo una vez más a Hegel, reprodujo bastantes elementos de su relación premarxista con la tradición idealista alemana.

En 1841 cuando dejó Bremen durante un año para hacer el servicio militar en Berlín, era ya un joven hegeliano entusiasta; pronto sustituyó el Hegel panteísta por el Hegel «secretamente ateo», y se convirtió en uno de los miembros más apocalípticos de los «libres». Al cabo de pocas semanas de haber llegado a Berlín ya lanzaba una serie de ataques contra Schelling, a quien se le había confiado la cátedra de filosofía para contener las peligrosas tendencias del hegelianismo. No captaba la incompatibilidad entre -el concepto de «autoconciencia» formulado por la izquierda hegeliana y en particular por Bruno Bauer, y el «hombre» de

⁴¹³ *Opere cit.*, vol. 2, p. 99.

Feuerbach, que a través del método de la inversión conseguía anular completamente la dialéctica hegeliana. En todas las referencias al radicalismo filosófico alemán hasta *La Sagrada Familia*, unió siempre a Bauer y a Feuerbach como si fuesen componentes de una línea de pensamiento. Años después, en su *Ludwig Feuerbach*, escribía a propósito de *La esencia del cristianismo*: «Sólo habiendo vivido la acción liberadora de este libro, podía uno formarse una idea de ello. El entusiasmo fue general: al punto todos nos convertimos en feuerbachianos».⁴¹⁴ La afirmación era mucho más válida para él mismo que para los demás miembros del grupo. De hecho, lo que atrajo su atención y su entusiasmo, tanto en *La esencia del cristianismo* como en las posteriores *Vorläufige Thesen zur Reformation der Philosophie* (Tesis provisionales para la reforma de la filosofía), no fue la crítica de Feuerbach a Hegel, sino la transformación de la teología en antropología, es decir, su religión humanista. En todos sus escritos, hasta su encuentro con Marx en París, a finales del verano de 1844, mantiene siempre una metodología hegeliana; sus ensayos más ambiciosos asumían la forma de yuxtaposiciones dialécticas de los desarrollos de principios unilaterales, cuyas contradicciones se superaban en una unidad superior representada por el humanismo comunista.

Tal vez otra razón por la que Engels no advirtió nunca la necesidad de someter a Hegel a una crítica minuciosa fue el hecho de que, a diferencia de otros jóvenes hegelianos, no parece que se tomara nunca demasiado en serio la teoría hegeliana del Estado. Ésta le parecía más un elemento del «sistema» conservador de Hegel que un elemento de su «método» revolucionario, y Engels, a diferencia de los demás miembros de su círculo, era ya un demócrata republicano revolucionario antes de convertirse al hegelianismo. Por eso en Berlín aún creía que se podía compaginar la filosofía hegeliana de la historia con la posición política republicana de Borne. En un poema épico satírico escrito con Edgar Bauer en el verano de 1842, se definía a sí mismo con estas palabras:

Oswald el montagnard, es el más radical de todos.

Con *un solo* instrumento, la guillotina, toca *una sola* cavatina;

⁴¹⁴ Cf. MARX y ENGELS, *Obras escogidas*, vol. 3, p. 362.

siempre toca la canción infernal, ruge el estribillo:
Formez vos bataillons! aux armes, citoyens!⁴¹⁵

Su posición política siguió siendo jacobina hasta que, poco antes de marchar a Inglaterra, encontró a Mases Hess en la redacción de la *Rheinische Zeitung*, en Colonia, y se convirtió al comunismo filosófico de Hess. Es probable que, precisamente por haber participado con tanto entusiasmo en los excesos anti-cristianos y *bohémiens* de los «libres» y por haberse unido siempre a las frecuentes denuncias formuladas por Edgar Bauer contra la política del «justo medio», su encuentro con Marx, que se produjo en Colonia más o menos en aquel período, fuera tan frío.

Pero las debilidades de Engels eran también sus principales armas. No poseía la tenacidad intelectual ni la fuerza de deducción necesarias para ser un riguroso y original teórico, sus tentativas de teorización eran más destacables por su audacia que por sus objetivos, pero sus grandes virtudes consistían en su relativa apertura a las novedades, en el tenaz radicalismo de su temperamento, en su capacidad de percepción extraordinariamente rápida, en una audaz intuición y en una omnívora curiosidad por todo lo que surgía a su alrededor. Pertenecía y siguió perteneciendo por educación y aprendizaje al campo mercantil. Esto se aprecia en el modo metódico de atender a su correspondencia, en el orden escrupuloso de sus actividades, en la capacidad de aprovechar todas las horas del día, en la intransigencia ante el desaliño *bohémien* de un Liebknecht y en la absoluta intolerancia ante los generosos ímpetus de un aristócrata desordenado como Bakunin. Desde todos los puntos de vista era un buen hombre de negocios, y la habilidad con que representó el negocio familiar en Manchester a principios de los años 50 contribuyó notablemente a atenuar las tensiones provocadas por las graves discusiones con su padre a partir de 1848. Fue el deseo de escapar y de marchar lejos de este ambiente lo que hizo de él un personaje más aventurero que Marx, más dispuesto a transgredir las convenciones y al mismo tiempo más agresivo con respecto a quienes no formaban parte de su círculo de amigos. Sería difícil imaginar a Marx conviviendo con una

⁴¹⁵ Opere cit., vol. 2, p. 327.

obrero irlandesa, explorando por propia iniciativa los bajos fondos de Manchester, vagando por la campiña francesa en 1848 y elogiando los encantos de las jóvenes campesinas, participando en una campaña militar en 1849 y luego, de vuelta a Inglaterra, yendo de caza con los perros, teniendo en casa un papagayo y jactándose de su propia bodega. «Spiessburger», pequeño burgués, era uno de los insultos preferidos de Engels, y en su modo de vivir no había tacañería ni mezquindad. Nunca ocultó su origen y nunca fue un diplomático. Los obreros se lamentaban a menudo con razón de su arrogancia,⁴¹⁶ aunque no hay que olvidar que a ésta la acompañaba una auténtica modestia personal, el cándido reconocimiento de sus propias limitaciones y la afectuosa lealtad a sus viejos amigos. Si bien, como él mismo escribió, no fue un genio, fue sin duda un hombre dotado de un talento excepcional. Su prosa era fluida y clara, y escribía con insólita rapidez. No sólo fue un magnífico adalid de la aplicación del materialismo histórico, sino que fue sin duda uno de los más dotados periodistas del siglo XIX, y uno de sus mejores historiadores. Precisamente esta insólita combinación de cualidades le permitió dar una particular contribución a la elaboración del materialismo histórico.

3. La experiencia inglesa

Engels marchó a Inglaterra a finales de noviembre de 1842, oficialmente para continuar su aprendizaje comercial en la casa Ermen y Engels de Manchester, y permaneció allí durante veintiún meses. Pensando cuarenta años después en su primera estancia en Inglaterra, Engels escribió: «Viviendo en Manchester, me había dado yo de narices con el hecho de que los fenómenos económicos, a los que hasta allí los historiadores no habían dado ninguna importancia, o sólo una importancia muy secundaria, son, por lo menos en el mundo moderno, una fuerza histórica decisiva; vi que esos fenómenos son la base sobre la que nacen los antagonismos de clase actuales y que estos antagonismos de clase, en los

⁴¹⁶ Véase, por ejemplo, S. BORN, *Erinnerungen eines Achtundvierzigers*, Leipzig 1898.

países en que se hallan plenamente desarrollados gracias a la gran industria, y por tanto, principalmente, en Inglaterra, constituyen a su vez la base para la formación de los partidos políticos, para las luchas de los partidos y, por consiguiente, para toda la historia política». ⁴¹⁷

Por lo que se colige de los escritos de aquel período, el proceso a través del cual Engels llegó a tales conclusiones no fue tan claro y sencillo como se dice en estas reflexiones retrospectivas. Para abrirse a las nuevas impresiones, no sólo tuvo que usar sus ojos y oídos, sino que tuvo que poner en cuestión de entrada algunos presupuestos fundamentales del comunismo filosófico alemán con el que había llegado a Inglaterra. Los síntomas de una ruptura con estos presupuestos se manifestaron antes del segundo año de estancia, pero no fueron formulados hasta *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, escrita en Barmen entre septiembre de 1844 y marzo de 1845, tras su vuelta; y la ruptura no fue completa hasta que, con Marx, definió sus posiciones en contraposición a *La Ideología Alemana*, en Bruselas, en 1845-1846.

Los primeros signos de su creciente interés por los «hechos económicos» se detectan a finales de 1843, en una ambiciosa serie de ensayos sobre la economía política, sobre el Past and Present, de Carlyle, y sobre La situación en Inglaterra, publicados en los *Deutsch-französische Jahrbücher* y después en *Vorwärts*. La lectura de Fourier, y en particular de Carlyle, le llevó a examinar la «situación de Inglaterra»: «la "riqueza nacional" de los ingleses es muy grande, pero ello no impide que el pueblo inglés sea el más pobre bajo el sol». ⁴¹⁸ O bien, como afirmaba Carlyle, «el pueblo muere de hambre en medio de la abundancia; entre dorados muros y graneros llenos, nadie se siente seguro o satisfecho». ⁴¹⁹ La lectura de *Qu'est-ce que la propriété*, de Proudhon, y de algunas obras de Owen le mueve a atribuir esta situación a los efectos de la propiedad privada. En 1843 escribía acerca de Proudhon: «El derecho a la propiedad privada, y las consecuencias de esta institución, competencia, inmoralidad y mise-

⁴¹⁷ ENGELS, *Contribución a la historia de la Liga de los comunistas*, en MARX y ENGELS, *Obras escogidas*, vol. 3, p. 190.

⁴¹⁸ ENGELS, *Esbozo de crítica de la economía política*, en K. MARX, A. RUGE, *Los anales franco-alemanes*, Barcelona 1973, p. 122.

⁴¹⁹ ENGELS, *La situación en Inglaterra*, en *Los anales...* cit., p. 197.

ria, son discutidos con un vigor intelectual y con una real investigación científica que nunca había encontrado reunidos en una misma obra». ⁴²⁰

Sin embargo, en el *Esbozo de crítica de la economía política*, publicado en *Deutsch-französische Jahrbücher*, Engels fue más lejos que Proudhon: no se limitó a contraponer a la miserable realidad económica las afirmaciones de los economistas, sino que intentó demostrar que las contradicciones de la economía política eran una consecuencia necesaria de las contradicciones generadas por la propiedad privada. Fue el primero de la izquierda filosófica alemana que planteó el debate sobre la economía política, esclareciendo las conexiones entre la propiedad privada, la economía política y las modernas condiciones sociales en el proceso de transición hacia el comunismo. La economía política era «una ciencia sobre el modo de enriquecerse», «un sistema acabado de fraude lícito», consecuencia de la extensión del comercio y nacida «de la envidia y la avaricia entre mercaderes». ⁴²¹ El comercio se basaba, de hecho, en la competencia, generada por la propiedad privada que enfrenta entre sí a los intereses individuales, produce la división entre tierra, trabajo y capital, contrapone la mano de obra al producto en forma de salario, convierte al hombre en mercancía, y provoca la invención de la máquina y de la fábrica, la disolución de la familia, de la nacionalidad y de cualquier otro ligamen, convirtiéndolos en una relación monetaria, la polarización de la sociedad en millonarios e indigentes y la universalización de la «guerra de todos contra todos». La «ciencia sobre el modo de enriquecerse» que acompañaba a este proceso, estaba atravesada por antagonismos insolubles, y sus practicantes eran culpables de hipocresías e inmoralidades aún más graves. A partir de Adam Smith, los defensores del libre cambio y de la economía liberal, a pesar de sus ataques contra el monopolio y sus deseos de alcanzar un progreso pacífico gracias al libre cambio, se habían negado a poner en discusión el mayor de los monopolios, la propiedad privada, que, bajo los despojos de la competencia, produce la más sangüinaria guerra de todos contra todos.

⁴²⁰ ENGELS, *Progressi della riforma sociale sul continente*, en *Opere cit.*, vol. 3, p. 435.

⁴²¹ *Los anales...*, cit., p. 117.

Es sabido que este ensayo influyó en las primeras reflexiones de Marx sobre la economía política, expuestas en los *Manuscritos de 1844*, hasta el punto de que aún en 1859 lo consideraba un «genial esbozo de crítica de las categorías económicas». ⁴²² De todas maneras, sería un error considerar que el *Esbozo* es una prueba de la ruptura de Engels con el comunismo filosófico bajo la influencia de la situación inglesa o una anticipación del materialismo histórico tal como sería elaborado en 1845. No sólo se ponía el acento en la propiedad privada y en la competencia, antes que en el modo de producción y la lucha de clases, sino que la misma propiedad privada era considerada como la causa de la «inmoralidad del orden humano actual». ⁴²³ La posición desde la cual Engels formulaba su crítica era «humana», es decir, antropológica más que teológica, y Carlyle era elogiado porque su libro sigue la «huella de una humana concepción». ⁴²⁴ Engels aceptaba plenamente la definición dada por Carlyle de la situación inglesa, pero atribuía el desprecio de su autor por la democracia y su ignorancia del socialismo no a su posición de clase sino a su «panteísmo», que colocaba por encima del hombre un poder sobrenatural. La solución propuesta por Carlyle consistía en una nueva religión basada en el evangelio del trabajo. Para Engels, en cambio, la religión, en vez de ser la respuesta a la inmoralidad y a la hipocresía del presente, estaba, de hecho, en la raíz de todos los males. Su solución consistía en restituir «al hombre ese contenido que había perdido a causa de la religión pero no como un contenido divino, sino humano; y esa restitución en el fondo no es más que el resurgimiento de la autoconciencia [...] la pretensión de lo humano y de lo natural de llegar a ser sobrehumano y sobrenatural es la raíz de toda falsedad y mentira. Precisamente por eso hemos declarado la guerra de una vez para siempre a la religión y a las representaciones religiosas». ⁴²⁵

Por este mismo motivo podía definir las crisis comerciales como «una ley natural basada en la inconsciencia de los interesados», podía

⁴²² K. MARX, *Contribución a la crítica de la economía política, Prólogo*, México 1966. p. 8.

⁴²³ *Los anales ...*, cit., p. 134.

⁴²⁴ *Ibid.*, p. 190.

⁴²⁵ *Ibid.*, p. 216.

llamar a Adam Smith el «Lutero de la economía» que había sustituido la «franqueza católica» por la «hipocresía protestante», y la teoría malthusiana de la población podía ser considerada «la cúspide de la economía cristiana».⁴²⁶ Por motivos análogos, evidentemente corroborados por la lectura del ensayo de Marx sobre *La cuestión judía*, Engels intentó, pocos meses después, la elaboración de una teoría de la monarquía constitucional inglesa como expresión del «temor que el hombre tiene de sí mismo».⁴²⁷ Es más: aunque el punto de partida de la crítica de Engels era humanista, el método crítico adoptado seguía siendo hegeliano. Pocos días después de su llegada a Inglaterra, en noviembre de 1842, Engels escribía consternado:

Algo que en Alemania se entiende inmediatamente, pero que no es posible hacer entender al británico obstinado, es que los llamados intereses materiales nunca pueden intervenir en la historia como fines autónomos, dominantes, sino que siempre sirven, consciente o inconscientemente, a un principio que rige el progreso histórico.⁴²⁸

Un año después, al escribir su ensayo sobre la economía política, Engels mantenía la misma confianza en el hecho de que «en cuanto un principio se pone en marcha, llega por sí mismo hasta las últimas consecuencias, aunque los economistas no lo vean con buenos ojos».⁴²⁹ Por ello, escribía al exponer su método de análisis de la economía política, a través de la investigación de las «categorías fundamentales, pondremos al descubierto la contradicción introducida por el sistema de la libertad comercial y sacaremos las consecuencias que se desprenden de los dos términos de la contradicción».⁴³⁰

⁴²⁶ Ibid., pp. 123, 136, 142.

⁴²⁷ ID, *La situazione dell'Inghilterra. La costituzione inglese*, en *Opere cit.* vol. 3, p. 531.

⁴²⁸ *Le crisi interne*, en *Opere, cit.*, vol. 2, p. 361.

⁴²⁹ *Los anales ... cit.*, p. 124.

⁴³⁰ Ibid., pp. 121-122.

Engels había llegado a Inglaterra plenamente convencido de la profecía de Hess, según la cual Inglaterra sería la portadora de una revolución social que consumiría y superaría la revolución religioso-filosófica de Alemania y la revolución política de Francia.⁴³¹ Sin embargo, tuvo que admitir desde el primer momento que «entre los partidos que se disputan ahora el poder, entre whigs y tories, no hay luchas de principios, sino únicamente conflictos de intereses materiales».⁴³² Se trataba, pues, de descubrir de qué modo se había realizado el principio a través del aparente predominio de los intereses materiales y de la pura práctica. Su solución a este problema apareció un año después en una serie incompleta de artículos sobre *La situación en Inglaterra*, escritos en los primeros meses de 1844. «La gran contradicción que protagonizó la historia desde sus inicios», escribía, era «la contradicción entre sustancia y sujeto, entre naturaleza y espíritu, entre necesidad y libertad». Hasta finales del siglo XVIII la historia mundial no había hecho más que agudizar tales contradicciones: «Los alemanes, pueblo espiritualista y cristiano, vivieron una revolución filosófica; los franceses, el pueblo del materialismo clásico, y por tanto el pueblo político, tuvieron que realizar la revolución por vías políticas».

Pero «los ingleses, cuyo carácter nacional es una mezcla del elemento alemán y el francés y que por tanto llevan en sí mismos ambos términos de la contradicción y son más universales que cada uno de los dos factores por sí mismo, protagonizaron una revolución más universal, una revolución social».⁴³³

Los ingleses representaban estas contradicciones en su forma más aguda, y precisamente su incapacidad para resolverlas explicaba «la eterna inquietud interior de los ingleses».⁴³⁴

La filosofía inglesa... tras el fracaso de todos los intentos de atenuar la contradicción, la declara insoluble, proclama al mismo

⁴³¹ V. M. HESS, *Die europäische Triarchie*, Leipzig 1841.

⁴³² ENGELS, *Le crisi interne* cit., p. 362.

⁴³³ *La situazione dell'Inghilterra* cit., pp. 511-512.

⁴³⁴ *Ibid.*

tiempo la inadecuación de la razón y busca refugio en la fe religiosa o en el empirismo.

Así se explicaba la gazmoñería religiosa de la clase media inglesa y, al mismo tiempo, su empirismo. Pero al mismo tiempo «este sentimiento de la contradicción fue el origen de la colonización, de la navegación, de la industria y, en general, de la inmensa actividad práctica de los ingleses». ⁴³⁵ Por ello sólo Inglaterra poseía una historia social:

Sólo en Inglaterra los individuos como tales, sin propugnar conscientemente principios universales, han impulsado el desarrollo nacional casi hasta su culminación. Sólo en este caso las masas han actuado como masas, movidas por su propio interés particular; sólo en este caso los principios han sido sustituidos por intereses, incluso antes de que éstos pudieran ejercer su influencia en la historia. ⁴³⁶

Hasta aquí hemos explicado la problemática filosófica con la que Engels se enfrentó en Inglaterra entre 1842 y 1844, no para contradecir su afirmación sobre su creciente conciencia de la importancia de los «hechos económicos», sino para mostrar el alcance del esfuerzo intelectual e imaginativo que tuvo que realizar para poder escribir *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, un libro que no es el simple resultado de una investigación inteligente, sino que representa también un profundo cambio en su posición política y teórica. El camino que tuvo que recorrer, y el alcance de lo que tuvo que olvidar (no sólo los presupuestos del idealismo radical alemán, sino también, en la práctica, todas las variantes del socialismo conocidas en aquel tiempo) podrán ser convenientemente considerados examinando los cambios producidos en su concepción de la revolución de la clase obrera y de la industria moderna.

Engels había llegado a Inglaterra inmediatamente después de la huelga general cartista, confiando en la profecía de Hess sobre una inmi-

⁴³⁵ Ibid.

⁴³⁶ Ibid., p. 514.

nente revolución social que habría llevado a la realización del comunismo. Hay que recordar que, en la perspectiva de Hess, comunismo significaba triunfo de los principios de comunidad y de «unidad» sobre el egoísmo y la fragmentación.⁴³⁷ No era el resultado de una guerra entre las clases ni su realización pertenecía a los destinos de una clase en particular. En varias ocasiones Hess había rechazado la identificación (propuesta por Lorenz von Stein) del comunismo con un proletariado movido por un deseo ávido y egoísta de igualdad que le llegaba del estómago.⁴³⁸ Por ello Engels actuó con perfecta coherencia, en enero de 1843, cuando rechazó la invitación de Bauer, Schapper y Moll para que se adhiriera a la *Liga de los justos*. No podía aceptar el comunismo de los artesanos alemanes porque, como más tarde confesó, «a su limitado comunismo igualitario oponía yo todavía, en aquella época, una buena dosis de soberbia filosófica, no menos limitada».⁴³⁹ Como escribió unos meses después a propósito de los comunistas filosóficos alemanes, entre los que se contaba él mismo, «una revolución social basada en la comunidad de bienes» era «la única condición humana compatible con los principios que aquellos profesaban en absoluto».⁴⁴⁰ Por tanto, los alemanes tendían inevitablemente al comunismo porque «los alemanes son un pueblo filosófico y no abandonarán, no podrán abandonar, el comunismo, en cuanto esté fundado en rectos principios filosóficos, y aún más si se deriva, como conclusión inevitable, de *su misma* filosofía. Ésta es la tarea que tenemos que llevar a cabo».

Dado que el socialismo interesaba a toda la humanidad, y no sólo a los intereses de una clase en particular, no es sorprendente que durante una gran parte de su estancia en Inglaterra Engels atribuyese mayor importancia a los owenistas que a los cartistas. «En cuanto a las doctrinas particulares de nuestro partido (escribía en 1843) estamos más cerca de

⁴³⁷ V. M. HESS, *Philosophie der Tat*, en M. HESS, *Sozialistische Aufsätze*, a cargo de T. Zlocisti, Berlín 1921, pp. 62- 63.

⁴³⁸ L. VON STEIN, *Der Sozialismus und Kommunismus des heutigen Frankreich*, Leipzig 1842.

⁴³⁹ ENGELS, *Contribución a la historia de la Liga de los comunistas* cit., p.186.

⁴⁴⁰ ENGELS, *Progressi della riforma sociale sul continente* cit., pp. 442-443.

los socialistas ingleses que de cualquier otro partido».⁴⁴¹ Quedó impresionado por los grandes avances de la práctica socialista en Inglaterra, y el único punto de desacuerdo consistía en que «los socialistas siguen siendo ingleses, mientras que lo que tendrían que hacer es limitarse a ser solamente hombres; de todo el desarrollo filosófico del continente sólo conocen el materialismo, ni siquiera la filosofía alemana: éste es su defecto».⁴⁴²

Posteriormente aún se distanció más de los cartistas porque éstos se centraban en la superación de *una* forma de Estado más que del Estado mismo. A este respecto escribía: «La democracia es, como considero que es toda forma de gobierno, una contradicción intrínseca, una falsedad, una simple hipocresía (teología, como decimos los alemanes) en su esencia».⁴⁴³

Desde el principio sintió una evidente admiración por el espíritu combativo de los cartistas y consideró que su victoria era inevitable; pero su mirada se dirigía siempre más allá del efímero triunfo de la democracia. Los socialistas, escribía en enero de 1844, «constituyen el único partido en Inglaterra con cierto futuro, si bien, por el momento, son proporcionalmente débiles. El cartismo y la democracia tendrán que coincidir rápidamente, y entonces a toda la masa de los trabajadores ingleses no les quedará otro remedio que elegir entre morir de hambre y el socialismo».⁴⁴⁴

Sin embargo, aun manteniendo estas posiciones, sus primeras impresiones de Inglaterra fueron bastante desconcertantes. Al llegar le sorprendió el hecho de que, «cuando se habla de cartistas y radicales, se entiende generalmente la hez del pueblo, las masas proletarias y realmente los escasos portavoces del partido pasan inadvertidos entre la masa».⁴⁴⁵ Quedó aún más pasmado al descubrir que el socialismo sólo obtenía consenso en el estrato inferior de la sociedad, y que las obras de Strauss, Rousseau, Holbach, Byron y Shelley eran leídas por los obreros,

⁴⁴¹ Ibid., p. 443.

⁴⁴² *Los anales...* cit., p. 221.

⁴⁴³ *Progressi della riforma sociale sul continente* cit., p. 429.

⁴⁴⁴ *Los anales...*, cit., p.221.

⁴⁴⁵ *Punto di vista inglese sulle crisi interne*, en *Opere* cit., vol. 2, p. 359.

pero eran prácticamente inencontrables entre las clases medias y los ambientes «cultos». Carlyle le ayudó a entender por qué motivo la clase media estaba inmersa en el «mammonismo» y la gremialidad, pero no consiguió encontrar una explicación mejor al hecho de que la ilustración estuviese limitada a las clases inferiores que la de decir que se trataba de una situación análoga a la de los primeros cristianos.⁴⁴⁶

A partir de 1844 se empieza a advertir un cambio. El humanismo filosófico y el método hegeliano seguían predominando, pero la importancia atribuida a los distintos elementos de esta estructura había cambiado. Particularmente digna de ser señalada es la importancia nueva y primordial atribuida a la revolución industrial. Tras una pormenorizada descripción de los cambios producidos en el campo de la industria, Engels afirmaba: «Esta revolución de la industria inglesa es la base de todas las modernas relaciones inglesas, la fuerza motriz de todo el movimiento social. Su primera consecuencia fue la elevación del interés a la soberanía sobre el hombre. El interés se apoderó de las fuerzas de la industria apenas desarrolladas y las explotó para sus propios objetivos; estas fuerzas, que de derecho pertenecen a la humanidad, se convirtieron, por obra de la propiedad privada, en monopolio de unos pocos ricos capitalistas y en instrumento de esclavización de las masas. El comercio absorbió a la industria y se convirtió en omnipotente, se convirtió en el ligamen de la humanidad».⁴⁴⁷

En otras palabras, su atención se había trasladado desde la interpretación de la competencia como producto de la avaricia de los comerciantes y la «ciencia sobre el modo de enriquecerse» de los economistas a las fuerzas reales que habían universalizado la competencia. Además, había empezado a entender de qué modo la industrialización había transformado el sistema de las clases. El acontecimiento más importante de la Inglaterra del siglo dieciocho había sido la creación del proletariado, una clase totalmente nueva; además en el curso del mismo proceso, la clase media se había aristocratizado. Sin embargo, esta cristalización de Ingla-

⁴⁴⁶ *Lettere da Londra*, en *Opere cit.*, vol. 3, p. 416.

⁴⁴⁷ ENGELS, *La situazione dell'Inghilterra. Il secolo diciottesimo*, en *Opere cit.*, vol. 3, p. 526.

terra en tres clases distintas (aristocracia terrateniente, aristocracia del dinero y democracia liberal) había minado el Estado. En un análisis de la constitución y del sistema jurídico inglés, redactado en marzo de 1844, Engels añadía a la conclusión que el tan elogiado equilibrio de poderes sancionado por la constitución era «un gran engaño».⁴⁴⁸ Subrayando el contraste entre la teoría y la praxis de la constitución, escribía: «Aquí, una trinidad de la legislatura; allí una tiranía de la clase media». Ni la reina ni los lores ni los comunes gobernaban Inglaterra: «¿Quién gobierna, efectivamente, Inglaterra? Gobierna la posesión».⁴⁴⁹ La fuerza de la aristocracia no se derivaba de su posición constitucional, sino de la extensión de sus propiedades de tierra. Por ello, en la medida en que el poder de la aristocracia, así como el de la clase media, se deriva de su propiedad, y en la medida en que «la posesión y la influencia obtenida en virtud de ésta constituyen la esencia de la clase media... la clase media está en una posición dominante»⁴⁵⁰

Pero si la constitución era una simple envoltura debajo de la cual se ocultaba el dominio de la propiedad privada, y si los demás «derechos de nacimiento» ingleses (libertad de prensa, libertad de reunión, «habeas corpus», sistema de jurados) resultaba que eran también privilegios de los ricos negados a los pobres, lo que a primera vista parecía tan misterioso a Engels (la irrazonada oposición de la clase media a la democracia y al socialismo) se convertía en algo bastante fácil de entender. El socialismo seguía siendo el objetivo a alcanzar, y la «igualdad democrática» seguía siendo una «quimera». Pero si la batalla contra el Estado no democrático no era en realidad una batalla política sino una batalla social contra el dominio de la propiedad, entonces también el cartismo asumía un significado distinto. ¿Qué tipo de democracia produciría una victoria de los cartistas?

No la de la Revolución francesa, que era lo opuesto a la monarquía y al feudalismo, sino la democracia, que era lo opuesto a la

⁴⁴⁸ *La situazione dell'Inghilterra. La costituzione inglese* cit., p. 538.

⁴⁴⁹ *Ibid.*

⁴⁵⁰ *Ibid*

clase media y a la posesión... La clase media y la posesión detentan una posición dominante, el pobre está privado de derechos, es oprimido y explotado, la constitución lo ignora y la ley siempre le resulta desfavorable; la lucha de la democracia contra la aristocracia, en Inglaterra, es la lucha de los pobres contra los ricos. La democracia hacia la que Inglaterra se encamina es una democracia *social*.⁴⁵¹

A primeros de septiembre de 1844, Engels se entrevistó con Marx en París, de vuelta hacia Barmen. En 1885, continuando su examen retrospectivo de su descubrimiento, en Manchester, de la importancia decisiva de los «hechos económicos» como «base sobre la que nacen los antagonismos de clase actuales», Engels escribía: «Marx no sólo había llegado al mismo punto de vista, sino que lo había expuesto ya en los *DeutschFranzösische Jahrbücher* en 1844, generalizándolo en el sentido de que no es el Estado el que condiciona y regula la sociedad civil, sino ésta la que condiciona y regula el Estado, y de que, por tanto, la política y su historia hay que explicarlas por las relaciones económicas y su desarrollo, y no a la inversa».⁴⁵²

Esta afirmación sólo es parcialmente cierta. En base a los escritos de Marx que precedieron a su encuentro con Engels se puede deducir que no había llegado «al mismo punto de vista» al menos en dos cuestiones de gran importancia. En primer lugar, mientras Marx había afirmado la subordinación del Estado a la sociedad civil, Engels había elaborado (aunque fuera de una forma no teóricamente generalizada) una proposición igualmente importante: el carácter de clase del Estado. En sus *Notas críticas al artículo El rey de Prusia y la reforma social. Por un prusiano*, escritas pocas semanas antes de la llegada de Engels, la definición de Marx del Estado era, fundamentalmente, ésta: «El Estado se basa en la contradic-

⁴⁵¹ *Ibid.*, p. 554.

⁴⁵² ENGELS, *Contribución a la historia de la Liga de los comunistas* cit., p. 190.

ción entre la *vida pública y privada*, entre los *intereses generales y especiales*». ⁴⁵³

En este artículo no hay ninguna concepción de clase dominante, entendida en la acepción marxista posterior. El tema tratado era, en cambio, la impotencia de la administración política ante el predominio de la sociedad civil, impotencia cuyo carácter contradictorio podía explicar la ilusión misma de la esfera política. Engels, en cambio, había definido el Estado inglés como instrumento utilizado por la clase propietaria que detentaba el poder en su lucha contra la clase obrera. ⁴⁵⁴

En segundo lugar, correspondía a Engels el haber señalado el tipo de lucha de clases generado por la industria moderna. Hasta que escribió el ensayo inconcluso sobre List, a principios de 1845, las referencias de Marx a la industria moderna habían sido superficiales y descriptivas. El concepto decisivo en torno al que cristalizaría (entre 1845 y 1847) la nueva teoría del materialismo histórico, era el de modo de producción, y el punto esencial de este concepto era la importancia atribuida a los medios de producción. En el terreno teórico, esto permitiría a Marx y Engels entender la lucha de clases como rebelión de las fuerzas productivas contra las relaciones de producción; en el terreno político, les permitiría declarar la guerra al capital, aunque subrayando la tendencia progresiva de la industria moderna. El gran cambio provocado por la revolución industrial había sido la transformación de la relación entre obrero y medios de producción. Precisamente esta transformación había producido la forma inédita asumida por la moderna lucha de clases.

Aunque ya en 1844 Engels había empezado a advertir con una seguridad creciente el significado revolucionario asumido por la industria moderna a través de la creación de una nueva forma de lucha de clases, estaba muy lejos de la elaboración de la teoría del materialismo histórico.

⁴⁵³ MARX, *Notas críticas al artículo «El rey de Prusia y la reforma social. Por un prusiano»*, en OME, vol. 5, p. 237.

⁴⁵⁴ Las discrepancias entre las ideas juveniles de Marx y las de Engels en lo que se refiere al Estado han sido puestas de manifiesto (aunque no hayan sido suficientemente explicadas) en R. N. HUNT, *The Political Ideas of Marx and Engels, vol. I: Marxism and Totalitarian Democracy 1818-1850*, University of Pittsburgh Press 1974.

Le interesaba simplemente la vía particular que Inglaterra parecía haber emprendido, dirigiéndose hacia la revolución social, y para poderse explicar este fenómeno se agarraba de un modo bastante poco coherente a una mezcla de Hegel y Feuerbach. Por otra parte, Marx, en los *Manuscritos de 1844*, precisamente por su rigor teórico, permanecía esencialmente en el ámbito de una estructura artesanal. Intentando con mayor coherencia la técnica de la inversión feuerbachiana, la relación fundamental que ponía de relieve no era la existente entre obrero y medios de producción, sino entre el obrero y su producto. Su perspectiva era la pauperización, material y antropológica, del hombre: un mundo de alienación y propiedad privada, no mediatizado por las posibilidades progresivas y revolucionarias ofrecidas por el nuevo modo de producción. La impresión que le dio Marx a Engels en el verano de 1844 fue la de un brillante teórico humanista, más audaz y original que él en la aplicación y extensión al Estado y a la economía política de la lógica de la inversión, con una clara percepción de la incompatibilidad entre Feuerbach y Hegel.

La situación de la clase obrera en Inglaterra representa la última fase del pensamiento de Engels anterior a la colaboración con Marx en Bruselas. El hecho de que centrara su análisis en la industria moderna, la clase obrera y el desarrollo de la lucha de clases es por sí solo indicativo del cambio operado en la atribución de sus prioridades. Como Marx, que proyectó un libro sobre la dialéctica, tampoco Engels encontró tiempo para escribir su historia social de Inglaterra, de la que *La situación de la clase obrera* debería haber constituido una parte. La categorización hegeliana de la prehistoria inglesa, que tanta importancia había tenido en los ensayos anteriores está totalmente ausente de este libro, sin duda como consecuencia de sus discusiones con Marx. Pero también está ausente, aunque Engels creía aún que el comunismo estaba por encima de la lucha de clases, el interés por la teología y por Feuerbach. Engels había escrito algunos de los más admirativos pasajes sobre Feuerbach en *La Sagrada Familia*, pero ya en noviembre de 1844 la lectura de *El único y su propiedad*, de Stirner, le había convencido de que

el «hombre» feuerbachiano deriva de Dios... y por esto el «hombre» aún está rodeado de una aureola teológica de abstrac-

ción. El verdadero camino para llegar al «hombre» es el contrario... Debemos partir del empirismo y del materialismo, si es que nuestros pensamientos y especialmente nuestro «hombre» tienen que ser algo verdadero; tenemos que derivar lo universal de lo singular, y no de sí mismo o del aire del cielo, como hacía Hegel.⁴⁵⁵

Evidentemente Marx no aprobó este programa, y en particular sus concesiones a Stirner, y en la siguiente carta Engels aceptó su opinión.⁴⁵⁶ A pesar de ello, la influencia negativa de Stirner continuó existiendo. En su libro se pueden advertir claramente las consecuencias de la irritación de Engels por las «charlatanerías teológicas» sobre el «hombre» y su nuevo interés por las cosas «reales, vivas», en su desenvolvimiento histórico.

El punto de partida de *La situación de la clase obrera* no fue la competencia o la propiedad privada, sino los cambios históricos específicos acontecidos en la industria durante el siglo XVIII. Su explicación no fue exhaustiva,⁴⁵⁷ pero la lógica subyacente puede deducirse de la estructuración general del tema. Por sí misma la competencia sólo podía generar un proceso negativo de disolución, una lucha aún más brutal entre los individuos, cuya única posibilidad de salvación vendría de la renovada conciencia de su humanidad, despertada desde fuera de la filosofía. La «industria», en cambio, podía constituir el punto de partida de un proceso más complejo y contradictorio, un proceso que contenía en sí mismo la potencialidad de liberación: «La pequeña industria creó la clase media, mientras que la gran industria creó la clase obrera y entronizó a unos pocos escogidos de la clase media, pero sólo para derrocarlos con tanta mayor certeza en algún momento».⁴⁵⁸

La «industria» en condiciones de libre competencia no explicaba solamente la «guerra de todos contra todos», sino también el crecimiento de un movimiento obrero unido en el esfuerzo por derrocar el sistema

⁴⁵⁵ Engels a Marx, 19 de noviembre de 1844, en *Opere cit.*, vol. 38, p. 12.

⁴⁵⁶ Engels a Marx, 20 de enero de 1845, en *Opere cit.*, vol. 38, p. 15.

⁴⁵⁷ ENGELS, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, en OME, vol. 6, p. 275.

⁴⁵⁸ *Ibid.*

competitivo. Los socialistas ingleses ya no eran elogiados por su coherencia con respecto a un «principio filosófico», sino que eran criticados por «abstractos» y porque «no reconocen el desarrollo histórico», y por ello «se quejan continuamente de la desmoralización de las clases inferiores, son ciegos en cuanto al elemento progresista que hay en esa disolución del orden social... En su forma actual, el socialismo jamás podrá llegar a ser patrimonio común de la clase obrera; inclusive tendrá que rebajarse, retornar por un momento a la posición cartista».⁴⁵⁹

La competencia no implicaba más que la alternativa abstracta de la comunidad, mientras que la «industria» era un proceso histórico que, al concentrar la población en grandes unidades productivas y en extensas ciudades, había creado por sí misma la posibilidad material de la unión de los obreros: «Si bien la centralización de la población tiene un efecto de estímulo y desarrollo sobre las clases poseedoras, impulsa con mucha mayor celeridad aún la evolución de los obreros. Los obreros comienzan a sentirse como una clase en su conjunto, advierten que, a pesar de ser individualmente débiles, unidos constituyen una potencia; se favorece su separación con respecto a la burguesía, la formación de puntos de vista e ideas peculiares de los obreros y de su situación vital, hace su aparición la conciencia de que están oprimidos, y los obreros adquieren significación social y política. Las grandes ciudades constituyen el foco del movimiento obrero, en ellas los obreros comenzaron por vez primera a reflexionar acerca de su situación y a luchar contra ella, en ellas comenzó a manifestarse por primera vez el antagonismo entre proletariado y burguesía, de ellas emanaron las asociaciones obreras, el cartismo y el socialismo. Las grandes ciudades convirtieron en aguda la enfermedad del cuerpo social, que en el campo se manifiesta en una forma crónica, exponiendo de esa manera la esencia real de la misma y, al mismo tiempo, el modo apropiado de curarla».⁴⁶⁰

En el *Esbozo de crítica de la economía política*, Engels había definido la competencia como un azote de la humanidad: «La inmoralidad del orden

⁴⁵⁹ Ibid., p. 486.

⁴⁶⁰ Ibid., pp. 376-377.

humano actual culmina en esa hostilidad entre intereses iguales, en razón precisamente de su igualdad: esa culminación es la competencia». ⁴⁶¹

Ahora, en cambio, la competencia era el punto central de la lucha de clases entre la burguesía y la clase obrera. La competencia entre los mismos obreros desarrolla al máximo el rendimiento de cada uno de ellos; a través de la división del trabajo y las máquinas, ha generado «una reserva de obreros en paro» y ha quitado «el pan a gran cantidad de obreros». La competencia entre los obreros es «el arma más afilada contra el proletariado que tiene la burguesía en sus manos». ⁴⁶² Además, la competencia no constituye sólo la praxis, sino la única teoría de la burguesía: «Oferta y demanda, *supply and demand*, son las fórmulas mediante las cuales la lógica del inglés juzga toda la vida humana». Incluso el Estado ha sido reducido a lo mínimo necesario «para refrenar al proletariado, que le es igualmente necesario». ⁴⁶³

El hilo conductor del desarrollo del movimiento obrero, desde el ludismo al tradeunionismo y al cartismo, había sido, pues, la batalla por abolir la competencia entre los obreros. La ruptura entre demócratas «políticos» burgueses y demócratas «sociales» obreros, a partir de 1842, había sido provocada por la cuestión del libre cambio: «La libre competencia hizo padecer suficientemente a los obreros como para que éstos la odiasen; sus representantes, los burgueses, son sus enemigos declarados. Al obrero no le cabe esperar sino desventajas de la total liberación de la competencia. Las exigencias que ha formulado hasta el presente -el *bill* de las diez horas, la protección del obrero contra el capitalista, salarios buenos, puestos garantizados, derogación de la nueva *Ley de Pobres*, cosas todas ellas que pertenecen al cartismo en forma por lo menos tan esencial como los «seis puntos»- se orientan directamente contra la libre competencia y la libertad de comercio». ⁴⁶⁴

«Precisamente en esta cuestión (escribía Engels) el proletariado se diferencia de la burguesía, y el carlismo del radicalismo». El cartismo «es,

⁴⁶¹ *Los anales ... cit.*, p. 134.

⁴⁶² *La situación de la clase obrera en Inglaterra cit.*, pp. 334, 338, 341.

⁴⁶³ *Ibid.*, pp. 524-525.

⁴⁶⁴ *Ibid.*, p. 484.

esencialmente, de carácter social». Pero precisamente porque el cartismo era un movimiento social, y porque el socialismo representaba la única alternativa final a la competencia, el paso siguiente debería haber sido la fusión de los cartistas y los socialistas en un socialismo realmente proletario, que de esta forma habría asumido un papel importante en el desenvolvimiento del pueblo inglés.

4. La contribución de Engels a la formación del materialismo histórico

¿Cómo hay que caracterizar, pues, la contribución de Engels al marxismo? ¿En qué medida su presencia fue esencial en el nacimiento del materialismo histórico?

No es posible pensar que Engels, por sí solo, hubiera conseguido elaborar una nueva teoría general, capaz de romper decididamente con todos los precedentes filosóficos. No era posible construir una teoría del materialismo histórico partiendo del «materialismo y el empirismo» o a través del paso de lo «singular» a lo «universal», como Engels se proponía hacer en el otoño de 1844. A su nuevo entusiasmo por el empirismo se deben muchos de los aciertos de su libro sobre *La situación de la clase obrera*, pero de ahí no habrían podido surgir las posiciones formuladas en *La Ideología Alemana* a partir de 1845. Inglaterra era tratada aún por Engels como un caso particular, ya que aún pensaba que la vía francesa al comunismo sería política y la vía alemana filosófica. A pesar de los indicios que nos inducen a creer que, a la luz de la experiencia inglesa, sus observaciones sobre Alemania habrían perdido ingenuidad, la distancia entre su posición cuando escribía *La situación de la clase obrera en Inglaterra* y la que consideraba justa cuando colaboró con Marx en *La Ideología Alemana* era aún bastante notable. Podemos advertirla comparando dos observaciones sobre Alemania, una de diciembre de 1844 y otra de septiembre de 1845.

1) Hasta hoy nuestro punto de apoyo ha sido la clase media, hecho que sorprenderá al lector inglés si no sabe que en Alemania esta clase es

bastante más desinteresada, imparcial e inteligente que en Inglaterra, por la simple razón de que es más pobre.⁴⁶⁵

2) Ciertamente, en nuestras clases medias hay muchos republicanos e incluso comunistas... que, si ahora se produjese una insurrección general, serían muy útiles al movimiento, pero son *bourgeois*, gente que persigue el beneficio, fabricantes de profesión; ¿y quién nos garantiza que no van a degenerar moralmente a causa de su oficio, de su posición social que les hace vivir del esfuerzo de otros, enriquecerse con la usura, ser *exploiteurs* de las clases trabajadoras? ... Afortunadamente no contamos de hecho con las clases medias.⁴⁶⁶

Sin embargo, sin la obra de Engels sobre Inglaterra, la formación de una teoría marxista habría sido mucho más lenta de lo que fue *La situación de la clase obrera en Inglaterra* proporcionó una investigación extraordinariamente lúcida del modo en que el desarrollo de la industria moderna había generado, al mismo tiempo, la lucha de clase proletaria y la posibilidad de la liberación final. Engels proporcionó una explicación sistemática del desarrollo de una economía política proletaria y del carácter social de las reivindicaciones políticas obreras. Había sido el mismo proceso, más que la intervención del filósofo, lo que había suscitado en los trabajadores la conciencia de su situación de clase, y Engels esperaba que esto llevaría al nacimiento de un «socialismo proletario». Su formación hegeliana, por otra parte, aun con todas sus limitaciones, le ayudó a superar dos graves obstáculos teóricos que habían impedido el progreso del movimiento obrero inglés. Mientras se daba cuenta, gracias al socialismo inglés, del potencial liberador de la industria moderna, a través del presupuesto de un núcleo racional del desarrollo histórico, Engels pudo evitar la valoración negativa del antagonismo entre clase media y clase obrera. Por otra parte, podía compartir la confianza de los cartistas en la necesidad de una política obrera independiente sin tener que basar la legitimidad de la misma en una teoría del valor basada en el

⁴⁶⁵ *Rapidi progressi del comunismo in Germania*, en *Opere cit.*, vol. 4, p. 520.

⁴⁶⁶ *Il recente eccidio di Lipsia*, en *Opere cit.*, vol. 4, p. 636.

trabajo, derivada de la teoría del derecho natural.⁴⁶⁷ De este modo, al estar distanciado por su misma nacionalidad de algunos de los aspectos más sectarios del movimiento obrero, pudo realizar una admirable valoración del significado de la lucha del moderno proletariado considerada en su totalidad.

La importancia de esta valoración merece ser subrayada. De hecho, a partir de una simple comparación de textos resulta evidente que una serie de proposiciones fundamentales del marxismo aparecieron más en los primeros escritos de Engels que en los de Marx: el traslado del centro de atención desde la competencia a la producción, la revolucionaria novedad de la industria moderna, azotada por crisis de superproducción y por la constante reproducción de una reserva de mano de obra, la tesis (al menos en forma embrionaria) de que la burguesía crea sus propios sepultureros y de que el comunismo no representa un principio filosófico, sino «el movimiento real que tiende a la abolición de la situación existente», el esbozo histórico de la formación del proletariado como clase, la diferenciación entre el «socialismo proletario» y el radicalismo de los artesanos y las clases medias inferiores, y la caracterización del Estado como instrumento de opresión en manos de la clase propietaria dominante.

Son ideas que estaban destinadas a convertirse en fundamentales en la teoría de Marx y Engels, aunque sólo se convirtieron en ideas «marxistas» en virtud de la lógica del materialismo histórico que las articuló y les dio sostén. Fue Marx quien construyó esta lógica y quien concibió la causalidad histórica y las nuevas ideas cuyo resultado podría decirse que son estas proposiciones. Como escribía a Weydemeyer en 1852, «lo que yo he aportado de nuevo ha sido... demostrar que la existencia de las clases sólo va unida a determinadas fases históricas del desarrollo de la producción».⁴⁶⁸

Se puede estar, pues, de acuerdo con Engels en que la teoría materialista de la historia, «que venía a revolucionar la ciencia histórica... fue,

⁴⁶⁷ Sobre este tema me remito a mi artículo *The Limitation of Proletarian Theory in England before 1850*, en «History Workshop», n.º 5, 1978.

⁴⁶⁸ *Obras escogidas*, vol. 2, p. 481.

esencialmente, obra de Marx», pero al mismo tiempo podemos no estar de acuerdo con su afirmación de que él tuvo un papel muy pequeño en su elaboración.⁴⁶⁹ De hecho Engels proporcionó los materiales en bruto que subrayaron dramáticamente la inadecuación de la teoría anterior y que constituyeron una gran parte de las proposiciones hacia las que se dirigía la nueva teoría. El que Engels se excuse resulta más comprensible si se tiene en cuenta que algunas de las más importantes de estas proposiciones no eran, en realidad, productos originales suyos. Tomemos por ejemplo la definición del Estado moderno formulada en *La Ideología Alemana*: «A esta propiedad privada moderna corresponde el Estado moderno, que a través de los impuestos ha sido comprado poco a poco por los detentadores de la propiedad privada, que a través del sistema de la deuda pública ha caído por completo en sus manos, y cuya existencia ha terminado con la dependencia absoluta, a través del ascenso o el descenso de los títulos del Estado en la bolsa, del crédito comercial que le conceden los detentadores de la propiedad privada, los burgueses».⁴⁷⁰

Afirmaciones como ésta o variantes de la misma menos matizadas habían sido lugares comunes en la prensa ilegal y en la política cartista. Lo mismo puede decirse de muchas de las tesis contra Malthus, de la condena de la superproducción como consecuencia de la concentración en el mercado mundial y de la idea de la mano de obra de reserva. La importancia de la aportación de Engels procedía, más que de sus momentos de originalidad de su, capacidad de transmitir elementos teóricos y prácticos desarrollados en el seno del movimiento obrero de modo que se convirtieran en parte intrínseca de la estructura de la nueva teoría. El significado de este momento en los primeros pasos del marxismo suele ser ignorado. Según la versión oficial, formulada por primera vez por Kautsky y luego prestigiada por el parcial reconocimiento de Lenin en el *¿Qué hacer?*, el proceso de unión entre socialismo y movimiento obrero es totalmente unívoco: la teoría socialista es elaborada fuera de la clase obrera por intelectuales burgueses, es comunicada posteriormente a los elementos más avanzados de la clase obrera, y finalmente llega al movi-

⁴⁶⁹ ENGELS, *Contribución a la historia de la Liga de los comunistas* cit., p. 190.

⁴⁷⁰ MARX y ENGELS, *La Ideología Alemana*, Barcelona 1974, p. 82.

miento obrero. En este proceso el papel de la clase obrera es totalmente pasivo; es una interpretación bastante parecida a la formulada por Marx en 1843, en la que el proletariado entrega la fuerza de sus brazos al filósofo y obtiene a cambio la conciencia de lo que es y del significado de su lucha. Es una perspectiva que corresponde a la idea de que la ruptura teórica del marxismo es algo que se ha producido autónomamente, un motor cuyo carburante ha sido exclusivamente la introspección intelectual. La unión con el movimiento obrero no se realizó hasta después de la formación de la teoría, y así se difundieron las nuevas ideas.

Para refutar esta interpretación basta recordar que, aunque los conceptos y la estructura de la nueva teoría no son ciertamente reducibles a la experiencia, y sólo pueden ser fruto de un trabajo teórico, los problemas nuevos que dan lugar a aquélla sólo pueden originarse por definición fuera del discurso teórico preexistente. Tanto en el caso de Engels como en el de Marx, el modo de plantearse los problemas cambió a medida que aumentaba su conciencia y su experiencia del movimiento obrero. Como es sabido, en 1844 Marx participó en reuniones de artesanos parisinos y esta experiencia se reflejó de un modo evidente en su trabajo.⁴⁷¹ Pero esta relación tuvo un efecto aún más profundo en Engels, ya que París no era un lugar tan estratégico como Manchester para asimilar la relación entre la industria moderna y el moderno movimiento obrero. Un rasgo que distinguía a Engels de muchos de sus contemporáneos era que no soportaba en absoluto su propio ambiente. Por eso estaba dispuesto no sólo a aprender algo *sobre*, sino también *de* los obreros; no quería limitarse a leer las fuentes a las que tenía acceso, sino que buscaba un contacto personal y se consideraba parte de su movimiento. En el prólogo de su libro señala cómo pasaba el tiempo en Manchester: «Renuncié a reuniones y banquetes, al oporto y al champaña de la clase media, y dediqué casi exclusivamente mis horas libres al contacto con *obreros* comu-

⁴⁷¹ Una interesante interpretación del cambio de posición de Marx con respecto a la clase obrera en este período la da M. Lowy, *La théorie de la Révolution chez le jeune Marx*, París 1970.

nes; estoy contento y a la vez orgulloso de haber procedido de esta suerte». ⁴⁷²

Sabemos que en Manchester conoció a las hermanas Burns, discutió sobre los owenistas con John Watts, frecuentó los Halls of Science, asistió a las intervenciones de los cartistas en contra de la Liga contra las leyes cerealistas, conoció a James Leach, un obrero industrial que ocupaba un puesto de relieve en la Asociación nacional cartista, y en el otoño de 1843 se presentó a Harney, en la redacción del *Northern Star*, en Leeds. Los resultados de esta experiencia son evidentes en su libro, y lo dice explícitamente en el prólogo: «Gracias a mi simultánea y amplia oportunidad para observar a la clase media, vuestra adversaria, he llegado rápidamente a la conclusión de que tenéis razón, toda la razón, sí no esperáis de ellos ayuda alguna». ⁴⁷³

Naturalmente, como ya hemos intentado demostrar, por parte de Marx y Engels no hubo una simple capitulación de la teoría ante la experiencia de 1842-1845. El proceso fue necesariamente más complejo porque una teoría inadecuada se ve obligada a adaptarse a fenómenos nuevos antes de ser abandonada del todo, al menos mientras no se consiguen determinar las posibilidades o los síntomas de una nueva teoría. Fue Marx quien realizó esta transformación teórica, pero Engels le había precedido proporcionándole muchos elementos de lo que sería el objeto de la nueva teoría, aunque fuera únicamente a nivel práctico y planteándolos en términos insatisfactorios en el ámbito de una problemática filosófica inadecuada. Precisamente el hecho de que Engels fuera un pensador menos consecuente que Marx representó una virtud fundamental en aquel período formativo que condujo a la apertura de una brecha hacia el materialismo histórico, al garantizar la conjunción entre la teoría materialista de la historia y los presupuestos prácticos de la lucha obrera, un acontecimiento que, según la versión ortodoxa, no se habría verificado hasta 1847, cuando Marx y Engels se adhirieron a la *Liga de los comunistas*, cuando en realidad formaba ya parte de la nueva teoría en el momento de su formación en Bruselas, en 1845.

⁴⁷² OME, vol. 6, p. 251.

⁴⁷³ *Ibid.*, pp. 251-252.

Hemos creído necesario detenernos en la importancia de las primeras contribuciones de Engels al marxismo, y ahora no nos es posible tratar de las numerosas aportaciones que hizo a su desarrollo posterior. Habría que recordar su trabajo en el seno de la Liga de los comunistas y en la preparación del *Manifiesto*, habría que examinar su obra de corresponsal sobre los asuntos europeos y su tratamiento del espinoso problema de las nacionalidades en la *Neue Rheinische Zeitung* en 1848, su cada vez más profundo conocimiento de la estrategia y la teoría militares a partir de los años 50, su magistral análisis de Alemania, elaborado en *La guerra de los campesinos* y en *Revolución y contrarrevolución en Alemania*, y continuando luego en sus escritos sobre Bismarck y sobre el nuevo Estado unitario alemán. Tampoco es posible examinar sus obras posteriores sobre las ciencias de la naturaleza, y sobre los orígenes de la familia y del Estado, o bien, en la esfera más estrictamente política, sus reflexiones sobre Irlanda, sus numerosos y lúcidos análisis de la situación y de la estrategia de distintos movimientos obreros europeos y americanos, sus batallas contra el proudhonismo y el anarquismo, y sus estrechas relaciones con los dirigentes de la socialdemocracia alemana, o su creciente preocupación por el mantenimiento de la paz en Europa a partir de la fundación de la Segunda Internacional. Deberemos limitarnos a formular la hipótesis de que existe una notable coherencia en sus principales ideas y en sus mismas limitaciones desde el principio hasta el final de su larga carrera de marxista.

A partir de 1845 la relación entre Marx y Engels fue constante. Lo que Engels escribió en 1887 vale para toda la relación de trabajo que mantuvieron⁴⁷⁴: «A consecuencia de la división del trabajo que existía entre Marx y yo, me tocó defender nuestras opiniones en la prensa periódica, lo que, en particular, significaba luchar contra las ideas opuestas, a fin de que Marx tuviera tiempo de acabar su gran obra principal».

Una colaboración de este tipo no podría haber durado mucho tiempo si se hubiera tratado de una relación entre maestro y discípulo, entre creador y divulgador. Funcionó porque la teoría de partida la tenían en

⁴⁷⁴ ENGELS, *Contribución al problema de la vivienda*, en *Obras escogidas*, vol. 2, p. 317.

«co-propiedad», de modo que ambos se sentían comprometidos en su ampliación a través de la elaboración de una teoría específica del modo de producción capitalista. Engels nunca dudó que Marx estaba más dotado que él para esta tarea, y por ello sería un error compadecer a Engels por los largos años en que mantuvo económicamente a Marx durante la preparación de *El Capital*. Por su parte, él tampoco habría aceptado una actitud conmisericordiosa de este tipo, ya que consideraba que *El Capital* era una expresión de sí mismo tanto como de Marx. No hay señales de verdadero enojo por parte de Engels, excepto en el momento de la fría reacción de Marx ante la muerte de Mary Burns. Como es fácil imaginar, la tensión estuvo más presente en la familia Marx, y, en particular, la señora Marx no toleraba la dependencia económica de su familia de la caridad del amigo. En cuanto a Engels, después de lo aburridos que habían sido sus largos años de trabajo profesional en Manchester, su relación con Marx satisfacía una profunda necesidad de seguridad intelectual, y le proporcionaba una sólida base sobre la que desarrollar sus diversificadas capacidades intelectuales. Engels no estaba lo suficientemente seguro de sí mismo como para poseer una gran originalidad teórica; y por ello buscaba esta cualidad en los demás. Aparte de Marx, el único pensador que satisfizo este deseo suyo de seguridad intelectual fue Hegel.

La concepción inicial del materialismo histórico, desarrollada en la obra de Marx en el período que va de *La Ideología Alemana* al *Manifiesto del Partido Comunista*, fue bastante problemática. Tendía a reducir la ideología a un simple reflejo del movimiento real y el desarrollo del movimiento real a un reflejo del desarrollo de las fuerzas productivas. A cada país se le atribuía un papel particular en la revolución futura, según el nivel alcanzado en una escala de desarrollo, y la teoría dejaba muy poco espacio a la distinción entre el carácter específico de la crisis del capitalismo en los años 40 y el de una eventual crisis definitiva del capitalismo en su conjunto. Las revoluciones de 1848 no tuvieron el éxito previsto. El cartismo y el «socialismo proletario» no triunfaron en Inglaterra, Alemania no llevó a cabo su revolución burguesa, la Revolución francesa abortó y produjo la «farsa» del Segundo Imperio, mientras los «pueblos sin historia» de Europa oriental demostraban en la práctica la existencia

de una lógica histórica más compleja y discontinua de lo que había previsto la teoría inicial.

A pesar de ello, la bancarrota de 1848 no provocó una reformulación radical de la teoría. Por el contrario, tras un análisis más pormenorizado del ciclo comercial y el reconocimiento de un espacio más amplio al desarrollo de las fuerzas productivas en el ámbito del capitalismo, Marx y Engels consideraron que el carácter de las revoluciones no había hecho más que confirmar la corrección de sus hipótesis. La teoría del modo de producción capitalista fue enormemente profundizada en *El Capital*, pero la concepción global de las relaciones entre las esferas económica, política e ideológica permaneció invariable en lo esencial. Fue confirmada en el prólogo de 1872 al *Manifiesto*, y sólo en los años 80 (como reacción a la creciente difusión de un marxismo vulgar contaminado por el positivismo) Engels empezó a subrayar el carácter complejo e indirecto de la determinación económica y la importancia de la esfera política. Sin embargo, también en este caso se trataba de una especificación más que de un desarrollo de la teoría, ya que Engels no estaba dispuesto a replantear el carácter de la determinación en términos teóricos. Es bastante improbable que Engels admitiese la necesidad de una reformulación sustancial, y su visión teórica fundamental se mantuvo, de hecho, notablemente constante. Ligándolo siempre con la idea de un proceso histórico que llevaría al hundimiento del capitalismo, a diferencia de la mayor parte de los teóricos del *Zusammenbruch* de la Segunda Internacional (que formulaban precisamente la hipótesis de un hundimiento general y simultáneo del capitalismo) consideraba que el desarrollo de la lucha de clases era parte integrante de aquel proceso. También se mantuvo fiel a su convicción inicial, procedente del cartismo, de que la lucha por la democracia en los países capitalistas era una lucha social y, por lo tanto, estaba inserta en la lucha por el socialismo; de ahí el entusiasmo que profesó siempre, juntamente con Marx, por el sufragio universal, y su confianza en que en algunos países el socialismo podría ser alcanzado por medios pacíficos. Además, y a pesar de los matizados análisis de Engels sobre Alemania, en los que desarrolló sus importantes concepciones sobre el absolutismo, el «bonapartismo» de la burguesía y la «revolución desde arriba», y a pesar de su teoría que vinculaba el carácter del movi-

miento obrero inglés al predominio inglés en el mercado mundial, la línea política de sus intervenciones permaneció sustancialmente idéntica a la que había elaborado con Marx en los años 40; es decir, estimular la formación de partidos obreros independientes basados en la lucha de clases, forjar alianzas con las demás fuerzas progresistas sobre la base de esta independencia, combatir todos los obstáculos sectarios que se opusieran a este proceso.

Engels estuvo marcado de un modo evidente por sus experiencias juveniles en Inglaterra. Su juicio sólo podía ser realmente incisivo y su intuición realmente segura al tratar los problemas de los movimientos obreros en los países industrializados. Como en su juventud, estuvo siempre convencido de la «idiotez de la vida rural», y le resultaba difícil pensar en los campesinos en términos que no fueran los de supervivencias bárbaras o en la perspectiva de su futura proletarización.⁴⁷⁵ Al tratar de los bakuninistas en España y en Italia llegó a perder el sentido de las proporciones; nunca consiguió perdonar a los esclavos meridionales y a los checos su acción contra la Alemania y la Hungría revolucionarias de 1848, y se negó a considerar importante la cuestión nacional, excepto donde contribuyera, consciente o inconscientemente, a la causa de la revolución. Los puntos de apoyo, y al mismo tiempo las debilidades, de su pensamiento consistían en la absoluta prioridad que concedía a las situaciones que parecían ofrecer mayores posibilidades para el avance del socialismo, y esto a veces le impidió captar conflictos paralelos, tal vez incómodos, pero no menos reales.

Cálculos de este tipo dominaron siempre sus cambios de opinión en la cuestión de las relaciones internacionales. En los años 50 y 60 Engels y Marx escrutaban el horizonte político con la esperanza de que una guerra europea provocase una alianza progresista contra el zarismo, una radicalización de la burguesía y el derrocamiento de las autocracias reaccionarias. Sin embargo, después de que Bismarck hubo hecho realidad la unidad alemana y la anexión de Alsacia-Lorena, Engels se fue convenciendo de la necesidad de la paz: dado que el futuro del socialismo de-

⁴⁷⁵ Véase, sin embargo, su agudo ensayo sobre *El problema campesino en Francia y en Alemania*, en *Obras escogidas*, vol. 3, pp. 482-502.

pendía entonces del futuro de Alemania y del desarrollo poderoso del Partido socialdemócrata alemán, le parecía necesario impedir por todos los medios una alianza franco-rusa, y aplazar la restitución de las provincias francesas hasta que no se hubiera producido la victoria del socialismo. Por otra parte, no hay duda de que esta posición filo-alemana se basaba en criterios socialistas, y no en una particular inclinación nacional, del mismo modo que es cierto que Bebel y Bernstein descubrieron, escandalizados, entre sus papeles un plano para la defensa de París frente a los prusianos en 1870, y lo destruyeron por miedo a la reacción que esto habría podido provocar en Alemania.⁴⁷⁶ Sin embargo, esta acentuación unilateral de las perspectivas de éxito del socialismo alemán causó no pocas dificultades a la Segunda Internacional. En 1891 los socialistas franceses fueron duramente atacados por Engels por su chovinismo cuando afirmó la necesidad de apoyar a los socialistas alemanes en caso de una guerra defensiva, al tiempo que no aludía a una acción análoga con respecto a los socialistas franceses en caso de un ataque ofensivo por parte de Alemania.⁴⁷⁷ La preocupación de Engels ante la amenaza rusa y su insistencia en la necesidad de la paz para construir el socialismo en Alemania le impidieron en parte prestar la debida atención al caso francés; como consecuencia, el Partido socialdemócrata alemán no actuó con absoluta mala fe cuando apeló a la autoridad de Engels para justificar su voto a favor de los créditos de guerra en 1914.⁴⁷⁸

La fuerza y la debilidad del marxismo de Engels proceden de su profunda y duradera comprensión de la dialéctica histórica y del avance concomitante de la industria moderna y del movimiento proletario. Así se explica la fascinación que Hegel ejerció siempre sobre él, y su repetido recurso a Hegel ante problemas para los que el marxismo no ofrecía soluciones. Engels recurrió al concepto hegeliano de «nación histórica» ante el nacionalismo de 1848, y buscó indicaciones en la filosofía natural de Hegel para su búsqueda de una alternativa al materialismo mecánico de

⁴⁷⁶ MAYER, F. Engels cit., vol. 2, p. 196.

⁴⁷⁷ Ibid., pp. 508-509.

⁴⁷⁸ Cf. Engels a Bebel, 13 de octubre de 1891, en A. BEBEL, *Briefwechsel mit Friedrich Engels*, a cargo de W. Blumenberg's Gravenhage, 1965, pp. 450-453.

los años 50, como también recurrió a la idea hegeliana de interacción dialéctica para oponerse a las concepciones marxistas vulgares del determinismo económico o tecnológico en los años 80 y 90.

Pero su fidelidad a Hegel no fue lo único que conservó de sus años juveniles. A pesar de su insistencia en las bases científicas del socialismo, Engels siguió siendo en muchos aspectos un fiel discípulo de los grandes utopistas que había conocido en su juventud. No pensaba solamente en la estrategia inmediata de los distintos partidos socialistas de su tiempo, sino también en la abolición de las diferencias entre campo y ciudad, en la liberación de la mujer, en la liberación de las relaciones sexuales y sociales de las trabas de la propiedad y de la esclavitud del salario, en la desaparición del Estado. Siguió siendo siempre un admirador de Owen y aún más de Fourier. Su intenso odio por la propiedad, por el gobierno y por las miserias de la «civilización» aparece plenamente en *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*. Por otra parte, sólo un hombre que hubiera saboreado y no hubiera olvidado la utopía socialista podría haber escrito estas palabras:

Los hombres aplican ahora y dominan así con pleno conocimiento real las leyes de su propio hacer social, que antes se les enfrentaban como leyes naturales extrañas a ellos y dominantes. La propia asociación de los hombres, que antes parecía impuesta y concedida por la naturaleza y la historia, se hace ahora acción libre y propia. Las potencias objetivas y extrañas que hasta ahora dominaron la historia pasan bajo el control de los hombres mismos. A partir de ese momento harán los hombres su historia con plena conciencia; a partir de ese momento irán teniendo predominantemente y cada vez más las causas sociales que ellos pongan en movimiento los efectos que ellos deseen. Es el salto de la humanidad desde el reino de la necesidad al reino de la libertad.⁴⁷⁹

⁴⁷⁹ ENGELS, *Anti-Dühring* cit., p. 294 (el fragmento está reproducido en *El desarrollo del socialismo de la utopía a la ciencia*).

ERIC J. HOBSBAWM

Las vicisitudes de las ediciones de Marx y Engels

Los escritos de Marx y Engels son considerados «clásicos» por los partidos socialistas y comunistas que se inspiran en ellos y, desde 1917, por un número creciente de Estados para los que constituyen la base de la ideología oficial, o incluso representan un equivalente laico de la teología. Tras la muerte de Engels, gran parte de la discusión marxista, y tal vez incluso la parte dominante de la misma, asumió la forma de exégesis, especulaciones o interpretaciones textuales, o bien de debate entre la aceptación y la eventual necesidad de una «revisión» de las tesis de Marx y Engels tal como estaban en sus escritos. Sin embargo, éstos no constituían inicialmente un corpus de obras completas de los dos clásicos. No se realizó ninguna tentativa de publicar una edición completa de su obra hasta los años 20, cuando se emprendió en Moscú, bajo la dirección de D. Riazanov (tras un acuerdo entre el Instituto *Marx-Engels*, que él dirigía, el Instituto de Sociología de Frankfurt y el Partido socialdemócrata alemán), la preparación de la famosa MEGA (*Marx-Engels-Gesamtausgabe*) prevista en cuarenta volúmenes. Quedó incompleta en alemán al interrumpirse en el duodécimo volumen en 1935; la obra fue continuada en ruso, aunque de un modo menos íntegro de lo que había sido proyectado inicialmente. En el mismo período se realizaron otras tentativas independientes de publicar una edición lo más completa posible, sobre todo en Francia por parte del editor Alfred Costes. A partir de 1956 fue publicada en la República Democrática alemana una edición bastante amplia, aunque no completa, de las obras de Marx y Engels (conocida y citada en general como Mew: *Marx-Engels-Werke*), que constituyó la base de numerosas ediciones análogas en otras lenguas, muchas de las cuales están aún en curso de publicación. A principios de los años 70 los Institutos de marxismo-leninismo de la URSS y de la RDA empezaron a colaborar en una nueva *Gesamtausgabe* (la nueva Mega), prevista en un centenar de volúmenes, de los cuales en el momento actual sólo se han publicado unos pocos. Así, pues, durante una gran parte de la historia del marxismo, el debate se ha basado en una selección más o menos amplia de los

escritos de Marx y Engels. Por ello, para entender esta historia, es necesario realizar un breve examen, inevitablemente sumario, de las vicisitudes de las obras en cuestión.

1. Las obras publicadas por Marx y Engels

Dejando aparte el gran volumen de material periodístico, escrito en su mayor parte entre 1840 y 1860, el cuerpo de obras publicadas por los mismos Marx y Engels antes de la muerte de Marx es relativamente modesto. Antes de la revolución de 1848 está compuesto por algunos importantes ensayos redactados por Marx (y en menor medida por Engels) antes de empezar su colaboración sistemática -como los escritos publicados en los *Deutsch-französische Jahrböher*, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, de Engels (1845); *La Sagrada Familia*, de Marx y Engels (1845); la polémica de Marx contra Proudhon en *la Miseria de la filosofía* (1847), *el Manifiesto del Partido Comunista* (1848), y algunas conferencias y artículos de la segunda mitad de los años 40. Con la excepción del *Manifiesto*, ninguna de estas obras fue reeditada antes de la muerte de Marx de forma accesible a un amplio público.

Tras la derrota de las revoluciones de 1848-1849 Marx publicó, en revistas de emigrados con tiradas miserablemente reducidas (la *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue*, editada en Londres, y *Die Revolution*, editada en Nueva York, sus hoy famosos análisis de la revolución, es decir, las obras actualmente conocidas como *Las luchas de clases en Francia* y *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*). Este último escrito fue reeditado en 1869. El escrito de Engels sobre *La guerra de los campesinos en Alemania* (1850), también publicado en la *Neue Rheinische Zeitung* londinense (a diferencia de los artículos sobre Revolución y contrarrevolución en Alemania, que aparecieron con la firma de Marx en la *New York Tribune* entre el 25 de octubre de 1851 y el 22 de diciembre de 1852) fue también reeditado antes de la muerte de Marx. A partir de entonces las obras editadas de Marx, con la excepción de los artículos de actualidad periodística y de polémica política coyuntural, se limitan prácticamente a la *Contribución a la crítica de la economía política* (1859), que ya no fue reim-

presa; *El Capital* (vol. I, 1867), a cuya historia nos referiremos más adelante, y una serie de escritos para la *Asociación Internacional de Trabajadores*, los más conocidos de los cuales son el *Manifiesto inaugural* (1864) y el titulado *La guerra civil en Francia* (1871), que ha sido repetidamente reeditado. Engels publicó algunos panfletos, dedicados sobre todo a cuestiones político-militares, pero en los años 70 emprendió, con el *Anti-Dühring* o *Herrn Eugen Dührings Umwälzung der Wissenschaft* (1878), la serie de escritos a través de los cuales el movimiento socialista internacional se familiarizó con el pensamiento de Marx sobre temas que no fueran de economía política. Sin embargo, en su mayor parte estos escritos pertenecen al período posterior a la muerte de Marx.

Así pues, en 1875 el corpus de las obras de Marx y Engels conocidas y a disposición del público era bastante reducido, ya que gran parte de sus primeros escritos se habían agotado y no habían sido reeditados. Básicamente se disponía del *Manifiesto*, que alcanzó una cierta difusión a partir de los primeros años 70 (entre 1871 y 1873 aparecieron al menos nueve ediciones en seis lenguas, el mismo número que 295 en los veintidós años anteriores), *El Capital*, que fue traducido al ruso y al francés, y *La guerra civil en Francia*, que dieron a Marx una cierta fama. A pesar de todo, podemos decir que entre 1867 y 1875 se constituyó por primera vez un corpus, aunque limitado, de obras marxianas.

Entre la muerte de Marx (1883) y la de Engels (1895) se produjo una doble transformación. En primer lugar, el interés por las obras de Marx y Engels se intensificó con los avances del movimiento socialista internacional. En aquellos doce años, según B. Andréas, aparecieron al menos 75 ediciones del *Manifiesto*, en quince lenguas. Es interesante observar que las ediciones traducidas a las lenguas del Imperio zarista eran ya más numerosas que las editadas en el original alemán (17 a 11). En segundo lugar, se emprendió la publicación sistemática de una parte notable de la obra de los clásicos en la lengua original, por iniciativa principalmente de Engels. Este trabajo consistía en: a) reediciones (en general con nuevas introducciones) de obras agotadas desde hacía muchos años, con las que Engels quería subrayar que perduraba su importancia; b) publicación de obras que Marx había dejado inéditas o incompletas; c) nuevos escritos de Engels, que a veces incorporaban importantes textos inéditos de Marx

(como las *Tesis sobre Feuerbach*), en los que se proponía trazar un panorama coherente y completo de la doctrina marxiana. Dentro del primer grupo, Engels reeditó en forma de opúsculo los artículos de Marx sobre *Trabajo asalariado y capital* (1847-1884), *la Miseria de la filosofía* (1847-1884), *El 18 Brumario* (1885), *La guerra civil en Francia* (1891) y *Las luchas de clases en Francia* (1895), además de su obra *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1887) y algunas reediciones de diversos escritos suyos referidos a los años 70. Las obras principales difundidas en el segundo grupo fueron el segundo y el tercer libro de *El Capital* (1885 y 1894) y la *Crítica del programa de Gotha* (1891). Las obras principales del tercer grupo fueron, además del *Anti-Dühring* y *El desarrollo del socialismo de la utopía a la ciencia* (un extracto del *Anti-Dühring* que fue bastante reeditado), *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado* (1884), y *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana* (1886), a los que se añadieron numerosas contribuciones al debate político coyuntural. Estas ediciones no tuvieron, con la excepción de *El desarrollo del socialismo*, tiradas elevadas, pero fueron accesibles a un público bastante amplio y a partir de entonces ya estuvieron siempre disponibles. Constituyen la parte principal de lo que Engels consideraba el corpus de los escritos suyos y de Marx, aunque, si hubiese vivido más tiempo, tal vez le hubiera añadido algunos textos más, como por ejemplo *Teorías sobre la plusvalía*, publicada posteriormente por Kautsky, y una versión revisada de *La guerra de los campesinos*, que él mismo esperaba poder publicar.

Con algunas excepciones más, como por ejemplo los escritos originariamente publicados en inglés (algunos de los cuales fueron reeditados por Eleanor Marx poco tiempo después de la muerte de Engels), éste fue el material puesto a disposición del movimiento marxista internacional a finales del siglo XIX, teniendo en cuenta también las traducciones. Era el fruto de una opción, y en cierta medida de una compilación, hecha por Engels. Así, *El Capital* nos ha llegado no como Marx habría querido, sino como Engels pensaba que Marx habría querido. Como es sabido, los últimos tres volúmenes fueron preparados por Engels (y luego por Kautsky) en base a los escritos incompletos dejados por Marx. Incluso el primer libro es un texto acabado por Engels y no por Marx, ya que la versión base (la cuarta edición alemana de 1890) fue modificada por Engels

a la luz de la última edición (la segunda) revisada por Marx, las modificaciones ulteriores aportadas por Marx a la edición francesa de 1872-1875, algunas notas manuscritas y algunas consideraciones técnicas de importancia secundaria. (En efecto, también la segunda edición revisada por Marx en 1872 incluía sustanciales reelaboraciones de algunas secciones de la primera edición de 1867).

Éste habría sido pues el corpus principal de los textos clásicos en el que se habría basado el marxismo de la Segunda Internacional, si muchos de sus teóricos y dirigentes (especialmente en Alemania) no hubiesen tenido contactos personales directos con Engels en los últimos años de su vida, ya fuera a través de conversaciones o por medio de un enorme volumen de correspondencia que no fue publicado hasta después de la Primera Guerra mundial. Hay que observar que se trataba en efecto de un corpus «acabado» de escritos teóricos, y así lo veía Engels, que con sus propios escritos había intentado colmar las lagunas dejadas por Marx y actualizar las publicaciones ya existentes. Así, no se dedicó en la redacción de *El Capital* a reconstruir el curso y el desarrollo del pensamiento económico de Marx, que a su muerte aún no había terminado. La reconstrucción histórica de la génesis y el desarrollo de *El Capital* (incluidas las modificaciones realizadas a las diversas ediciones del primer libro publicado por Marx) no fue emprendida de un modo riguroso hasta después de la Segunda Guerra mundial, y aún hoy no puede considerarse completada. Engels, en cambio, se propuso producir un texto «definitivo» de la obra principal de su amigo que hiciera superfluas las redacciones anteriores.

Sus breves compendios del marxismo, y sobre todo el famosísimo *El desarrollo del socialismo de la utopía a la ciencia*, tenían que hacer accesible el contenido de este corpus teórico a los miembros de los nuevos partidos socialistas de masas. Y efectivamente en este período los teóricos y dirigentes de los movimientos socialistas dedicaron gran atención a la elaboración de análogos compendios populares de la doctrina de Marx. Así, por ejemplo, Deville en Francia, Cafiero en Italia, Aveling en Inglaterra, redactaron compendios de *El Capital* y Kautsky publicó sus *Doctrinas económicas de Karl Marx*. Éstos son sólo algunos ejemplos de obras de este tipo. En efecto, gran parte del esfuerzo educativo y propagandístico de

los nuevos movimientos socialistas aparece orientado hacia la producción y la difusión de obras de este tipo, más que a la edición de los escritos de Marx y Engels. En Alemania, por ejemplo, la tirada media de las ediciones del *Manifiesto* antes de 1905 era sólo de 2.000 o como máximo de 3.000 ejemplares, y sólo aumentó en años posteriores. Como comparación, digamos que de la *Revolución social* de Kautsky (parte I) se editaron 7.000 ejemplares en 1903 y 21.500 en 1905, de *Christenthum und Sozialismus de Bebel* se vendieron 37.000 ejemplares entre 1898 y 1902, con otra edición de 20.000 ejemplares en 1903, y que del *Programa de Erfurt* del partido (1891) se distribuyeron 120.000 ejemplares.

Esto no significa que el corpus de escritos clásicos disponibles no fuera leído por los socialistas inclinados a la reflexión teórica. Este corpus fue traducido a varias lenguas. Así, en Italia, un país en el que el interés por el marxismo fue insólitamente vivo entre sus intelectuales en los años 90, en 1900 se había editado prácticamente todo el corpus tal como había sido seleccionado por Engels (con la excepción de los últimos volúmenes de *El Capital*), y los *Escritos de Marx*, Engels y Lassalle, editados por Ciccotti a partir de 1899 incluían además muchas otras obras.⁴⁸⁰ Hasta 1935 aproximadamente se añadió muy poca cosa en inglés al cuerpo de escritos clásicos que había sido traducido en 1913 (a menudo de un modo aproximativo), sobre todo por obra del editor Charles H. Kerr, de Chicago. Aquellas personas con gran interés teórico (o sea, los intelectuales de Europa central y oriental, y en parte también los italianos, sobre los cuales el marxismo ejercía un gran poder de atracción) buscaban arduosamente los demás escritos de Marx y Engels. El Partido socialdemócrata alemán, que poseía el *Nachlass* literario de los fundadores, no hizo ninguna tentativa de publicar sus obras completas, y es posible que considerase contraproducente la publicación o la reedición de algunas de sus notas más virulentas y ofensivas, o de escritos políticos que revestían un interés meramente coyuntural. Sin embargo, los eruditos marxistas, y sobre todo Kautsky y Mehring en Alemania, y D. Riazanov en Rusia, emprendieron la publicación de un cuerpo de escritos editados por Marx y En-

⁴⁸⁰ R. MICHELS, *Die italienische Literatur über den Marxismus*, en «Archiv für Sozialwissenschaft», 25, II, 1907, páginas 525-572.

gels más completo de lo que Engels hubiese considerado necesario. Así, Franz Mehring puso en circulación los escritos de Marx y Engels de los años 40, mientras Riazanov publicó en varios volúmenes obras escritas entre 1852 y 1862.⁴⁸¹ Antes de 1914 se abrió una importante brecha en el material inédito con la publicación de la correspondencia entre Marx y Engels, en 1913.⁴⁸² En la *Neue Zeit*, la revista teórica del Partido socialdemócrata alemán, Kautsky ya había publicado en varias entregas una selección de material manuscrito, en particular en 1902 las cartas de Marx al doctor Kugelmann, y en 1903 algunos fragmentos de lo que hoy se conoce como *Grundrisse*; por ejemplo, la incompleta *Introducción a la Contribución a la crítica de la economía política*. A nivel local se publicaron en varias ocasiones escritos de Marx y Engels dirigidos a sus corresponsales en determinados países o ya editados en la lengua de esos países, o bien referidos específicamente a los mismos; sin embargo, raramente fueron traducidos a otras lenguas. Tal vez la mejor indicación de los escritos de los clásicos disponibles en 1914 está en la bibliografía añadida como apéndice al artículo *Karl Marx* del Diccionario enciclopédico Granat, escrito por Lenin en aquel año.⁴⁸³ Puede suponerse que los textos de Marx y Engels que no eran conocidos por los marxistas rusos, que eran los más asiduos estudiosos de los escritos clásicos,⁴⁸⁴ no estaban a disposición del movimiento internacional.

⁴⁸¹ Véase *Aus dem literarischen Nachlass von Karl Marx und Friedrich Engels 1841 bis 1850*, a cargo de F. Mehring, 3 vols., Berlín 1923, y *Gesammelte Schriften von K. Marx und Friedrich Engels, 1852-1862*, a cargo de N. Riazanov, 2 vols., Stuttgart 1917.

⁴⁸² *Der Briefwechsel zwischen Friedrich Engels und Karl Marx*, a cargo de A. Bebel y Ed. Bernstein, Stuttgart 1913.

⁴⁸³ V. I. LENIN, *Obras completas*, vol. 22, pp. 133-185 (la bibliografía está en las pp. 173-185).

⁴⁸⁴ Lenin observaba a este respecto que de las obras y cartas de Marx, aún no recopiladas en una edición completa, «al ruso se ha traducido una parte mayor que a cualquier otra lengua» (*ibid.*, p. 173).

2. La Revolución rusa y las primeras tentativas de «obras completas»

La Revolución rusa transformó en varios aspectos los modos de publicación y la difusión de las obras clásicas. En primer lugar, trasladó el centro de los estudios de los textos marxianos a una generación de estudiosos que nunca había tenido relaciones personales con Marx ni, como había ocurrido con más frecuencia en casos como Bernstein, Kautsky y Mehring, con el viejo Engels. Este nuevo grupo no estaba directamente influido, por tanto, ni por la opinión personal de Engels sobre los escritos clásicos, ni por los problemas de diplomacia y conveniencia (tanto en relación a la persona como en relación a la política contemporánea) que tan claramente habían influido en los inmediatos albaceas literarios de Marx y Engels. El hecho de que el centro principal de las publicaciones marxianas hubiese pasado a ser el movimiento comunista subrayaba esta ruptura, ya que los estudiosos comunistas (y en particular los rusos) tendían (quizá con toda la razón) a interpretar las omisiones y las modificaciones realizadas a los textos anteriores por la socialdemocracia alemana como distorsiones «oportunistas». En segundo lugar, en parte precisamente por este motivo, el objetivo de los marxistas bolcheviques (que podían contar con los recursos del Estado soviético) fue la publicación íntegra del cuerpo de los escritos clásicos -en otras palabras, una *Gesamtausgabe*.

Esto comportaba numerosos problemas de carácter técnico, de los que vale la pena mencionar al menos dos. Los escritos de Marx, y en menor medida los de Engels, incluían desde obras terminadas y publicadas de un modo más o menos cuidadoso, a redactados más o menos incompletos y provisionales, y hasta simples notas al margen de sus lecturas. No era fácil trazar una línea divisoria entre las «obras» y las notas y esbozos preliminares. El Instituto Marx-Engels dirigido por aquel formidable conocedor de Marx que fue D. Riazanov, excluyó de las «obras» propiamente dichas algunos escritos, cuya publicación fue iniciada por separado en una miscelánea paralela periódica, el «Marx-Engels Archiv». Estos escritos no fueron incluidos en una recopilación de todos los escritos hasta la nueva MEGA de los años 70. Hay que tener presente también que, mientras gran parte de los apuntes con notas de Marx y Engels esta-

ba disponible en el *Nachlass* de Marx y Engels, en posesión del Partido socialdemócrata alemán (trasladado, tras la llegada al poder de Hitler en 1933, al Instituto internacional de historia social de Amsterdam), la correspondencia de los clásicos estaba extraordinariamente dispersa y era imposible su publicación unitaria, entre otras razones porque en muchos casos no se sabía ni tan sólo dónde había que ir a buscar las cartas. En efecto, una serie de cartas de Marx y Engels fue publicada por separado, a veces por sus mismos destinatarios y a veces por sus albaceas, a partir de los años 20, pero, por ejemplo, un cuerpo epistolar amplio e importante como la correspondencia con Lafargue no fue publicado hasta los años 50.⁴⁸⁵ Como la *Mega* no se terminó, estos problemas dejaron de ser urgentes, aunque siguen siendo dignos de ser señalados. También hay que señalar la continua publicación de materiales marxianos, extraídos de las más antiguas recopilaciones existentes, sobre todo en los archivos del Partido socialdemócrata alemán. Aunque el Instituto de Moscú intentó adquirir la máxima cantidad posible de escritos de los clásicos para su propia edición completa (la única que estaba entonces en preparación) en realidad sólo obtuvo las fotocopias de la colección de los archivos más importantes, mientras los originales permanecían en Occidente.

En los años 20 hubo por tanto un notable progreso en la publicación de los escritos clásicos. Por primera vez se pusieron a disposición del más amplio público dos tipos de materiales: los manuscritos inéditos y la correspondencia de Marx y Engels con terceras personas. Pero los acontecimientos políticos crearon en seguida graves obstáculos tanto a la publicación como a la interpretación, que por otra parte eran impensables antes de 1914. El triunfo de los nazis dispersó el centro occidental (alemán) de los estudios marxianos, y retrasó muchos años la repercusión de las interpretaciones basadas en los trabajos realizados por el mismo. Para limitarnos a un ejemplo, la monumental biografía de Engels escrita por Gustav Mayer, una obra caracterizada por una extraordinaria erudición, tuvo que ser publicada en 1934 en una edición holandesa de exiliados, y fue virtualmente desconocida por los marxistas más jóvenes

⁴⁸⁵ F. ENGELS, *Correspondance avec Paul et Laura Lafargue*, textes recueillis, annotés et présentés par E. Bottigelli, París 1956-1959, 3 vols.

de la Alemania occidental de la posguerra hasta los años 70. Muchas nuevas ediciones de textos marxianos no eran por sí mismas, como decía el título de una recopilación publicada en los años 20, «rarezas marxistas»,⁴⁸⁶ pero era inevitable que se *convirtieran* en rarezas. En Rusia, el régimen estaliniano desbarató las actividades del Instituto Marx-Engels, especialmente tras la destitución y detención de Riazanov, y canceló la publicación de la Mega en alemán, aunque no impidió (a pesar del trágico tributo de las purgas) la continuación parcial del trabajo editorial. Por otra parte (y esto acabó siendo en cierto sentido aún más grave) la consolidación de lo que se podría llamar la interpretación estalinista ortodoxa del marxismo, promulgada oficialmente en el *Resumen de historia del PC(b) de la URSS* de 1938, hizo que algunos escritos de Marx se convirtieran en heterodoxos y que por tanto su publicación plantease serios problemas. Esto sucedió sobre todo con los escritos juveniles.⁴⁸⁷ Por último, la guerra azotó también a la Unión Soviética, y este hecho tuvo también graves repercusiones en la obra de Marx. La soberbia edición de los *Grundrisse*, realizada en Moscú en 1939-1941, fue virtualmente desconocida (a pesar de que llegaron un par de ejemplares a los Estados Unidos) hasta su reimpresión, en Berlín oriental, en 1953.

El tercer cambio producido en la publicación de los escritos clásicos a partir de 1917 se refiere a su divulgación. Como hemos señalado, los partidos socialdemócratas de masas no habían realizado, antes de 1914, ninguna tentativa seria de hacer leer a sus miembros los textos de Marx y Engels, con la posible excepción de *El desarrollo del socialismo* y, en menor medida, del *Manifiesto*. El primer volumen de *El Capital* fue objeto de numerosas reediciones (diez en Alemania entre 1903 y 1922), pero evidentemente no se prestaba a la lectura del más amplio público. Muchos de quienes lo compraban se limitaban probablemente a dejarlo en la estantería como prueba concluyente de que Marx había demostrado de un modo científico la inevitabilidad del socialismo. Pequeñas formacio-

⁴⁸⁶ *Neudrucke marxistischer Seltenheiten, Verlag Rudolf Liebing, Leipzig 1926.*

⁴⁸⁷ Aún en los años 60 la edición de la República Democrática alemana de las *Werke*, aunque no se abstenía de publicar estos escritos, lo hacía por separado de la serie principal y no como volúmenes numerados de las *Obras*.

nes políticas (compuestas por intelectuales, cuadros o militantes excesivamente devotos que gustan de reunirse en sectas marxistas) imponían sin duda a sus miembros una mayor dedicación. Así pues, entre 1848 y 1918 se editaron en inglés 34 ediciones del *Manifiesto* por parte de los grupos y partidos marxistas relativamente minúsculos del mundo anglosajón, mientras aparecían 26 ediciones en francés y 55 publicadas por los grandes partidos de los países de lengua alemana.

Pero el movimiento comunista internacional prestaba gran atención a la educación marxista de sus miembros y ya no se fiaba de los compendios doctrinarios. La selección y divulgación de los textos clásicos propiamente dichos se convirtió en una cuestión de la mayor importancia. La tendencia cada vez más marcada a apoyar la polémica política en el argumento de autoridad de los textos, que ya desde muchos años antes distinguía a algunos sectores de la tradición marxista (especialmente en Rusia) estimuló la difusión de los textos clásicos, aunque a lo largo del tiempo el movimiento comunista acabó citando con mucha más frecuencia a Lenin y a Stalin que a Marx y Engels. La amplia disponibilidad de los textos transformó sin duda la situación de quienes deseaban estudiar el marxismo en los países en los que estaba permitida la publicación de los escritos de Marx y Engels; de hecho, el área geográfica en la que era posible imprimir estas obras se contrajo bruscamente entre 1933 y 1944

3. *Los escritos inéditos*

Entre los escritos más importantes que habían permanecido inéditos, los de los años 40 alcanzaron cierta influencia antes de 1939. Tanto *La Ideología Alemana* como los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844* fueron editados en 1932, aunque aún hubo que esperar mucho tiempo para su traducción íntegra. No es éste el lugar para discutir la importancia de estos textos; señalemos únicamente que el debate marxista a partir de 1945 ha estado marcado en buena parte por la interpretación de estos manuscritos juveniles, y, viceversa, que el debate anterior a 1932 se realizó en gran parte ignorándolos por completo. El segundo gran cuerpo de manuscritos inéditos estaba formado por el material preparatorio de *El*

Capital. Como hemos dicho, una amplia serie de escritos (los *Grundrisse der Kritik der politischen-ökonomie* de 1857-1858) siguió siendo desconocida durante una serie de años más, ya que su primera publicación efectiva es de 1953, y su primera traducción (insatisfactoria) a una lengua extranjera no fue publicada hasta finales de los años 50. Hasta los años 60 no constituyó un componente relevante del debate marxista internacional, y aun entonces no fue reproducida íntegramente, sino principalmente lo que se refería a la parte histórica del manuscrito, publicado por separado con el título *Formen, die der kapitalistischer Produktion vorhergehen* (1953), y traducido a otras lenguas al cabo de unos años (al italiano en 1956 y al inglés en 1964). Una vez más, la publicación de este texto obligó a la mayor parte de los marxistas, que hasta entonces lo habían ignorado, a hacer una reconsideración general de los escritos de Marx. Del gran volumen de escritos y apuntes preparatorios para la redacción de *El Capital* que no fueron incluidos en las versiones definitivas, algunos capítulos fueron puestos en circulación aún más tarde y de un modo aún más gradual: por ejemplo, el proyectado capítulo VI del primer libro (*Resultate des unmittelbaren Produktionsprozesses*) que, a pesar de haber sido publicado en el «Archiv K. Marxa i F. Engelsa» en 1933 no fue seriamente discutido hasta finales de los años 60, y no fue traducido hasta 1969 al italiano y 1976 al inglés. Parte de aquel material permanece aún inédito.

El tercer manuscrito inédito importante, la *Dialéctica de la naturaleza* de Engels, apareció relativamente más temprano, en 1925, junto a otros apuntes de Engels, en el «Archiv K. Marxa i F. Engelsa». El hecho de que no fuera incluido en la Mega se debió probablemente, como puso de relieve Riazanov, a que gran parte del debate de Engels sobre las ciencias de la naturaleza, escrito en los años 70 del siglo XIX, había sido superado por la realidad de los hechos. Sin embargo, la obra se insertaba perfectamente en aquella orientación «dentista» del marxismo, que ya se había difundido en Rusia mucho tiempo antes y que fue revigorizada en la época staliniana. *La Dialéctica de la naturaleza* fue difundida pues con bastante rapidez en los años 30, hasta el punto de que fue citada por Stalin en el

Resumen de 1938,⁴⁸⁸ y ejerció una cierta influencia entre los científicos marxistas, que precisamente en aquellos años eran cada vez más numerosos. De la correspondencia de Marx y Engels con terceras personas, que constituía tal vez el mayor cuerpo unitario de material marxiano inédito, aparte de los apuntes, se había editado muy poco antes de 1914; las cartas publicadas estaban dispersas en parte en periódicos, en parte como recopilaciones o selecciones de cartas a determinados corresponsales en particular, como las *Briefe und Auszüge aus Briefen Joh. Phil. Becker, los Dietzgen, Friedrich Engels, Karl Marx und A. an F. A. Sorge und Andere* (Stuttgart 1906). Numerosas recopilaciones análogas fueron publicadas a partir de 1917 (sobre todo las cartas a Bernstein [en ruso en 1924, en alemán en 1925], a Bebel, Liebknecht, Kautsky y otros [en ruso en 1932, en alemán, en Leningrado, en 1933]), pero no se publicó ninguna recopilación completa antes de la edición rusa (*Sochinenija*, 25-29) de 1934-1936, o, en el original alemán, antes de las *Werke* de 1956-1968. Como ya hemos señalado, algunas recopilaciones particularmente importantes no fueron editadas hasta la segunda mitad de los años 50, y aún hoy la correspondencia no puede considerarse completa. A pesar de ello, la recopilación de que disponía el Instituto de Moscú en 1933 estaba formada por un notable cuerpo de cartas, difundidas sobre todo a través de traducciones y adaptaciones de la correspondencia editada a principios de los años 30.

Por ello es necesario hacer una breve observación a propósito de la edición «oficial» de estas cartas. No se consideraban propiamente como una correspondencia (excepto en lo que se refiere a la correspondencia entre Marx y Engels), sino más bien como una parte integrante de los escritos clásicos. Las cartas escritas por los corresponsales de Marx y Engels eran generalmente excluidas de las recopilaciones comunistas oficiales, aunque algunas ediciones de recopilaciones particulares, realizadas sobre todo por los corresponsales de Marx y Engels o por sus albaceas (por ejemplo Kautsky o Víctor Adler), incluyeron ambas partes de la

⁴⁸⁸ En este escrito, que estaba necesariamente autorizado, se citaban textualmente las siguientes obras de Marx y Engels: *Anti-Dühring*, *El Capital*, *Manifiesto*, *Crítica de la economía política*, *Prólogo*, *Dialéctica de la naturaleza*, *Feuerbach*, *Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel*, *El desarrollo del socialismo*, *Trabajo asalariado y capital*, y un par de cartas y prólogos de Engels.

correspondencia. La correspondencia Engels-Lafargue (1956-1959) es quizá la primera, publicada por iniciativa de los comunistas, que contiene ambas partes, y ha inaugurado una nueva etapa en el estudio de este grupo de textos marxianos. Hay que tener presente, además, que, al haber prevalecido hasta los años 70, en el ámbito de las *Obras*, la práctica de mantener separada la correspondencia entre Marx y Engels de la mantenida por éstos con terceras personas, un estudio rigurosamente cronológico de las cartas resulta aún relativamente difícil.

4. *Apuntes y notas preparatorias*

Como hemos dicho, la publicación y la traducción de las obras de Marx y Engels de una forma bastante más completa que antes progresó notablemente tras la Segunda Guerra mundial y en particular tras la muerte de Stalin. A principios de los años 70 se podía afirmar que, salvo nuevos descubrimientos de manuscritos o cartas, la inmensa mayor parte de las obras conocidas había sido editada en lengua original, aunque no siempre estuviera a disposición del más amplio público. Se incluía en una proporción creciente el material preparatorio extremadamente incompleto (notas de lectura, apuntes, etc.) que con creciente frecuencia es considerado como parte integrante de las «obras» y que, como tal, ha sido publicado. Hay que subrayar que se ha intentado analizar e interpretar estos materiales con creciente interés para descubrir en ellos las líneas originales del pensamiento de Marx, especialmente en lo que se refiere a temas sobre los que no había publicado nada, como sucede con los apuntes etnológicos editados por L. Krader.⁴⁸⁹ Este modo de proceder puede tal vez ser considerado como el inicio de una nueva y prometedora fase para el conocimiento de los textos marxianos, de la que hay indicios en los estudios de los esbozos y las variantes, de las notas preparatorias de *La guerra civil en Francia* o de la famosa carta a Vera Zasulich de 1881. En realidad este desarrollo era inevitable, ya que muchos de los nuevos textos más importantes, como los *Grundrisse*, estaban formados por no-

⁴⁸⁹ L. KRADER, *Marx's Ethnological Notebooks*, Assen 1972.

tas y esbozos no destinados a ser publicados de la forma en que lo fueron. El estudio de las variantes textuales había progresado notablemente, mientras tanto, tras la reedición en el Japón del primer capítulo original del primer libro de *El Capital* (edición 1867), sustancialmente reescrito por Marx en las ediciones posteriores.⁴⁹⁰

Podría decirse que, sobre todo a partir de los años 60, los estudios marxianos tienden cada vez más a buscar en Marx y Engels no tanto una serie «definitiva» de textos terminados que expongan la teoría marxista, cuanto un proceso de pensamiento en curso de desarrollo. Además, se va abandonando la idea de que las obras de Marx y las de Engels son esencialmente componentes indivisibles del cuerpo del marxismo, y se analizan las variaciones y a veces las divergencias que existen entre ambos, a pesar de que colaboraron durante toda su vida. El hecho de que esto tal vez haya llevado a una interpretación exaerada de esas diferencias no nos interesa en este momento. Lo cierto es que el gradual declive del marxismo entendido como sistema dogmático formal a partir de mediados de los años 50 ha estimulado estas nuevas tendencias en el ámbito de los estudios marxianos, aunque tal vez esto haya podido llevar a la búsqueda de autoridades textuales para versiones alternativas no menos dogmáticas de «marxismo» en escritos marxianos menos conocidos, publicados o difundidos recientemente.

5. *Las traducciones*

El declive del marxismo dogmático ha provocado una distanciamiento creciente entre los países gobernados por fuerzas políticas que, se declaran marxistas, con sus doctrinas oficiales más o menos monolíticas, y el resto del mundo, en el que coexiste una pluralidad de partidos, grupos y tendencias de inspiración marxista, y ha creado una situación nueva en muchos aspectos. Los partidos marxistas de la Segunda Internacional antes de 1914, aunque tendían a elaborar una interpretación ortodoxa de

⁴⁹⁰ K. MARX, *Das Kapital*. Erster Band, Hamburgo 1867, Photographic Reprint, Tokio-Aoki-Shoten 1958.

la doctrina para contraponerla a los ataques procedentes de los «revisionistas» por la derecha y de los anarcosindicalistas por la izquierda, aceptaban una pluralidad de interpretaciones, que tampoco habían podido impedir aunque lo hubieran querido. En el Partido socialdemócrata alemán nadie consideraba extraño que el ultrarrevisionista Eduard Bernstein cuidase de la edición de la correspondencia entre Marx y Engels en 1913, aunque Lenin viese trazas de «oportunismo» en sus criterios de compilador. En los años 20 coexistían el marxismo socialdemócrata y el marxismo comunista, aunque, a partir de la fundación del Instituto Marx-Engels, el centro editor de los clásicos se trasladó progresivamente al lado comunista. De paso puede observarse que aún hoy sucede así: a pesar de las tentativas, a partir de los años 60, de publicar selecciones de las obras clásicas (por ejemplo las de M. Rubel en Francia o las de Benedikt Kautsky en Alemania), las ediciones corrientes, sin las cuales ninguna de las demás (incluidas numerosas traducciones) sería concebible, siguen siendo las que se basan en la primera y la segunda *MEGA* y en las *Werke* de Moscú (y a partir de 1945 de Berlín oriental). A partir de 1933, la mayor parte de los marxistas, tanto de dentro como de fuera de la URSS, estaba vinculada a fines prácticos a los partidos comunistas, ya que los diversos «cismáticos» y «herejes» del movimiento comunista no habían conseguido grupos de adeptos numéricamente significativos. En el ámbito de los partidos socialdemócratas (aun sin tener en cuenta la casi total destrucción de los partidos alemán y austriaco en 1933-1934) el marxismo fue atenuándose progresivamente y fue asumiendo posiciones abiertamente críticas con respecto a la ortodoxia clásica, aún en mayor medida de lo que ya había ocurrido anteriormente. A partir de 1945, con pocas excepciones, estos partidos ya no se consideraron marxistas, a no ser tal vez en sentido histórico. Sólo en una visión retrospectiva, y a la luz del pluralismo marxista de los años 60 y 70, se ha reconocido el carácter pluralista de la literatura marxista del período entre las dos guerras, y se ha realizado un esfuerzo sistemático, especialmente en Alemania a partir de mediados de los años 60, para publicar o reeditar los escritos de aquel período.

Así pues, durante casi un cuarto de siglo no ha habido ninguna diferencia sustancial entre el marxismo de los partidos comunistas fuera de

la Unión Soviética (lo que equivale, en términos cuantitativos, a la mayor parte del marxismo) y el existente en la URSS, o al menos no se permitió que esas divergencias aparecieran públicamente. La situación ha cambiado gradualmente, en particular a partir de 1956. No ha habido únicamente la sustitución de la ortodoxia única anterior por dos ortodoxias doctrinales a partir de la ruptura entre la URSS y China, sino que los partidos comunistas que no están en el poder han tenido que afrontar el debate con grupos marxistas rivales que podían obtener ya adhesiones más numerosas, al menos entre los intelectuales (o sea entre los lectores de los textos marxianos), mientras en varios partidos comunistas occidentales se ha ido ampliando notablemente el margen de la libertad de discusión teórica interna, al menos en lo que se refiere a las cuestiones de doctrina marxiana. Así se ha ido creando una acentuada divergencia entre los países en los que el marxismo es profesado como doctrina oficial, estrechamente ligada al gobierno, con una única e inevitable versión de «lo que enseña el marxismo» por encima de cualquier otro argumento, y los demás países.

Un útil instrumento de medida de estas divergencias es el modo en que ambas partes han abordado la biografía de los fundadores del marxismo. En el primer grupo de países ha seguido siendo, si no totalmente hagiográfica, sí limitada por la repugnancia a tratar aspectos de su vida y actividad en los que no aparecerían muy favorecidos. La situación, por lo demás, no es nueva, sino que podemos advertirla ya en la primera fase de las biograñas ortodoxas de Marx en la Alemania de antes de 1914, por ejemplo en la *Vida* casi oficial de Franz Mehring, editada en 1918, y quizás aún más en las omisiones y los cortes introducidos en la correspondencia original entre Marx y Engels. En el segundo grupo de países, los marxistas y los biógrafos de Marx han abordado públicamente todos los acontecimientos de su vida incluso cuando los hechos no le favorecían. Divergencias de este tipo han caracterizado cada vez más la historia del marxismo (incluida la de los textos marxianos) a partir de 1956.

Queda por ver rápidamente la difusión de las obras clásicas. Una vez más es fundamental observar la importancia del período de ortodoxia comunista «monolítica», que fue también el de la sistemática divulgación de los textos escritos por los fundadores del marxismo. Esta divul-

gación asume cuatro formas: la publicación separada de obras de Marx y Engels, generalmente en forma de series distintas de escritos de mayor volumen y de escritos más breves, la publicación de selecciones o recopilaciones de obras, la publicación de antologías sobre temas específicos, y finalmente la compilación de compendios de teoría marxista basados en una serie de citas de los clásicos. Parece superfluo recordar que en este período los «clásicos» incluían a Lenin y más tarde a Stalin, además de a Marx y Engels; en efecto, con la excepción de Plejanov, ningún otro autor marxista es considerado a nivel internacional como «clásico», al menos a partir de los años 20.

Las obras publicadas por separado en las colecciones más modestas, con títulos como «*Éléments du communisme*» o «*Piccola biblioteca marxista*» (inspirados probablemente en los «*Elementarbücher des Kommunismus*», una pionera iniciativa alemana, editada hasta la llegada del nazismo) incluían escritos como el *Manifiesto*, *El desarrollo del socialismo de la utopía a la ciencia*, *Salario, precio y beneficio*, *Trabajo asalariado y capital*, *La guerra civil en Francia*, y selecciones de escritos sobre los temas más adecuados a cada momento (en los años 30, por ejemplo, las polémicas de Marx y Engels con los anarquistas). Las obras de mayor volumen eran también publicadas generalmente en ediciones corrientes en colecciones como «The marxist-leninist Library» o «I classici del marxismo». El catálogo de la colección planeada en Inglaterra en vísperas de la guerra puede ser un ejemplo del contenido de estas recopilaciones. Incluía (además de obras no escritas por Marx y Engels) el *Anti-Dühring*, *Feuerbach*, las *Cartas a Kugelmann*, *Las luchas de clases en Francia*, *La guerra civil en Francia*, *Revolución y contrarrevolución en Alemania*, *Sobre el problema de la vivienda* de Engels, *la Miseria de la filosofía*, una selección de la correspondencia entre Marx y Engels, *la Crítica del programa de Gotha*, los Ensayos sobre «*El Capital*» de Engels y una edición resumida de *La Ideología Alemana*. El primer libro de *El Capital* era publicado íntegramente, y no en las ediciones abreviadas o resumidas que habían sido tan populares en la época de la Segunda Internacional. Antes del final de la década de los 30 no parece que se hicieran tentativas de publicar volúmenes de *Obras escogidas* de Marx y Engels, mientras que Moscú hizo una selección de este tipo en dos (y luego en tres) volúmenes, distribuida en varias

lenguas después de la guerra. Hasta la publicación de las *Werke* en 1956-1958 no hay ninguna tentativa por parte comunista de publicar una recopilación de *Obras* en una lengua que no fuera el ruso tras la terminación de la *Mega*. La edición francesa no fue realizada hasta los años 60, la italiana en 1972 y la inglesa en 1975, sin duda porque la obra de traducción era vasta y difícil. La importancia de la difusión de los textos marxistas puede percibirse en el hecho de que un dirigente como Palmiro Togliatti fuera el traductor de numerosas versiones italianas de aquellas obras.

En los años 30 tuvieron mucha difusión las antologías de textos marxistas sobre diversos temas, tanto con selecciones inspiradas en las ediciones rusas como con selecciones locales: Marx y Engels sobre Inglaterra, Marx y Engels sobre arte y literatura, sobre la India, sobre China, sobre España, etc. Entre todos los compendios, sin duda el más acreditado fue entonces la segunda parte del cuarto capítulo del *Resumen de historia del PC(b) de la URSS*, atribuido al mismo Stalin. Este escrito alcanzó gran influencia, especialmente en los países en los que había pocas ediciones traducidas de los clásicos, no sólo porque los comunistas se dedicaban a estudiarlo, sino porque su exposición simple y clara lo convertía en un manual didáctico extremadamente eficaz. Es imposible sobrevalorar la influencia que tuvo entre los marxistas entre 1938 y 1956, y en mayor medida quizás en Europa oriental a partir de 1945.

En los años 60, en particular con la aparición de masas de estudiantes y de otros intelectuales interesados por el marxismo, con la formación de varios movimientos marxistas o marxizantes fuera de los partidos comunistas, la difusión de los clásicos dejó de ser una especie de monopolio de la URSS y de los partidos comunistas. Las mismas editoriales comerciales invadieron masivamente el mercado, independientemente de que estas publicaciones fueran promovidas por marxistas o simpatizantes presentes en las redacciones de aquéllas. También se multiplicó el número y la variedad de los editores de izquierda. En cierta medida, esto fue también una consecuencia del hecho de que Marx era ya considerado en general un «clásico» en el sentido más amplio de la palabra, y no sólo en un sentido político, es decir, un autor del que un lector con un nivel medio de instrucción y cultura debe conocer algo, independientemente

de sus posiciones ideológicas. Así, en Francia, *El Capital* se incorporó a una colección de clásicos como la «Pléiade», y la misma obra había sido editada hacía tiempo en la inglesa «Everyman's Library». El nuevo interés por el marxismo no se limitaba ya al corpus usual de las obras más populares; en los años 60 obras como la *Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel*, *La Sagrada Familia*, la tesis doctoral de Marx, los *Manuscritos de 1844* y *La Ideología Alemana* entraron en los circuitos comerciales incluso en países que hasta entonces no habían estado a la vanguardia en estudios marxianos, como España. Más tarde, hubo algunas obras de Marx cuya primera traducción no fue llevada a cabo por iniciativa comunista; así ocurrió, por ejemplo, con las traducciones francesa, italiana, española e inglesa de los *Grundrisse* (de 1967-1968, 1968-1970, 1973 y 1973, respectivamente).

Para terminar, cuatro palabras sobre la distribución geográfica de los clásicos marxianos. Algunos textos elementales fueron ampliamente traducidos incluso antes de la Revolución de octubre. Entre 1848 y 1918 el *Manifiesto del Partido Comunista* fue publicado (además de en las 54 ediciones en alemán) en una treintena de lenguas, entre ellas tres ediciones japonesas y una china (aunque en la práctica la base principal del marxismo chino lo constituyó *Las doctrinas económicas de Karl Marx* de Kautsky). Hubo numerosas ediciones en las principales lenguas de Europa occidental (26 francesas, 34 inglesas, 11 italianas, mientras la península ibérica quedaba al margen: una sola edición portuguesa y seis en español, contando las publicadas en América latina). Las lenguas de la Rusia zarista están ampliamente representadas, aunque dominan las 70 ediciones en ruso (11 ediciones en polaco, 5 en ucraniano, 6 en finlandés, 7 en yiddish, 4 en georgiano, 2 en armenio), mientras que las de Europa septentrional tienen una representación modesta, teniendo en cuenta el nivel de alfabetización de aquellos países (6 ediciones en danés, 5 en sueco, 2 en noruego). La Europa central y sudoriental está representada en distintas proporciones, desde las 9 ediciones húngaras, 8 checas y 7 búlgaras a las ediciones únicas en eslovaco y en esloveno, mientras que el Mediterráneo oriental está ausente, con la excepción de una sola edición en ladino, publicada probablemente en Salónica. En el extremo contrario, el primer libro de *El Capital* había sido traducido a casi todas las prin-

cipales lenguas literarias europeas ya antes de la muerte de Engels: ruso, francés, danés, italiano, inglés, holandés y polaco, y había habido una traducción española incompleta. Antes de la Revolución de octubre fue traducido también al búlgaro (1910), checo (1913-1915), estoniano (1910-1914), finlandés (1913) y yiddish (1917).

En Europa occidental hubo algunos retrasos: en noruego (probablemente por la familiaridad de las personas cultas con el danés como lengua literaria) *El Capital* no fue editado hasta 1930-1931, y la primera edición, incompleta, en portugués apareció en 1962. En el período entre las dos guerras *El Capital* penetró también en Europa sudoriental, aunque fuera en ediciones incompletas: Hungría (1921), Grecia (1927) y Serbia (1933-1934). No hubo ninguna tentativa seria de traducirlo a las lenguas de la URSS, con la excepción del ucraniano en 1925. Una versión local fue publicada en la Lituania independiente en 1920, pero era sólo una consecuencia retrasada de la gran expansión del marxismo en el Imperio zarista. Sin embargo, en ese período *El Capital* penetró por primera vez en el mundo no occidental (excepto en los Estados Unidos), con ediciones en Argentina (1918), Japón (1920), China (1930-1933) y Arabia (1939). Puede afirmarse con seguridad que esta penetración estuvo estrechamente ligada a las repercusiones de la Revolución rusa.

A partir de 1945 han aparecido traducciones de amplio alcance de *El Capital* en las lenguas de los países con gobierno comunista (en rumano en 1947, en macedonio en 1953, en eslovaco en 1955, en coreano en 1955-1956, en esloveno en 1961, en vietnamita en 1961-1962, en español [Cuba] en 1962). Es extraño que la obra de traducción sistemática a las lenguas de la URSS no se emprendiera hasta 1952 (bielorruso, armenio, georgiano, uzbeko, azerbaijano, lituano, ugro, turcomano y kazaco). Otra extensión lingüística de relieve de *El Capital* fue la de la India independiente, con ediciones en marathi, hindi y bengalí entre los años 50 y 60. Sin embargo, el amplio alcance de algunas lenguas internacionales (el español en América Latina, el árabe en el mundo islámico, el inglés y el francés) desfigura de hecho la real difusión geográfica de los textos marxianos. A pesar de todo, se puede decir que a finales de los años 70 los escritos de Marx y Engels aún no están disponibles en las lenguas habladas por una parte notable del mundo no socialista, con la excepción de

Europa y América latina. No es éste el lugar para examinar en qué medida los textos publicados son accesibles y están difundidos, aunque puede considerarse fundadamente que (en aquellos países en los que no están prohibidos por los gobiernos) circulan ampliamente en las escuelas y en las universidades, y por tanto entre el público culto, en todas partes del mundo, más de lo que lo habían hecho anteriormente. Es difícil saber con precisión en qué medida son leídos o incluso adquiridos fuera de estos ambientes; una respuesta a esta cuestión requeriría un amplio trabajo de investigación que aún no ha sido realizado.

NOTA

Agradecemos profundamente cualquier comentario u opinión acerca de la edición que ofrecemos, así como cualquier otra sugerencia.

Nuestro contacto:

info@doscuadrados.com

HISTORIA DEL MARXISMO una colección de 12 libros en la que se aborda de manera rigurosa y detallada el desarrollo del pensamiento marxista y sus diferentes corrientes. En su elaboración participaron Eric J. Hobsbawm, George Haupt, Franz Marek, Ernesto Ragioneri, Vittorio Strada y Corrado Vivanti, con la colaboración de más teóricos y académicos vinculados al marxismo.

Este segundo volumen, "El marxismo en tiempos de Marx y Engels II", se compone de un texto de Badaloni sobre la cuestión del tiempo de trabajo y la libertad, de Krader sobre el pensamiento etnológico en los últimos años de Marx, Hobsbawm y Haupt hablarán del problema de la transición y del nacimiento del marxismo, Stedman Jones caracterizará la importancia de la figura de Engels, y el volumen termina con una recopilación sobre la traducción y edición de las obras de Marx y Engels.

